El homicidio de una anciana es el primero de una serie de crímenes que desconciertan a la Policía de Calahorra

M. J. FERNÁNDEZ

Enigma

Enigma.

(Argus del Bosque 02)

M.J. Fernández

«No se puede escapar de la responsabilidad del mañana, evadiéndola hoy».

Abraham Lincoln

Día uno.

El ruido que despertó a Aureliana fue tan sutil como el batir de un ala. La anciana entreabrió los ojos, pero solo vislumbró el reflejo de las farolas de la calle a través de la cortina de su habitación. Sintió frío. Tal vez la chica, ¿cuál era su nombre? Elena, sí, eso era… Elena de nuevo olvidó cerrar bien la ventana. Un error imperdonable, pues todos sabían que las corrientes de aire podían ser mortales para alguien de su edad.

Aureliana buscó con la mano el botón de auxilio con la intención de llamar a la enfermera para que remediara su falta, pero sus dedos artríticos solo encontraron la superficie del colchón.

El ruido se repitió, y esta vez consiguió identificarlo: era un ligero jadeo. Había alguien en la habitación con ella. La anciana giró la cabeza para averiguar quién era tan desconsiderado como para irrumpir en su dormitorio a esa hora de la noche y despertarla. Su corazón dio un vuelco y la respiración se le dificultó cuando vio la sombra de una enorme cabeza de pájaro con un pico curvo del que sobresalían colmillos como los de un lobo… Ella quiso gritar para pedir auxilio, pero esa cosa le roció la cara. Sintió que se ahogaba, los ojos le dolieron tanto que no podía abrirlos, y la invadieron las náuseas.

Aureliana se agitó con las exiguas fuerzas de unos músculos debilitados por los años, que se sacudieron con movimientos erráticos. Aun así, golpeó la cama una y otra vez con la esperanza de encontrar el botón de auxilio y pedir ayuda.

—¿Buscas esto? —preguntó una voz sinuosa, mientras le mostraba el botón salvador que colgaba de un cable. El intruso lo sostuvo frente a sus ojos y lo balanceó para burlarse de su víctima, antes de tirarlo al suelo.

La anciana trató de pedir ayuda, pero solo profirió débiles gemidos, pues esa cosa metió algo en su boca a modo de mordaza. Quería gritar, quería empujar al intruso, quería escapar, pero nada de eso era posible. Sus exiguas fuerzas la abandonaron y sus movimientos resultaron descoordinados. Toda su atención se centraba en el dolor desesperante que sentía en los ojos.

La monstruosa figura se inclinó sobre ella y le murmuró cerca del oído:

—Mi nombre es *Mammón* y soy el demonio de la avaricia, el pecado por el que esta noche visitarás el infierno. Sabes de lo que te hablo. ¿Verdad, Aureliana?

La anciana sintió que el terror le cortaba la respiración, y a su mente acudió la imagen de dos chiquillas que corrían por un campo recogiendo flores. Una de ellas llegaría a la edad adulta… la otra no. Y detrás de aquella estampa estaba su culpa. Una culpa que la acompañó durante toda su vida y que ahora venía a cobrarse su alma.

Aureliana adivinó una sonrisa maliciosa detrás del brillo de los ojos del demonio, mientras él le mostraba el artilugio que sostenía con la mano libre. Ella enfocó con dificultad aquel objeto extraño, hasta que comprendió de qué se trataba y también cuál sería su destino. El horror la petrificó. La muerte era algo que esperaba desde hacía muchos años y ya no la asustaba, pero morir así…

Quiso levantarse, huir a su destino, pero el intruso se lo impidió. Entonces el demonio se puso manos a la obra para asegurarse de que Aureliana Díaz no volviera a respirar.



Luisa no podía contener su indignación, pues no era la primera vez que Farías la marginaba en el reparto de asignaciones. Mientras sus colegas se ocupaban de la desaparición de una chica, una investigación que mantenía a todo el país en vilo, a ella la enviaba a presenciar el levantamiento del cadáver de una anciana de ciento dos años que murió en su cama. ¡Era inaudito! Ella sabía muy bien el motivo de que el comisario la tuviera entre ceja y ceja, pero no podía hacer nada al respecto. Cada uno tenía sus prioridades.

La inspectora se apeó de su coche y sintió un leve estremecimiento, pese a la agradable temperatura primaveral. La residencia «San Juan Bautista de Calahorra» consistía en dos edificios de dos plantas cada uno, separados por un ancho camino empedrado. Al fondo se apreciaba un jardín con bancos y senderos, que a esa hora del día todavía estaba desierto. Supuso que el personal no sacaría a los pacientes hasta que el calor del sol se impusiera sobre las temperaturas de la reciente noche. Aunque tal vez ese día la rutina del centro se viera trastocada. Al menos, así lo hacía sospechar el despliegue de patrullas y coches oficiales. Con sorpresa comprobó que la furgoneta de la Policía Científica de Logroño se encontraba aparcada junto a la de la morgue. El operativo le pareció excesivo para una muerte natural y se preguntó quién sería la dama que falleció.

Luisa vio que la recepción se encontraba en el edificio de la derecha y hacia allí dirigió sus pasos. El olor a desinfectante inundó sus fosas nasales en cuanto cruzó el umbral, además de que el ambiente pulido y estéril que la rodeo hundió su ánimo.

—¿Podemos servirle en algo? —preguntó una mujer mayor con el cabello teñido de rubio, y una sonrisa institucional—. Temo informarle de que anoche ocurrió un deceso y de momento están suspendidas las labores administrativas, así como las visitas. Sería muy amable de su parte regresar en otro momento.

La inspectora devolvió la sonrisa a su interlocutora con la misma hipocresía, mientras sacaba su identificación del bolsillo. Por sentido práctico, hacía años que no usaba cartera mientras trabajaba.

—Inspectora Luisa Burgos. Vengo a presenciar el levantamiento del cadáver de la señora Aureliana Díaz.

—Me advirtieron que debía esperar al policía asignado al caso. Se demoró usted mucho —afirmó la mujer en tono de reproche—. Sígame, por favor.

La enfermera salió de detrás del mostrador para guiar a Luisa. Abandonaron el edificio y cruzaron el sendero de la entrada hasta la construcción del frente, que resultó tan aséptica y triste como la anterior, aunque en esta había alguna que otra planta que se esforzaba en aportar calidez, sin ningún éxito. Cuando la inspectora pasó junto a una de ellas comprendió que eran artificiales. Cruzaron un salón, en el que algunos de los ancianos se encontraban sentados mientras miraban sin ver un televisor encendido, ausentes de la realidad. Otros sin embargo, se paseaban nerviosos de un lado a otro, así que cuando vieron a la enfermera y su acompañante, se acercaron en tropel. La más atrevida de entre ellos tomó la palabra:

—Señora Quiroz, ¿qué ocurre? ¿Por qué hay patrullas de la Policía frente al edificio? ¿Y por qué no nos permiten salir al jardín cuando hace un día tan bueno?

—Calma, doña Gertrudis. Estamos ocupados con un asunto imprevisto y por eso no podemos acompañarlos al jardín todavía, pero lo haremos en cuanto resolvamos el inconveniente.

—¿Inconveniente? —preguntó otro anciano con desconfianza—. ¿Qué clase de inconveniente justifica que los policías de todas esas patrullas estén aquí?

Doña Gertrudis se giró hacia su compañero con sorpresa.

—¿Esos policías están aquí?

—¿No los has visto? Están todos en la habitación de la señora Díaz y no dejan que nadie se acerque. Por cierto, ¿dónde está doña Aureliana? ¿Alguien lo sabe?

Los ancianos que formaban el corro negaron con la cabeza al unísono, y una ola de sospecha se extendió entre ellos.

—Es cierto, ¿dónde está Aureliana? —preguntó doña Gertrudis en tono imperativo—. ¿Qué le pasó?

—Me temo que doña Aureliana nos dejó anoche —afirmó la señora Quiroz, con expresión resignada—, pero se fue en paz. Tuvo una vida

larga y disfrutó de una lucidez privilegiada hasta el final, pero ustedes saben que tenía más de cien años de edad —La enfermera concluyó su planteamiento con un suspiro, y levantó la mirada hacia Luisa—. Si sube por aquellas escaleras y sigue por el pasillo, la segunda puerta a la derecha era la habitación de la señora Díaz. Allí encontrará a sus colegas. Yo debo quedarme aquí para responder las inquietudes de nuestros residentes.

Luisa comprendió que la enfermera quería cortar de raíz una posible rebelión de jubilados, así que siguió sus instrucciones y subió hasta el segundo piso. En efecto, al llegar a la segunda puerta encontró a uno de los oficiales de la comisaría, que la saludó con respeto y le permitió el paso.

El interior de la habitación de la occisa había perdido ese ambiente de quietud que se respiraba en el resto del edificio. Al contrario, entre el juez, el forense y el equipo de la Policía Científica, aquello era semejante a un mercado persa. En la cama yacía el cuerpo de la anciana, que parecía tener solo huesos y piel. El cabello ralo estaba teñido de un rubio casi blanco, tenía los ojos cerrados y el rostro relajado. Luisa se preguntó a qué vendría todo aquel despliegue. Una muerte siempre era lamentable, pero por más que la señora Díaz gozara de buena salud, ciento dos años eran ciento dos años, y aquel desenlace no podía sorprender a nadie.

—Buenos días, inspectora Burgos. Me complace que llegara, aunque fuera tarde, como siempre.

—Lo lamento, señor juez. No me resultó posible venir antes…

El juez Perdomo asintió y volvió a concentrarse en sus notas, con la intención de cortar cualquier intento de excusarse por parte de Luisa.

Incómoda por la actitud del jurista, le preguntó aquello que le rondaba la cabeza desde que recibió la orden de Farías de presentarse en la residencia.

—¿Por qué se desplegaron todos estos recursos para el levantamiento del cuerpo de una anciana que murió en su cama, señor juez? ¿Podría informarme qué tiene de especial?

—¿No se lo dijo el comisario? —preguntó Perdomo con sorpresa.

La inspectora negó con la cabeza. ¡Sabía que había algo y que Farías se complacía en reservarse parte de la información para hacerle quedar mal!

—Solo me ordenó que me presentara aquí para que fuera testigo del levantamiento, por si era necesaria la intervención de un investigador.

—Pues vaya forma de plantearlo que tiene su jefe —afirmó el forense, mientras apartaba la atención del cadáver por unos instantes.

—Mire el cuello de la occisa, por favor —le ordenó el juez.

Luisa obedeció y por si le quedaban dudas, el doctor Garrido le

señaló las marcas con su dedo regordete. Burgos comprobó que el cuello de Aureliana mostraba una ancha franja roja que lo rodeaba por completo, como si hubiera usado una banda demasiado apretada.

—¿Estrangulada? —preguntó Luisa. El forense no respondió.

—Eso se lo diré después de la autopsia —sentenció el forense—. Lo que sí puedo afirmar en este momento es que la señora no murió por causas naturales.

Luisa se estremeció. ¿Quién podría ser tan salvaje para asesinar de esa forma a una centenaria indefensa?

—¿Sabemos la hora de la muerte?

—Podría darle una aproximación —afirmó el doctor Garrido—, pero prefiero que espere a los resultados y base su investigación en una información más precisa.

La inspectora torció el gesto sin disimular su frustración. Le molestaban los funcionarios melindrosos que dificultaban su trabajo, pero no podía hacer nada al respecto.

—¡Esto podría interesarle, inspectora! —exclamó la voz rasposa del jefe de Científica, mientras se le acercaba con una bolsa de pruebas en la mano.

—¿Qué es?

Pese a su vasta experiencia, Sarría tenía el ceño fruncido por la confusión que le causó el hallazgo. Le mostró a Burgos una nota impresa protegida por una bolsa de plástico transparente. En ella se podía leer:

«*Soy la muerte que alcanza a los pecadores porque así está escrito en la salida. Podréis leerlo en el lodo de España, entre el primero de los perfectos y las notas de una tonada.*

¿Quieres saber quién asesinó a Aureliana? Su nombre es Mammón… Otros la seguirán. Por eso Leviatán se encargará del antagonista, cuyo nombre es Procusto, y quien sufrirá la misma suerte de su víctima. Lo hallaréis envuelto en sedas y rodeado del fruto de su iniquidad».

—Tendremos que analizarla, pero dudo que perteneciera a la víctima. La encontramos sujeta a la almohada con una cinta de embalaje.

Luisa fotografió la nota y luego la amplió en la pantalla de su móvil. Entonces la leyó, y un escalofrío le recorrió la espalda ante lo que todo aquello significaba.



Al llegar al Centro Penitenciario de Logroño, Argus descendió de su *Golf,* y cruzó la distancia que lo separaba de la tétrica construcción. Se

detuvo en el primer control, donde el sargento estudió su identificación con cuidado, antes de comprobar en el sistema que su visita estaba autorizada. No había sido fácil que le permitieran realizar ese encuentro, pero al final lo consiguió a fuerza de persistencia.

Después de asegurarse que todo estaba en orden, el sargento le ordenó a su compañero que acompañara al comisario hasta la sala de visitas, para que se entrevistara con el reo Próspero Gómez.

—Que lo traslade uno de los guardias del pabellón cuatro, y que permanezca presente durante el encuentro.

—Eso no es necesario, sargento —protestó Argus—. El tema que debo tratar con Gómez es delicado y confidencial.

—Créame que sí es necesario, señor comisario. Se verá con uno de los presos más peligrosos que albergamos. Y no puedo permitirle a usted que entre armado.

—Estoy capacitado para defenderme.

—Lo único que capacita a alguien para defenderse de ese sujeto es una escopeta recortada. No quiero verme en medio de una toma de rehenes. No es nada personal, pero mi esposa me espera hoy para almorzar, y no quiero dormir esta noche en el sofá —agregó el guardia con sarcasmo.

Del Bosque se resignó. Conocía mejor que nadie a Gómez y sabía de qué era capaz, así que no tenía sentido discutir con el carcelero. Sin embargo, sí hubo un aspecto en el que no estaba dispuesto a ceder.

—De acuerdo, aceptaré la presencia del guardia, pero necesito privacidad.

—Descuide, se mantendrá a suficiente distancia para no escuchar la conversación, pero lo bastante cerca para intervenir si es necesario.

El comisario asintió y se dejó guiar. Lo llevaron hasta un salón repleto de mesas y sillas de metal, que estaban atornilladas al suelo. Percibió un olor conocido a limpieza institucional, pero tal vez por el encierro del lugar, allí tenía un cariz diferente. Del Bosque lo asoció con la soledad y la desesperanza. El ambiente era opresivo. Se sentó a esperar en el lugar que le señaló su escolta, mientras sentía que el corazón le golpeaba el pecho, como si quisiera escapar de su cuerpo para abandonarlo en medio de la angustia que lo invadía. Si existía un hombre capaz de intimidarlo, ese era Próspero Gómez. Su *irén*.

Por un momento sintió el impulso de marcharse. Podía levantarse, recorrer de vuelta los pasillos que lo llevaron allí, olvidarse del pasado y comenzar de nuevo. Otro hombre lo hubiera hecho. Uno más sensato, pero él no se distinguía por su sensatez. Si no vencía su miedo, si no descubría la verdad, no podría respetarse a sí mismo.

Gómez y su cómplice les destrozaron la vida a él y su familia con crueldad. Causaron la muerte de su madre. Una madre que Argus no

podía recordar. Lo arrancaron de sus brazos siendo un niño pequeño y lo educaron para… ¿para qué? Era parte de lo que necesitaba averiguar. ¿Qué destinos les reservaban Paidónomo y Gómez a él y los demás chicos que secuestraron? ¿Qué habría sido de ellos, si un operativo de la Guardia Civil no los hubiera rescatado a tiempo? Paidónomo acabó muerto en la escaramuza, pero quedaba Gómez para responder a sus preguntas.

Un sonido metálico lo sacó de sus reflexiones. Argus levantó la mirada y pudo ver que se acercaban dos hombres. Uno era el custodio del reo. El comisario comprendió por qué el sargento lo escogió para acompañar a Próspero. Le sacaba al menos una cabeza y veinte kilos al prisionero, quien no bajaba del metro noventa y ostentaba los músculos de un toro de lidia.

Argus contuvo el impulso de huir. Para su sorpresa, aquella entrevista le estaba costando un esfuerzo de voluntad extraordinario. Solo en ese momento fue consciente del miedo cerval que le causaba el hombre que ahora lo miraba con aquellos ojillos que fulguraban cual carbones encendidos, repletos de odio y desprecio. El comisario se concentró en detallar a su adversario. Era evidente que el paso de los años dejó su huella, pero no lo suficiente como para permitirle un descuido. El *irén* seguía siendo un peligro mortal para cualquiera que se le acercara.

Del Bosque pasó revista por el gorro de lana oscura, la barba canosa y los brazos tatuados, pero sobre todo, se concentró en el uniforme. Debía recordar que ahora él estaba al mando y tenía todas las ventajas. Aun así, no sería fácil.

—¡Yo te conozco! —exclamó Gómez, al mismo tiempo que fijaba su mirada en el rostro de Argus. Entonces enarcó las cejas y sonrió con malicia—. Por supuesto, tú eres uno de los *paidia.* Te recuerdo. Eras bueno en el campo de entrenamiento, pero una nulidad cuando se trataba de rematar a tu enemigo.

—Tal vez porque nunca reconocí como enemigo a ninguno de los chicos que compartía mi desgracia. Ese atributo pertenecía a otros.

—¡Por supuesto! —dijo Próspero y soltó una risa sarcástica, mientras se sentaba frente a Argus—. También recuerdo que recibiste muchas palizas por desafiar a tus superiores.

—No erais mis superiores, sino mis secuestradores. Estaba en mi derecho de rebelarme.

—Esa no era la opinión de *Paidónomo.* Según él, le pertenecíais por derecho.

—¿De qué hablas, Próspero? ¿A qué te refieres con eso de que le pertenecíamos?

—Él decía que había un contrato, o algo así.

—¿Qué clase de contrato?

Próspero guardó silencio, se echó atrás en el asiento y soltó un suspiro. Luego miró a Argus con desprecio.

—No pretenderás que te cuente lo que sé a cambio de nada. Además, el guardia me dijo que me iba a entrevistar un comisario, y a mí me caen muy mal los polis.

—Supongo que quieres sacar provecho de esta entrevista.

—Sería lo justo. No te debo nada, así que yo te doy algo, a cambio de que tú me des algo.

—Si esperas que te proporcione algún beneficio, ya puedes cambiar de opinión. En cuanto a deudas… por supuesto que me debes mucho, a mí y a todos los chicos a quienes tú y *Paidónomo* nos arrancasteis de nuestros hogares. Lo menos que podrías hacer sería contar lo que sabes.

—¿Qué ganaría con ello?

—Tranquilizar tu conciencia.

—¿Qué te hace creer que la tengo?

Argus guardó silencio por un momento. Necesitaba unos segundos para superar el asco que le causaba aquel sujeto. Sin embargo, comprendió que Gómez tenía razón. Él no tenía conciencia y tratar de apelar a ella sería un error. Próspero solo sabía de beneficios y castigos. Era demasiado primario para albergar ideas tan abstractas como el bien y el mal, o sentir remordimiento por el sufrimiento que causó a sus víctimas.

El comisario se removió en el asiento. Su necesidad de salir de allí y respirar aire fresco era cada vez más imperativa. Aun así, se contuvo.

—Muy bien, Próspero, te lo plantearé de otra forma. No vivirás lo suficiente para pagar tu condena.

—¿Crees que no lo sé? También tengo claro que no puedes ofrecerme nada que me interese, así que lárgate por dónde viniste y llévate tus preguntas.

—¿Estás seguro de eso?

—Soy un tío duro que se adapta a cualquier circunstancia. No se vive tan mal aquí adentro.

—Sí, ya supe por tu expediente que eres uno de los cabecillas de la prisión.

—Me lo he ganado.

—Por supuesto. Estudié tu historial carcelario antes de venir, Próspero, y reconozco que es impresionante —Gómez se recostó en el asiento sin disimular su satisfacción—. Alcanzaste tu posición privilegiada a costa de intimidar, herir, lisiar y hasta asesinar a otros reos.

—Sé que no saldré de aquí —reconoció el presidiario, encogiendo un hombro—, así que no hay razón para que me modere. Todos deben

saber quién manda.
—¿Cuánto tiempo crees que durará tu reinado, Gómez?
—¿De qué hablas? Ninguno aquí está tan bien entrenado como yo. Y tú lo sabes mejor que nadie.
—¡Mírate! Tu cabello y tu barba están grises. Las arrugas cubren tu rostro. Todavía eres fuerte. Supongo que entrenas a diario, pero ¿por cuánto tiempo te servirá? —Próspero no pudo disimular un destello de preocupación en su mirada—. En pocos años, tus esfuerzos en el gimnasio ya no servirán para aumentar tu fortaleza, sino que deberás luchar por no perderla. Y cada vez será más difícil. ¿Qué crees que ocurrirá cuando ya no seas capaz de ganar en una lucha cuerpo a cuerpo a cualquiera de tus rivales?
—¡Eso no pasará! —lo interrumpió el *irén*, con un leve temblor en la voz.
—Por supuesto que pasará. Es parte de la vida y tú no serás la excepción. ¿Qué harán entonces aquellos a quienes atormentas hoy? ¿Y cómo te defenderás?
Gómez se quedó en silencio y Argus vio miedo en sus ojos. Era algo con lo que soñaba desde hacía muchos años, pero contrario a lo que creía, presenciarlo no le proporcionó ninguna satisfacción.
—Viniste a atormentarme, ¿verdad, *paidia*?
—Vine en busca de respuestas. Si salgo de aquí con ellas podría considerar recomendar que te trasladen de prisión. Podrían enviarte a un lugar donde nadie haya escuchado hablar de ti. Si cambias tu comportamiento y te conviertes en un preso modelo, tal vez, solo tal vez, puedas alcanzar una vejez tranquila y morir en la cama de tu celda.
—¿Dónde está la trampa?
—No hay trampa.
El *irén* se enderezó en la silla y se inclinó hacia adelante, mientras apoyaba los brazos en la mesa y entrelazaba los dedos, abandonando su actitud altanera.
—¿Cómo sé que cumplirás?
—Tendrás que confiar en mí.
Próspero miró a Argus a los ojos, como si pudiera leer sus intenciones en ellos. Entonces asintió.
—Siempre cumpliste tu palabra. ¿Qué quieres saber? Te advierto que la confianza de *Paidónomo* en mí era limitada.
—¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué nos secuestraron? ¿Por qué la educación rígida y los entrenamientos inhumanos? ¿Por qué nos hacían pasar hambre, sueño y frío?
—Una pregunta a la vez, *paidia*. ¿Por qué los secuestros? Yo lo hice por dinero. Una suma importante. En cuanto a *Paidónomo*, tenía otras motivaciones pero nunca las compartió conmigo. Lo que sí puedo

decirte es que la idea original no fue suya. Actuaba para alguien más y lo hacía con la devoción de un fanático. En cuanto a los malos tratos y los entrenamientos, se suponía que eran para endureceros el carácter.

—¿Por qué? ¿Qué querían de nosotros?

—Eso no lo sé.

—Si quieres que te ayude, deberás darme más información.

—Solo puedo decirte lo que sé. *Paidónomo* estaba convencido de que tenía derechos inalienables sobre cada uno de vosotros. Para él, erais objetos moldeables a los que debía dar forma según las instrucciones que recibía de una autoridad superior.

—¿De quién?

—Nunca lo supe —confesó Próspero, mientras negaba con la cabeza. Por alguna razón inexplicable, el comisario le creyó—. A mí solo me interesaba cobrar mi dinero. Y ese no faltaba. Todo iba bien, hasta que los *picoletos* nos cayeron encima. Lo demás ya lo sabes.

Por más que Argus preguntó y repreguntó, no consiguió ninguna respuesta diferente. Pese a ello, decidió cumplir su promesa. Tal vez Gómez no lo mereciera, pero sería un alivio para las autoridades de la penitenciaría y para los demás presos. A una señal de Del Bosque, el guardia trasladó a Próspero de vuelta a su celda. Si dependía de Argus, no volvería a verlo.

A paso apresurado, el comisario recorrió los pasillos de la penitenciaría agobiado por las emociones del encuentro. En la recepción recogió sus pertenencias y agradeció al sargento su colaboración. Cuando se disponía a marcharse, en su prisa tropezó con un hombre alto y desgarbado, que usaba una gabardina demasiado grande y que también parecía distraído. Después de que intercambiaron una disculpa, cada uno continuó su camino.



Después de reconocer que el asunto era mucho más grave de lo que creyó en un principio, la inspectora Burgos decidió conversar con los oficiales que respondieron a la llamada.

—¿Quién dio el aviso?

—La jefa de enfermería del turno de la mañana —respondió el patrullero, mientras consultaba su libreta de notas—. La señora Quiroz.

—Sí, ya sé de quién se trata. ¿Ella descubrió el cadáver?

El uniformado negó con la cabeza.

—Fue una de las enfermeras. Su nombre es Amelia Caballero.

—¿Cuál es su versión?

—Me temo que todavía no he tenido oportunidad de hablar con

ella, pues no ha parado de llorar desde entonces.

—De acuerdo. Yo me haré cargo de interrogarla. También quiero hablar con el personal que estuvo de guardia anoche.

—Sus nombres son Elena Serrano y Flavio Pedroza. La propia señora Quiroz los supervisó.

—¿La supervisora cubre los dos turnos?

—El que le corresponde es el nocturno, pero cambió el de hoy con una compañera que debía renovar su documentación. Al parecer, los cambios de guardia son acuerdos muy habituales.

La inspectora tomó nota de la omnipresencia de la señora Quiroz. Tal vez se trataba tan solo de una coincidencia, o tal vez no… Burgos sabía que debía darse prisa. El asesino dejaba claro en la nota que volvería a matar, con lo cual aquel caso podía convertirse en una pesadilla. Y pensar que ella se quejó de la insignificancia de esa investigación.

Sin perder tiempo sacó su móvil y se comunicó con su compañero para ordenarle que llamara al personal que hizo guardia esa noche, y que los citara para que rindieran su declaración en la comisaría. Mientras tanto, ella sostendría una entrevista con la señora Quiroz y con la joven que descubrió el cuerpo.

Cuando bajó las escaleras vio que el mismo grupo de residentes inquietos que las abordó a su llegada se acercaba a ella con intenciones de interceptarla. Luisa se hizo la despistada y apresuró su paso hacia la salida. No tenía ni tiempo, ni paciencia para dar explicaciones que solo causarían más preocupación. Cruzó el camino empedrado que separaba los dos edificios y entró en el que albergaba la recepción. Quiroz estaba detrás del mostrador y parecía esperarla. Después de manifestarle su intención de interrogarla, la jefa de enfermería asintió con actitud profesional, y le pidió que la acompañara a la sala de descanso.

Se trataba de una habitación diminuta en la cual apenas cabía un armario de cocina con un horno de microondas, y una cafetera. En el centro había una pequeña mesa redonda con dos sillas de plástico. Ambas se sentaron y Quiroz asintió para demostrar que estaba preparada. Luisa sacó su móvil y con la autorización de la enfermera activó la grabadora.

—Su nombre completo, por favor.

—Sonsoles Quiroz.

—¿Desde cuándo trabaja en este asilo, señora Quiroz?

—Residencia. Preferimos llamarla residencia —la reprendió Sonsoles, pero ante el gesto de impaciencia de la inspectora, se apresuró a responder—. Este verano cumpliré seis años.

—¿Y desde cuando la señora Díaz era una de sus… residentes?

—La trajeron al año siguiente de que yo me incorporara.

—¿La trajeron?

—Sus parientes. En concreto, su bisnieto. Lo contrataron en el exterior y se llevó a toda su familia consigo, pero Aureliana no quería marcharse de España. Ella decía que estaba demasiado vieja para empezar de nuevo en otro país. No podían dejarla sola, así que…

—La depositaron aquí.

Las palabras de Luisa causaron un fruncimiento de ceño en la enfermera.

—Lo dice como si hubiera sido un mueble viejo que guardaron en el trastero.

—¿Y no fue así?

—¡Por supuesto que no! Les proporcionamos una atención de calidad a nuestros residentes, además de que cuentan con todas las comodidades que requieren.

A Burgos todo aquello le sonaba a palabrería de folleto, pero no estaba allí para juzgar a la familia de la víctima, sino para resolver su homicidio.

—El oficial que habló con usted me informó que su turno es el de la noche.

—Así es.

—¿Por qué se quedó también durante la guardia de la mañana?

—Mi compañera y yo intercambiamos los turnos. Ella necesitaba renovar su pasaporte, mientras que la próxima semana yo deberé quedarme con mis nietos porque mi hija y mi yerno irán a una boda. Este tipo de acuerdos son frecuentes en nuestra profesión.

—¿De quién fue la idea?

—De ella.

—Muy bien. También me informaron que usted fue quien nos llamó.

—Es cierto. A las siete le ordené a Amalia que les suministrara sus medicamentos matutinos a los residentes, así que entró a la habitación de doña Aureliana para despertarla como siempre… La pobre chica se encontró con esa escena dantesca. Consiguió controlarse pese al susto que se llevó. Contuvo sus emociones lo mejor que pudo para que no cundiera la alarma entre los demás residentes, y corrió a contármelo. Yo la dejé al cuidado de una de sus compañeras y fui a la habitación. Entonces telefoneé al número de emergencia. Eso fue todo.

—¿Cómo se llevaba usted con la occisa?

—¿A qué se refiere?

—¿Tenía problemas con ella, o era una residente dócil?

—Soy una profesional, inspectora —afirmó Sonsoles. La enfermera se las arregló para mirar a Luisa desde arriba, lo cual no era muy difícil si se tomaba en cuenta la poca estatura de Burgos—. Tratamos a todos los residentes con respeto y esperamos lo mismo de ellos —Luisa

no se intimidó. Tan solo guardó silencio mientras esperaba la respuesta—. Aureliana era exigente, pero muy educada. Teníamos nuestros roces, pero al final nos entendíamos.

—¿Por qué tenían roces?

Sonsoles bufó con desprecio y sacudió la mano como si espantara una mosca.

—Tonterías. Algunas veces se quejaba si consideraba que la comida tenía mucha o poca sal, si los pasos de alguien en el pasillo la despertaban, o si nos retrasábamos unos minutos en la hora de llevarla al jardín. Ese tipo de cosas. No muy diferente de los demás residentes.

—¿Era una cliente difícil?

—Paciente, o residente —volvió a corregir la enfermera—. Ni más, ni menos que la mayoría. ¿Adónde quiere llegar, inspectora?

—De momento, solo recopilo información —afirmó Luisa, mientras tomaba nota en su móvil de pedirle una coartada a Quiroz cuando tuvieran certeza acerca de la hora de la muerte—. ¿Ocurrió algo extraordinario en los últimos días?

—Ahora que lo dice… Ayer sí pasó algo raro —Luisa la miró sin pestañear, en espera de que la enfermera se explicara—. Fue un día extraño. Llovió a cántaros, así que no pudimos llevar a los residentes al jardín, lo cual puso a algunos de mal humor. Sumado a eso, tal vez por el mal tiempo ninguno recibió visita, así que fue un día difícil. Además de que tuvimos un malentendido con el ayuntamiento.

—¿Qué clase de malentendido?

—Se presentó un enfermero que venía en nombre de las autoridades municipales. Dijo que tenía la encomienda de aplicarles la vacuna de la gripe a los ancianos. Traía una documentación que lo acreditaba. No se lo permitimos, por supuesto.

—¿Por qué?

—La vacuna de la gripe suele colocarse en noviembre y no en esta época del año, así que le pedí que esperara, vine hasta aquí y llamé al ayuntamiento. Me dijeron que no sabían de qué hablaba, que ellos no enviaron a nadie, así que regresé al edificio del frente para decirle que se marchara, pero ya no estaba.

Las alarmas de la inspectora se dispararon.

—¿Pudo verle la cara?

—Traía puesto una mascarilla. Dijo que estaba resfriado y que no quería contagiar a los residentes.

Luisa tomó nota. ¿Habría acudido el asesino durante el día para explorar el terreno? Por desgracia, no había cámaras de seguridad en la residencia.

Una vez concluido el interrogatorio de la jefa, Luisa quiso entrevistarse con Amalia Caballero, la chica que encontró el cadáver.

El estado de la joven no era el más apropiado para responder a las

preguntas de Burgos. La enfermera apenas acababa de licenciarse y tenía pocos meses trabajando en el centro geriátrico. Todavía conmocionada, respondió las preguntas de la inspectora con la voz entrecortada por el llanto. Repitió casi punto por punto la explicación de su jefa. Solo agregó que cuando la señora Díaz no respondió a sus intentos de despertarla, ella se acercó para medirle el pulso. Fue entonces cuando comprobó que estaba muerta, vio las marcas en el cuello y la nota sujeta a la almohada con cinta adhesiva. Leyó sin comprender aquel galimatías sin sentido, pero el mensaje que sí le llegó a su cerebro fue que alguien asesinó a Aureliana y que habría nuevas víctimas. Después de eso, solo recordaba estar frente a doña Sonsoles, mientras hacía un esfuerzo por explicar lo inexplicable. Creía que no había tocado nada en la escena del crimen. Luisa esperaba que estuviera en lo cierto. Amalia le confirmó a la inspectora que trabajó el día anterior, pero ni vio, ni sabía nada acerca del enfermero de las vacunas. Solo tenía noticias del suceso por lo que le contó doña Sonsoles.

Cuando Burgos terminó los interrogatorios, ya el cadáver de Díaz iba rumbo a la morgue. El juez y el equipo de Científica continuaban en la habitación, y era previsible que se demoraran algunas horas más. La inspectora decidió regresar a la comisaría. Mientras se encaminaba a su coche llamó al subinspector Guerrero, quien le confirmó que los empleados del turno de la noche ya estaban en camino.

Luisa colgó después de darle las gracias a su compañero y subió a su viejo Seat. Intuía que aquel iba a ser un día muy largo, así que llamó a su casa. Cada uno tenía sus prioridades.



Al llegar a la comisaría, Luisa saludó al paso a Quintana en la recepción y subió a su despacho. Desde allí llamó a Guerrero, quien le confirmó que los enfermeros del turno de la noche ya se encontraban en recepción y esperaban. El subinspector se reunió con ella a los pocos minutos. Burgos lo puso al día con respecto al caso, antes de señalar los papeles que él llevaba en la mano.

—Veo que no perdiste el tiempo. ¿Encontraste algo interesante?

—Con respecto a la chica, no hay nada. Elena Serrano es enfermera graduada en la Universidad de la Rioja. No tiene antecedentes criminales y es una ciudadana ejemplar. Ni siquiera encontré una multa de tránsito.

—¿Qué hay de su compañero? —Alfonso desplegó una sonrisa maliciosa—. Por tu expresión sospecho que su historial no es tan limpio como el de Elena.

—Pedroza es graduado en la Universidad de Jaén y no encontré ninguna queja con respecto a su desempeño profesional.

—Pero…

—Tiene antecedentes por agresión. Durante sus años de estudiante estuvo involucrado en una trifulca donde hubo un herido.

—¿Qué tan grave?

—Lesiones leves. No pasó de algunos puñetazos y al parecer hubo una chica involucrada. El resultado fue que lo encontraron culpable, pero como era su primera falta, le conmutaron la pena por servicios comunitarios.

—Vaya, qué interesante. Hiciste un buen trabajo, Alfonso.

—Gracias. Si tomamos en cuenta que tuvo la oportunidad, pues estaba en el asilo cuando asesinaron a la víctima, y que dispuso de los medios, solo nos faltaría determinar un motivo para convertirlo en nuestro principal sospechoso.

—Me encanta tu entusiasmo, pero creo que te estás apresurando a la hora de sacar conclusiones. En realidad, todavía no sabemos nada. Ni siquiera tenemos clara la causa de la muerte.

—¿No fue estrangulada?

—Es lo que parece a simple vista, pero antes de señalar a alguien como culpable, prefiero tener algunos resultados concretos en la mano. ¿No te parece?

—Sí, supongo que tienes razón —reconoció Guerrero, mientras se echaba un poco atrás en el asiento—. Perdona mi impulsividad. Supongo que quiero impresionar a mi jefa.

—Ya lo conseguiste al llevar a cabo esas averiguaciones antes de que te lo ordenara. Eso nos ahorrará tiempo y me temo que ese es un recurso del que estamos escasos en esta investigación.

—¿Lo dices por la nota?

—Desde luego. Debo reconocer que desde que la leí tengo un nudo en el estómago. Aunque me parece un galimatías sin sentido, lo que sí deja claro el asesino es que piensa volver a matar.

—¿A quién interrogaremos primero?

—A la chica —afirmó la inspectora, al mismo tiempo que levantaba el auricular para comunicarse con la secretaria—. Eloísa, por favor acompañe a la señorita Serrano hasta mi despacho.

Guerrero recogió los papeles que estaban esparcidos sobre el escritorio y se retiró a un rincón de la habitación desde donde observaría todo el procedimiento.

Pasaron pocos segundos antes de que golpearan la puerta con suavidad. Sin esperar respuesta, Eloísa asomó su rostro sonriente y arrugado para anunciar a la testigo. Luego se retiró con discreción.

Elena entró con paso tímido y la inspectora la invitó a sentarse frente a ella. Mientras ocupaba el lugar que le señaló, la chica lanzó

una rápida mirada en dirección al hombre que permanecía de pie en la esquina, luego se concentró en la mujer. Ambos la intimidaban. Al sentarse apartó su largo cabello hacia atrás en un gesto nervioso.

—¿Sabes por qué estás aquí, Elena? —le preguntó Burgos.

La joven asintió antes de responder.

—Doña Aureliana falleció durante nuestro turno y quieren hacernos algunas preguntas sobre eso.

—No solo falleció, señorita —dijo Alfonso desde su puesto de observación—, sino que la asesinaron. Hay una diferencia notable.

Los ojos de Serrano se humedecieron y se removió incómoda, pero no respondió. Solo bajó la mirada. La inspectora tomó la palabra:

—Anoche alguien entró en la habitación de la señora Díaz y la estranguló mientras hacíais vuestra guardia.

Elena levantó la cabeza, y con los ojos inundados por el llanto habló entre hipidos.

—¿Cómo es posible? ¿Quién querría matar a una anciana que tenía más de cien años? Eso no tiene ningún sentido.

—Es cierto —reconoció la inspectora—, y sin embargo ocurrió. Necesitamos que te esfuerces en recordar, Elena. ¿Viste o escuchaste algo fuera de lo normal?

La joven sacudió la cabeza mientras respondía.

—No, claro que no. Se lo hubiera reportado a la señora Quiroz. La noche transcurrió con normalidad. Fue una guardia tranquila.

—¿Nos está diciendo que alguien entró a hurtadillas en el dormitorio de una de sus residentes, la asesinó, huyó, y nadie vio, ni escuchó nada? —preguntó Alfonso con incredulidad.

—Si lo piensa bien, no es tan extraño. La residencia dispone de dos edificios. Las habitaciones están en uno, mientras la administración y los espacios para el personal están en el otro.

—¿Eso no atenta contra la seguridad de los ancianos? —preguntó Burgos—. ¿Qué ocurre si alguno tiene una emergencia durante la noche?

—Todas las habitaciones están provistas de un botón de alarma que es accesible desde la cama del residente. Si necesitan algo, solo tienen que presionarlo y enseguida respondemos a su llamado.

—¿Y anoche no hubo ninguna llamada?

—La guardia transcurrió con normalidad.

Luisa suspiró y se recostó del respaldo de la silla. Le parecía que no avanzaban. O Serrano era una excelente actriz, o no sabía nada. Entonces se preguntó a sí misma cómo consiguió entrar el intruso.

—¿Quiénes tienen acceso al edificio donde se encuentran los dormitorios?

—¿Durante la noche? Nadie. Cerramos con llave a las diecinueve horas y volvemos a abrir a las siete.

—¿Quién dispone de las llaves?
—El personal de guardia.
—¿Cualquiera?
—La jefa de turno es la responsable, pero las llaves se dejan en el despacho de enfermería a la vista, por si cualquiera de nosotros debe responder a los requerimientos de algún paciente.
—Así que cualquiera puede cogerlas.
—Por una buena razón. Como le dije, están a la vista, y solo las usamos si tenemos una alarma desde el otro edificio.
—¿Anoche hubo alguna llamada?
—Ninguna, todo estuvo muy tranquilo.
—Así que el asesino no usó ese llavero para entrar.
—Estoy segura de que no.
Luisa se quedó en silencio, mientras meditaba acerca de la información que les proporcionaba la enfermera.
—¿Dónde estuvo usted durante la noche?
—En mi puesto de trabajo, por supuesto, pero eso usted ya lo sabe —respondió la enfermera un poco desconcertada.
—Lo que quiero saber es si usted y su compañero permanecen despiertos durante toda la guardia, o si se retiran a descansar por turnos.
—Ya comprendo. Hacemos turnos. Flavio se quedó hasta las dos de la madrugada y yo estuve de dos a siete.
—Así que cualquiera de ustedes pudo ausentarse durante su guardia, coger las llaves, entrar en la zona de los dormitorios, asesinar a Aureliana y regresar.
—Eso no es posible —sentenció Elena—. La señora Quiroz sufre de insomnio, y anoche se quedó en la sala de descanso leyendo un libro, hasta la madrugada.
Luisa no disimuló su contrariedad al ver derrumbada su teoría. Agradeció a Serrano por su colaboración y le pidió que se mantuviera localizable por si necesitaban volver a hablar con ella. Elena salió del despacho sin dar tiempo a que los policías cambiaran de opinión.
Al cabo de pocos minutos, Eloísa acompañó a Pedroza y lo dejó frente a los detectives. La actitud del enfermero era muy diferente a la de su compañera. En cuanto cruzó el umbral miró desafiante al policía de la esquina. Entonces se sentó frente a Burgos con la tranquilidad de quien no tiene nada que temer.
Ante la pose arrogante del testigo, la inspectora decidió embestir con todo, así que le hizo saber que estaban enterados de sus antecedentes criminales.
—Eso pasó hace mucho tiempo. Yo era muy joven, imprudente e irascible. Pagué mi condena y no he vuelto a tener problemas con nadie, así que no significa nada.

—Al contrario, señor Pedroza —lo increpó Alfonso—. Significa que usted ya ha manifestado conductas agresivas.

—En un momento de ofuscación insulté a un tío que me ofendió, él me golpeó y yo me defendí. Terminamos enzarzados, nos detuvieron a ambos y nos condenaron a cada uno por las lesiones del otro y por alterar el orden público. Se trató de una pelea callejera. Algo muy diferente a asesinar a sangre fría a una anciana indefensa.

—Implica conducta violenta —insistió Guerrero.

Luisa intervino para cambiar el rumbo del interrogatorio.

—¿Respondió alguna llamada desde los dormitorios durante su turno?

—No. La noche estuvo tranquila.

—Tan tranquila que uno de los ancianos bajo sus cuidados murió durante su guardia —sentenció Alfonso con tono agresivo. La inspectora se mordió los labios. No quería desautorizar a su compañero frente al testigo, pero consideraba inconveniente esa inquina que demostraba contra Pedroza.

—¿Escuchó o vio algo extraño?

—Ahora que lo dice, hacia la medianoche fui a servirme un café. La ventana de la cocina da al frente. Escuché un ruido afuera...

—¿Por qué no salió a investigar?

—Porque no le di importancia. Pensé que se trataba de un ratón, un gato, o algo así.

—¿Cómo se llevaba con la señora Díaz?

Flavio encogió un hombro.

—Bien, supongo. Me entrenaron para eso.

—¿A qué se refiere?

—Tratamos con personas y cada una tiene sus gustos, sus virtudes y sus manías. La mayoría están muy solos y cada uno lo asume de distinta forma. Algunos se encariñan con nosotros como si fuéramos sus hijos, o nietos. Otros en cambio proyectan su enfado contra sus parientes en quien tienen más a mano.

—Quiere decir que los tratan mal.

—En ocasiones ponen a prueba nuestra paciencia, pero comprenderlos forma parte del trabajo.

—¿A qué grupo pertenecía doña Aureliana?

—Es indudable que no se encariñó con ninguno de nosotros. Era exigente, pero muy respetuosa.

—¿Ponía a prueba su paciencia?

—Algunas veces.

—¿En alguna ocasión sintió deseos de estrangularla? —preguntó el subinspector.

—¡Desde luego que no! No la habría querido como abuela, pero nunca se me hubiera ocurrido hacerle ningún daño. ¿Qué sentido

tendría algo así?

Una idea cruzó la cabeza de Luisa como un destello.

—Supongo que tampoco consideraría que la muerte supondría un alivio a su edad, y que lo más caritativo sería ayudarla en el trance.

—Olvídelo, inspectora. No soy partidario de la eutanasia. En ninguna circunstancia.

Después de terminada la entrevista, Guerrero pasó a ocupar el asiento abandonado por los testigos. Tenía todos los músculos en tensión cuando se dirigió a su jefa.

—¿Piensas que el asesino es un «ángel de la muerte»?

—Es una posibilidad que debemos contemplar —reconoció Luisa—. ¿Qué otra razón podría haber para asesinar a una centenaria en su cama?

El subinspector asintió.

—Tiene lógica. Eso también explicaría el anuncio de que seguirá matando.

—Si estamos en lo cierto, todos los residentes de «San Juan Bautista» están en peligro —afirmó Burgos, mientras cogía el teléfono para girar instrucciones que protegieran a los ancianos.



El subinspector salió del despacho de Burgos con la orden de organizar la vigilancia de la residencia de ancianos. Eso desanimaría al asesino si provenía de fuera. Por otro lado, Luisa contactó con la dirección del geriátrico para que sustituyera en forma temporal a todo el personal hasta que pudieran estar seguros de que el asesino no estaba entre ellos. La directiva no se lo tomó con agrado, pero accedieron a la sugerencia de la inspectora. Ya tenían bastantes problemas con el deceso de Aureliana, como para no mostrarse colaboradores.

Antes de que Luisa pudiera decidir cuál sería su siguiente paso, Eloísa se asomó a su despacho.

—Inspectora Burgos, me envía el comisario para avisarle de que desea hablar con usted, si ya terminó con los interrogatorios.

—Por supuesto, señora Márquez. Gracias.

La secretaria asintió y se marchó. Luisa suspiró. Después de dos años en esa comisaría, todavía no conseguía que la reconocieran como una más. Nadie la comprendió cuando pidió traslado desde la Jefatura Superior de Logroño, donde su carrera hubiera tenido mejores oportunidades de despegar, lo que sumado a su impuntualidad inducía a todos a pensar que era perezosa. Nada más alejado de la realidad, pero cada uno tenía sus prioridades.

La inspectora ya se había acostumbrado al trato distante de todos sus colegas, así que ni siquiera pensaba en ello. O al menos no lo hacía con frecuencia. Salió de su despacho en dirección a la oficina del comisario. Sabía que su jefe esperaría un informe completo y detallado, pero ella solo disponía de dudas y datos sueltos.

Farías la recibió con modales formales y el ceño fruncido, algo que no cambió durante toda la entrevista. Tenía el aire de un policía duro de los años setenta, y ostentaba un cabello negro con sospechosos tintes azulados, además de un bigote anticuado. La escuchó con atención después de invitarla a presentarle un informe completo del caso. Cuando la inspectora terminó su exposición, el comisario soltó un suspiro. Era evidente que lo asaltaban muchas preocupaciones. Una de ellas era que la investigación más difícil y delicada de las que su comisaría se había encargado desde hacía muchos años terminó en manos de su detective más perezosa.

—Espero que comprenda la responsabilidad que implica este caso, Burgos. Lo más evidente y preocupante de todo esto es que nos enfrentaremos a otro asesinato si no detenemos pronto a este malnacido.

—Soy consciente de ello, señor. Y le aseguro que estoy haciendo mi mejor esfuerzo.

—Tal vez no sea suficiente. De momento, no veo que haya avanzado mucho.

—Apenas han transcurrido algunas horas —se justificó Luisa—. Ni siquiera tengo los resultados de los primeros peritajes, además de que el forense no quiso adelantarme nada. Lo único que sabemos al respecto es que murió estrangulada, y ni siquiera ese dato ha sido confirmado.

—Tenemos una nota del homicida. ¿No es así? Alguna pista proporcionará.

—Es un galimatías, señor. Si le soy honesta, no creo que tenga ningún sentido. Es probable que solo lo dejara para confundirnos.

—Aun así, me gustaría verla.

A la inspectora no le tomó por sorpresa la exigencia de su jefe, así que le entregó el papel donde imprimió una copia de la fotografía que hizo con su móvil. Farías leyó, releyó y volvió a leer. No sacó nada en claro.

—Tiene razón —reconoció con pesar—. Esta nota no tiene ningún sentido. Y sin embargo, debemos hacer todo lo posible por descifrarla.

—Es posible que no haya ningún mensaje detrás de toda esa palabrería absurda.

—Tal vez sí, o tal vez no. También podría ser un acertijo y contener la clave que necesitamos para identificar al criminal.

—¿En verdad cree que el asesino se atrevería a algo así? Sería

temerario, pues si usted está en lo cierto, correría el riesgo de que lo descubriéramos.

—Es probable que se crea mucho más listo que nosotros. De hecho, estoy seguro de que es así. También es posible que la nota no revele su identidad, sino la clave para informarnos quién será la próxima víctima. En ese caso se trataría de un juego macabro con el cual nos desafía.

Luisa se quedó pensativa por algunos minutos. Ella había descartado la nota porque la consideraba un elemento de distracción. Lo único que le parecía digno de atención era el anuncio de que habría otro asesinato. Sin embargo, debía reconocer que en esta ocasión el comisario podía tener razón. Así que cedió ante el argumento de su jefe.

—Señor, ¿le encuentra usted algún sentido?

—Ninguno, pero no soy muy proclive a los acertijos. Me falta paciencia. Deberíamos buscar la ayuda de un experto.

—¿Y qué clase de experto sería ese?

—Eso tendrá que averiguarlo por usted misma y hacerlo lo antes posible. Asumo que no necesito explicarle que si el asesino cumple su palabra y esto llega a filtrarse, se desatarán todos los demonios y la presión que se nos vendrá encima será descomunal.

—Sí, señor. Lo comprendo.

—De manera que quiero su palabra de que se comprometerá con este caso más allá de lo que es habitual para usted.

—¿Tiene alguna queja sobre mi desempeño, señor? —respondió la inspectora de inmediato.

—No voy a tratar ese asunto en este momento. No tenemos tiempo para discusiones sobre ese tema, pero espero que se comprometa sin excusas. Si pudiera escoger le proporcionaría más ayuda, pero me temo que hasta que sus compañeros resuelvan la desaparición de la chica Altuve, eso no será posible.

—Lo que quiere decir es que si pudiera me quitaría el caso, ¿no es así?

—Será mejor que no me desafíe, inspectora. Debo reconocer que usted es eficiente y sería una excelente policía si no fuera por su… indulgencia consigo misma.

—Como usted mismo reconoce, cumplo con mi trabajo con eficiencia y responsabilidad. Si tiene alguna queja acerca de mí, puede levantarme un expediente, sustentado con pruebas, por supuesto —replicó Burgos, ofendida—. Por otro lado, considero impropias este tipo de indirectas.

Farías enrojeció hasta la raíz del cabello y Luisa se preguntó si se habría pasado de la raya. Sin embargo, ya estaba harta de los cuchicheos a sus espaldas y las miradas condescendientes. Si tenía que

ser el último mono de la comisaría, que fuera por motivos justificados.

—Ya le dije que no quiero discutir ese asunto en este momento, pero ya que insiste le dejaré claro que no estoy satisfecho con su labor. Sí, es cierto que sus investigaciones son impecables y que es eficiente mientras trabaja, pero es la última en llegar tanto a la comisaría, como a las escenas de los crímenes. También es la primera en marcharse. Nunca ha sacrificado la hora de su almuerzo, por muy difícil que sea la situación…

—¿Y cuando hemos tenido casos que requieran trabajar fuera del horario? Si en este barrio nunca pasa nada.

—Sus colegas han trabajado durante sus horas de descanso sin quejarse, en muchas ocasiones.

—Porque son unos aduladores.

—¡Esto es el colmo! —gritó el comisario, al mismo tiempo que daba una palmada sobre la mesa y se ponía de pie. Tenía la cara roja y sus orejas parecían berenjenas—. Además de su actitud displicente con el trabajo policial, tiene el descaro de insultar a sus compañeros por cumplirlo. Creo que equivocó la profesión, inspectora Burgos. Usted debería estar en una oficina de nueve a cinco en cualquier labor que no exigiera disponibilidad extra de su tiempo. Tal vez debería considerarlo.

Luisa comprendió que se había excedido. Después de todo, desde el punto de vista de Farías y con la información de la que disponía, había llegado a la conclusión más lógica. No podía culparlo, pero cada uno tenía sus prioridades.

—Lo lamento, comisario. Le aseguro que haré mi mejor esfuerzo para resolver este caso cuanto antes. Y no era mi intención insultar a nadie.

Farías respiró hondo varias veces en un esfuerzo por calmarse. La poca disposición de Burgos a hacer horas extraordinarias cuando la necesitaban, lo había convencido de la necesidad de solicitar que la trasladaran. Ni siquiera «San Celedonio» era lo bastante tranquilo para ella, pero la mayoría de los policías se negaban a trabajar allí. ¿Quién tendría oportunidad de ascender en un barrio donde nunca pasaba nada?

El comisario dio por terminada la reunión y Luisa se alegró de poder salir de su oficina. Allí se sentía como cuando era una niña y la enviaban a la dirección a ver a la madre superiora por alguna travesura. En esos días no le importaba quedarse en la Biblioteca después de clase, pero entonces la vida era más sencilla y las circunstancias diferentes.

Mientras recorría la distancia que la separaba de su propio despacho se le ocurrió una idea. Si en realidad la nota tenía un mensaje oculto y se trataba de un acertijo, quién podía ser mejor para

descifrarlo que alguien que se dedicara a crearlos. En cuanto se sentó detrás de su escritorio, la inspectora le pidió a Eloísa el teléfono del diario de Calahorra y para sorpresa de la secretaria del periódico que la atendió, pidió hablar con el periodista encargado de la sección de pasatiempos. La voz de un hombre mayor le respondió unos segundos después.

—Soy Jesús León. Me dijo la secretaria que usted es de la Policía. ¿En qué puedo ayudarle?

—Señor León. Gracias por atenderme. Supongo que entre sus labores está la creación de acertijos.

—Sí, es uno de nuestros entretenimientos más populares.

—¿Y usted puede resolverlos también?

—Bien, supongo que en general se me dan mejor que a la mayoría.

Luisa se animó con la respuesta y le pidió el favor sin entrar en detalles. Luego, a través del móvil le envió la nota que dejó el asesino. Hubo un silencio largo al otro lado de la línea, al punto que la inspectora pensó que se había cortado la comunicación, pero antes de que tratara de comprobar si León se mantenía al teléfono, el periodista habló.

—En realidad, su acertijo es un enigma.

—¿A qué se refiere? ¿Qué diferencia hay?

—No es tanto una diferencia como una característica —explicó Jesús—. Los enigmas son acertijos en los que se usan metáforas y alegorías. Hay mucho simbolismo en ellos y requieren de mucha creatividad tanto para hacerlos, como para resolverlos.

—Pero usted es un experto. ¿Puede descifrar este?

—Intuyo que el asunto es grave y que hay buenas razones para considerarlo urgente.

—No se lo voy a negar.

—Muy bien. No puedo darle una respuesta inmediata, pues también debo reconocer que muchas de las alegorías que plantea requieren una investigación por mi parte, pero deme un poco de tiempo y veré qué puedo sacar en claro.

—Le agradecería mucho que lo hiciera lo antes posible.

—¿Puedo saber el motivo de la prisa?

Burgos se quedó en silencio por un momento. Lo último que quería era que los detalles de la investigación se filtraran a la prensa, pero por otro lado, necesitaba la ayuda de León con desesperación, así que se decantó por una verdad a medias.

—Puede haber una vida en peligro y la única posibilidad de salvarla sería resolver este enigma.

Si el periodista hubiera tenido orejas móviles, se le hubieran puesto de punta, y en el caso de poseer antenas, estas ya estarían desplegadas sobre su cabeza.

—¿Me está diciendo que se trata de una amenaza cifrada y que esperan un asesinato si no encontramos la respuesta?

—Señor León, espero que comprenda la importancia de la discreción en este caso.

Le estaba pidiendo discreción a un periodista acerca de una noticia impactante. ¡Ja! Tal vez Farías tenía razón y ese trabajo no era para ella.

—Comprendo, inspectora. No soy insensible y no pondré en peligro la vida de nadie para conseguir una noticia. Tampoco es mi labor dentro del periódico. Sin embargo… —Ahí, ahí venía el sablazo. Burgos se preparó para escuchar el precio que le costaría la colaboración de León— Usted comprenderá que ante mi jefe debo justificar el tiempo que dedique a resolver el acertijo. Estoy seguro de que será más receptivo si sabe que a cambio conseguirá una exclusiva. Cuando usted considere segura su publicación, por supuesto.

Luisa suspiró y se preguntó si sus próximas palabras le costarían el trabajo. Sin embargo, no tenía alternativa. Sin la ayuda de León no sería capaz de descifrar el mensaje del asesino. Y si este contenía información sobre el crimen que pensaba cometer, tal vez pudieran salvarle la vida a una víctima inocente. Decidió correr el riesgo.

—De acuerdo, tendrá su exclusiva, pero se comprometerá a no publicar nada de esto hasta que yo se lo autorice. Recuerde que podría costarle la vida a un inocente.

—Tiene mi palabra, inspectora. Me pondré a trabajar en ello y le avisaré si descubro algo.

Burgos colgó con la sensación de que había dado un paso del que se arrepentiría pronto. Antes de soltar el auricular escuchó el aviso de la entrada de un correo electrónico. Desbloqueó la pantalla y comprobó que se trataba de los resultados de la autopsia de Aureliana. El doctor Garrido se había dado prisa.

Antonio Abelard miraba a través de la ventana del último piso de su principal hotel en Madrid. «El Mirador» era una imponente estructura de metal y cristal que se elevaba treinta pisos por encima de la ciudad. Sin embargo, lo que veía Antonio no era la urbe a sus pies, sino el desolador vacío en su interior. Sentía como si le hubieran arrancado un órgano vital. En cierto modo, tal vez eso fue lo que ocurrió. César. Su hijo estaba vivo, pero él con su intransigencia y su soberbia lo echó de su lado, tal vez para siempre. Con las manos entrelazadas a su espalda, el gesto adusto y una profunda tristeza en la mirada, Abelard era la estampa de la pura desesperación.

Verlo en ese estado le rompía el corazón a Jimena. Sabía el sufrimiento que el secuestro de su primogénito le había causado a su padre. Fue testigo del lento proceso de aceptación de la muerte de

César y el reconocimiento de que nunca volverían a verlo. Y sin embargo había regresado desde el olvido. De una forma desconcertante para todos, tal vez incluso para él mismo. La voz del patriarca los cogió desprevenidos:

—Comprendo que mi confesión os sorprendió, y que os despertará muchas dudas. Sin embargo, es mi deber informaros de la verdad.

Marcos miró a su padre con sus oscuros ojos saltones sin salir de su desconcierto. Cuando los citó aquella mañana en su oficina de Madrid, lo último que el menor de los Abelard esperaba era que les contara aquella historia de locos. ¿Cómo era posible que su hermano desaparecido y dado por muerto treinta años atrás, regresara de repente para enfrentar a un asesino que amenazó la seguridad de su familia? Aquello no tenía sentido. Y sin embargo, el ADN no dejaba lugar a dudas: El comisario Argus del Bosque era el hijo perdido de Antonio Abelard.

—¿Su identidad tiene algo que ver con el tatuaje de su pecho? ¿Ese que hizo que te enfadaras de esa forma con él?

Abelard sintió las palabras de Jimena como una estocada. Después de ver ese tatuaje, Antonio tuvo conductas contra Argus que ahora le avergonzaban.

—Estoy seguro de que se lo hicieron sus secuestradores, y por eso era igual al que acompañó la nota que nos enviaron después de llevarse a César. Es probable que lo tatuaran sin su consentimiento.

—Eso fue lo que él nos dijo cuando nos habló del tatuaje —reconoció Jimena.

—Supongo que eso significa que lo reincorporaremos a la familia —intervino Marcos.

—Nada me gustaría más —afirmó Abelard, al mismo tiempo que se giraba para mirar de frente a sus hijos—. El problema es que no tengo idea de dónde puede estar.

—¿Inés no lo sabe?

—Rompió su relación con él antes de que César abandonara Marañón.

—¿Se lo has dicho a ella? —quiso saber Jimena. Antonio sacudió la cabeza.

—Aparte de mí, solo lo sabéis vosotros. Y prefiero que siga siendo así por el momento. Confieso que estoy avergonzado de mi comportamiento y no quiero que mi hijo se convierta en el objetivo de una caza del tesoro. Por lo poco que interactué con él en la isla, y la forma en que se marchó sin revelar su identidad, asumo que la discreción es importante para César. No quiero disgustarlo más de lo que ya está.

—¿Crees que te perdonará si lo encuentras?

—Iba a haceros la misma pregunta. Sobre todo a ti, Jimena, que

trataste con él más de cerca que ninguno de nosotros. ¿Crees que podrá perdonarme?

—No lo sé, papá. Debo reconocer que tampoco entablé una amistad con él. Tan solo le ofrecí mi apoyo moral con respecto a la investigación.

—¿Habéis mantenido algún tipo de contacto después de que se fue de la isla?

—Lo siento. Me temo que la última vez que lo vi fue durante la reunión que Avelino organizó para que nos explicara lo que había ocurrido.

Abelard soltó un suspiro de decepción, se acercó a su escritorio de caoba y se dejó caer en la silla, al mismo tiempo que apoyaba los codos y sostenía la cabeza con sus manos.

—¡Esto es inaudito! Encuentro a mi hijo después de treinta años de darlo por muerto, y yo mismo lo alejo de mí.

—¿Por qué no lo llamas? Tal vez si le explicas qué fue lo que te ocurrió, sea comprensivo y te perdone. A pesar de su melancolía, me pareció una persona bastante accesible.

—¿Crees que no lo intenté? Lo he llamado hasta el cansancio al móvil que aparece en su expediente, y que me proporcionó uno de mis amigos de la Policía cuando le dije que quería felicitarlo por el excelente trabajo que hizo en Marañon. Sin embargo, nadie responde. Al parecer, el teléfono está desconectado.

—¿Y tus amigos no saben dónde está?

—De vacaciones, o al menos esa es la versión oficial.

—Entonces debe regresar pronto —argumentó Marcos—. Solo debes tener un poco de paciencia y esperar.

—Dispone de las vacaciones acumuladas de varios años. Según mi amigo, no las había disfrutado desde la muerte de su esposa en un accidente. Podrían pasar meses antes de que se reincorpore. Si es que lo hace.

Antonio se echó hacia atrás en el asiento y soltó un suspiro. Miró a sus hijos y vio en ellos la duda y el desconcierto. Se miraban entre sí, sin atinar a proporcionar una respuesta apropiada. Por fin, fue Marcos quien rompió el silencio.

—¿Por qué no contratamos un detective privado? Tal vez un profesional sería capaz de encontrarlo.

Abelard se quedó en silencio por un momento, mientras sopesaba las ventajas y desventajas de la idea. Luego sacudió la cabeza.

—No. Temo que algo así podría ofenderlo y alejarlo más de nosotros.

—¿Entonces, qué hacemos? —preguntó Jimena.

—Solicité una entrevista con el comisario mayor de la Brigada de Homicidios a la que pertenece César. Espero su llamada. Tal vez nos

proporcione alguna pista.

—De manera que ya tenías un plan —afirmó Marcos—. ¿Entonces solo nos convocaste para informarnos de que nuestro hermano está vivo?

—No es lo único que quiero que sepáis. Hay algo más… —Los dos hijos de Abelard esperaron expectantes. Por la solemnidad de su padre comprendieron que lo que se les comunicaría sería importante y decisivo—. He cambiado mi testamento para incluir a César. Sin importar si lo encontramos o no, si puedo volver a abrazarlo o muero sin verlo de nuevo, sigue siendo mi hijo, así que a mi muerte, mi patrimonio se dividirá en tres partes y no en dos como rezaban mis disposiciones testamentarias hasta ahora.

Los dos Abelard más jóvenes recibieron con resignación las palabras de Antonio. Aunque lo comprendieron desde que les anunció que César estaba vivo, aquel cambio significaba un importante desmedro de su herencia y la de sus hijos. La primera en reaccionar fue Jimena, quien se acercó a Antonio y le apoyó una mano en el hombro mientras hablaba.

—Es lo más justo y estamos de acuerdo por completo. ¿Verdad, Marcos?

Su hermano pareció despertar de un trance. La fortuna de su padre era lo bastante sólida como para poder repartirse entre tres personas y permitirles conservar su estilo de vida, pero no estaba seguro de cómo reaccionaría su esposa ante la noticia. Aun así respaldó a su hermana en el apoyo a su padre. De cualquier forma, tampoco podía hacer nada al respecto.

Después de que sus hijos se marcharon, Antonio regresó junto a la ventana y se concentró de nuevo en sus pensamientos, hasta que el teléfono de su escritorio dio un timbrazo. Entonces descolgó y escuchó la voz de Inés.

—Señor Abelard. Lo llama el comisario mayor de la Brigada de Homicidios. Dice que ya tiene una respuesta sobre el asunto que le pidió averiguar.



La inspectora Burgos leyó el informe de la autopsia por segunda vez. Si bien muchas de las descripciones técnicas se le escapaban, los datos concretos eran de una claridad prístina y aterradora. Aureliana Díaz falleció a la medianoche, a causa de un traumatismo tan fuerte en el cuello y la garganta que aplastó la laringe, lo cual impidió el paso del aire con la consecuente asfixia, pero además tenía una fractura de la segunda vértebra cervical que presionó la base del cerebro, y desencadenó un paro cardíaco y respiratorio. Por otro lado,

la víctima tenía los ojos irritados.

Después de la tercera lectura, Luisa cogió el auricular y llamó a la morgue. Una vez que pudo superar la resistencia de la secretaria, del otro lado escuchó la voz chillona del doctor Garrido.

—Inspectora. Esperaba su llamada. Supongo que quiere hacerme algunas preguntas sobre la autopsia.

—Desde luego. Si le soy honesta, salvo por la hora de la muerte, sus conclusiones arrojan más preguntas que respuestas. Dígame, ¿la señora Díaz murió estrangulada, o le fracturaron el cuello?

—Ambas cosas. Aunque para ser más exactos, debería decir que murió asfixiada. Verá, tanto el aplastamiento de la laringe, como la fractura de las primeras vértebras cervicales restringe el aporte de oxígeno, que es lo que ocasiona la muerte en última instancia. Sin embargo, debo reconocer que el daño que sufrió la occisa en la columna resulta extraño en un estrangulamiento. Sería más fácil de comprender si la señora Díaz hubiera fallecido ahorcada.

—Espere, ¿me está diciendo que la ahorcaron?

—Por supuesto que no. Las señales de estrangulamiento son evidentes.

—Perdóneme, doctor Garrido, pero ¿podría explicarse mejor?

El forense guardó silencio por algunos segundos, y Burgos temió haber herido su sensibilidad. Ya se disponía a disculparse cuando el doctor volvió a hablar en tono normal, por lo que ella comprendió que solo se había tomado unos segundos para reorganizar sus ideas.

—Muy bien, se lo explicaré en detalle. Aunque el estrangulamiento y el ahorcamiento son muy similares, en realidad se diferencian con facilidad en el examen forense. Salvo en este caso. Verá, cuando alguien muere ahorcado, la cuerda está alrededor del cuello de la víctima y se usa su propio peso para causar la muerte. Esto ocasiona el aplastamiento violento de las vías respiratorias y casi siempre la fractura de las vértebras cervicales. En otras palabras, se les desnuca…

—Que es lo que le hicieron a Aureliana.

—Así es. Sin embargo, las marcas del cuello en el ahorcamiento son oblicuas por la forma en que se distribuye la presión de la cuerda sobre la piel. ¿Me sigue?

—Creo que ya comienzo a comprender su planteamiento: las marcas de la señora Díaz son horizontales.

—¡De eso se trata! Las evidencias forenses en la occisa no dejan lugar a dudas de que alguien colocó una banda alrededor de su cuello y apretó hasta romper la laringe. Así que la conclusión más lógica a la que podemos llegar es que el asesino la estranguló primero y le rompió el cuello después.

—¿Por qué en ese orden?

—La piel alrededor de los puntos de presión se inflamó, así que

estaba viva cuando le aplastaron la laringe.

Luisa experimentó una desagradable sensación en el estómago que le subió hasta la boca y le dejó un sabor amargo. La invadieron las náuseas.

—¿Me está diciendo que ese malnacido torturó a la anciana antes de asesinarla?

—No puedo afirmarlo, pero es lo que sospecho por las evidencias. Sin embargo, hay algo que no comprendo.

—¿De qué se trata?

—Bien, debemos esperar los resultados de las muestras bajo las uñas de la víctima, así como las pruebas de toxicología, pero me sorprendió que no encontré heridas defensivas en el cuerpo.

—Se trataba de una mujer muy débil. Tal vez no tuvo oportunidad de defenderse.

—No comprende, inspectora. No había ninguna señal de ataduras en las muñecas de la señora Díaz, lo cual quiere decir que tenía las manos libres. Sin importar la fortaleza de la víctima, lo normal en esa situación es tratar de apartar la cuerda, cinta, u objeto que presiona la garganta e impide la entrada del aire…

—Y supongo que eso dejaría arañazos autoinfligidos —concluyó Burgos, al comprender el razonamiento del forense.

—Es correcto. Sin embargo, eso no ocurrió en este caso.

—¿Cómo lo explica?

—Es la razón por la que solicité la prueba toxicológica. Solo lo comprendería si la señora hubiera estado inconsciente mientras la estrangulaban.

Luisa se quedó en silencio por un momento. Había algo que no encajaba. Entonces comprendió de qué se trataba y se lo planteó al forense.

—No lo comprendo. Si la verdadera causa de la muerte fue la fractura del cuello, y el asesino la estranguló para atormentarla, ¿qué sentido tenía drogarla?

—Excelente pregunta, inspectora. Llevo toda la mañana tratando de encontrar la respuesta, y la incógnita me está volviendo loco.

—¿Está seguro de que el estrangulamiento no fue la causa de la muerte?

—Con respecto a este crimen, ya no estoy seguro de nada. Es la autopsia más extraña que he realizado en toda mi carrera. Lo único que puedo asegurarle es que Aureliana Díaz estaba viva mientras la estrangulaban y que la fuerza que emplearon fue tan brutal que no solo cerró el paso del aire, sino que le fracturó la laringe. Y por si fuera poco, antes de que muriera por asfixia, también le rompieron el cuello.

—Entonces buscamos a un hombre con una fuerza extraordinaria.

—En condiciones normales sería la conclusión lógica, pero debemos considerar que nos referimos a una centenaria, de manera que se trata de una víctima muy frágil. Si me permite la analogía, no es necesaria demasiada fuerza para romper los huesos de un pajarillo. Lo que sí puedo afirmar, sin miedo a equivocarme, es que se trata de alguien con la sangre fría de un reptil. No la envidio, inspectora. Tiene usted un trabajo difícil por delante.

Burgos se despidió de Garrido y colgó el teléfono con una sensación de desasosiego. Ni siquiera comprendía la forma en que el homicida cometió su crimen. Lo único que sabían con certeza era que el deceso ocurrió a medianoche, lo cual volvía a centrar su interés en el personal de la residencia y la posibilidad de que se enfrentaran a un «ángel de la muerte».

Luisa levantó el auricular y marcó la extensión de su compañero. Era hora de poner a trabajar sus cerebros y resolver el maldito acertijo.

Al cabo de pocos minutos, Guerrero estaba sentado frente a ella, y sostenía en sus manos la copia impresa de la nota que dejó atrás el asesino. Leyó en voz alta:

—«*Soy la muerte que alcanza a los pecadores porque así está escrito en la salida. Podréis leerlo en el lodo de España entre el primero de los perfectos y las notas de una tonada.*

¿Quieres saber quién asesinó a Aureliana? Su nombre es Mammón… Otros la seguirán. Por eso Leviatán se encargará del antagonista, cuyo nombre es Procusto, y quien sufrirá la misma suerte de su víctima. Lo hallaréis envuelto en sedas y rodeado del fruto de su iniquidad».

Luisa ya casi se la sabía de memoria de tanto leerla, pero no por eso la comprendía mejor. Para ella nada de aquello tenía sentido, salvo la corta frase: «otros la seguirán». Su atención se centraba en esas tres palabras. Entonces recordó algo que le comentó León.

—Según el experto en acertijos, estamos frente a un enigma, lo cual significa que se basa en metáforas y alegorías.

—Muy bien, en ese caso tal vez deberíamos averiguar quiénes son todos estos personajes que menciona.

—¡Buena idea! —reconoció la inspectora—. La primera parte me parece demasiado críptica. ¿Le encuentras algún sentido?

Alfonso resopló con disgusto, antes de responder.

—Sentido no tiene ninguno, salvo quizá la referencia a los «pecadores».

Luisa se inclinó hacia adelante con interés.

—Continúa.

—Bien, tal vez sea porque provengo de una familia muy religiosa, pero cuando alguien me habla de pecadores, enseguida pienso en penitencia. Y cuando hablamos de penitencia…

—Nos estamos refiriendo a castigo —concluyó la inspectora—. Es un buen punto. ¿Y todo eso acerca de la salida, el lodo de España y lo demás?

El subinspector sacudió la cabeza.

—Para mí es chino mandarín. No le encuentro ningún sentido.

—Pues ya somos dos. Sin embargo, la parte que más me interesa es la segunda, donde dice quién asesinó a Aureliana y menciona a la próxima víctima.

—*Mammón*.

—Tal vez Google nos ayude —dijo Luisa mientras tecleaba el extraño nombre. La búsqueda concluyó al instante y la decepcionó. Sin embargo, lo leyó en voz alta para su compañero—. *Mammón* es el demonio de la avaricia, la riqueza y la injusticia.

—Así que tal vez ese fue el pecado que cometió Aureliana —sentenció Alfonso.

Burgos apartó la mirada de la pantalla y la centró en él.

—Lo dices como si la víctima hubiera merecido lo que le hicieron —lo reprendió.

—No me entiendas mal. Eso no fue lo que dije, pero es evidente que es lo que cree el asesino, y si queremos descifrar el acertijo tendremos que tratar de comprenderlo. ¿No crees?

—Sí, supongo que tienes razón. Continuemos.

—De acuerdo. Si estamos en lo cierto y este sujeto que se hace llamar *Mammón* mató a Aureliana para castigarla por su avaricia, es evidente que debió existir alguna relación previa entre ambos.

—Es lo habitual, ¿no crees? Que exista algún tipo de nexo entre asesino y víctima.

—A lo que me refiero es a que no la habría asesinado por tener cien años y aliviar su sufrimiento…

—Y no se trataría de un ángel de la muerte —admitió Luisa, mientras soltaba un suspiro de frustración—, con lo cual el cambio de personal en el geriátrico y la protección de los ancianos resultarán inútiles. La próxima víctima podría ser cualquiera.

—Sin embargo, nos da una pista acerca del motivo del homicidio.

—Sí, tienes razón —la inspectora se echó hacia atrás en el asiento y usó el bolígrafo para señalar a Alfonso—. Debemos interrogar a los familiares de Aureliana y averiguar si tuvo algún problema relacionado con bienes de fortuna. La señora Quiroz me informó que todos sus parientes viven fuera de España, pero es probable que alguno de ellos viaje hasta aquí para ocuparse de las exequias.

—Lo investigaré y le solicitaré una entrevista a quienquiera que venga.

—¿Qué sigue?

—«*Leviatán* se encargará del antagonista, cuyo nombre es *Procusto*».

—*Leviatán* —repitió Luisa, al mismo tiempo que lo escribía en la ventana de búsqueda. Después de leer la respuesta, torció el gesto—. Parece que a nuestro asesino le va la demonología. *Leviatán* es el nombre de otro demonio. Esta vez el de la envidia.

—Avaricia, envidia… ¡Mierda, se trata de los pecados capitales!

Burgos sintió un escalofrío en la espalda y palideció.

—Si estás en lo cierto, hablamos de siete pecados, lo cual significa…

—Siete víctimas —murmuró Guerrero.

—¡Tenemos que descifrar esto a como dé lugar! ¿Alguna idea de quién puede ser el antagonista?

—Supongo que debe referirse a quien se opone al protagonista.

—¿Y ese protagonista sería el propio asesino? —Alfonso encogió un hombro—. De acuerdo, si queremos avanzar debemos conservar la calma —afirmó Luisa, más para sí misma que para su subalterno—. Veamos qué significa *Procusto*.

Google arrojó sus resultados y la subinspectora, que esperaba una información que aclarara sus ideas, se sintió desolada, pues el nombre de *Procusto* estaba relacionado con un personaje de la mitología griega: un posadero que mataba a sus huéspedes porque ninguno se ajustaba a las medidas de la cama que escogía para ellos, así que a unos les cortaba las partes sobresalientes, como la cabeza y los pies, y a otros los descoyuntaba para estirarlos y que alcanzaran los extremos de la cama. El término también lo usaban los psicólogos para referirse a un trastorno de personalidad. Ninguno de los hallazgos le proporcionó pistas, pese a que leyó varias veces tanto el mito como la información científica.

—¿Y bien? —preguntó Guerrero, ya un poco impaciente ante la tardanza de su jefa.

—Lo único que me queda claro con respecto a ese nombre es que también se relaciona con la envidia.

—Así que la próxima víctima morirá por envidiosa.

—¡No digas eso! ¡Atraparemos a ese malnacido antes de que vuelva a matar! —La expresión de Guerrero dejaba claro que no se sentía muy convencido al respecto—. ¿No lo crees?

—Me temo que Enigma está resultando demasiado listo para nosotros —confesó el subinspector.

—¿Cómo lo llamaste?

—Enigma. ¿No te parece apropiado?

—Será mejor que nadie de la prensa llegue a saberlo —le advirtió la inspectora a su subalterno—. Con un apodo así, no quiero ni pensar en los titulares que tendríamos que enfrentar. ¿Qué más dice el acertijo?

—«Lo encontraréis envuelto en sedas y rodeado del fruto de su

iniquidad».

—¿Alguna idea de a qué se refiere?

—Ninguna.

Luisa se sintió derrotada. A ella le iban las investigaciones normales: interrogatorios a testigos, evidencias forenses, juntar las piezas y encontrar al culpable, ejecutar la orden de captura y a otra cosa. Todos esos juegos macabros le resultaban extraños. Esperaba que el periodista lograra mejores resultados y que el asesino se demorara en la ejecución de sus planes. Miró el reloj. Era la hora de salida y debía marcharse. Se llevaría el enigma para estudiarlo después de cenar. No tenía muchas esperanzas de conseguir algún resultado, pero era lo menos que podía hacer.

—…darte?

—Perdona, ¿me dijiste algo? —le preguntó a Alfonso. Se había distraído y ni siquiera notó que le hablaba.

—¿Qué si piensas quedarte para continuar la investigación? Estoy seguro de que si llamamos a Científica podrían adelantarnos algo sobre la escena del crimen.

—Lo siento, Alfonso, no puedo quedarme.

—No creo que al comisario le agrade que te marches en medio de esta situación.

—Farías puede opinar lo que quiera. Y si tiene alguna queja, que me abra un expediente. Mi jornada laboral terminó y no hay ninguna llamada de emergencia que me retenga, así que yo me voy. Adiós, se me hace tarde.

La protesta del subinspector se quedó en el aire, pues su jefa ya se había marchado. Después de superar los atascos de la hora punta, Luisa llegó a la calle General Gallarza y luego de un par de vueltas consiguió aparcar a media manzana de su casa. Su piso estaba en los bajos del edificio. Tardó más de tres meses en encontrar un apartamento que reuniera los requisitos que necesitaba, pero al final lo consiguió.

Sacó las llaves y se dispuso a entrar. Detrás de esa puerta la esperaba el único incentivo por el que se levantaba cada mañana para enfrentar al mundo, su mayor alegría y también la razón de todas sus lágrimas. Antes de abrir la puerta reunió el valor, suspiró y cruzó el umbral con una sonrisa.

Día dos.

Farías llamó a Burgos antes del amanecer. A la inspectora le llevó algunos segundos comprender lo que significaba el sonido de su móvil a aquella hora. Se sentó en la cama y cogió el teléfono. Cuando vio el nombre del comisario, acompañado de una foto donde posaba con su uniforme de gala, Luisa sintió un nudo en el estómago.

—¡Mierda! —se dijo a sí misma—. Si ha vuelto a matar… Aquí Burgos, dígame comisario.

—La espero en el 121 de la avenida San Adrián. No se demore —le ordenó con voz cortante.

La inspectora se levantó de inmediato e hizo una llamada telefónica. Se vistió deprisa, pero eso no le serviría para llegar a tiempo. Cruzó el pasillo y abrió la puerta de la habitación frente a la suya sin hacer ningún ruido. Él dormía, y lo más probable era que no se diera cuenta de que ella se había marchado hasta que la mañana estuviera avanzada. Y para entonces ya no tendría importancia. No sabía cómo sentirse al respecto. Los minutos transcurrían con una lentitud exasperante mientras esperaba en la entrada, pues no quería que su visitante se viera obligada a llamar a la puerta.

Se sintió aliviada cuando vio la pequeña figura que se le acercaba.

—Gracias por venir, Paola.

—Descuida. Comprendo que son exigencias de tu trabajo. Tengo los mismos problemas.

Burgos observó a la mujer pequeña y regordeta. Tenía un aspecto extraño, pues sus rasgos eran asimétricos y era fea sin discusión, pero al mismo tiempo tenía algo en sus ojos… Luisa no podía decir de qué se trataba, pero lo percibía como una belleza interior que desbordaba a través de su mirada y su sonrisa. Era la única a quien la desconfiada inspectora dejaba con tranquilidad en su casa cuando ella se ausentaba.

—En verdad lo lamento. Estamos en medio de una investigación muy complicada y mi jefe me acaba de llamar por una emergencia. Debo marcharme de inmediato y no sé cuándo podré regresar.

—Vete tranquila, anda, que yo me encargo.

—Por favor, explícaselo.

—Que sí, que sí, anda, vete y no seas pesada.

—Te llamaré en cuanto pueda —le prometió Burgos, mientras Paola abría con su propia copia de la llave.

Una vez liberada, Luisa corrió hasta su Seat y puso rumbo a la dirección que le proporcionó su jefe. El sol todavía no se asomaba, así

que encontró las calles casi desiertas. Tan solo la acompañó el frío de la noche riojana y una sensación de derrota. Estaba segura de que el asesino había cobrado su segunda víctima.

La inspectora conocía bien la ciudad, así que no necesitó usar el GPS para llegar a su destino. Había pocas construcciones en la calle San Adrián y casi todos eran chalés, pero lo que encontró en el 121 fue una mansión. Burgos hubiera creído que Farías le dio mal la dirección de no ser por las tres patrullas, la furgoneta de la morgue y la de la Policía Científica. Los oficiales ya habían levantado un perímetro de seguridad alrededor de la casa, pero reconocieron a Luisa y la dejaron pasar.

—Qué bueno que llegó, inspectora. El comisario ya preguntó por usted, al menos tres veces.

—Pues ya estoy aquí, Pérez. ¿Puedes adelantarme algo?

—Se trata de otro homicidio. Debo reconocer que tengo la piel de gallina. ¡Dos muertos en dos días! ¿Adónde vamos a llegar?

—Esperemos que sea a atrapar al asesino. Y ahora voy a entrar, no vaya a ser que el comisario salga y me lleve arrastrada por la oreja hasta la escena del crimen.

El patrullero se limitó a tocar la visera de la gorra a modo de saludo. Burgos entró en la mansión y observó que las puertas estaban abiertas de par en par. En cuanto cruzó el umbral se encontró en un vestíbulo digno de una revista del corazón. Siguió adelante guiada por las voces, entre las cuales reconoció la de su jefe.

Cuando Farías la vio, torció el gesto con desagrado.

—Vaya, por fin llega, inspectora. La última, como siempre. Creo recordar que le ordené que se diera prisa.

—Y es lo que hice, comisario. Vine lo antes posible.

Farías la miró con el ceño fruncido, como si considerara sus opciones. Decidió dejar los reproches para más tarde. Este nuevo asesinato lo desbordaba y debía reconocer que pese a sus malos hábitos con respecto a la puntualidad, Burgos hacía bien su trabajo.

—Ya hablaremos de eso después. Ahora será mejor que nos pongamos manos a la obra.

—¿Quién fue la víctima esta vez? —preguntó ella, mientras observaba el cuerpo de una mujer de mediana edad tendido en medio de la sala. Estaba cubierta por una tela manchada de algo oscuro—. ¿Sangre? —le preguntó al forense.

—Vino —respondió Garrido—. Empaparon la tela antes de echársela por encima.

—«*Lo encontraréis envuelto en sedas y rodeado del fruto de su iniquidad*» —recitó la inspectora.

—¿Qué?

—Es una parte del acertijo que el criminal dejó en la primera

escena. Describió la forma en que encontraríamos a la víctima. Creímos que era una metáfora, pero al parecer se trataba de un dato textual.

—Así que el fruto de su iniquidad sería el vino… —sugirió Farías. Luisa asintió—. ¿De la iniquidad de quién? ¿Del asesino?

—Creo que en este caso se refiere a la víctima —afirmó la inspectora y le explicó las conclusiones a las que llegaron ella y Alfonso el día anterior.

El comisario cogió aire como si fuera a suspirar, pero lo retuvo. Luego lo soltó despacio antes de hablar.

—Entonces, según usted y Guerrero, se trata de una venganza del asesino contra sus víctimas porque cometieron pecados capitales: Aureliana por avaricia y la señora Ponce por envidia…

—¿La señora Ponce?

—Camila Ponce —intervino el juez Perdomo, que no había perdido palabra—. Tenía cuarenta y cinco años, casada, con dos hijos mayores. Era la dueña de esta casa y la principal propietaria de una de las bodegas de mayor importancia en la ciudad.

—Creí que Calahorra se concentraba en los productos de la huerta y conservas —observó Burgos.

—Todavía es la Rioja —afirmó el comisario con orgullo—. También tenemos bodegas, pero quiero que me explique a quién podría haber tenido envidia esta señora.

Luisa se encogió de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? El único que puede responder a eso es el asesino.

—No sea impertinente, Burgos. Está claro que ni usted, ni Guerrero están sobre la pista.

La inspectora se acercó al cuerpo, pues prefería no discutir con su jefe. Se agachó junto al cadáver y lo miró con detenimiento. Garrido levantó la vista por algunos segundos y volvió a lo suyo.

—¿También la estranguló?

—Usó el mismo *modus operandi*. Las marcas son iguales a las que encontramos en la señora Díaz. También tenía los ojos irritados, detalle al que no le di mucha importancia en la víctima anterior, pues es algo que se ve con frecuencia en los ancianos, pero al repetirse en la señora Ponce... Bien, cogeré una muestra de las secreciones oculares para enviarla al laboratorio.

—En este caso no se trata de una anciana frágil como un pajarillo —señaló Luisa. El forense volvió a lanzarle una mirada rápida—. ¿También le rompió el cuello?

—Todavía no lo sé. Dispondrá de toda la información cuando le envíe el resultado de la autopsia. Lo único que puedo prometerle es que me daré prisa.

La inspectora asintió y se puso de pie, luego se acercó al comisario y al juez antes de hacerles la siguiente pregunta.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El marido —respondió Perdomo, al mismo tiempo que consultaba sus notas—. Su nombre es Francisco Soliz. Según su declaración, se despertó en la madrugada y se dio cuenta de que su esposa no estaba en la cama. Pensó que se encontraba en el sanitario, o que había bajado a la cocina para beber agua, pues acostumbraba a hacerlo antes del amanecer, pero al ver que ella se demoraba decidió levantarse para averiguar el motivo de su tardanza. Y la encontró así.

—Pobre hombre —comentó el forense.

—Si es que su versión es cierta —dijo Burgos—. Si no fue él mismo quien la asesinó.

Garrido torció el gesto con desagrado.

—Me pregunto si los policías sois tan cínicos por tener que tratar con lo peor del ser humano, o escogéis la profesión por vuestra inclinación al cinismo.

—Da igual —sentenció el comisario—. Si consideramos al señor Soliz como el principal sospechoso, ¿dónde encaja Aureliana Díaz en todo esto?

—Podría ser una maniobra de distracción —sugirió la inspectora—. De esa forma nos haría creer que se trata de un asesino serial desquiciado y desvía nuestra atención de sus posibles motivos. ¿De quién es el dinero?

—¿No lo sabe? —preguntó el forense, sorprendido—. Cualquier calahorrano sabe quiénes son los Soliz-Ponce. Se trata de una de las familias más poderosas de la ciudad —Luisa no cambió su expresión, y Garrido comprendió que esperaba una respuesta—. Ella heredó las bodegas «Ponce de Calahorra» de su padre. Él era uno de sus ejecutivos. Cuando el viejo Toribio falleció, Camila heredó su fortuna y Soliz se hizo cargo.

—Debemos averiguar quién heredará todo esto —afirmó Farías.

—¡Inspectora Burgos, me alegra verla! —dijo una voz rasposa, que Luisa reconoció como la de Heriberto, el jefe de la Policía Científica de Logroño—. ¿Recibió mi informe? Se lo envié anoche a la comisaría.

—Lo lamento, comisario Sarría, no he tenido oportunidad de regresar a «San Celedonio» desde ayer en la tarde. ¿Hay algo que debería saber?

—Pues le confieso que no encontramos mucho. Con respecto a la nota: usó un papel corriente y la tinta de impresión corresponde a una marca de uso común. Me temo que no conseguiremos nada por ese lado. El sujeto fue cuidadoso. Sin embargo, sí hubo un detalle que nos llamó la atención en la escena del crimen; la ventana estaba abierta, pero la enfermera de la noche nos juró que la había cerrado. Doña

Aureliana sentía mucho frío y la reñía si no cerraba bien ventana y contraventana.

—El asesino la usó para salir —sentenció Luisa.

—Es la misma conclusión a la que llegamos.

—¿Pero por dónde entró?

El perito encogió un hombro.

—Para eso todavía no tengo una respuesta.

Farías intervino.

—Heriberto, por favor muéstrale la nota a la inspectora.

—¿También dejó un acertijo aquí?

Por toda respuesta, el jefe de Científica dio una orden a uno de sus hombres, quien se presentó con la consabida hoja de papel protegida por una bolsa plástica. Burgos la fotografió y luego la leyó en voz alta:

«Es el turno de Asmodeo, quien al prevaricador conducirá al infierno. La justicia llegará por la Ley del Talión, pues quien con el hierro mata, con el hierro morirá. Si quieres encontrarlo, deberás buscar al que ejecuta. El imperator».

Después de pronunciar las palabras del asesino en voz alta, Luisa levantó la mirada hacia los hombres que la acompañaban y vio en sus rostros el mismo desconcierto que ella sentía.



La inspectora se estremeció en cuanto comprendió que la nota anunciaba que habría otra víctima, y que solo resolviendo ese nuevo acertijo podrían evitar su muerte. Se sentía impotente y confundida. No se sentía preparada para enfrentar a un criminal como ese. Los pensamientos del comisario seguían el mismo derrotero. Esa no era una investigación para Burgos, pero no disponía de ningún efectivo que estuviera en condiciones de sustituirla. Con la cobertura mediática que tenía la desaparición de la chica Altuve, las presiones lo aplastarían como a una mosca si se le ocurría desviar recursos de ese caso. Y sin embargo, sabía que su subalterna no podría sola, así que tendría que conseguir ayuda en otras instancias.

—Me comunicaré con los mandos —anunció el comisario—. Necesitamos apoyo para detener a ese malnacido.

—¿Eso es un anuncio de que me quitará el caso?

—No sea melodramática, Burgos. No le voy a quitar nada. Tan solo pediré ayuda. Tal vez puedan enviarnos a alguien con más experiencia en este tipo de… crimen.

—Es lo mismo que confesar que no podemos resolverlo.

—¿Tiene una idea mejor?

—Alfonso y yo solo necesitamos un poco de tiempo para encontrar

la solución.

Farías enrojeció y se mordió los labios para contenerse. Luego respondió con todo el sarcasmo del que fue capaz.

—Desde luego. Tan solo espere, llamo por teléfono al asesino y le digo que nos conceda un par de días antes de cometer el próximo crimen. ¡Qué usted necesita tiempo!

—Tampoco hace falta que me humille, comisario.

—Yo no la humillo, inspectora. Lo que quiero es que ponga los pies sobre la tierra y reconozca que tanto usted como su compañero están dando palos de ciego en este asunto. ¿O tiene usted la respuesta de este acertijo?

—Por supuesto que no la tengo, pero el anterior casi lo resolvimos.

—¿En serio? ¿Y por qué no evitaron que muriera la señora Ponce? ¡Ah, claro, hay un «casi» de por medio, y ese «casi» le costó la vida a una mujer inocente!

Luisa bajó la cabeza avergonzada. El comisario supo golpearla donde más le dolía: en la culpa. Si hubiera resuelto el acertijo anterior, Camila Ponce estaría viva. Ella había sido *Procusto*, el personaje mítico que representaba la envidia, pero ¿por qué? ¿Qué podría envidiar una mujer que lo tenía todo? Era imprescindible investigar a fondo a las víctimas, averiguar quiénes podrían odiarlas tanto como para asesinarlas, qué tenían en común, por qué se las relacionaba con la avaricia y la envidia. Pero lo más importante era identificar a quien Enigma tenía en la mira. Solo así podrían evitar el siguiente homicidio. Pensó en las palabras de su jefe. Tenía claro que Farías no confiaba en ella, y eso le molestaba.

—¿A quién piensa llamar?

—A un viejo amigo y compañero que es comisario mayor de la Brigada de Homicidios.

—Supongo que no le interesa mi opinión al respecto.

—En lo absoluto —sentenció el comisario, al mismo tiempo que sacudía la cabeza—. Recibirá ayuda tanto si está de acuerdo, como si no.

—¿Dónde están los familiares de la occisa? —preguntó la inspectora, dando por zanjada la discusión—. Me gustaría interrogarlos lo antes posible.

—Al esposo y a la hija los trasladaron a un hospital en ambulancia. Ambos sufrieron un colapso nervioso. Con respecto al hijo, no vive aquí, pero ya se le avisó.

—En ese caso, comenzaré las entrevistas a la familia por él.

—Muy bien —admitió Farías—, pero tome en consideración que acaba de perder a su madre en una forma violenta.

Mientras los policías hablaban, el forense se puso de pie y llamó por señas a sus ayudantes para que se llevaran el cuerpo.

—¿Hay algo más que pueda decirnos, doctor Garrido? —preguntó la inspectora.

—Que la muerte sobrevino hacia la medianoche. Para cualquier otra información tendrá que esperar a la autopsia, pues no me gusta especular. Lo que sí le prometo es que le daré prioridad y la realizaré en cuanto lleguemos a la morgue.

La inspectora asintió para mostrar su acuerdo. La experiencia le había enseñado que era tan inútil discutir con un forense, como hacerlo con el comisario.

—¿Había alguien más en la casa además del esposo y la hija?

—La asistenta —respondió el juez—. Creo que está en su habitación.

—De acuerdo, hablaré con ella. Tal vez pueda arrojar alguna luz sobre cómo ocurrió este homicidio. ¿Sabemos por dónde entró el asesino?

La respuesta provino de Heriberto.

—Lo que puedo asegurarle es que no se forzó ninguna puerta, ni ventana.

—Así que tenía las llaves o ya estaba dentro de la casa. Supongo que al llegar encontrasteis la puerta abierta.

—De par en par. No la hemos tocado.

—Entonces el homicida entró con la llave, asesinó a Camila cuando ella bajó las escaleras, y luego salió por la puerta sin siquiera molestarse en cerrarla —dijo el comisario.

—O tal vez ya estaba dentro de la casa, y después del homicidio abrió las puertas para confundirnos, al hacernos creer que salió —sugirió la inspectora.

—Así que su teoría es que el criminal es uno de los Soliz-Ponce —intervino el juez Perdomo—. ¿Por qué querría alguno de ellos asesinar también a la señora Díaz?

—Puede haber muchos motivos —argumentó Luisa—. Es posible que quisiera confundirnos, o tal vez también tenía algo contra ella. De cualquier modo, tenemos tres personas que recibirán un enorme beneficio con la muerte de la señora Ponce.

Burgos no había terminado de explicar su teoría, cuando ya Farías negaba con la cabeza.

—Parece olvidar que la familia de la señora Ponce ya gozaba de los beneficios de la fortuna. Tanto su esposo como su hijo controlan la empresa y manejan cantidades importantes de dinero. Por otra parte, la hija vive como una princesa. ¿Qué necesidad tendría ninguno de ellos de cometer un homicidio?

—Todavía no sabemos cómo eran las relaciones entre los miembros de la familia —insistió Luisa—. Tal vez el dinero no fluía con tanta facilidad como usted cree, comisario. Considero que es importante que

investiguemos a fondo el entorno de la occisa. Es lo más correcto si queremos seguir el procedimiento policial.

—De acuerdo, es su investigación y usted debe decidir cómo abordarla —reconoció el comisario—, pero será mejor que detenga a este malnacido antes de que vuelva a matar, o estaremos todos en problemas.

Después de pronunciar su sentencia, Farías murmuró una despedida y se marchó de la casa Soliz. Burgos suspiró con alivio. En presencia del comisario se sentía juzgada y muy a su pesar, también cohibida.

Miró a su alrededor, pero no vio nada que le llamara la atención. De cualquier manera, Heriberto y sus chicos harían un mejor trabajo al respecto. Ya habían retirado el cuerpo, así que solo quedaban las marcas de tiza en el suelo que señalaban su posición. La Policía Científica recogió la tela empapada con vino y la depositó en una bolsa de pruebas para realizar en ella todos los análisis posibles. Ya no había mucho que ver allí, pero el asunto del acceso del asesino a la casa le molestaba, como una mosca zumbando en la oreja.

Luisa se preguntó cómo sabría Enigma cuál era el mejor momento para caer sobre Camila. ¿Se habría escondido dentro de la casa para aguardar su oportunidad? No, eso hubiera sido demasiado arriesgado. La señora Ponce podría haberse quedado en su habitación. Otro miembro de la familia pudo bajar las escaleras en vez de ella. ¿Le habría servido cualquiera? Burgos no lo creía. Sin embargo, el juez mencionó algo interesante: la señora Ponce tenía la costumbre de bajar a la cocina a beber un vaso de agua en la madrugada. ¿Y si el asesino lo sabía?

La inspectora volvió a detallar el salón con otra perspectiva. Entonces, junto a la puerta vio un ventanal que adornaban unas valiosas y delicadas cortinas transparentes. Enseguida se hizo una idea de la situación: la oscuridad de la noche, las luces del salón encendidas, las cortinas vaporosas… A paso acelerado, Luisa recorrió la distancia que la separaba de la puerta y en cuanto llegó al umbral lo comprendió todo… El chalé estaba rodeado de setos y cualquiera que se ocultara tras ellos tendría un puesto de vigilancia privilegiado. Aquello confirmaba que el asesino escogió a su víctima con cuidado y que si querían evitar un nuevo homicidio, tendrían que encontrar y proteger a *Imperator*.



Argus aparcó cerca del antiguo edificio de piedra que ocupaba toda la manzana. La entrevista con Próspero solo sirvió para que lo invadieran la inquietud y la frustración. Ahora tenía la confirmación

de algo que sospechaba desde hacía mucho tiempo: detrás de Paidónomo había un autor intelectual. Se trataba de alguien que ejecutaba un plan desquiciado que involucraba el secuestro y el entrenamiento militar de niños.

El comisario se preguntó si habrían existido otras granjas que funcionaran como campos de adiestramiento. Y si era así, ¿qué ocurrió con los chicos que crecieron en ellas? ¿En qué se convirtieron y al servicio de quién? ¿Seguirían funcionando como canteras de asesinos? La idea le causó un escalofrío en la espalda.

Recorrió la amplia acera que lo separaba de la puerta de los Juzgados de Logroño, mientras iba sumido en sus meditaciones. Fue allí donde tuvo lugar el juicio a Gómez. De esas oficinas salieron las órdenes para allanar la granja en la Sierra de Cameros, donde estuvo prisionero desde que tenía memoria. Si existía algún lugar donde pudiera encontrar información acerca del operativo de la Guardia Civil que le salvó la vida, era ese edificio.

El comisario cruzó el umbral, se identificó y recibió un pase de visitante. En ese momento agradeció la negativa de Bejarano de aceptar su renuncia. Aunque Argus no era un hombre impulsivo, en esa ocasión se dejó llevar por un arrebato y en cuanto regresó de Marañón presentó su dimisión a la Policía Nacional. Bejarano lo consideraba un dolor de muelas, debido a su tendencia a rebelarse. Sin embargo, también reconocía para sus adentros que Del Bosque era su mejor investigador, así que trastocó la renuncia en el otorgamiento de las vacaciones pendientes de los últimos cinco años. Tenía la esperanza de que Argus cambiara de opinión durante ese tiempo.

Mientras el comisario subía las escaleras hasta la sala de archivos comprendió que la reticencia de Bejarano lo benefició, pues como civil le hubiera resultado mucho más difícil llegar hasta donde estaba.

Cruzó la puerta de la sala de archivos y se encontró ante una ventanilla, donde una mujer que casi alcanzaba la edad de jubilación levantó la vista y lo miró con desconfianza.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Argus se identificó y le pidió el archivo que quería consultar—. Aguarde un momento, por favor.

La secretaria concentró su atención en el ordenador para iniciar la búsqueda de los documentos que le solicitaba el adusto policía. Al cabo de unos segundos negó con la cabeza.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Del Bosque.

—Lo lamento, comisario. El archivo que solicita se encuentra cerrado, pues involucra menores de edad. Necesitaría la orden de un juez para poder entregárselo.

—¿Ha visto las fechas? Esos menores de edad son adultos desde hace muchos años.

—Aun así. Nuestro deber es proteger sus derechos.

—¿Con quién debo hablar para acceder a la información que necesito?

—El juez Llamas es el único que podría autorizarme para que le permita consultar este archivo.

—¿Dónde lo encuentro?

—Está en el segundo piso. Tercera puerta a la derecha.

Argus se retiró sin discutir. Conocía bien los procedimientos y sabía que sería una pérdida de tiempo tratar de convencer a la secretaria. Ella no contaba con la autoridad para concederle su solicitud. Tendría que transitar los canales regulares. Apresuró el paso hasta el segundo piso, y localizó el despacho del juez cuando lo identificó gracias a una placa en la que se leía su nombre: Victoriano Llamas.

Las habilidades sociales de Del Bosque dejaban mucho que desear. No resultaba simpático, además de ser demasiado directo y poco convincente, así que se sorprendió cuando la asistente del juez le dijo que su señoría lo atendería en cuanto se desocupara.

Argus se sentó en la sala de espera, mientras contenía su impaciencia. Prefería la acción a la pasividad aunque implicara riesgos, así que no llevaba bien las demoras que exigía la burocracia. Diez minutos después, la secretaria le anunció que el juez Llamas lo recibiría, y lo acompañó hasta la puerta.

Después de anunciar al comisario, la mujer se retiró y dejó a Del Bosque en una oficina amplia, pero modesta. Detrás del escritorio había un hombre calvo, con anteojos redondos y aire despistado. Miró a Argus con curiosidad e hizo un gesto con la mano para invitarlo a sentarse.

—Según me informa mi asistente, usted pertenece a la Brigada de Homicidios. No he recibido ninguna notificación de su visita, comisario, por lo cual me resulta sorpresiva. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Se trata de una investigación personal, señor juez —se sinceró Argus—. No estoy aquí en nombre de la Brigada.

Victoriano frunció el ceño con más curiosidad que disgusto.

—Explíquese, por favor.

—Necesito acceder a la información que se encuentra en uno de sus archivos, pero está sellado, y la archivista me comunicó que solo usted puede permitirme consultarlo.

—¿Necesita? ¿Por qué? Acaba de confesarme que no se trata de un asunto oficial.

—Se refiere a un procedimiento que llevó a cabo la Guardia Civil en Sierra de Cameros hace 23 años. Se rescató a un grupo de niños a los que mantenían cautivos…

El juez asintió.

—Mi predecesor me habló de ese caso.

—Yo era uno de esos niños —confesó Argus—. Debo averiguar quién estuvo detrás del secuestro que me separó de mi familia y arruinó mi infancia.

—Comprendo —dijo el juez, mientras se echaba hacia atrás en el asiento y meditaba el asunto—. Sin embargo, mi conducta debe ser apegada a la Ley. No puedo abrir un expediente sellado por motivos personales, aunque la petición provenga de un comisario de la Policía.

Del Bosque suspiró. Ya esperaba algo así desde que le dijeron que el archivo estaba sellado, así que tenía preparada su respuesta.

—Hay algo más.

—¿De qué se trata?

—Ayer me entrevisté con el único hombre que fue detenido durante el procedimiento, pues el otro murió. Me confesó que ellos solo eran los brazos ejecutores. Había un autor intelectual, y es posible que consiguiera pasar desapercibido.

Las palabras de Argus hicieron que el juez se inclinara hacia adelante con interés.

—¿Me está diciendo que el principal responsable del secuestro y cautiverio de una docena de niños escapó a la justicia?

—Es lo que sospecho. También temo que la granja de la Sierra de Cameros no fuera la única.

—¿Qué le hace pensar eso?

El comisario encogió un hombro antes de responder.

—Yo viví en esa granja. Estaban muy bien organizados para ser un grupo tan pequeño. Seguían directrices preestablecidas y nada se dejaba al azar. Por la forma en la que hablaban siempre tuve la impresión de que éramos un pequeño núcleo de algo mucho más grande.

—Pero si usted está en lo cierto…

—Nos entrenaron como niños soldados y nos reprimían cualquier gesto de compasión, o piedad. También nos adoctrinaban para una obediencia ciega.

—¿Qué trata de decirme, comisario?

—Que nos preparaban para que fuéramos asesinos a su disposición.

—Pero usted no lo es.

—Siempre tuve una actitud rebelde, así que en cuanto me sentí liberado me esforcé en desaprender todo lo referente al adoctrinamiento, aunque conservé mis habilidades.

—Lo que usted plantea es muy grave.

—Por eso es imperativo abrir ese archivo y comprobar hasta donde llegó la investigación de la Guardia Civil que culminó en la Sierra de Cameros.

El juez meditó por unos momentos.

—No debo decidirlo en forma apresurada —sentenció, por fin.

—Pero…

—Comisario, comprendo su preocupación y la comparto, pero debe reconocer que su posición con respecto a este caso no es imparcial, así que sus impresiones pueden estar sesgadas. La apertura de ese expediente podría afectar a muchas personas inocentes. Me refiero a los hombres que siendo niños compartieron cautiverio con usted, y que es probable que quieran olvidar todo lo que les ocurrió. No puedo darle una respuesta en este momento. Debo hacer mis propias indagaciones para decidir ajustado al espíritu de la Ley.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que tendrá que esperar. Déjele sus datos de contacto a mi secretaria. En cuanto haya tomado una decisión con respecto a su solicitud se lo haré saber. Tanto si es positiva como negativa.

Argus suspiró con resignación, se despidió del juez, le dejó una tarjeta de presentación a la secretaria, y se marchó con la sensación de que había vuelto a fracasar. Tenía la certeza de que *Paidónomo* se reía de él desde el infierno.

Luisa siguió las instrucciones de sus colegas de la Policía Científica para encontrar a la asistenta, Después de salir del salón cruzó la cocina, y desde allí siguió un estrecho pasillo que conducía a las dependencias de los empleados.

La puerta del dormitorio de la asistenta estaba abierta de par en par y ella se encontraba sentada junto a una pequeña ventana, llorando sin consuelo. La inspectora anunció su presencia con un par de golpes suaves a la puerta. La empleada levantó la mirada y se enjugó las lágrimas con un pañuelo. Trató de recomponerse, aunque no lo consiguió por completo. La inspectora vio una mujer mayor, con el uniforme pulcro y sin un cabello fuera de lugar. Era evidente que el descubrimiento del cuerpo de su jefa no la pilló en la cama. Pese a lo desconcertante de la situación se veía segura de sí misma, y Luisa comprendió que estaba frente a una luchadora.

—Supongo que usted es uno de los policías que invaden la casa —afirmó la empleada en tono de reproche—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la inspectora Luisa Burgos, de la comisaría de «San Celedonio». Le agradecería que me respondiera algunas preguntas.

La asistenta volvió a secarse las lágrimas y asintió, al mismo tiempo que se levantaba y salía de la habitación. Estaba claro que decidió escoger el lugar donde tendría lugar la entrevista y no sería en la intimidad de su dormitorio.

—Mi nombre es Ana García. Sígame, por favor.

Para su propia sorpresa, Burgos obedeció sin discutir. La asistenta emanaba una autoridad nacida de años de criar a los hijos de los patrones. Ella también sucumbió al influjo. De repente se vio en la

cocina, donde la señora García la invitó a sentarse, mientras preparaba una cafetera. Ni siquiera le preguntó si le apetecía una taza.

La labor rutinaria de preparar el café tranquilizó a Ana, quien comprendió que todo podía estallar a su alrededor, pero siempre existirían detalles que permanecerían inamovibles; actos tan rutinarios como cepillarse los dientes o preparar un café eran insignificancias que la anclaban a la realidad cuando el resto del mundo se desmoronaba. Burgos comprendió los sentimientos de la mujer y le concedió tiempo para que recuperara el dominio sobre sí misma. Sospechaba que si alguien podía proporcionarle información fidedigna acerca de los Soliz, esa era la persona que en ese momento rellenaba su taza.

Después de completar el ritual, García se sentó junto a Luisa y ya más calmada la invitó a hablar con un simple gesto de la mano. La inspectora se preguntó quién habría llevado las riendas de la casa en vida de Camila, y sus apuestas se inclinaron a favor de la asistenta.

—¿Cuándo se enteró del deceso de la señora Ponce?

—Apenas me había levantado de la cama. Suelo hacerlo a las cinco treinta, para que el desayuno esté preparado antes de que la familia despierte. Acababa de poner la cafetera sobre la estufa cuando escuché los gritos de don Francisco.

—¿Qué gritaba?

—Pedía ayuda, que alguien llamara a una ambulancia y gritaba el nombre de la pobre señora.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de Ana ante el recuerdo del trágico momento. Luisa le dio unos segundos antes de formular su siguiente pregunta.

—¿Qué ocurrió después?

—Me asusté, por supuesto. Corrí hacia el salón y vi a don Francisco agachado junto a doña Camila. Trataba de reanimarla, pero era evidente que ella ya había rendido su alma al Señor. Entonces apareció la señorita Lea. Mi pobre niña. Enseguida comprendió lo que había ocurrido y corrió a reunirse con su padre. La chiquilla también comenzó a gritar… Fue espantoso.

Ana rompió a llorar, incapaz de controlar sus emociones ante el terrible recuerdo. Luisa esperó con paciencia. Acosar a su testigo con preguntas en ese momento solo serviría para angustiarla más. Poco a poco, la señora García se calmó, y asintió para comunicarle a la detective que estaba en condiciones de continuar.

—¿Quién llamó a la Policía?

—Yo lo hice. Y también a una ambulancia, pero no para la señora Ponce. La pobre ya estaba más allá de las capacidades de cualquiera. Pedí auxilio para el señor Soliz y para Lea. Comprendí que eran presas de una crisis nerviosa y que necesitaban atención médica.

—¿Alguien tocó algo en la escena del crimen?

—Don Francisco abrazó el cuerpo de su esposa, porque creyó que todavía se podía hacer algo por ella. El juez nos hizo esa misma pregunta. ¡Por Dios! ¿Quién pudo cometer un acto tan terrible, y por qué?

—Es lo que intentamos averiguar. Dígame algo, señora García, ¿calificaría usted a la señora Ponce como una persona envidiosa?

Ana miró a Burgos con desprecio.

—¿De dónde saca una idea tan absurda? La señora Ponce era una dama y no tenía nada que envidiarle a nadie —García se envaró en el asiento, como una institutriz frente a un discípulo díscolo—. No toleraré que mancille usted el buen nombre de doña Camila.

—Le aseguro que no es mi intención, doña Ana —afirmó Luisa, ignorando el cambio de actitud de la testigo—. ¿Sabe usted si su jefa tenía enemigos, o si existía alguna persona que quisiera perjudicarla?

—¡Por supuesto que no! Era una buena mujer. Comprendía que era afortunada y trataba de compensarlo.

—¿A qué se refiere con eso?

—La señora Ponce era una colaboradora activa de la Cruz Roja, además de que pertenecía a varias oenegés comprometidas con la beneficencia.

—¿Cómo eran sus relaciones con el resto de la familia?

—No esperará usted que traicione la confianza de mis jefes y le cuente asuntos familiares que no le conciernen.

—Señora García, me temo que si queremos descubrir al asesino necesito inmiscuirme en los asuntos de la familia, aunque no tenga un interés personal por ellos. Cuando el asesino cometió su crimen contra la señora Ponce, no solo le arrebató la vida, sino también su privacidad.

Ana se removió nerviosa. La discreción era uno de los atributos que más la enorgullecía y también motivo de elogio por parte de la difunta. Verse obligada a contar las intimidades de los Soliz a una desconocida, por muy policía que fuera, ella lo sentía como la extracción de una muela sin anestesia. Cerró los ojos, suspiró y en silencio pidió perdón a doña Camila dondequiera que estuviese. Luego se sinceró.

—Los Soliz son una familia como cualquier otra, con sus discrepancias y sus problemas, aunque siempre ventilan sus diferencias puertas adentro.

—¿Puede hablarme acerca de esas discrepancias?

—El señor casi no para en casa y le prestaba muy poca atención a la señora. Solía ser un motivo de discusión entre ambos.

—¿Hay una amante?

—No lo sé, pero nunca escuché nada al respecto. Ella acostumbraba

reclamarle que el verdadero amor de él era la empresa. Que se había casado con ella porque era la heredera de la Bodega, y eso se notaba.

—Es una afirmación muy dura.

—Él se enfadaba mucho cuando ella le echaba en cara que era la verdadera dueña de todo.

—¿Qué tanto se enfadaba? ¿Alguna vez llegó a agredirla?

—No que yo supiera. En esas ocasiones, don Francisco se marchaba y no aparecía en varios días.

Luisa asintió y escribió una nota en su libreta; «*averiguar si existe una amante*».

—¿Qué me dice de ella? ¿Se veía con alguien?

—No. La señora nunca habría sostenido una relación por fuera de su matrimonio.

—Parece usted muy segura.

—Trabajo en esta casa desde hace más de treinta y cinco años y conocí a doña Camila desde que tenía la edad de Lea. Casi una chiquilla. Sé bien cómo pensaba.

—De acuerdo —aceptó Burgos, mientras anotaba que debía investigar si la señora Ponce mantenía una aventura extramarital. Tal vez el asunto de la envidia tenía que ver con relaciones amorosas, más que con bienes de fortuna—. ¿Cómo se llevaba ella con sus hijos?

Ana retorció el pañuelo y Luisa comprendió que la pregunta tocaba un punto sensible.

—Cristóbal se fue a vivir por su cuenta poco después de alcanzar la mayoría de edad, aunque seguía dependiendo de su familia en cuanto a que desempeña un alto cargo en la Bodega, y muchos de sus gastos todavía los cubría su madre.

Las alertas se encendieron en la cabeza de la inspectora.

—Espere, ¿tiene un alto cargo en la empresa, pero todavía dependía de su madre? ¿No le pagan un sueldo acorde a su trabajo?

—Por supuesto que lo hacen —admitió García con un suspiro—, pero Cristóbal está acostumbrado a manejar mucho dinero y…

Burgos comprendió que su testigo se iba por las ramas, así que la interrumpió.

—Ana. Comprendo que usted siente afecto por esta familia, en especial por los chicos, a quienes supongo que ayudó a criar… —La señora García asintió—. Aun así, debe ser sincera conmigo. Mi trabajo es descubrir la verdad, y lo haré sin importar lo que usted me diga. Si me miente, o me oculta información, solo conseguirá poner el foco de mi atención sobre sus protegidos y sobre usted misma.

García abrió mucho los ojos. Era evidente que no se le había pasado por la cabeza que podía ser sospechosa. La sacudió un ligero estremecimiento. Entonces decidió ser honesta.

—La señora sospechaba que Cristóbal tenía problemas, pues

siempre necesitaba dinero, sin importar cuánto le diera ella.

—¿Qué clase de problemas?

—De los que obligan a los chicos a conseguir dinero a como dé lugar…

—¿Se refiere a drogas?

—O tal vez al juego. Doña Camila no estaba segura.

—¿Cristóbal robaba a su familia?

—La señora descubrió que faltaban algunas de sus joyas. Me lo comentó porque sabía que yo era incapaz de tocarlas, y quiso preguntarme si yo había visto algo. Ella temía que las hubiera cogido Cristóbal o…

—¿O quién?

Ana volvió a retorcer el pañuelo y las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos. Luisa esperó y el ambiente se hizo pesado. Al final, la señora García no lo soportó más y en medio de una explosión de llanto dijo lo que quería callar:

—Lea. Mi pequeña. Ese chico la encandiló. Supongo que la sedujo, no lo sé. En los últimos meses discutía mucho con su madre por su culpa.

—¿A qué chico se refiere, señora García?

—A la pareja de Lea. Su nombre es Fermín Girón, y es un mal elemento.



Mientras interrogaba a la asistenta, Luisa recibió un mensaje en el móvil: Pérez le informaba que el señor Soliz y su hija habían regresado del hospital, pues les dieron el alta después de recibir una ligera sedación. Según el informe del médico de guardia, ambos se encontraban en condiciones de que los interrogaran. Para la inspectora se trataba de buenas noticias, pues sentía que el tiempo apremiaba.

La entrevista con la señora García reforzó la teoría de Burgos. Cada vez estaba más convencida de que el verdadero objetivo del asesino era Camila Ponce, y que todo lo demás: el homicidio de Aureliana, las notas, los acertijos, la seda empapada en vino… todo conformaba un montaje para desviar la atención de la verdadera víctima.

A Luisa le parecía rocambolesca esa historia acerca de un asesino en serie que retaba a la Policía en una suerte de desafío de inteligencia. Algo más propio de la ficción que de la realidad, aunque siempre se decía que esta última muchas veces superaba a la primera. Sin embargo, la inspectora era una mujer pragmática y escéptica. Los asesinos mataban por un motivo relevante para ellos, cuando

disponían de la sangre fría, los medios y la oportunidad. Por lo general, ese motivo involucraba intereses económicos, venganza, celos, o la muerte de la víctima implicaba algún beneficio para el perpetrador. En teoría había personalidades disfuncionales que podían asesinar por razones que solo existían en sus mentes perturbadas, pero ella todavía no había presenciado el primer caso, de manera que no lo veía como una causa probable.

La inspectora abandonó la cocina de la señora García, después de agradecerle su colaboración y la taza de café. Cuando regresó al salón experimentó una sensación de vacío que le resultaba familiar. El cadáver ya se encontraba de camino a la morgue y el juez se había marchado a su despacho, una vez que autorizó el levantamiento. En el lujoso salón solo quedaba el equipo de Heriberto, que en ese momento se ocupaba de recoger muestras de cada mota de polvo, fibra o cabello, así como de las huellas digitales, o cualquier tipo de evidencia, por poco probable que fuera su utilidad. Trabajaban en cuadrículas y se mantendrían ocupados por varias horas. Como mudo testigo de la tragedia resaltaba el trazo de la silueta de la víctima en el lugar donde cayó.

Luisa buscó a Pérez con la mirada, y lo llamó por señas cuando lo localizó.

—¿Dónde están los Soliz?

—Se retiraron a sus habitaciones a descansar.

—¿Tenemos la certeza de que sus condiciones físicas les permiten soportar el interrogatorio?

—Tengo aquí los informes que el hospital emitió sobre ambos —afirmó el uniformado—. Según el médico que los recibió, los Soliz sufrieron una crisis nerviosa como consecuencia del impacto emocional. Algo muy normal en estos casos. Sin embargo, los dos respondieron bien al tratamiento. Además, tuvieron una entrevista con el psicólogo de guardia.

—¿Y ese psicólogo también está de acuerdo en que los interroguemos? No me opongo, necesitamos resolver este homicidio antes de que el asesino vuelva a actuar, pero no quisiera que nos enfrentáramos a una acusación de abuso policial.

—Véalo usted misma, inspectora —dijo Pérez, al mismo tiempo que le entregaba los papeles que tenía en la mano—. Tanto el padre como la hija expresaron su urgencia de que el asesino fuera detenido y castigado. De acuerdo con el psicólogo, a ambos les beneficiará colaborar. Los ayudará a superar el duelo.

—De acuerdo. Siendo así, necesito un lugar tranquilo para hablar con ellos.

—Lo suponía, por eso le pregunté al propio señor Soliz, y estuvo de acuerdo en usar su estudio. Sígame inspectora, se lo mostraré.

Luisa acompañó a Pérez, quien la condujo por un pasillo que colindaba con el salón hasta una habitación amplia y soleada, donde había un escritorio de madera sobre el que reposaba un ordenador portátil. La inspectora se sentó y le dijo al uniformado que hablaría primero con don Francisco. Un par de minutos después, el corpulento empresario se sentaba frente a ella con el blanco cabello revuelto, la camisa arrugada y la corbata suelta. Se frotaba las manos en un gesto inconsciente. Miró a la inspectora a través de sus anteojos con montura al aire, como si ella pudiera proporcionarle la respuesta a una incógnita, que no era capaz de descifrar. Después de las presentaciones y de intercambiar las fórmulas sociales de rigor, entraron en materia.

—Hábleme de lo que sucedió esta madrugada, señor Soliz.

Francisco hizo un esfuerzo por contener las lágrimas que asomaron a sus ojos. Recuperó el suficiente control para responder, después de respirar hondo un par de veces.

—Todavía no amanecía cuando me desperté. La habitación estaba en completa oscuridad y hacía frío. Entonces me di cuenta de que Camila se había levantado.

—¿La ausencia de su esposa lo sorprendió, o lo preocupó?

Soliz sacudió la cabeza.

—En un principio, no. Supuse que habría ido al sanitario, o que estaría bebiendo su vaso de agua de la noche. Siempre lo hacía. Decía que la ayudaba a dormir mejor hasta el amanecer.

—¿Por qué bajar a beber el agua hasta la cocina a esa hora? ¿Por qué no dejar un vaso en la mesilla junto a la cama, como hacen muchas personas?

—Eso le decía yo, pero ella insistía en que no era igual. Al parecer, en alguna ocasión leyó un artículo al respecto. No estoy seguro de cuál era la razón de su hábito —afirmó Francisco, encogiéndose de hombros—. Si ella era feliz levantándose para ir a la cocina, yo no veía nada malo en ello. Tan solo la dejaba hacer. Camila podía ser muy testaruda cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—¿Se levantaba cada noche?

Soliz acompañó sus palabras con un asentimiento.

—Y se despertaba siempre a la misma hora.

—¿Quién más sabía acerca de ese hábito, señor Soliz?

—Pues no era algo que comentáramos en las reuniones sociales. Supongo que lo sabíamos la familia y los empleados de la casa.

—¿Con empleados de la casa se refiere a la señora García?

—Y al chófer. Su nombre es Raimundo Cordado —dijo Francisco, al ver que la inspectora tomaba nota—. No creerá usted que uno de ellos…

—Todo lo que tenemos de momento son conjeturas, señor Soliz,

pero debemos contemplar todas las opciones.

—Eso lo comprendo, sin embargo, pondría la mano en el fuego tanto por Ana como por Raimundo. Hace muchos años que trabajan con nosotros. Son casi de la familia.

—No lo dudo —sentenció la inspectora, sin borrar los nombres de sus notas—. Ya entrevisté a la señora García. ¿Dónde se encuentra el señor Cordado en este momento?

—Lo envié de vuelta a casa. Él no vive aquí, sino que cada mañana acude a las ocho para recogerme. Hoy encontró el acceso cerrado por ustedes y me envió un mensaje al móvil para preguntarme qué debía hacer. Le dije que prescindiría de sus servicios por hoy.

—¡Papá! ¿Qué ocurrió? ¿Qué historia es esta de que asesinaron a mamá?

Las palabras venían acompañadas por el joven que las pronunció, mientras entraba en el estudio como un río desbordado. La inspectora se puso de pie, sorprendida por la intromisión, al mismo tiempo que Soliz, tan desconcertado como ella, balbucía un nombre:

—¡Cristóbal!

Detrás del hijo de los Soliz apareció un atribulado Pérez, que de inmediato cogió al intruso por el brazo y se llevó la mano a la chistera mientras miraba a su jefa.

—Lo lamento mucho, inspectora. Se nos escabulló. No volverá a pasar.

Saliendo de su desconcierto, Luisa se dirigió a Pérez:

—Hablaré con él cuando termine la entrevista con el señor Soliz. Por favor, ocúpese de que me espere en algún lugar donde no interrumpa el trabajo de la Policía Científica.

—¡Quiero ver a mi hermana! ¿Dónde está Lea?

—Verá a su hermana después de que haya hablado con usted —sentenció Luisa—. Oficial, ya conoce el procedimiento. Los testigos no pueden conversar entre ellos antes de que los entrevistemos. Eso podría sesgar las declaraciones y dificultar la resolución de la investigación.

—¡No puede impedirme que hable con mi hermana!

—¡Cristóbal! Por una vez, deja de comportarte como un chiquillo malcriado —lo reprendió su padre—. Esto es un asunto serio. Ya verás a Lea después. Ahora sigue las instrucciones de la inspectora. Lo único que podemos hacer por tu madre es ayudar a que el malnacido que la asesinó pague por ello, así que colaboraremos en todo lo posible con las autoridades. ¿Te quedó claro?

—Sí, papá —murmuró el joven Soliz, y por primera vez adoptó una conducta sumisa.

Una vez superada la interrupción, Luisa trató de recuperar el hilo de la entrevista, pero el impetuoso joven la había desconcentrado.

Suspiró y repasó sus notas. El chófer. Tendrían que investigarlo a fondo.

—¿Su esposa tenía enemigos, señor Soliz?

—¿Camila? Por supuesto que no. Era muy querida en los ambientes sociales donde se desenvolvía. Adoraba relacionarse con las personas, y era muy activa en las oenegés con las que colaboraba.

—¿Sabe de alguien que pudiera considerarla envidiosa?

—Eso es absurdo. ¿Qué podría envidiar una mujer que lo tenía todo?

—¿Un matrimonio feliz, tal vez?

Francisco se removió incómodo en el asiento.

—Ya veo por dónde viene. Supongo que Ana le contó acerca de nuestras discusiones —Luisa no respondió, pero su silencio fue suficiente—. Eran desacuerdos normales para cualquier pareja. Ella resentía que le dedicara poco tiempo y yo trataba de que comprendiera que el negocio familiar me absorbía.

—Y en ocasiones, ella le recordaba a usted de quién era el dinero.

—Reconozco que cuando lo hacía me enfadaba y por eso me marchaba. Alguna vez consideré no regresar, pero yo la amaba, así que siempre volvía.

—A pesar de la humillación.

—No lo decía para humillarme, sino para tener una posición ventajosa frente a mí en la discusión.

La inspectora tomó nota y guardó silencio. Desde su punto de vista, lo que hacía Camila era humillar a su marido. Decidió ser más agresiva.

—¿Tiene o ha tenido alguna amante?

—Por supuesto que no.

—Sabe que lo investigaremos y será peor si me miente…

—Le estoy diciendo la verdad.

La inspectora suspiró y dio por terminada la entrevista. Unos minutos después, tenía al irascible Cristóbal frente a ella. Si Francisco se había mostrado colaborador, su hijo resultó un pedante dispuesto a desafiarla ante cada pregunta, como si Luisa tuviera la culpa de lo que ocurrió esa noche. Aunque tal vez el joven Soliz no estuviera tan desencaminado. Si ella hubiera resuelto el acertijo a tiempo, tal vez Camila Ponce estaría viva, pero Cristóbal no tenía forma de saberlo, a menos que él mismo fuera el asesino y autor de las notas.

De cualquier manera, el hijo de Camila no sabía nada, o al menos eso afirmaba. A la hora de la muerte de su madre, él estaba en su casa. Dormía junto a su novia. Sí, tenía desacuerdos con sus padres por la forma en que se manejaban el negocio. Él era partidario de la tecnificación y el uso de cosechadoras de viñedos, mientras Camila insistía en que la calidad del producto exigía la recolección manual de

toda la vida. Sí, era cierto que le pedía dinero a su madre con frecuencia, pero se justificaba porque él estaba acostumbrado a un nivel de vida que no podía cubrirse con su sueldo. La impresión final de Burgos fue que estaba frente a un niñato que creía que el mundo le debía algo por el simple hecho de haber nacido, y que tenía una excusa para cada conducta cuestionable. En la libreta de la inspectora, Cristóbal Soliz acabó a la cabeza de los sospechosos. Cuando la entrevista terminó y el petulante hijo de los Soliz se apartó de su vista, se sintió aliviada.

La inspectora se tomó unos minutos y un vaso de agua, antes de pedirle a Pérez que hiciera pasar a Lea. Si creía que el interrogatorio de la chica sería fácil, le esperaba una desagradable sorpresa.

Luisa no terminaba de revisar sus notas cuando el uniformado se presentó acompañado por una jovencita de cabello rubio y mirada huidiza. El oficial la dejó allí y se retiró. La chica se quedó de pie frente a la inspectora y la observó con detenimiento, mientras jugueteaba con la pulsera que rodeaba su muñeca.

—Siéntate, Lea, por favor.

—¿Es usted la persona que tratará de descubrir quién mató a mi madre?

A su pesar, el desamparo de la joven conmovió a Luisa. De inmediato levantó las barreras emocionales que le permitían distanciarse de la tragedia humana que se desarrollaba ante sus ojos. Ella no estaba allí para comprender a Lea, ni para ayudarla a superar el trance, sino para descubrir a la persona que la dejó huérfana de madre.

—Me ocupo de la investigación y quiero hacerte algunas preguntas —La joven asintió con timidez y fijó la mirada en el suelo. Era la antítesis de su hermano—. Quiero que me digas lo que ocurrió esta madrugada.

El relato de Lea coincidió casi punto por punto con el de su padre, pero contado desde su punto de vista. ¿Habrían tenido tiempo de ponerse de acuerdo? El entrenamiento de Burgos la convertía en una persona muy desconfiada. Tal vez demasiado. Cuando la hija de Camila terminó su historia, Luisa decidió aclarar un aspecto que le preocupaba.

—Háblame de tu novio.

La joven levantó la vista y palideció, al mismo tiempo que perdía todo vestigio de timidez.

—¿Fermín? Déjelo en paz. Él no tiene nada que ver con esto. Ni siquiera estaba aquí.

—¿Cuál es su nombre completo?

Lea levantó la barbilla en gesto desafiante. Con esa actitud se parecía cada vez más a su hermano, lo cual le ganó la antipatía

inmediata de la inspectora.

—No quiero que lo involucre.

—Cariño, lo que tú quieras me trae sin cuidado. Dime su nombre, o te detendré por obstrucción a la justicia.

La joven abrió mucho los ojos y lo pensó por un momento. Al final, decidió colaborar.

—Su nombre es Fermín Girón, pero le aseguro que él no hizo nada.

—Se llevaba mal con tu madre, ¿no es así?

—Nos amamos. Mi madre no quería comprenderlo… Decía que era…

—Que era qué.

Lea se mordió los labios y Burgos repitió la pregunta en un tono que no aceptaba discusión.

—Que era demasiado mayor para mí, pero no es cierto. ¡Yo sé lo que quiero! Soy muy madura para mi edad —sentenció la chica con orgullo.

—¿Qué edad tienes?

—Acabo de cumplir diecisiete.

—¿Y él?

—Cuarenta —En esta ocasión, fue la inspectora quien abrió mucho los ojos—. Lo importante es que nos queremos.

—Sería un argumento válido si tuvieras algunos años más y supieras lo que haces, pero no creo que sea el caso. De cualquier manera, no es asunto mío. Lo que sí me interesa es sostener una conversación con él, así que coge un lápiz y anótame el número de su móvil.

Lea iba a responder, pero se lo pensó mejor y obedeció. Después de que Luisa le confirmara que no tenía más preguntas para ella, la chica se levantó y se apresuró en salir del estudio de su padre, antes de que la inspectora cambiara de opinión.

Burgos miró la puerta por la cual se marchó la hija de Camila. Debía reconocer que las entrevistas a los miembros de la familia Soliz-Ponce le habían dejado más preguntas que respuestas. De todas maneras, así era el trabajo policial. Tal vez uno de los hilos que quedaron sueltos los llevara a la resolución del caso. Luisa tenía la convicción de que si seguía los procedimientos correctos en cualquier investigación, siempre terminaría resolviéndola con éxito. No estaba dispuesta a que nadie la apartara de su camino, por muy extraña que se presentara la situación.

La inspectora Burgos llamó a su compañero, y después de hacer un breve resumen de las entrevistas, le ordenó que investigara a los sospechosos. Debía averiguar sus coartadas, sus relaciones con los Soliz y en especial con la víctima, además de sus antecedentes criminales y cualquier dato que pudiera resultarles de utilidad para el

caso. Entonces salió del chalé para coger su viejo Seat.

Una hora después, cuando el sol apenas se asomaba en el horizonte, Luisa llegó a la comisaría. El viento frío la azotó en el momento en que abandonó la cabina climatizada del coche. La inspectora se arrebujó en su chaqueta. A pesar de que se adentraban en la primavera, las temperaturas invernales todavía eran reacias a abandonar las frías tierras del norte. Mientras recorría el espacio que la separaba de «San Celedonio», se comunicó de nuevo con su compañero. Alfonso le confirmó que ya había cumplido con las tareas que le encomendó, y que encontró información interesante acerca de Cristóbal y de Fermín. La inspectora apresuró el paso, ansiosa por vislumbrar la solución de un caso que parecía imposible de resolver.



La luz se colaba entre las persianas del último piso del «Hotel El Mirador», donde Antonio se encontraba reunido con Marcos. Abelard bebió un sorbo de la taza de café que Inés acababa de dejar sobre la mesa, mientras su hijo organizaba la documentación para explicarle a su padre los detalles del proyecto.

Antonio hizo un esfuerzo para concentrarse, pero no le resultaba sencillo. Los asuntos cotidianos, en especial los materiales, se le antojaban banales frente a las expectativas de la respuesta que esperaba. Una y otra vez repasaba los acontecimientos que ocurrieron en Marañón, y siempre llegaba a la misma conclusión: después de encontrar a su hijo, un milagro que nunca se había atrevido a soñar, él mismo lo echó de su lado por su prepotencia y su soberbia.

Rememoró cada ocasión en la que César quiso hablar con él. Ahora estaba seguro de que su intención era revelarle quién era, pero Abelard respondió con intransigencia y rechazo, lo que obligó a su hijo a abandonar Marañón como un desterrado, a pesar de que arriesgó su vida para proteger a su familia.

Desde que descubrió la verdadera identidad de Argus, Antonio sentía un vacío en el pecho que no desparecería hasta que pudiera abrazar de nuevo a su primogénito.

—… plan piloto en «El Mirador»

—Perdón, ¿decías algo, Marcos? —preguntó Abelard, al captar al vuelo las últimas palabras de su hijo.

—¿No me escuchabas? Llevo cinco minutos explicándote las ventajas de ofrecer el servicio de un asistente virtual a los huéspedes, pero está claro que hablaba solo.

—Discúlpame. Te confieso que no te prestaba atención, pero es que espero una llamada importante que no termina de llegar.

—¿Una llamada? ¿De quién?

—Del comisario general de la Policía.

Marcos silbó y enarcó las cejas.

—¿De qué se trata? ¿Algún problema con los hoteles?

—No —respondió Antonio, sacudiendo la cabeza—. No tiene que ver con eso.

—¿Entonces? —Abelard bajó la mirada y su hijo comprendió—. Es César, ¿verdad?

Su padre se frotó la cara con ambas manos y suspiró antes de responder.

—Sí, es César. Todavía no he sido capaz de encontrarlo.

—No te mortifiques, papá. Está de vacaciones, quizá salió de viaje. Estoy seguro de que cuando regrese serás el primero en saberlo. Tus amigos te avisarán. Solo debes tener un poco de paciencia.

—No es tan sencillo, Marcos. Esas «vacaciones» son muy extrañas. No tengo la certeza de que volverá. ¿Y si decidió romper con todo y comenzar una nueva vida alejado de nosotros?

—¿Por qué haría algo así?

—Por la forma en que lo traté. Me ofusqué, le negué la oportunidad de explicarse, lo eche de nuestra casa, y si no puse en riesgo su vida fue gracias al doctor Werner. Me comporté como una bestia, y no estoy seguro de que esté dispuesto a perdonarme. Volví a fallarle, como cuando tenía cinco años.

—Creo que te fustigas sin necesidad. Ni siquiera sabemos lo que él piensa al respecto. Tal vez te haya comprendido y no te guarde rencor.

—¿Entonces por qué se alejó de nosotros sin revelarnos su identidad? ¿Por qué no hay manera de seguirle el rastro?

—Es posible que tenga sus propios motivos y que no guarden relación contigo, ni con el resto de la familia.

Antonio negó con la cabeza, mientras Marcos argumentaba su punto de vista.

—No, hijo. Yo abandoné a César cuando era un niño y lo secuestraron, lo cual ya es suficiente motivo para que me guarde rencor. Luego, contra todo pronóstico lo recupero y le fallo de nuevo.

—Eres muy duro contigo mismo. Yo también conozco la historia. Tanto cuando ocurrió el secuestro, como en Marañón, tuviste poderosos motivos para actuar como lo hiciste.

—Eso no me justifica.

—¿Por qué no esperas a saber lo que César tiene que decir al respecto? Cuando lo tratamos en la isla me pareció un hombre razonable.

Antonio iba a responder cuando el teléfono los interrumpió. El color abandonó su rostro. Marcos tensó los músculos, mientras su padre descolgaba el auricular.

—Sí, Inés. Esa es la llamada que esperaba. Comunícame por favor.

Dos segundos después, un sudor frío cubría la frente de Abelard cuando escuchó la potente voz al otro lado de la línea.

—¡Antonio! Un placer hablar contigo. Ya averigüé lo que me pediste, pero me temo que no tengo buenas noticias.

—Te escucho.

—En efecto, el comisario que quieres localizar se encuentra de vacaciones por tiempo prolongado, pues las había pospuesto desde hacía cinco años, pero cuando profundicé un poco más en el asunto, me enteré de la verdad.

—¿Qué verdad?

—Del Bosque dimitió, pero es el mejor investigador con el que cuenta su jefe, de manera que el viejo zorro de Bejarano dejó en suspenso la dimisión y pospuso el procedimiento al otorgarle las vacaciones retrasadas al comisario. Me confesó que tiene la esperanza de que cambie de opinión.

—¿Y su jefe no te puede decir dónde está? —preguntó Antonio, a quien en realidad le tenía sin cuidado si su hijo renunciaba a la Policía — Supongo que tendrá alguna forma de comunicarse por si surge un imprevisto.

—Él tiene forma de contactarlo, pero no puede compartirla —explicó el comisario general—. Verás, Del Bosque dejó expresado por escrito que no autorizaba que sus datos de contacto, ni su ubicación se compartieran con nadie, por ningún motivo. En otras palabras, exigió privacidad absoluta.

—¿Puede hacer algo así?

—Él está en su derecho y nosotros tenemos la obligación de cumplirlo. ¿Me quieres decir cuál es la premura por localizarlo? ¿Tienes alguna queja contra él? Sé que se ocupó de la investigación de algunos asesinatos en tu isla y que tú solicitaste que fuera removido del caso. ¿Cometió algún abuso? Porque si es así, solo tienes que decírmelo y no importa dónde esté, si se encuentra activo o de vacaciones, le abrimos un expediente, buscamos las pruebas y lo penalizamos.

—¡No! —gritó Abelard—. Es lo contrario. Llevó a cabo un trabajo impecable y atrapó al asesino aun a riesgo de su vida. Solicitar que lo retiraran de la investigación fue un grave error por mi parte.

—Pues en ese caso tendrás que esperar a que se termine el período vacacional y si regresa, te facilitaré sus datos de contacto. Con su autorización, por supuesto.

—¿Si regresa?

—Podría decidir no hacerlo. En ese caso, recuperaría su condición de civil y yo estaría imposibilitado de ayudarte.

—Comprendo.

—Esto parece ser muy importante para ti.

—Sí, lo es.

—¿Puedo saber por qué?

—No estuve a la altura en el trato con el comisario y siento que debo disculparme por mi conducta y darle las gracias por su desempeño.

—Siempre has sido un caballero —sentenció el comisario con orgullo—. Tómalo con calma, amigo. Es el mejor consejo que te puedo dar.

—Gracias, Carlos. Estoy seguro de que hiciste tu mejor esfuerzo.

Abelard colgó el teléfono con la derrota pintada en el rostro. Marcos había seguido la conversación, así que no necesitó muchas explicaciones para enterarse de las malas noticias.

—César expresó por escrito su decisión de que no lo contactara nadie —se quejó Antonio—. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—Que no quiere que lo molesten.

—No. Que no quiere que YO lo moleste.

—Vamos, papá. No te lo tomes de modo tan personal. Tal vez solo necesita tiempo para pensar. A él también debió cogerle por sorpresa descubrir quién era.

Don Antonio asintió sin mucho convencimiento. Sus contactos en la Policía eran la mejor esperanza que tenía de encontrar a su hijo. No había retirado la mano del auricular que reposaba sobre el teléfono, pues no estaba dispuesto a rendirse con tanta facilidad. Miró a Marcos, que lo contemplaba con desconcierto y preocupación. Era evidente que el menor de los Abelard no sabía cómo comportarse en esa situación.

—Perdóname, hijo. Hoy no estoy de humor para decisiones administrativas.

—Podemos hablar de esto en otro momento.

Don Antonio negó con la cabeza.

—No, no puedo posponer los asuntos laborales por mis problemas personales. Decide tú lo que creas más conveniente con respecto a la tecnificación de los hoteles. Me parece buena idea comenzar a ofertar el servicio en «El Mirador».

—Muy bien. Yo me haré cargo —afirmó Marcos, al mismo tiempo que recogía sus papeles y se ponía de pie—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, hijo.

Aunque el tono de Antonio no le resultó convincente, tampoco podía hacer mucho por cambiar la situación, así que el menor de los Abelard recogió sus cosas, le dijo a su padre que contara con él para lo que fuera necesario y salió.

La oferta de Marcos rebotó en el cerebro de Abelard como una bola de billar que daba tumbos camino de la tronera. Todos necesitamos

del apoyo de otros en algún momento, y César no era la excepción. ¿Con quién contó su hijo en Marañón cuando él le dio la espalda? Con Werner, el médico de la isla.

Abelard sintió que su ánimo se renovaba. Estaba seguro de que entre César y Christian había surgido una amistad, así que si alguien podía acercarse a su primogénito, ese sería el doctor Werner. Sin pensarlo dos veces, Antonio descolgó el teléfono y llamó a Marañón.



Lo primero que hizo Luisa al llegar a «San Celedonio» fue revisar el informe de la Policía Científica que Eloísa dejó sobre su escritorio. Las huellas dactilares que los sabuesos de Heriberto encontraron en el dormitorio de la anciana eran de la propia Aureliana, y del personal que la frecuentaba. Para desesperación de la inspectora, el informe no aportaba ningún dato relevante hasta el último párrafo...

Alfonso apareció en el umbral de su despacho mientras ella leía, lo que le hizo levantar la mirada del documento, a su pesar.

—Eloísa me dijo que habías llegado, y pensé que querrías saber lo que encontré sobre nuestros sospechosos.

Luisa asintió y le hizo un resumen a su compañero de lo que vio en la casa Soliz, así como de las entrevistas que realizó.

—¡Cómo si no tuviéramos suficiente con Aureliana! —se quejó el subinspector—. Supongo que esto derriba la teoría del «ángel de la muerte». ¿Qué es eso que lees con tanto interés?

—El informe de la Policía Científica.

—¿Encontraron algo?

—Nada en el dormitorio. Sin embargo, sí hay un detalle interesante.

—¿De qué se trata?

—Los chicos de Heriberto no se limitaron a revisar la habitación de Aureliana, sino que indagaron en todo el edificio…

—Es un área muy extensa

—Solicitaron que se llevaran a los ancianos a un hotel para así poder registrar cada rincón de la residencia. Querían averiguar cómo entró el asesino.

—¿Y dieron con algo interesante?

—Encontraron barro en un sanitario cercano a la entrada.

—¿Qué importancia tiene eso? Tal vez se desprendió de los zapatos de algún residente o visitante.

—Eso es lo llamativo. Según declaró la señora Quiroz, limpian ese sanitario cada mañana y el día anterior no hubo ninguna visita.

—Así que no pudo dejarlo un visitante. Entonces tal vez lo

transportó alguno de los ancianos. Los llevan todos los días al jardín, ¿no es así?

—Excepto cuando llueve. Y el día del homicidio llovió a cántaros.

—Así que crees que ese barro provino de las suelas de los zapatos del asesino.

—Es lo que sospecha Sarría.

—¿En qué estás pensando?

—Pregunta más bien en quién. ¿Recuerdas al extraño sujeto de las vacunas? —Alfonso asintió—. Fue cuidadoso, hasta el punto de que solo lo vio una testigo, que tampoco puede identificarlo. Digamos que el asesino llegó con la historia de la vacunación y una documentación falsa. Tal vez previó que la enfermera desconfiaría y se iría a comprobar la veracidad del encargo. Mientras ella se ausentó, él se escondió en el sanitario, esperó a que anocheciera y subió a la habitación de Aureliana, la asesinó y salió por la ventana.

—Tiene sentido, pero no es la única explicación posible.

—Te escucho.

—Quizá ese sujeto nunca existió. Tal vez la enfermera jefe nos mintió. Pudo ser ella quien esperó a la medianoche, se desplazó al edificio del frente, asesinó a Díaz, abrió la ventana y regresó a su puesto de guardia.

—¿Olvidas que tiene coartada? Según sus compañeros, se pasó toda la noche despierta leyendo un libro.

—¿Y si alguno de ellos es cómplice? Tal vez buscamos a más de un asesino.

—¿Conoces el principio de la navaja de Ockham? —Alfonso no respondió—. «En igualdad de condiciones, la explicación más sencilla suele ser la más probable»

—¿Y la historia del sujeto con la cara cubierta te parece la explicación más sencilla?

—Mucho más que una conspiración de enfermeros para asesinar ancianos. Además, ¿qué relación tendría el personal de «San Juan Bautista» con Camila Ponce?

—Que no la conozcamos, no significa que no exista.

—Supongo que tienes razón. Averígualo —Guerrero asintió—. ¿Qué puedes decirme de los demás sospechosos?

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por donde quieras, pero date prisa.

—De acuerdo. Con respecto a la asistenta, no hay mucho que contar. Ana García trabaja para los Ponce desde que el padre de Camila era el jefe de familia. Es soltera y no tiene hijos.

—Así que la familia de sus patrones pasó a ser la suya propia.

—Es lo que se deduce por la lealtad que se le atribuye.

—Muy bien. ¿Qué hay del chófer?

—Su historia es parecida. Trabaja para los Soliz desde hace más de veinte años, aunque no es tan inofensivo como Ana.

—¿A qué te refieres?

—Antes de ser chófer de la familia, Cordado trabajó para la Bodega como segurata.

—Así que en cierto modo actuaría como guardaespaldas.

—No tiene permiso de armas, ni está registrado como Escolta Civil.

—Pero trabajó como personal de seguridad, así que tendrá entrenamiento.

—Sí, lo tiene.

—De acuerdo, lo consideraremos sospechoso. ¿Y la familia?

Alfonso soltó un bufido.

—¡Tela marinera! A ver, sobre don Francisco no hay mucho que decir. Pasa la mayor parte del tiempo en la Bodega. Sus hijos, sin embargo, son otra historia.

—Te escucho.

—Cristóbal es ludópata. En las calles lo llaman el principito, pues se juega fortunas al póker y siempre le debe dinero a sujetos poco recomendables. Hace algunas semanas todos lo daban por muerto, pues debía pagarle treinta mil euros al Jóker. Sin embargo, apareció con el dinero completo más doce mil de intereses. Nadie se explica de dónde los sacó.

—¿Se los daría su madre?

Guerrero negó con la cabeza.

—Ya revisé los estados bancarios de Camila. No hubo retiros importantes en los últimos meses. Y nadie guarda esas cantidades debajo del colchón.

—Algunos de estos ricachones lo hacen en la caja fuerte —opinó Luisa—, pero creo saber de dónde provino el dinero. Averigua si antes del pago se hizo algún empeño, o se pusieron joyas a la venta.

—¿El robo a la madre?

La inspectora asintió.

—¿Qué me dices de Lea y su novio?

—La chica es superflua e impresionable, y discutía mucho con su madre tal como te dijo la asistenta, pero no encontré nada importante en sus antecedentes.

—¿Y el novio?

—Ese es otra historia. Es un *gigoló* muy conocido en ciertos ambientes. Suele aprovecharse de mujeres de mayor edad, pero desde que conoció a la chica Soliz en una fiesta decidió que sería buena idea sentar cabeza con una heredera.

—¿Lo citaste?

—Ya está en la recepción.

—En ese caso, no lo hagamos esperar más.

◆◆◆

La inspectora ordenó que condujeran a Girón hasta la sala de interrogatorios, donde se llevaría a cabo la entrevista. El novio de Lea le causó mala impresión desde el primer momento. Sin duda alguna, se trataba de un hombre guapo que era consciente de su atractivo y sabía explotarlo. Parecía mucho más joven de los cuarenta años que tenía, y la detective comprendió que una jovencita impresionable como Lea debió quedar fascinada con su aire experimentado y su sonrisa cautivadora. A Luisa en cambio, esos atributos le causaron repulsión.

Fermín se echó hacia atrás en el asiento y estiró las piernas por debajo de la mesa cuando ambos policías entraron. A Burgos le quedó claro que la despreocupación que pretendía demostrar era fingida.

—¿Sabe por qué lo citamos, señor Girón? —le preguntó sin más preámbulos. Él asintió antes de responder.

—Lea me llamó esta madrugada para contarme lo que ocurrió. Es una tragedia. La pobre estaba destrozada, por eso les agradecería que fueran breves. Quiero ir con mi prometida para comprobar que se encuentra bien, y apoyarla en este momento tan difícil.

—La señorita Soliz está bien —respondió Luisa en tono cortante—. Ya ha sido atendida por profesionales y lo que necesita ahora es descansar, así que la entrevista durará, lo que tenga que durar.

—Noto cierta agresividad en su voz, inspectora. ¿Debo llamar a un abogado para que me asista durante nuestra conversación?

—Eso depende de usted, señor Girón. Está aquí como testigo, pero tiene derecho a solicitar un abogado si cree que lo requiere —Burgos se inclinó hacia adelante para acercarse a Fermín—. Dígame, ¿lo necesita?

El novio de Lea se enderezó en la silla, y abandonó la pose relajada que había adoptado cuando comprendió que no le serviría de nada frente a la arpía que lo interrogaba.

—No. No necesito un abogado.

—De acuerdo, también quiero advertirle que estamos grabando esta conversación, y que podríamos usarla como prueba si es necesario. ¿Lo comprende?

—Por supuesto.

Guerrero bajó la cabeza y sonrió para sus adentros. Cuando Luisa se metía en la piel de interrogadora era temible. Le recordaba a una leona al acecho de su presa. En cierto modo sentía compasión por el *gigoló*. Bueno, tal vez no llegara a compasión, pero sí lo comprendía un poco.

—¿Dónde estuvo usted ayer a la medianoche?

—En mi casa, durmiendo, por supuesto.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

Fermín palideció, mientras negaba con la cabeza.

—Vivo solo, pero no creerá que yo… ¿Por qué querría hacerle algún daño a la madre de mi novia?

—Según otros testigos, la señora Camila Ponce se oponía a la relación entre usted y su hija.

—Como miles de madres a quienes no les gusta la pareja que escogen sus hijos. Es la situación más común en la historia de la humanidad. De ahí que los chistes sobre las suegras sean tan populares.

—Son pocos los casos en los cuales la hija es la heredera de una fortuna, y la muerte de la madre no solo resolvería el escollo del rechazo, sino que permitiría que una enorme cantidad de dinero cambiara de manos.

—Oiga, no me gusta lo que insinúa. Yo no le hice nada a la vie… a la señora Soliz, así que búsquese otra cabeza de turco. Además, no gano nada con la muerte de la madre si el padre tiene el control de todo y me rechaza tanto, o más que doña Camila.

—Pero los bienes eran de la señora Ponce, no de don Francisco, lo que convierte a Lea en heredera directa. Por otro lado, pronto su novia alcanzará la mayoría de edad. Entonces no habrá ningún impedimento para que usted sea el marido de una joven rica.

—Usted lo ha dicho: alcanzará la mayoría de edad. Eso ocurrirá en seis meses. Entonces podremos vivir nuestro amor en libertad. Si lo que usted insinúa fuera cierto, ¿qué sentido tendría asesinar a doña Camila seis meses antes de que Lea cumpliera los dieciocho años?

La pregunta dejó a Luisa descolocada. Por despreciable que le resultara Girón, tenía que concederle la razón. Lea y su dinero estarían bajo la tutela de su padre por seis meses más, lo cual hacía que la muerte de Camila fuera inoportuna para Fermín si su interés eran los bienes de su prometida. La inspectora decidió bajar la presión del interrogatorio.

—¿Qué puede decirme del señor Soliz?

—¿Don Francisco? —Fermín soltó una falsa carcajada que sonó como un gruñido—. Ese sí supo hacerlo bien. Todo un señor. Viene de una familia de solera en La Rioja, pero sin un euro. Sedujo a doña Camila y se casó con ella, que era todo lo contrario: mucho dinero y poco nombre, así que conformaron la pareja ideal. Todos ganaban algo. Solo que hubo más interés que amor en esa relación, así que por supuesto, salió mal. Ella llenaba su tiempo con reuniones sociales y grupos de caridad, mientras él conseguía desahogo en la Bodega. Y no solo produciendo vino.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿No lo sabe? —preguntó Fermín, al mismo tiempo que sonreía con sarcasmo—. No me diga que cree que el bueno de don Francisco pasaba todas esas horas en «Ponce de Calahorra» contemplando la fermentación del vino.

—Déjese de adivinanzas, señor Girón. Le aseguro que estoy bastante harta de ellas, así que si sabe algo, dígalo de una vez o aténgase a las consecuencias.

—Vale, vale —dijo el *gigoló* al mismo tiempo que alzaba las manos en señal de rendición, pero sin abandonar el tono burlón—. El señor Soliz tiene una amante.

—Continúe.

—La sorprendí, ¿verdad? Es que el viejo supo hacerlo bien. La buscó cerquita para no levantar sospechas. Es una de las empleadas de la Bodega, así que cuando quieren estar juntos, solo tiene que pasar algunas horas extras en «el trabajo».

—¿Cuál es el nombre de esa amante? —preguntó Alfonso con interés, mientras tomaba nota.

—No lo sé. Eso tendrán que averiguarlo ustedes. No querrán que les haga todo el trabajo, ¿verdad? En algo tienen que justificar el sueldo.

—¿Cómo lo descubrió usted?

—Me lo contó Lea, que un día fue a visitar a su padre, entró en su oficina sin llamar y se encontró con una escena muy poco edificante para un progenitor… Es por eso por lo que don Francisco ha sido parco en su oposición a nuestra relación.

—Muy bien, le preguntaremos a Lea de quién se trata —afirmó Guerrero—. Estoy seguro de que ella debe saberlo.

—Sí, claro, solo que no está muy dispuesta a hablar de eso —dijo Fermín—. Ni siquiera a mí quiso decirme su nombre. Debe ser porque se llevó una decepción muy grande, pobrecita mía.

—¿Cuándo lo descubrió Lea?

—Hace unos seis meses.

—¿Se lo contó a alguien más? ¿A su madre, su hermano?

Girón negó con la cabeza.

—Solo a mí. Verá, Lea tenía a su padre en un pedestal. Hasta ese momento llevábamos nuestra relación en secreto porque ella no quería contrariar a su familia, pero después de que vio a su padre divirtiéndose, bueno, fue como si la burbuja que contenía su mundo hubiera estallado. No sé si me entienden.

—El mundo dejó de ser rosa —sentenció Luisa, con una ligera sensación de *déjà vu*. El tono de la inspectora hizo que su compañero la mirara con curiosidad.

—No podría describirlo mejor —reconoció Fermín—. Así que a

partir de ese momento se acabaron los secretos. Le anunció nuestra relación a su familia, y le importó muy poco que se escandalizaran.

—¿Y lo hicieron? ¿Se escandalizaron? —preguntó Guerrero.

—Doña Camila, sí. Con respecto a don Francisco, fue muy parco en su oposición, y a Cristóbal no le importa nada que no tenga relación consigo mismo, así que actuó con indiferencia.

—Acaba de contradecirse, señor Girón —atacó Luisa—. Hace unos minutos nos dijo que el señor Soliz se oponía a su relación con Lea más que su esposa, y ahora nos cuenta que su reacción fue parca. ¿Cuál es la verdad?

—No me contradije, inspectora. Es cierto que la oposición de don Francisco fue muy moderada, lo cual le valió algunas discusiones con su mujer, quien se quejaba de que él no la apoyaba lo suficiente para alejar a esa «sanguijuela» de su hija. Por supuesto que la «sanguijuela» era yo. Sin embargo, esa moderación solo era aparente. Aunque Lea siempre guardó silencio con respecto a lo que vio en la Bodega, él sabía que podía delatarlo si manifestaba una oposición más firme. Eso hubiera dejado al ilustre señor Soliz en una situación muy precaria, pero si lo piensa bien, con doña Camila muerta, ya no importa. Así que estoy seguro de que se convertirá en mi enemigo más acérrimo.

—¿Qué puede decirnos de Cristóbal Soliz?

—Es un niñato inútil, que cree que siempre tiene la razón —sentenció Girón con desprecio—. Está muy pillado con el póker y pierde grandes sumas de dinero. Sin embargo, era el ojito derecho de doña Camila, así que ella siempre lo sacaba de apuros… hasta que se cansó.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alfonso con interés.

—Desde hace algunas semanas, la señora Soliz comprendió que no le hacía ningún bien a su hijo cuando le pagaba todas las deudas, pues solo alimentaba el fuego que consume a Cristóbal. Le pedía sumas de dinero cada vez más grandes y con mayor frecuencia, así que hace unos tres meses le dio un cheque para que pagara su última deuda, y le advirtió que se alejara de las timbas porque esa era la última vez que lo cubría.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lea los escuchó detrás de la puerta.

—Su novia tiene malos hábitos —comentó Alfonso.

—No me venga con exquisiteces morales, detective. Cuando tienes a todos en contra, necesitas estar informado para poder defenderte.

—¿Su novia usó lo que escuchó sobre ese asunto?

—Nunca. Solo me lo contó a mí para demostrarme lo hipócritas que podían ser en su familia. Lea está muy decepcionada de ellos.

Luisa se quedó en silencio por un momento. Algunas de las piezas comenzaban a encajar. Ahora comprendía el robo de las joyas.

Cristóbal no estaba dispuesto a dejar su vicio. ¿Sería posible que la decisión de su madre de retirarle el apoyo lo empujara a asesinarla para hacerse con su herencia? Ya no habría más dinero, ni joyas que robar… Era una vía de investigación prometedora. En el escalafón mental de la inspectora, Cristóbal Soliz pasó a encabezar la lista de sospechosos. Entonces recordó algo que dijo Girón al inicio del interrogatorio y que despertó su curiosidad.

—Cuando se refirió al matrimonio Soliz-Ponce, usted comentó que ella aportó el dinero y él la solera. ¿Qué significa eso?

—Pues lo que dije. Francisco Soliz proviene de una de las familias con linaje más antiguo de La Rioja, pero la mala racha de un par de generaciones los dejó sin blanca. En cambio, los antepasados de doña Camila eran unos «don nadie», hasta que uno de ellos consiguió comprar a precio de ganga algunas hectáreas de tierra que era buena para el cultivo de la parra. De allí proviene la fortuna de los Ponce.

—Entonces se trató de un matrimonio por conveniencia.

Girón encogió un hombro.

—En realidad, solo lo sospecho. Lo que sí puedo asegurarle es que la unión convenía a ambas familias y que cada uno hacía su vida por su lado.

A pesar de que la entrevista se prolongó por otra larga hora, los policías no pudieron conseguir más información del *gigoló*. Aunque debían reconocer que les había revelado bastante, pues les proporcionó una idea más clara de la familia Soliz-Ponce, puertas adentro.

Burgos y Guerrero se reunieron en el despacho de la inspectora para discutir los siguientes pasos. Luisa le ordenó a su compañero que identificara a la amante de Francisco. Ella se ocuparía de interrogarla. La infidelidad del señor Soliz cambiaba todo el panorama, pues le daba un motivo para librarse de su esposa, en especial si habían firmado separación de bienes. Otro detalle que tendría que indagar el subinspector. Burgos reconocía que cargaba mucho peso sobre las espaldas de su compañero y que abusaba de su paciencia, pero cada uno tenía sus prioridades.

El otro dato interesante que reveló Girón fue la decisión de Camila de cerrarle la fuente a su hijo. Eso pudo impulsar a Cristóbal a eliminar a quien se interponía entre él y su herencia. Ambos policías sabían de parricidios por motivos más banales.

Aunque la entrevista con el novio de Lea hizo crecer la lista de sospechosos, no lo eximió a él mismo. Todavía consideraban que la muerte de Camila lo beneficiaba.

—Si se tratara de un caso aislado diría que vamos muy bien —afirmó Luisa—, pero ¿cómo encajamos el asesinato de Aureliana y las notas de Enigma? A menos que sean una maniobra de distracción,

pero usar un homicidio y el desafío directo a la Policía solo para desviar la atención resulta arriesgado y absurdo. ¿Pudiste hablar con algún familiar de Aureliana?

Alfonso asintió.

—Con Irene González, su nieta. Es quien vendrá a España a ocuparse de los funerales.

—¿Tiene idea de quién tenía motivos para asesinar a su abuela?

Guerrero suspiró con desaliento.

—Ninguna. Según ella, Aureliana era una mujer firme, pero muy generosa y querida por quienes la conocieron. Además, todas sus amistades y conocidos fallecieron antes que ella, así que ya no existe nadie que pudiera guardarle rencor.

—¿Le preguntaste a la señora González sobre la acusación de avaricia que hace Enigma contra Aureliana?

—Por supuesto, pero se sorprendió mucho por la pregunta. Me dijo que era todo lo contrario. Su abuela nunca mostró interés por los bienes materiales. Era una mujer muy devota que vivía con modestia y pese a no ser acaudalada, hacía donaciones importantes a obras de caridad.

—Es curioso. No corresponde a la imagen que me había hecho sobre ella cuando hablé con la señora Quiroz —confesó la inspectora —. La tenía por una mujer exigente y altiva.

—Que hiciera donaciones y viviera con austeridad no significa que fuera humilde —replicó el subinspector—. Tal vez actuaba así por motivos religiosos, o se sentía moralmente superior por ello.

—Sí, tienes razón, pero debes reconocer que eso no encaja con lo que afirma la nota de Enigma. El pecado que le atribuye es la avaricia, lo cual contradice la generosidad que nos refiere su nieta.

Alfonso se quedó en silencio por unos segundos, luego se removió un poco en el asiento.

—¿Y ahora, qué?

—Tú ocúpate de las tareas que tienes asignadas. Yo volveré a revisar esos acertijos. Ya conocemos el resultado del primero, lo cual tal vez nos ayude a descifrar el segundo y llegar a tiempo para evitar el próximo crimen.

—¿Lo revisamos juntos?

La inspectora negó con la cabeza.

—No podemos centrarnos solo en esto y abandonar los procedimientos policiales. Es posible que ese sea el objetivo del asesino. Infórmame lo antes posible de lo que averigües. Yo me ocuparé de esto —afirmó Luisa agitando las hojas en las que copió los enigmas.

—¿Tratarás de resolverlos sola?

—Los demás compañeros siguen ocupados con el caso Altuve.

¡Cómo me gustaría que estuviera aquí el inspector jefe Iriarte! Estoy segura de que él tendría mucho que aportar, pero todavía falta demasiado tiempo para que regrese de su baja, así que supongo que tendré que conformarme con el comisario.

—Pues buena suerte, y recuerda que si lo necesitas puedes contar conmigo.

—Gracias, pero creo que ya tienes bastante con lo que te asigné.

Burgos miró su reloj, y comprobó que ya era casi mediodía. Dudó entre usar la hora del almuerzo para irse a casa, o hacer una llamada y continuar. Optó por lo segundo. Después de todo, había una vida en peligro. Cada uno tiene sus prioridades, pero algunas veces estas pasan a un segundo plano por las prioridades de los demás. Alfonso recogió sus papeles y se levantó para marcharse.

—Nos mantendremos en contacto —dijo el subinspector a modo de despedida.

Luisa asintió y se alegró de la capacidad de trabajo de su compañero, cuya buena disposición cubría sus propias deficiencias.



Llamar a casa en lugar de regresar para la hora del almuerzo le permitió a la inspectora sentirse más tranquila, pero no ayudó a que superara su mala conciencia. De cualquier manera, nadie dijo que sería fácil. Luego se comunicó con León, quien le confirmó que todavía no resolvía el primer acertijo, pese a que le había dedicado horas. Luisa le dio las gracias y colgó. Si no había resuelto el primero, no tenía muchas esperanzas de que lo consiguiera con el segundo, y confiar los detalles de una noticia tan jugosa a un periodista sería como apagar una fogata con gasolina. Las consecuencias podían resultar peligrosas e impredecibles. Por suerte, la prensa todavía no sabía que había relación entre los asesinatos de Díaz y Ponce. Y no sería por ella que se iban a enterar.

Después de que Eloísa le confirmó que el comisario estaba en su despacho ocupado con el trabajo administrativo, Burgos hizo de tripas corazón y llamó a su puerta. Nada le apetecía menos que intercambiar opiniones con Farías, pero no tenía alternativa. Todos los demás estaban ocupados.

El comisario la autorizó a entrar, y frunció el ceño en cuanto la vio. Ya era casi un movimiento reflejo. Farías la detestaba y no hacía el menor esfuerzo por disimularlo, pero estaba bien… el sentimiento era mutuo.

—¿Ya resolvió ese molesto asunto de los acertijos?

—Ese «molesto asunto» se ha cobrado dos vidas y amenaza con una nueva víctima. Y no, todavía no lo resuelvo. Si estoy aquí es para

pedirle ayuda, porque asumo que usted está tan interesado en encontrar al asesino como yo. Reconozco que no me veo capaz de descifrar este galimatías a tiempo y no quiero nuevas víctimas sobre mi conciencia, pero si está muy ocupado…

Luisa, que no había soltado el picaporte le dio la espalda con la intención de cerrar la puerta y marcharse, pero la voz profunda del comisario la detuvo.

—Déjese de chiquilladas, Burgos. Por supuesto que estoy dispuesto a ayudarla a resolver esos acertijos, aunque reconozco que nunca he sido aficionado a ese tipo de pasatiempos, pero tiene razón, nuestro deber es hacer todo lo posible por evitar que el asesino vuelva a matar. Aunque eso signifique soportarnos uno al otro por algunas horas.

Luisa no respondió, pero entró a la oficina y ocupó el asiento frente a su jefe. Lo primero que hizo fue informarle de los avances de la investigación. Si se les podía llamar así.

—En otras palabras, están más perdidos que Adán y Eva en el Día de las Madres —replicó el comisario con sarcasmo—. Bien, esperemos que su compañero pueda encontrar alguna información interesante. Debo reconocer que a Guerrero le falta experiencia, pero es un buen sabueso. Mientras tanto, déjeme leer esas notas de nuevo.

La inspectora le entregó una copia de los acertijos y sugirió una estrategia.

—Tal vez podamos deducir las respuestas del segundo si analizamos el primero y lo comparamos con lo que ocurrió.

—Es una buena idea. A ver: «*Soy la muerte que alcanza a los pecadores porque así está escrito en la salida. Podréis leerlo en el lodo de España, entre el primero de los perfectos y las notas de una tonada*» —Farías lo leyó varias veces sin encontrarle sentido—. ¿Ve usted alguna relación con el asesinato de Ponce?

—Esa parte parece más bien una introducción.

—«Soy la muerte…» ¿Piensa que si desciframos esto nos revelará su identidad?

—No creo que se arriesgue a tanto, aunque sí es probable que arroje alguna información acerca de sí mismo.

—De cualquier forma, no creo que nos sirviera de nada. Esto no tiene ni pies ni cabeza.

—Tal vez la segunda parte nos sea más accesible en este momento.

—Después de que se ha cometido el crimen que anuncia en ella —sentenció Farías—. Será un pobre consuelo si lo desciframos.

—Pero puede mostrarnos una pauta para resolver el siguiente, que sería el que nos permitiría actuar a tiempo.

—Sí, supongo que tiene razón. ¿Qué es lo que dice?

—«*¿Quieres saber quién asesinó a Aureliana? Su nombre es*

Mammón… Otros la seguirán. Por eso Leviatán encontrará al antagonista, cuyo nombre es Procusto, y quien sufrirá la misma suerte de su víctima. Lo hallaréis envuelto en sedas y rodeado del fruto de su iniquidad».

El rostro de Farías mostraba tal desconcierto, que a Luisa le hubiera resultado gracioso de no tratarse de un asunto tan grave. La inspectora le hizo un resumen a su jefe acerca de lo que ella y Alfonso averiguaron sobre los personajes mencionados en las notas y las conclusiones a las que llegaron.

—Así que *Mammón* y *Leviatán* son demonios y están relacionados con la avaricia y la envidia. Idea que refuerza la identificación de la víctima con *Procusto*, un personaje mitológico también asociado a la envidia… ¿Voy bien?

—Todo se fundamenta en dos de los pecados capitales. Creemos que Enigma…

—¿Quién?

—Alfonso bautizó así al asesino.

—¡Válgame Dios! ¡Que no se entere la prensa o tendremos un follón de antología!

—Eso no ocurrirá. Seremos discretos.

—Más nos vale, porque si ese apodo llega a publicarse, les haré responsables a ambos.

—¿Podemos concentrarnos en los acertijos, por favor? El tiempo no se detiene.

—De acuerdo —aceptó el comisario, con un suspiro de resignación —. Sigamos entonces. ¿Qué tiene que ver la avaricia con una mujer que donaba parte de lo poco que tenía a la caridad, o la envidia con una de las mujeres más ricas de La Rioja?

—Me temo que no tenemos idea. Por alguna razón, el asesino les atribuye esos pecados. Supongo que estamos frente a una mente enferma, así que tal vez no sea un asunto de lógica.

—Pues mal estamos si no podemos fiarnos de la lógica. ¿Por qué llama antagonista a Camila Ponce?

—El antagonista es el personaje que se opone al protagonista — afirmó Luisa.

—Su oponente. También habla de una víctima. Y por la forma en que está redactado pareciera que la victimaria era Camila.

—Tiene razón —reconoció Burgos, a quien se le había pasado el detalle—. Una víctima de la víctima.

—Ya me está dando dolor de cabeza —se quejó el comisario—. Según esto, Camila Ponce le hizo algo a alguien y por eso sufrió la misma suerte.

Luisa abrió mucho los ojos.

—¿Camila asesinó a alguien? —la inspectora soltó un bufido—. Es imposible… ¿O no?

El comisario se encogió de hombros.

—Lo que fuera, debió estar relacionado con el vino, porque pronosticó que encontraríamos a *Procusto* envuelto en sedas y rodeado con el fruto de su iniquidad.

—La encontraron cubierta con una tela de seda empapada en vino.

—Pues ya tiene algo más que investigar, inspectora. Creo que debemos profundizar en el pasado de la señora Ponce y averiguar si estuvo relacionada con alguna muerte en la que el vino tenga un papel relevante.

—El vino, o la Bodega —corrigió Burgos—. Tal vez se trate de un crimen o una injusticia que involucre a la empresa de los Ponce.

—Muy bien, ya desciframos el primer enigma, al menos en parte. Vamos con el segundo, que es el más urgente. ¿Qué dice?

—«*Es el turno de Asmodeo, quien al prevaricador conducirá al infierno. La justicia llegará por la Ley del Talión, pues quien con el hierro mata, con el hierro morirá. Si quieres encontrarlo, deberás buscar al que ejecuta. El imperator*».

—¡Mierda! —exclamó el comisario. Luisa quedó desconcertada, pues era la primera vez que le escuchaba pronunciar una palabrota—. ¿No lo ve? Si seguimos el razonamiento del primer acertijo, la palabra «prevaricador» se refiere a un juez que ejecuta una orden injusta, sabiendo que lo hace…

—¡La próxima víctima es un juez!

—Debemos actuar deprisa. Rápido, dígame, ¿qué representa ese demonio? —preguntó el comisario sin disimular su angustia, mientras cogía el teléfono.

—*Asmodeo* es el demonio de la lujuria.

Farías solo la escuchó a medias, pues ya daba instrucciones para desplegar un operativo de seguridad, que protegiera a todos los jueces de Calahorra.



Luisa dejó al comisario ocupado en organizar el operativo de protección a los jueces. Regresó a su propio despacho y releyó de nuevo todos los acertijos en orden. A pesar de lo que consiguieron descubrir, intuía que los secretos que guardaban las partes más crípticas eran vitales para proteger a las futuras víctimas de Enigma.

No podía dejar que la frustración dominara su ánimo. Después de todo, si el comisario estaba en lo cierto, tal vez pudieran evitar que el asesino alcanzara a su siguiente víctima. En toda su carrera policial, la inspectora nunca se había encontrado con un caso similar. ¿Qué relación podía existir entre una anciana centenaria, la propietaria de

una de las Bodegas más importantes de Calahorra, y un juez? Una idea surgió de repente en la conciencia de Burgos: un juicio. ¿Y si Aureliana y Camila participaron en algún juicio en el que presidiera el juez desconocido a quien Enigma quería ejecutar? Podría tratarse de una sentencia en la que resultó culpable un inocente relacionado con el asesino, o tal vez él mismo. O quizá lo contrario: pudo declararse inocente a alguien a quien el homicida consideraba culpable. Sin esperar más, Luisa puso manos a la obra y pasó la siguiente hora tratando de relacionar a Díaz y Ponce con cualquier juicio que se hubiera celebrado en La Rioja. Sin embargo, para su desesperación, no encontró nada. Ni la menor relación entre ambas víctimas. Vivían en mundos diferentes, y sin embargo, debía existir algo que las conectara.

Mientras la inspectora trataba de establecer relaciones imposibles, el comisario se sintió más aliviado cuando le confirmaron que se llevarían a cabo las medidas pertinentes para proteger a todos los jueces de la ciudad. Tanto los activos como los jubilados. Con esa medida esperaba frustrar los planes del malnacido que había decidido sembrar Calahorra de cadáveres, al mismo tiempo que desafiaba a la Policía y los dejaba como idiotas.

Aunque se sentía muy orgulloso de sí mismo por haber descifrado parte del enrevesado acertijo, también comprendió que solo se trataba de una solución temporal, pues Enigma… maldita fuera la ocurrencia de sus subalternos de llamarlo así, en fin, de algún modo tenían que identificarlo. El caso era que Enigma podía pasar al siguiente objetivo, aun sin aviso. Si Burgos y Guerrero estaban en lo cierto, el tío tenía programado matar a siete personas, una por cada pecado capital.

Farías se devanó los sesos. No podía involucrar a los demás detectives. Estaban hasta las cejas de trabajo con la desaparición de la chica. Solo contaba con Burgos, que era más vaga que el sastre de Tarzán, por lo que estaba seguro de que se escaquearía a la primera oportunidad. También estaba disponible Guerrero, de quien debía reconocer que era un chaval muy dispuesto para trabajar y tenía madera de sabueso, pero le faltaba experiencia. Entonces recordó la última reunión de promoción a la que asistió. Allí se reencontró con su amigo de los años de cadete; Bejarano. El viejo zorro era comisario de la Brigada de Homicidios. Farías recordó que Bejarano se pasó la noche alardeando de los resultados de su equipo y mencionó a uno de sus subalternos, un tío que era un fenómeno como investigador.

El comisario rebuscó en su lista de contactos y llamó al móvil de su colega. Bejarano lo escuchó con paciencia, pese a que en medio de su nerviosismo, las explicaciones de Farías no fueron muy claras. Sin embargo, el comisario de Homicidios captó la idea general. Después de una corta pausa, le respondió a su amigo.

—Me gustaría ayudarte, Ernesto, pero me temo que el detective al

que te refieres está inactivo en este momento.

—¿Se encuentra de baja?

—En unas largas vacaciones.

El comisario experimentó un hilo de esperanza. Las vacaciones se podían revocar por fuerza mayor.

—Se trata de un asunto muy grave, Alirio. Hay varias vidas en peligro.

Bejarano vio su oportunidad. Tal vez pudiera presionar a Argus, y si lo involucraba de nuevo en un caso, quizá consiguiera que cambiara de opinión con respecto a la dimisión.

—No te prometo nada, pero dame unos minutos.

Antes de que Farías pudiera responder, ya su amigo había colgado.

Cinco minutos después, mientras se tomaba una taza de café en un bar, Argus recibió la llamada de su exjefe. Se dijo a sí mismo que lo mejor sería ignorarlo. Él presentó su dimisión, y era problema de Bejarano si la aceptaba o no. Sin embargo, tal vez por la insistencia de su superior, por sentido del deber, o simple curiosidad, Argus cometió la torpeza de responder a la llamada. Escuchó con paciencia lo que el comisario mayor tenía que decirle.

—Estoy seguro de que muchos de mis compañeros activos pueden hacerse cargo de ese caso y resolverlo con éxito.

—Vamos Argus, sabes tan bien como yo que descifrar acertijos no es parte del entrenamiento policial. Tú en cambio, tienes un don para ese tipo de cosas —lo aduló Bejarano.

—Estoy muy ocupado con un asunto personal.

—Un asunto que se te resiste, ¿no es así? «Con la burocracia hemos topado, Sancho».

—Deduzco por su tono que ha seguido mis pasos.

—Por supuesto. ¿Crees que te dejaría deambular por ahí haciendo preguntas sobre una investigación misteriosa, sin saber de qué se trata?

—No es asunto suyo —sentenció Del Bosque, en tono seco.

—Por supuesto que no lo es. Aunque tengo curiosidad por saber qué interés tienes en un caso cerrado y juzgado hace más de veinticinco años, pero en fin, podría conseguir una copia de esos archivos que tanto te interesan y que el juez Llamas no está dispuesto a mostrarte.

—¿Cómo?

—Amigo mío. La jerarquía tiene grandes ventajas. Tú tienes tus habilidades, y yo las mías.

—¿Me está haciendo una propuesta?

—No se te escapa una, ¿verdad? Es muy sencillo: tú colaboras con el comisario Farías para atrapar al malnacido que persigue, y a cambio te enviaré una copia de todos los documentos relacionados con el

operativo de rescate de la Guardia Civil en Sierra de Camero.

—¿Conoce el caso?

—En forma muy superficial, pero en su momento fue muy sonado en los ambientes policiales. Los guardias acudieron allí para desmantelar un campo de entrenamiento terrorista, y se encontraron con un grupo de chavales secuestrados, famélicos y muchos de ellos enfermos. El asunto tocó la fibra sensible de los jefes, y por suerte para todos, no se filtró a la prensa.

—¿Quién era el investigador a cargo?

—Lo sabrás cuando puedas leerlo en el expediente, pero antes tienes que cumplir con tu tarea.

—Esto es una extorsión sin disimulo.

—¡Mira qué listo me salió el chico! —se burló Bejarano—. ¿Qué me dices, ayudarás a mi amigo?

—Está claro que no tengo alternativa.

—Vamos, Del Bosque. Sabes que lo harías de cualquier manera. Tu conciencia no te dejaría en paz si no te empleas a fondo para evitar la muerte de quién sabe cuántos inocentes.

Argus se mordió los labios porque sabía que su exjefe tenía razón. Nunca se perdonaría a sí mismo si le daba la espalda a la Policía de Calahorra y había nuevos asesinatos. Al menos debía intentar ayudar.

—De acuerdo, lo haré —claudicó al fin—. ¿Qué garantía tengo de que me entregará la información sobre Sierra de Camero?

—Tienes mi palabra.

—No es suficiente.

—Tendrá que serlo —sentenció Bejarano, antes de cortar la comunicación.



Christian le dio las gracias a don Pablo cuando llegaron hasta «El Mirador». La urgencia de Abelard para que acudiera a su hotel en Madrid, y el hecho de que su propio chófer lo recogiera en el aeropuerto, le dio la medida al viejo médico de la importancia que tenía para don Antonio lo que iba a pedirle.

El patriarca no fue elocuente cuando lo llamó a Marañón, pero aludió al afecto que le profesaba, así como a la confianza fundamentada en una vieja amistad. Todo el preámbulo despertó la curiosidad de Christian, que no tenía idea de qué podía querer de él un hombre tan poderoso como don Antonio.

En la recepción ya lo esperaban. Le comunicaron que el señor Abelard ordenó que le prepararan la suite presidencial, y que no se preocupara por los gastos, por supuesto. Era su invitado. Por otro

lado, el recepcionista le ordenó al botones que condujera al doctor hasta el último piso, donde don Antonio tenía su despacho. Ellos se harían cargo de su equipaje.

Cuando Christian alcanzó la oficina del magnate, fue Inés quien lo recibió con una sonrisa. El doctor agradeció encontrar un rostro conocido, pues ya se sentía abrumado por tanta amabilidad proveniente de desconocidos.

—¡Christian, qué bien que estás aquí! Don Antonio te espera con mucha ansiedad. Ya se asomó tres veces para preguntar si habías llegado.

—¿Sabes de qué se trata todo esto? No creo que requiera mis servicios médicos en medio de Madrid, pero no se me ocurre a qué viene tanta urgencia.

—No lo sé. Lo que sí te puedo decir es que desde hace algunas semanas, don Antonio se comporta de forma muy extraña. Espero que no esté enfermo.

—¿Recuerdas desde cuándo cambió su conducta?

—Yo diría que desde una semana antes de regresar de Marañón. Un día estaba normal, y al siguiente ya no era él. No sé si me explico —Werner asintió. El médico pensó que tal vez lo que ocurrió en la isla lo desconcertó. Sería comprensible. Aun así, eso no le explicaba qué hacía él allí—. Será mejor que te anuncie. Tiene prisa por hablar contigo.

En cuanto Inés le avisó a su jefe que Werner por fin había llegado, Abelard le ordenó que lo hiciera pasar. El viejo médico entró en el despacho, y después de saludar al patriarca ocupó la silla frente a él.

—Pues ya estoy aquí, don Antonio. Usted dirá en qué puedo serle útil.

—Debo ponerte en antecedentes sobre algunos asuntos muy delicados para mi familia, Christian. Espero que comprendas que necesito absoluta discreción acerca de lo que voy a revelarte.

Las palabras de Abelard causaron curiosidad y preocupación por igual. Minutos después, Werner se sumaba al pequeño grupo de personas que conocían la verdadera identidad de Argus del Bosque.

—Pues me deja usted de piedra, don Antonio. Nunca me hubiera imaginado que ese chico pudiera ser su hijo perdido. Por supuesto que seré discreto al respecto.

—Te confieso que quisiera gritárselo al mundo, pero por la conducta de César comprendo que él prefiere que no se divulgue. Y yo no quiero contrariarlo.

—Le doy la razón. Lo que no comprendo es qué papel juego yo en todo esto.

—Al contrario de mí, tú lo apoyaste en Marañón. Te ganaste su confianza y amistad. Eres mi única esperanza de volver a encontrarlo.

—¿Por qué no lo hace a través de la Policía? Ellos deben saber dónde está.

—¿Crees que no lo he intentado? César no quiere que lo localicemos y después de la forma en que lo traté, no lo culpo. Sin embargo, no podré vivir tranquilo si al menos no tengo la oportunidad de pedirle perdón. Después, si él quiere renegar de mí y sus hermanos, lo aceptaré aunque me rompa el corazón.

—Así que quiere que yo lo encuentre para usted.

—Te ganaste su amistad y gratitud. Tengo la esperanza de que te haya proporcionado un medio para comunicarte con él.

—Pues, sí. Le confieso que me dio el número de su móvil, pero no creo que en sus planes estuviera que se lo proporcionara a nadie más. En especial, si como usted dice, no quiere que lo encuentren.

—Nunca te pediría que traiciones su confianza, Christian. Eso sería un grave error —Werner esperó. Todavía no estaba seguro de lo que Abelard quería de él—. Lo que te ruego es que lo llames, que te reúnas con él, le expliques cómo me siento y le hagas llegar mis disculpas.

—Quiere que actúe de intermediario.

—¿Lo harás?

Christian meditó la petición por unos momentos.

—¿Y si tampoco quiere reunirse conmigo? Por lo que usted me cuenta, deduzco que él también descubrió quién era mientras se encontraba en la isla. Eso debió resultar un fuerte impacto emocional, que además lo golpeó en medio de una situación muy difícil…

—Puedes decirlo, Christian: una situación que yo le puse difícil al actuar como un obtuso. Hoy me arrepiento de mi conducta y de cada palabra que pronuncié cuando creí que él… En fin, que me fustigo cada minuto por lo que hice, y quisiera echar el tiempo atrás para corregir mis errores —confesó el poderoso magnate, con los ojos humedecidos—, pero no tengo ese poder. Solo puedo rezar para conseguir el perdón de mi hijo, y tratar de compensarlo por todo lo que ha tenido que pasar.

Werner guardó silencio al comprender que estaba siendo testigo de algo inaudito. El Abelard que él conocía era un potentado dueño de sí mismo y de su entorno. A una palabra suya, todos a su alrededor corrían a obedecer. La persona que se esforzaba en contener las lágrimas frente a él, solo era un hombre viejo y frágil, que rogaba para que sus errores fueran perdonados, y conservar la esperanza de recuperar a su hijo. Aunque nunca lo hubiera creído posible, Christian sintió compasión por don Antonio Abelard.

—No puedo prometerle nada, don Antonio. Si algo aprendí de mi trato con Del Bosque es que puede ser tan testarudo como usted. Ahora comprendo que «de casta le viene al galgo». Sin embargo, haré mi mejor esfuerzo.

—Sabía que podía contar contigo, Christian —confesó Abelard, al mismo tiempo que usaba su pañuelo para secarse las lágrimas, y tratar de simular que nunca estuvieron allí.

—Debo advertirle, sin embargo, que si Argus se niega a hablar conmigo, o no puedo convencerle, usted tendrá que respetar su decisión.

—Por supuesto. Ya he cometido demasiados errores con mi hijo como para forzarlo a hacer algo que no quiere.

—En ese caso, trataré de contactarlo, a ver en qué lío anda metido el chaval, porque si algo le puedo asegurar es que tiene un imán para los problemas. Solo hay que ver el trabajo que me dio en Marañón.

Abelard desplegó una sonrisa donde se mezclaban la tristeza y el orgullo.

—Es verdad. Es firme como un roble y listo como un zorro.

—Tiene a quien parecerse —confesó Christian, mientras se ponía de pie y estrechaba la mano de Abelard—. Déjelo de mi cuenta, don Antonio. Le avisaré del resultado de mi intermediación, y esperemos que el chico no se resista demasiado.

De regreso en su propia oficina, Luisa comprobó con satisfacción que mientras se encontraba reunida con el comisario llegaron nuevos mensajes a su correo electrónico. Sarría y su equipo habían concluido el peritaje de ambas escenas del crimen. Estaba claro que los mandos tenían prisa en que se resolviera el caso y presionaban a todo nivel. Tal vez en alguno de esos resultados hubiera una pista que los acercara a descubrir quién era Enigma. Después de todo, necesitaban muy poco: un cabello, una gota de sangre, una fibra de la ropa… Cualquier cosa.

Los documentos impresos, firmados y sellados para el archivo ya estarían de camino, pero mientras llegaban, ella revisaría las copias que entraron al correo electrónico. Se comunicó con Eloísa para comprobar que Alfonso se encontraba en la comisaría y así era, de manera que le ordenó a la secretaria que le avisara para que se reuniera con ella. Dos cerebros siempre piensan mejor que uno.

Cuando el subinspector llegó al despacho de Burgos, encontró a la inspectora mucho menos entusiasmada de lo que estaba cuando lo mandó a llamar. Ella desvió la atención de la pantalla del ordenador y miró a su subalterno. Entonces dejó salir un largo suspiro con el que dio la sensación de desinflarse.

—Gracias por acudir tan rápido, Alfonso, pero creo que te hice venir por nada.

—¿A qué te refieres? Eloísa me dijo que teníamos los informes de las escenas.

—Y los tenemos —le confirmó la inspectora—, pero no nos

servirán.

—¿Cómo es eso posible?

—Porque en ninguna de las muestras recogidas hay elementos para analizar —Guerrero frunció el ceño—. Así es. Ni un cabello, ni una fibra… nada. Sarría está convencido de que el asesino aspiró las escenas, antes de marcharse.

—¡¿Aspiró las escenas?! No lo creo. Quiero decir, algo así hubiera llamado la atención. Una aspiradora hace mucho ruido, además de ser aparatosa.

—A menos que sea un modelo portátil y silencioso…

Alfonso se quedó en silencio con la boca entreabierta antes de quejarse.

—¿Entonces no tenemos nada?

—De las escenas, no.

—¿Y qué hay de las notas?

—Papel común. Impresora de uso corriente. Según el grafólogo, la redacción es más propia de un hombre, pero tampoco puede asegurarlo.

—¿Y la tela que cubría a Camila?

—Un retal de seda que pudo comprarse en cualquier tienda de telas. Antes de que me preguntes por el vino, por la composición podría ser un «Ponce de Calahorra», pero eso tampoco nos lleva a ninguna parte. Por otro lado, en ninguna de las escenas hay evidencia de lucha.

—Así que las víctimas no se defendieron.

—Lo cual hace pensar que las neutralizó de alguna manera. Veremos si los resultados toxicológicos arrojan algo.

—Siento que avanzamos con demasiada lentitud en este caso.

—Yo tengo la misma percepción.

—¿Tú y Farías llegasteis a alguna conclusión con los acertijos?

Luisa le explicó a su compañero la deducción que hizo el comisario, y las medidas que decidió para proteger a las posibles víctimas.

—Es un buen razonamiento —reconoció Alfonso—. Veremos si está en lo cierto.

—¿Tú avanzaste algo?

—Bueno, al menos pude hablar con el abogado de la familia Soliz-Ponce. El primer detalle: no hay separación de bienes, así que a menos que nos encontremos alguna sorpresa en la sucesión, el señor Francisco Soliz se ha convertido en un hombre muy rico.

—¿El abogado te informó sobre el contenido del testamento?

—Está dispuesto a colaborar, pero la confidencialidad profesional le impide hacerlo, a menos que presentemos la orden de un juez.

—En ese caso, tendremos que solicitarla.

Alfonso asintió.

—Me ocuparé.

—¿Averiguaste quién es la amante de Soliz?

—No fue tan difícil como temía. A pesar de que don Francisco lleva sus amoríos con mucha discreción, es más difícil engañar a una secretaria, que a una esposa.

—La secretaria de Soliz estaba enterada…

—Y le picaba la lengua por contarlo: Francisco engañaba a su mujer con una de las enólogas de la Bodega. Su nombre es María Elena Ventura.

—De acuerdo —dijo Luisa, mientras tomaba nota—. Yo me haré cargo de interrogarla.

—Muy bien, tú eres la jefa.

Burgos se quedó en silencio por un momento, mientras meditaba la situación.

—Esta investigación es una pesadilla —se quejó la inspectora—. Como si los acertijos no fueran lo bastante desconcertantes, hay una escasez sorprendente de evidencias. ¡Demonios! Ni siquiera sabemos cómo comete los homicidios. ¿Estrangula a las víctimas, o les rompe el cuello? Tal vez debamos concentrarnos en la relación que existe entre Díaz y Ponce.

En pocas palabras, Luisa le explicó su teoría acerca de un posible juicio que involucrara a las dos mujeres.

—Lo que propones tiene sentido. ¿Encontraste algo?

—Me temo que nada. Lo único que saqué en conclusión es que las víctimas no se cruzaron nunca. Vivían en mundos diferentes. Sin embargo, tengo la certeza de que esa relación sí existe, y estoy dispuesta a encontrarla. ¿Tú averiguaste algún nexo entre los sospechosos?

—Pues en ese aspecto tuve más suerte que tú.

Burgos se inclinó hacia adelante en el asiento con interés.

—¿Qué encontraste?

—¿Recuerdas a Flavio Pedroza?

—El enfermero del turno de la noche.

—El mismo. Bien, resulta que él y Cristóbal Soliz fueron compañeros de clase desde la ESO.

Luisa frunció el ceño con sorpresa.

—No se me hubiera ocurrido situar a esos dos en el mismo instituto.

—En realidad era un colegio privado bastante pijo. Pedroza estudió allí gracias a una beca. Según lo que pude averiguar, ambos eran muy amigos.

—¡Mira qué interesante!

Antes de que la inspectora pudiera pronunciarse al respecto, el teléfono fijo de la oficina los interrumpió.

—Aquí Burgos. Sí, Eloísa, puedes pasarme la llamada… Me alegra escucharte Heriberto, espero que tengas nueva información para mí.

—Pues sí hay algo y preferí llamarte, porque sé que estáis escasos de evidencias y esto puede resultar importante.

—Te escucho.

—Descubrimos cómo entró el asesino a la casa de los Soliz. La idea fue de uno de los chicos. Me sugirió que tomáramos muestras del interior de la cerradura. No tienes idea de lo que encontramos.

—¿De qué se trata? —preguntó la inspectora con todos los músculos en tensión.

—Restos de acrilonitrilo butadieno.

La expresión de desconcierto de Luisa fue tan evidente, que hizo que Guerrero enarcara las cejas con curiosidad, aun cuando no podía escuchar al técnico. La inspectora respiró profundo al recordar que Heriberto se regodeaba soltándole nombres extraños a los policías para cachondearse un poco de ellos.

—En castellano, por favor.

—Desde luego. Se trata del plástico que se usa en la impresión 3 D.

La explicación dejó a Burgos igual de confundida que antes de escucharla.

—Sarría, comprendo que quieras darle un poco de suspenso a tu información, pero no andamos muy sobrados de tiempo. ¿Podrías ir al grano?

—Por supuesto, disculpa. Es difícil ignorar los malos hábitos. Te lo explicaré mejor. Se usó una llave fabricada con una impresora 3 D. Tiene la característica de ser muy maleable, así que el asesino solo tuvo que introducirla en la cerradura, darle algunos golpes suaves con un martillo y *voilà*, tendría una llave a la medida que abriría la puerta tan bien como la original.

Burgos sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Si se enfrentaban a un sujeto capaz de semejante sofisticación… Superado el primer impacto, la inspectora acertó a hacer la pregunta más lógica:

—¿Dónde pudo conseguir esa llave?

—Eso podría daros una línea de investigación —reconoció Sarría—. Por eso quise que lo supierais cuanto antes. Existen empresas que hacen objetos de impresión 3D por encargo, por lo general para fábricas. No sé qué posibilidad tendría un particular de hacer un encargo así, pero…

—¿Pero?

—Si el sujeto que buscas no quiso dejar rastros… No es fácil, pero tampoco imposible construir una impresora 3D casera…

Luisa colgó con una mezcla de esperanza y desaliento. Si Enigma encargó la llave podrían seguirle el rastro, pero si fabricó su propia impresora, se encontrarían ante otro callejón sin salida. Antes de que

pudiera explicarle al subinspector la nueva información, el teléfono volvió a sonar. La inspectora ni siquiera había retirado la mano del auricular. Después de una breve conversación volvió a colgar, mientras miraba a Guerrero.

—El comisario quiere verme de inmediato. Luego te pondré al día sobre mi conversación con Heriberto. Hay un nuevo hilo de investigación. ¿Cuáles son tus planes para el resto del día?

—Pensaba indagar en la calle sobre el asunto de las joyas robadas.

Luisa asintió.

—Hazlo. Aunque estoy segura de que Cristóbal las sustrajo de la caja fuerte de su madre, debemos tener la certeza. Con mayor razón después de la conexión que encontraste entre él y el enfermero.

—De acuerdo.

—Yo iré a ver qué quiere Farías. Espero que no me haga perder el tiempo. Cuando termines tu indagación puedes irte a casa. Yo haré lo mismo.

—Tú eres la jefa.

Ambos salieron del despacho al mismo tiempo, cada uno a cumplir una orden diferente. Luisa percibió cierto desprecio en la mirada de Eloísa cuando se levantó para acompañarla hasta la puerta y anunciarla.

En el momento en que Burgos cruzó el umbral, se dio cuenta de que Farías estaba acompañado. Frente a él había un hombre que se puso de pie de inmediato. Era alto y delgado, usaba un traje a la medida y se movía con elasticidad.

—Inspectora Burgos, pase —le ordenó el comisario—. Le presento al comisario Del Bosque, de la Brigada de Homicidios. Le brindará apoyo en el caso Díaz-Ponce, así que espero que le ponga al día acerca de toda la información de la que disponemos.

—¿Me brindará apoyo, o me quitará el caso? —replicó Luisa, sin poder contenerse.

—No estoy aquí para quitarle nada a nadie —respondió Del Bosque, con una voz profunda—. Le aseguro que deseo intervenir en su investigación, tanto como usted quiere que yo lo haga.

—Al final lo consiguió, ¿verdad? —insistió la inspectora, ignorando a Argus y concentrándose en su jefe—. Ahora podrá decir que soy una incompetente y que tiene que traer a un policía de afuera para hacer mi trabajo.

Farías perdió la paciencia y dio un fuerte golpe a la mesa con la palma de la mano abierta.

—¡Ya es suficiente, inspectora! Su actitud me tiene hastiado. No le basta con hacer su trabajo de nueve a cinco, como si esto fuera una oficina administrativa, sino que además se ofende si hago lo posible por cubrir sus deficiencias. Mi deber es con esta comisaría y con la

comunidad. No voy a detenerme a la hora de cumplirlo para no herir su ego. ¿Lo entiende?

—Sí, señor —aceptó Burgos, mientras se mordía los labios.

—En ese caso, siga mis órdenes y ponga al día al comisario. No necesito decirle que a partir de este momento, él está a cargo.

—Sí, señor.

Del Bosque suspiró. Después de que Farías le contó acerca de los asesinatos del criminal al que llamaban Enigma, Argus comprendió que le esperaban días difíciles. En especial con esa compañera.

Argus acompañó a Luisa hasta su despacho. La inspectora no disimuló su mal humor. Él sabía lo que sentía, pues también había sufrido la mala experiencia de que le arrebataran un caso de las manos sin que hubiera una razón justificada. También comprendía a Farías. Él era quien soportaba la presión de los rangos superiores y quien al final tendría que dar explicaciones por cada nueva víctima. No le hubiera gustado estar en su pellejo.

Cuando entraron en la pequeña oficina, Burgos le ofreció que ocupara su puesto, lo cual le dio una medida a Del Bosque de lo dolida que se sentía.

—De ninguna manera, inspectora. Este es su despacho y lo seguirá siendo. No estoy aquí para desplazarla, sino para ayudar en lo que pueda.

Mientras el comisario pronunciaba esas palabras, ella lo observó en busca de alguna señal de desprecio o burla, pero no fue lo que percibió. Del Bosque era sincero y Luisa no supo qué responder, así que se limitó a ocupar su silla.

—¿Por dónde quiere comenzar?

—El comisario Farías me hizo un breve resumen de los crímenes, pero me gustaría recibir un informe completo, y nadie mejor que usted para dármelo.

Burgos asintió. Al menos el tío no era pedante, lo cual haría más llevadera la situación. La inspectora abrió el expediente y le proporcionó toda la información a Argus. Él escuchó con atención, sin interrumpirla en ningún momento. Cuando ella terminó, Del Bosque se quedó en silencio por unos segundos antes de hablar.

—En mi opinión, usted ha hecho un excelente trabajo policial, inspectora, pero me temo que para atrapar a este asesino hay que ir un poco más lejos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Luisa, al mismo tiempo que tensaba los músculos de la espalda, pues esperaba que detrás de ese tímido halago llegara la crítica.

—Por la forma en que el asesino limpió las escenas de los crímenes, debe tratarse de alguien muy bien informado con respecto a los

procedimientos policiales…
—¿Un policía o un perito? —lo interrumpió ella.
—No me atrevería a hacer una aseveración como esa. Hoy en día la información sobre casi cualquier cosa está a la distancia del movimiento de un dedo… Lo que sí puedo afirmar es que se trata de una persona cuidadosa, además de ser muy inteligente. Solo hay que darse cuenta de la variedad de información que maneja…
—Se refiere a los enigmas.
—Eso por descontado, pero hay mucho más: Sus víctimas no estaban solas cuando las asesinó. Eso significa que actuó con una sangre fría impresionante, pero además se tomó su tiempo para eliminar las evidencias de las escenas. Si lo piensa bien, corrió un riesgo enorme.
—¿A dónde quiere llegar con ese razonamiento, comisario?
—Ahora se lo diré. También debemos considerar la forma en que llegó hasta sus víctimas. Para entrar a la residencia empleó la astucia, y en la casa Soliz se valió de la tecnología.
—Muy bien, perseguimos a un tío excepcional. Lo felicitaremos si logramos atraparlo, pero todavía no me dice cuáles son sus conclusiones sobre esto.
—De acuerdo. Lo que estoy tratando de dibujar es un perfil psicológico que nos ayude a identificar a este individuo entre los sospechosos.
—No estoy muy segura de creer en ese tipo de perfiles —protestó Burgos.
—Y sin embargo, pueden resultar muy útiles.
—Según usted, ¿cuál sería ese perfil?
—Muy bien, le daré mi opinión, pero si está en desacuerdo en algún aspecto, le ruego que me lo haga saber: buscamos a un hombre joven, metódico, paciente y muy imaginativo…
—¿Qué le hace pensar que es un hombre joven? Algunos de los sospechosos no encajan en esa descripción.
—Recuerde que se mostró ante la jefa de enfermería de la residencia, aunque fuera con el rostro cubierto. Ella lo describe en sus declaraciones.
—Tiene razón, continúe.
—Este sujeto es capaz de resolver problemas difíciles en forma eficiente y usando métodos poco convencionales, por lo que su nivel académico debe ser alto, aunque tal vez sea autodidacta. Es evidente que estudió a fondo a las víctimas y su entorno, lo cual implica que no le gusta improvisar. Tampoco se detiene ante los grandes retos, lo que me hace pensar en alguien con un ego fuerte. Quizá un megalómano.
—Casi parece que lo admira.
—Lo haría si no fuera un asesino. Solo quiero dejar claro que no

debemos bajar la guardia, pues nos encontramos frente a un adversario formidable y les puede costar la vida a muchos inocentes si cometemos el error de subestimarlo.

—Créame que en ningún momento lo he subestimado. ¿Por qué cree que comete estos asesinatos?

—Estoy de acuerdo con ustedes en que se trata de una venganza. Es lo que se deduce de los enigmas. Detrás de esos mensajes se esconde una enorme frustración.

—¿Y si los acertijos son falsos? —Argus esperó a que Luisa se explicara—. Tal vez son una forma de hacernos creer que hay un asesino en serie suelto, cuando en realidad se trata de un criminal que solo busca otro tipo de beneficio. Alguno de los dos homicidios podría ser tan solo un señuelo.

—Supongo que lo que sugiere es que mataron a la anciana para desviar la atención en el asesinato de la señora Ponce —dijo el comisario. Burgos asintió—. Reconozco que es tentador dejarse llevar por esa teoría y concentrarse en quienes tuvieron la oportunidad y los que resultan beneficiados por el segundo crimen, pero no creo que esa sea la situación.

—¿Por qué?

—Porque los acertijos señalan que habrá más asesinatos. Siete, para ser exactos. Y junto al cuerpo de Camila se encontró una nota que anuncia el siguiente crimen. No tendría sentido asesinar a siete personas solo para distraer a la Policía. El riesgo que corre el homicida en cada crimen es enorme.

—Visto así…

—Comprendo que es decepcionante no poder aferrarse solo a los procedimientos policiales habituales, pero mi lógica no significa que debamos dejarlos de lado. Yo podría estar equivocado, o tal vez el asesino se encuentre en el entorno de alguna de las víctimas.

La inspectora meditó las palabras del comisario y comprendió por qué lo escogieron para encargarse de esa investigación. Se sintió un poco menos enfadada. Solo un poco.

—¿Qué opina de los acertijos?

Argus releyó las notas en orden. Cuando era niño lo entrenaron para resolver ese tipo de enigmas, pero aun así, estos le resultaron bastante crípticos.

—Pienso que ustedes descifraron parte de los enigmas en forma brillante, pero me temo que no es suficiente. La solución parcial puede llevar a conclusiones erróneas…

—Supongo que se refiere a la primera parte del enigma que encontramos en la cama de Aureliana: «Soy la muerte…»

—A ese mismo me refiero. Estoy seguro de que contiene información clave para comprender lo que el asesino tiene en mente.

—¿Alguna idea de lo que significa?

Del Bosque negó con la cabeza.

—Me temo que se me escapa lo que revela. Con respecto a la segunda parte, no creo que haya mucho más que descubrir.

—¿Y el segundo? El comisario Farías piensa que la próxima víctima podría ser un juez. Y si está en lo cierto, tal vez toda esta locura tenga su origen en un juicio que dejó descontento a alguien.

Argus se concentró en el enigma que le señaló Luisa.

—No estoy seguro —reconoció con pesar—. Aunque la palabra prevaricación es una referencia clara al mal comportamiento de un juez, pero lo demás…

La inspectora decidió leerlo de nuevo, despacio y en voz alta. De repente estaba interesada en lo que el comisario tuviera que decir.

—«Es el turno de *Asmodeo*, quien al prevaricador conducirá al infierno. La justicia llegará por la Ley del Talión, pues quien con el hierro mata, con el hierro morirá. Si quieres encontrarlo, deberás buscar al que ejecuta. El I*mperator*».

—*Asmodeo* es el demonio de la lujuria —afirmó Argus.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo leí por ahí alguna vez —respondió Del Bosque, al mismo tiempo que encogía un hombro para restarle importancia. No quería decirle a su nueva compañera que su infancia incluyó el estudio de todo tipo de mitologías.

—Supongo que eso significa que la próxima víctima morirá a causa de su lujuria.

—Yo agregaría que prevaricó por culpa de la lujuria.

Burgos miró a Argus confundida.

—¿Qué clase de juez haría eso?

—No lo sé. Lo que sí está claro es que el asesino piensa hacerle a este juez lo mismo que él le hizo a la víctima de su prevaricación. De eso se trata la Ley del Talión: ojo por ojo y diente por diente.

—«… el que a hierro mata, con el hierro morirá», pero no tiene sentido si lo analizamos con detenimiento. En España abolieron la pena de muerte en 1978…

—Tal vez involucre un juicio previo a esa fecha, donde el culpable fuera condenado a muerte.

—Es cierto —reconoció la inspectora con renovado entusiasmo—, así sería más lógico. Aureliana y Camila pudieron participar, tal vez como testigos.

—¿Qué edad tenía la señora Ponce?

—Cuarenta y cinco años.

—Entonces, no es posible —sentenció Argus—. En 1978 hubiera cumplido cinco años. Ningún juez la habría llamado como testigo.

Luisa no disimuló su decepción. Le parecía una respuesta excelente

a una situación que no tenía pies, ni cabeza.

—¿Qué es lo que usted cree? —le preguntó por fin al comisario, y comprendió con disgusto que se sentía cada vez más influenciada por sus opiniones. ¡Maldito Farías!

—Si le soy honesto, me siento tan desconcertado como usted. Esa sería la explicación más lógica, pero es evidente que es imposible, así que hay algo que se nos escapa.

—Tampoco concuerda con lo que sigue: «Si quieres encontrarlo, deberás buscar al que ejecuta. El *Imperator*». Más que a un juez parece referirse a un verdugo, o un emperador.

—En los enigmas se usan metáforas y alegorías, de manera que las palabras no deben interpretarse en forma textual —explicó el comisario.

—¿A qué se refiere, entonces? ¿Usted lo sabe?

Argus negó con la cabeza y se sintió decepcionado de sí mismo, pues pensaba que debería ser capaz de descifrarlo.

—El que ejecuta, el que hace… Alguien que actúa… Lo lamento, no sabría qué decirle. Tampoco encuentro una respuesta para *Imperator*, a menos que se refiera a alguien que tiene autoridad.

—Los jueces tienen autoridad.

El comisario asintió, aunque no estaba del todo convencido. El sonido de una campana en el ordenador lo desconcentró. Luisa desbloqueó la pantalla de inmediato.

—El forense se dio prisa. Acaba de enviarme el informe de la autopsia de Camila Ponce.



La inspectora leyó el documento con una expectación que compartió su nuevo jefe. Cualquier información podía ser el hilo por el cual se deshiciera el tejido. Un tejido que sentían cada vez más tupido y complejo. Al llegar a la última línea, Luisa se desinfló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Del Bosque.

—Los resultados de esta autopsia son iguales a los de Aureliana —anunció Burgos con decepción—. La estranguló hasta fracturarle la laringe y le rompió el cuello. En ese orden. Y la fuerza que empleó para conseguirlo fue enorme. Por otro lado, Camila tampoco tenía heridas defensivas. El forense envió las muestras que pudo extraer debajo de las uñas al laboratorio y debemos esperar los resultados, pero no es muy optimista al respecto.

—Supongo que también las cogieron en la primera víctima.

La inspectora asintió, mientras respondía.

—Y no encontraron nada. Este sujeto es un fantasma: asesina a sus

víctimas en lugares llenos de gente, las mata de manera brutal sin que se defiendan, ni emitan un quejido... ¡Y no queda ningún rastro a su paso!

—Al menos nos dejó los acertijos.

—Yo diría que son un elemento de distracción en lugar de una pista —le refutó Luisa—. Seré honesta con usted: si yo continuara al frente de esta investigación, haría a un lado estas notas y continuaría con el trabajo policial duro y metódico. Estoy segura de que descubriríamos al asesino más rápido, que si seguimos el camino que nos traza el propio criminal.

Argus guardó silencio por algunos momentos para meditar acerca de las palabras de su colega. Siempre valoraba mucho la opinión de sus subalternos, pero intuía que en este caso cometerían un error si seguían los impulsos de la inspectora. Él estaba seguro de que en esos acertijos había información vital, y que ignorarlos sería un desatino.

—Tal vez tenga razón —respondió por fin—. Sin embargo, reconocerá que un elemento importante del procedimiento es no ignorar ninguna evidencia, por absurda que parezca.

—Pero…

—Eso no significa que no comprenda su punto. Reconozco que estos mensajes son frustrantes, pero si estoy en lo cierto, nos encontramos frente a un megalómano que se regodea al desafiar a la Policía en su propio terreno. Es su punto débil y debemos aprovecharlo.

—¿Y si se tratara de una maniobra de distracción?

—Aun así, no podríamos ignorarla. Le propongo algo: estas notas son la razón por la que me enviaron aquí, de manera que es mi responsabilidad descifrarlas. Usted concéntrese en el trabajo procedimental y déjeme este engorroso asunto a mí.

—¿Lo involucraron en este caso por los acertijos? —preguntó Luisa con sorpresa, pues tenía la convicción de que Argus estaba allí para reemplazarla y demostrar su ineptitud. Por toda respuesta, el comisario asintió—. ¿Por qué? ¿Es experto en este tipo de cosas?

—Digamos que recibí cierto entrenamiento al respecto, así que se me da mejor que a la mayoría de las personas. Mi jefe lo descubrió a lo largo de los años —Luisa guardó un silencio culpable, lo cual alarmó a Argus—. ¿Qué ocurre?

—No sabía que la Policía contara con este tipo de peritos…

—Y no lo hace. Se trata de una circunstancia peculiar. Casi una coincidencia.

—Entonces, tal vez no debí…

—¿Qué? —preguntó el comisario, sin ocultar su preocupación.

Burgos le contó acerca de su llamada a León y cómo le prometió la exclusiva a cambio de su colaboración.

—Lo lamento. Me sentía perdida y sobrepasada. No sabía a quién pedirle ayuda.

Del Bosque comprendió enseguida el riesgo que corrían si la prensa llegaba a relacionar los dos crímenes, o lanzaba la noticia de la existencia de los acertijos. El pánico se apoderaría de la ciudad, y el asesino podía cobrar confianza al sentirse como una celebridad. La imprudencia de la inspectora les podía resultar muy costosa, pero ya no tenía remedio. Tampoco era cuestión de hacer leña del árbol caído.

—Debo reconocer que fue un error, pero comprendo su situación. Un asunto como este puede resultar desconcertante.

—No sabía a quién acudir —se excusó ella, con la voz entrecortada, pues se sentía como una idiota.

—Hizo bien en no informarle acerca del segundo enigma —la felicitó el comisario—. Eso hubiera despertado su interés. Ahora es importante mantener alejada a la prensa.

—Por mí no sabrán nada —prometió la inspectora.

—De acuerdo, entonces pongámonos manos a la obra. Yo continuaré estudiando estos enigmas. Estoy seguro de que se nos escapa algún dato importante, y que se encuentra en estas líneas.

—Yo buscaré si hubo algún juicio que involucrara a Aureliana y Camila. Tanto si la relación es directa, como si es indirecta.

—Buena idea.

Durante las dos horas siguientes, cada uno se concentró en su propia tarea, y pese a que compartieron la misma oficina, no intercambiaron ni una palabra. Argus leía, releía y tomaba notas. Luego volvía a leer. Por su ceño fruncido, Burgos comprendió que no hacía grandes avances. Después de asegurarse de que no existía el juicio que buscaba, la inspectora salió del despacho para estirar las piernas. Aprovechó que se encontraba sola para llamar a casa, y comprobar que todo estaba bien. Entonces recordó la llave 3 D. Una rápida búsqueda con el móvil le proporcionó varios números de contacto. Por suerte, no existían muchas compañías que proporcionaran ese servicio.

El comisario seguía enfrascado en su tarea y Luisa no quería interrumpir su concentración, así que llamó a las empresas desde su propio móvil. Las respuestas fueron negativas. Ninguno de ellos había fabricado una llave con esas características. Sus clientes eran grandes firmas, por lo que no recibían encargos de particulares, así que la inspectora confirmó sus temores: el asesino debió construir su propia impresora 3D para fabricar la llave.

Cuando se disponía a regresar al despacho, entró una llamada al móvil de Luisa.

—Alfonso, ¿averiguaste algo importante?

—¿Todavía estás en la comisaría? Pues sí que te preocupa este

caso. ¿Qué quería Farías?

La inspectora le informó acerca de la incorporación de un comisario de la Brigada de Homicidios como jefe del equipo. Del otro lado de la línea se escuchó un silencio atronador que duró algunos segundos.

—Pues no sé cómo sentirme acerca de este fichaje —confesó Guerrero—. Nunca nos habíamos ocupado de una investigación tan importante, como para que se pidiera ayuda a Homicidios. Ni siquiera el caso Altuve llegó a tanto. ¿Qué opinas de nuestro nuevo jefe?

—Al principio me cabreé, pero debo reconocer que es respetuoso y parece accesible.

—¿Es listo?

—Supongo que sí. Dice que lo enviaron porque es experto en este tipo de asuntos. Me refiero a los acertijos.

—¡Genial! —exclamó Guerrero con entusiasmo.

—Pues no sé de qué te alegras. Yo detesto reconocer que necesitamos ayuda de alguien de afuera.

—No me entiendas mal —se corrigió Alfonso—. Me refiero a que es bueno tener ayuda experta en un asunto tan complicado.

—Espero que estés en lo cierto, pero no me llamaste para hablar de esto.

—No, tienes razón. Te llamé porque pensé que te interesaría saber que la novia de Cristóbal Soliz empeñó una colección de joyas valoradas en treinta mil euros hace dos semanas.

Luisa regresó a su despacho cuando concluyó su conversación con Alfonso. Encontró a Argus estirando los músculos como un gato. El comisario se detuvo en cuanto advirtió la presencia de su compañera.

—¿Hizo algún avance con las notas? —le preguntó la inspectora, al mismo tiempo que le señalaba los papeles que reposaban sobre la mesa, y que estaban llenos de garabatos.

—Me temo que no. Debo reconocer que este sujeto es muy listo, o yo estoy oxidado en estas tareas.

—¿Cuándo fue la última vez que resolvió un acertijo?

—Tendría doce años.

Burgos enarcó las cejas.

—¿Lo hacía por diversión?

—Me temo que no —confesó él—. Era parte de mi entre… de mi educación.

—¿Dónde cursó usted la EGB?

—Digamos que tuve una formación poco convencional.

—Supongo que fue a una de esas escuelas experimentales.

—Algo así.

—¿Al menos se ha formado una opinión?

—Todavía pienso que es importante descifrar los enigmas. También estoy de acuerdo con ustedes con respecto a que el asesino tiene planificados al menos siete homicidios, uno por cada pecado capital. Lo cual significa que hay cinco personas más que corren peligro de muerte.

—Nunca hubiera creído que este tipo de cosas podían ocurrir en la vida real.

—Algunas veces la realidad supera la ficción —sentenció Argus—. Y esto no es solo una frase hecha, sino la verdad. Esta situación se ha dado con anterioridad. Supongo que conoce el caso de *Zodiac*.

—Recuerdo que nos hablaron sobre ello en la Academia —reconoció Luisa—, pero le confieso que no le presté mucha atención. Nunca imaginé que pudiera encontrarme frente a una situación tan rocambolesca.

—Y sin embargo, *Zodiac* existió. También enviaba notas con enigmas y criptogramas a los periódicos para burlarse de la Policía. Sembró el pánico en California durante los años 1968 y 1969. Confesó treinta y siete asesinatos, aunque las autoridades solo pudieron comprobar siete víctimas.

Burgos sintió un escalofrío en la espalda. No se sentía preparada para enfrentarse a algo así. En especial porque recordó que la Policía nunca pudo arrestar a *Zodiac*.

—¿Ha conseguido alguna idea acerca de los motivos del asesino para cometer estos crímenes? —preguntó la inspectora.

—Estoy seguro de que los asesinatos refuerzan su ego, y que en su mente existe algún tipo de motivación, pero no consigo deducir de qué se trata. También sospecho que la respuesta se encuentra en el encabezado del primer acertijo.

—Asumo que se refiere al fragmento que no conseguimos descifrar.

—Se esmeró en hacerlo más críptico que lo demás. Y es posible que utilizara una vía de razonamiento diferente para crearlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Verá, si detalla la construcción de las frases comprenderá que el encabezado tiene un enfoque diferente a todo lo demás. Aquí no hace referencia a ningún demonio, ni menciona los pecados capitales. Por la forma en que está redactado, yo diría que se trata de una exposición de motivos.

—Ahí nos dice por qué mata —dijo Luisa, mientras sentía que sus músculos se tensaban. Argus asintió.

—¿Podrá descifrarlo?

—Yo diría que es cuestión de dedicarle tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos —sentenció ella, sin disimular su ansiedad.

—¿Cree que no lo sé?

—Lo lamento. Sé que hace lo que puede, pero todo esto me parece absurdo.

—¿Usted averiguó algo? —le preguntó Argus.

Luisa le habló al comisario de los resultados de sus últimas indagaciones, así como de su conversación con Guerrero.

—Vamos por partes —sugirió él—. Así que podemos descartar la teoría del juicio, y seguimos sin saber qué relaciona a las víctimas. Por otro lado, todo indica que el asesino fabricó su propia impresora 3D para darle forma a la llave que usó en la casa de los Soliz. ¿Voy bien?

—Es así —confirmó la inspectora con un asentimiento.

—Y por otro lado tenemos el asunto de las joyas que Cristóbal Soliz le robó a su madre, porque ella se negó a seguir pagando sus deudas de juego.

—A mi juicio es el sospechoso más probable, o lo sería si pudiéramos explicar la relación entre Aureliana y Camila.

—Tal vez no existe un nexo entre las víctimas, sino entre sus allegados —sugirió Del Bosque.

Luisa levantó la mirada hacia Argus con expresión esperanzada, antes de hablar:

—Es interesante que lo diga, porque Alfonso sí encontró una conexión en el entorno de las víctimas, aunque es muy frágil.

—¿De qué se trata?

—Flavio Pedroza y Cristóbal Soliz estudiaron juntos en la ESO.

—¿Amigos?

Burgos encogió los hombros.

—Acabamos de descubrirlo. Todavía no sabemos si eran cercanos.

—Es un dato importante —confirmó el comisario—. Cristóbal se beneficia con la muerte de su madre, y su compañero estaba presente en la residencia la noche que asesinaron a Aureliana.

—¿Pero qué sentido tendría que Pedroza se involucrara en los asesinatos? ¿O por qué querría Soliz matar a Aureliana?

—¿Averiguaron si el enfermero se beneficia con la muerte de la anciana?

—¿En qué está pensando?

Argus cogió aire y se quedó en silencio por unos instantes, mientras ordenaba sus ideas.

—Digamos que ambos son amigos. A Cristóbal le estorba su madre porque lo separa del dinero que necesita para mantener su vicio. Por otro lado, tenemos a Pedroza relacionado con Aureliana. ¿Sabemos si el enfermero recibirá algún beneficio con la muerte de Díaz?

—Ya comprendo —dijo Luisa con tono triunfal—. Podrían haberse puesto de acuerdo para cometer ambos homicidios.

—Vale la pena investigarlo —reconoció Del Bosque—. Aunque solo sea para descartarlo. Convendría averiguar si Aureliana dejó algún

legado al enfermero.

Burgos asintió, mientras tecleaba en el teléfono de su escritorio para llamar a Guerrero, y darle la orden de iniciar esa investigación.



Argus se disponía a volver al estudio de los acertijos, cuando lo distrajo el aviso de la entrada de un mensaje en su móvil. Le pareció extraño, pues muy pocas personas tenían ese número, y pensó de inmediato que tal vez Bejarano quería comprobar su desempeño. Se llevó una sorpresa cuando leyó el nombre del médico de Marañón. Aunque estaba muy agradecido con el doctor Werner, en las últimas semanas casi lo había olvidado.

Se trataba de un mensaje corto y directo: «Hola, Argus. Necesito hablar contigo, ¿puedo llamarte?».

—¿Hay algún problema? —preguntó Luisa, cuando notó la tensión en los músculos del comisario.

—Nada —respondió él, mientras hacía un esfuerzo por disimular su desconcierto—. Un asunto personal. Discúlpeme un momento.

A pesar de la apariencia inocente de la nota de Christian, Argus comprendió de inmediato que su padre le encargó a Werner localizarlo. Ya esperaba que algo así ocurriera en cualquier momento. Aun así, el mensaje lo cogió desprevenido.

Ante la evidente curiosidad de la inspectora, Del Bosque balbució una excusa y salió del despacho. De inmediato respondió al doctor Werner con una llamada.

—¡Argus! ¡Qué alegría hablar contigo, hijo! ¿Estás muy ocupado? Perdóname si te incordié, pero hay algo importante que debo decirte.

—A mí también me alegra escucharlo, doctor Werner, aunque presiento que esta comunicación no fue idea suya.

Argus no escuchó el suspiro al otro lado de la línea.

—Sí, tienes razón. Como bien has deducido, cumplo con un encargo.

—De don Antonio Abelard.

—De tu padre.

Del Bosque guardó silencio. Él siempre creyó que era huérfano, y en toda su vida nunca tuvo referencia de su familia. Su único afecto fue su esposa Isabel, quien falleció en un accidente cinco años atrás. Con ella perdió el único nexo que lo reconciliaba con la humanidad. Y ahora, a sus treinta y cinco años, el azar le puso en el camino a su padre, después de lo cual comprendió que si no lo buscó, fue porque las circunstancias lo convencieron de que estaba muerto.

El comisario se encontró ante un hombre que se pasó la vida

lamentando la pérdida de su primogénito, pero que cuando lo tuvo frente a él, no solo fue incapaz de reconocerlo, sino que lo trató como a escoria por miedo, intransigencia y soberbia.

Argus no sabía qué pensar acerca de todo el asunto. Mientras investigaba los asesinatos que acabaron con la seguridad de la isla privada de los Abelard, comprendió que su familia también fue víctima de los mismos indeseables que le arrebataron la infancia. Y necesitaba saber por qué. ¿Quién era Paidónomo en realidad? ¿A quién obedecía? ¿Por qué secuestraron a un grupo de chiquillos, y los sometieron a una disciplina que había desaparecido diez siglos antes de Cristo? ¿Cómo los escogieron? Recordaba que muchos de los niños que llegaron al campamento hablaban diferentes idiomas…

—Argus, ¿estás ahí, hijo?

La voz de Christian regresó a Del Bosque a la realidad. No sabía si sería capaz de integrarse en una familia normal. Sus habilidades sociales fueron anuladas cuando apenas comenzaban a manifestarse, así que no creía que pudiera ser el hijo, hermano y tío que esperaban los Abelard. Además, después de sus últimas averiguaciones sospechaba que el grupo que lo secuestró no desapareció con *Paidónomo*, como siempre había creído. ¿Correrían peligro otros miembros de su familia si él regresaba como el hijo pródigo? Tal vez sí, o tal vez no, pero Argus no estaba dispuesto a correr el riesgo. Antes de acercarse de nuevo a su familia, debía comprobar que sería seguro. Ya los Abelard habían sufrido demasiado.

—Lo escucho, doctor Werner.

—Debo hablar contigo, Argus. ¿Podrías reunirte conmigo unos minutos? Iré a donde sea necesario.

El comisario suspiró al escuchar las palabras que más temía.

—Estoy en medio de un caso muy difícil, doctor.

—Lo comprendo, pero solo necesito cinco minutos. El tiempo justo para un café. Yo voy donde tú me convoques, a la hora que quieras, y tú dices cuándo termina la reunión…

Argus decidió negarse. No estaba habituado a las sutilezas sociales que obligan a ceder a deseos ajenos para quedar bien, pero la ingratitud no era uno de sus defectos y cuando ya iba a pronunciar su negativa, su mente lo traicionó con recuerdos recientes. Sin apenas conocerlo, Werner confió en él y hasta mintió para ayudarlo. Lo respaldó, incluso cuando su propio padre le dio la espalda. Y gracias a eso pudo atrapar a un peligroso asesino. Argus casi podía escuchar a su conciencia, que con el tono de voz de Isabel le decía: «Se lo debes».

—De acuerdo, doctor. Ya que se trata de algo tan grave, me reuniré con usted durante cinco minutos, pero me temo que no podré dedicarle más tiempo. En verdad estoy muy ocupado.

—Lo comprendo, Argus. No te pido más. Solo dime dónde estás.

Del Bosque le proporcionó su ubicación a Christian y lo citó en un bar cercano a la comisaría.

En cuanto cortó la comunicación, Argus se preguntó si no estaría cometiendo un error. Era consciente de la capacidad de convicción que caracterizaba a su padre. Se trataba de un hombre que dominaba su entorno, más por la autoridad que irradiaba que por su poder económico, que también. Werner sería su vocero y Argus estaba convencido de que acudiría con argumentos sólidos. Sabía que lo que don Antonio quería era recuperar a su hijo, pero Argus no estaba seguro de poder complacerlo. Él ya no era César Abelard, el primogénito de una familia acaudalada que vivía bajo el ala protectora de un generoso patriarca. Argus había sido moldeado con otro material. Era duro, seco, inflexible consigo mismo y poco paciente con los necios. En pocas palabras, un tío al que no querrías invitar a tu fiesta de cumpleaños, pero que sería en el primero en quien pensarías si tienes que resolver un problema. El meollo del asunto era que los Abelard ya no tenían problemas que Argus pudiera solucionar, además de que reconocía que él mismo podría causárselos. Le aterrorizaba que su cercanía con la familia los pusiera en peligro, y por eso debía alejarse hasta que pudiera descubrir la verdad.



Cuando Argus regresó al despacho, encontró a Luisa ocupada en una conversación telefónica. Parecía muy interesada en lo que su interlocutor tenía que decirle.

—Comprendo. ¿Y el señor Soliz lo sabía?... Muy bien. Una pregunta más. ¿Alguna vez la señora Ponce le comentó que su marido le era infiel…?—Burgos escuchó una larga respuesta— Sí, por supuesto. Gracias por su colaboración.

Argus ya estaba sentado frente a la inspectora en el momento en que ella colgó.

—Era el abogado de Camila Ponce —afirmó Luisa—. A primera hora de la mañana me enviará una copia del testamento de la occisa.

—¿Le proporcionó alguna información importante?

—Júzguelo usted mismo. La señora desheredó a su esposo. Todos sus bienes se repartirán en forma equitativa entre sus dos hijos.

—Es muy interesante —reconoció Del Bosque—. ¿Él estaba enterado?

Luisa asintió.

—Hace tres meses, la señora Ponce contrató a un detective para descubrir si su marido le era infiel. El sabueso hizo un buen trabajo, y le llevó a su cliente algunas fotografías comprometedoras. Por

supuesto que eso enfureció a Camila, pero según su abogado, la señora Ponce tenía ideas religiosas muy arraigadas, así que el divorcio no era una opción para ella. Sin embargo, consiguió otra forma de vengarse.

—Lo desheredó.

—En cuanto comprobó sus sospechas organizó una reunión a la cual asistieron su abogado, su propio esposo y un notario. Allí mismo cambió su testamento. Según el letrado, Soliz no se lo esperaba, y por supuesto que juró que no sentía nada por su amante, y que solo había sido un momento de debilidad que no se repetiría, pero su esposa se mantuvo firme.

—¿Cuál es la situación de don Francisco en este momento?

—Ahora es un empleado de sus propios hijos. Su suerte depende de lo que decidan Cristóbal y Lea, quien ya solicitó la emancipación.

—No es una situación cómoda para nadie —comentó Argus—. Sin embargo, esto significa que el señor Soliz no tendría un motivo económico para matar a su esposa.

—Perdió más de lo que ganó. Supongo que eso lo descarta como sospechoso.

—Quizá.

—¿No está seguro? —preguntó Luisa con sorpresa.

—La venganza también es un motivo poderoso. Y por lo que leí en los informes, la señora Ponce acostumbraba humillar a su esposo en cuanto tenía oportunidad.

—Es cierto. Tal vez pudo más el orgullo que la comodidad.

El móvil de Luisa los interrumpió. Después de un corto saludo, Guerrero le anunció el resultado de sus pesquisas con respecto a Pedroza.

—Así que el enfermero no tenía motivos para asesinar a la anciana —sentenció Burgos, después de escuchar a su subalterno. Argus prestó atención.

—No encontré ningún legado. Tampoco hizo testamento. Tal vez porque no tenía bienes que dejarle a nadie. Díaz murió en la más absoluta pobreza. Solo disponía de una pensión de supervivencia.

—Eso deja a Pedroza sin motivos para cometer el asesinato —dijo Luisa, sin ocultar su decepción.

—Es posible que tuviera otros motivos —argumentó Alfonso—. Quizá era demasiado conflictiva y colmó su paciencia.

—No creo que ese sea un motivo suficiente para asesinar a alguien.

—Quizá lo ofendió de alguna manera —insistió el subinspector— Yo no lo descartaría por completo.

—Sí, supongo que tienes razón. Has hecho un buen trabajo, Alfonso. Vete a casa a descansar. Nos vemos mañana.

La inspectora presionó el botón para finalizar la llamada, al mismo tiempo que le informaba al comisario acerca de la

conversación, luego se echó hacia atrás en el asiento y miró a través de la ventana. La oscuridad ya comenzaba a ganar terreno. Luisa se enderezó de inmediato y miró el reloj.

—Debo irme —anunció con urgencia.

—¿Ahora?

—¿Por qué le sorprende? Hace más de dos horas que concluyó la jornada.

—¿Jornada? —repitió el comisario, desconcertado—. Inspectora, le recuerdo que tenemos un asesino suelto y que ya anunció un nuevo crimen. Si continúa matando con el mismo patrón esta noche perderá la vida un inocente, a menos que seamos capaces de descifrar estos acertijos y evitarlo.

—Creí que ya habíamos descifrado esa parte del enigma, y que el comisario Farías tomó las medidas de previsión necesarias.

—Se refiere a proteger a los jueces.

—Por supuesto que me refiero a eso.

—No estoy muy seguro de que esa interpretación sea la correcta.

—¿Por qué no? Es el razonamiento más sencillo y directo.

—Y por eso es el menos probable. Los enigmas no proporcionan información directa, ni sencilla. Se elaboran para desviar la atención de la respuesta y confundir a quien los lee.

—Así que según usted, la próxima víctima no será un juez.

—Tal vez lo sea, o tal vez no. Todo depende del sentido que le atribuya el asesino a la palabra prevaricación. Lo que no podemos es basar toda la interpretación en una sola palabra e ignorar el resto.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta que usted propone? —preguntó la inspectora, que ya comenzaba a enfadarse, pues los argumentos del comisario la retrasaban.

—Ojalá tuviera una respuesta alternativa, pero no es así.

—Creí que estaba de acuerdo con las deducciones que hicimos de los fragmentos descifrados. ¿Cuál es su problema?

—Justo eso —replicó Del Bosque—, que son fragmentos. Y un enigma no puede descifrarse por partes, porque se pierde el sentido. Mientras no tengamos claro el significado de todo el conjunto, no podremos estar seguros de ninguna conclusión a la que lleguemos.

—Supongo que sigue preocupado por el encabezado del primero.

—Y por la última frase del segundo —le confirmó Argus, que también comenzaba a molestarse, pues ya la inspectora había mirado el reloj tres veces durante la discusión—. Sin embargo, no perdamos más el tiempo en esta diatriba estéril. Usted tiene razón, ya su jornada terminó, así que puede marcharse a casa. Yo me quedaré hasta que saque algo en claro de todo esto. Buenas noches, que descanse y nos veremos mañana.

—Espere, ¿piensa quedarse?

—Por supuesto —confirmó él, con el ceño fruncido—. No pretenderá que me vaya a cenar y dormir cuando tengo la convicción de que esta noche se cometerá un asesinato, que yo podría evitar si encuentro la respuesta a estos acertijos.

—Si yo me marcho y usted no, me hará quedar muy mal —protestó Burgos.

—¿Y qué espera, que deje que haya una nueva víctima para que usted quede bien ante sus jefes?

Luisa iba a responder, pero no encontró ningún argumento para hacerlo.

—Quisiera quedarme, pero no puedo.

—Muy bien. Ya le dije que se puede marchar. Yo me haré cargo.

La inspectora se debatía entre su sentido del deber y sus prioridades. La realidad era que tendría mala conciencia tanto si se iba, como si se quedaba. Todo sería más fácil si el testarudo comisario decidiera que ya tenía bastante con los acertijos, y se marchaba también. Al continuar trabajando, la comprometía.

Luisa cogió aire y ánimo antes de arremeter de nuevo.

—Lo enviaron para que me dejara en evidencia, ¿verdad?

—No sea inmadura, inspectora. El comisario Farías ya me advirtió sobre su tendencia de cumplir el horario más como oficinista, que como policía. También me dijo que eso le causa muchos problemas y frena su carrera, pese a que en general es una buena investigadora. Usted sabrá por qué mantiene una actitud que le resulta tan perjudicial. No estoy aquí para corregir los malos hábitos de nadie, sino para atrapar a un homicida antes de que vuelva a matar. Y es lo que voy a hacer. Lo que sus jefes piensen acerca de usted no es asunto mío.

Luisa no respondió. Por primera vez se sentía culpable por regresar a casa. Con el ceño fruncido y ademanes bruscos cogió su chaqueta, comprobó que tenía las llaves en los bolsillos, porque hacía años que no usaba cartera mientras trabajaba, cruzó por delante de Argus sin dirigirle la palabra, y salió a la noche riojana en dirección a su viejo Seat. Del Bosque esperó a que se perdiera de vista, y volvió a sentarse para seguir trabajando en los pasajes de los enigmas que todavía se le resistían.

Argus dedicó la mayor parte de la noche a leer los expedientes de los jueces que vivían en Calahorra, y se concentró en buscar una relación entre ellos y las víctimas, así como con las crípticas palabras del segundo acertijo. Prestó atención a todos los detalles, pero no hubo suerte. El cansancio venció al comisario después de que transcurrieron algunas horas, por lo que se quedó dormido sobre el escritorio de la inspectora Burgos. Faltaba mucho para el amanecer cuando el timbre del móvil lo despertó. Respondió sin mirar la

pantalla. Al otro lado escuchó una voz poco familiar en la que se percibía la urgencia de su interlocutor.

—¿Comisario Del Bosque? Soy el sargento Heredia. El comisario Farías me pidió que le avisara. Esta madrugada un vecino encontró un cadáver en un callejón. Tenía una nota sujeta a su camisa en la que alguien escribió un acertijo.

Día tres.

Argus bajó de la patrulla que lo llevó hasta la escena del crimen, y ni siquiera se dio cuenta del frío que lo recibió en la esquina del lúgubre callejón. Se dio tanta prisa que fue el primero en llegar, salvo por los oficiales que levantaron el perímetro. Lo recibió el mismo sargento que le dio el aviso. A pesar de su ansiedad, el comisario no intentó acercarse al cuerpo. Sabía que cualquier imprudencia por su parte podía dificultar el trabajo de los expertos. Debería esperar que llegaran el juez, el forense y la Policía Científica, quienes ya estarían en camino.

—¿Ya le avisaron a la inspectora Burgos? —le preguntó al sargento.

—Sí, señor, pero yo no la esperaría demasiado pronto. La inspectora suele demorarse con estas cosas —añadió con disgusto—. Según ella, a los muertos no les importa esperar.

—Comprendo. ¿Puede informarme, sargento?

—Sí, señor —respondió el uniformado, al mismo tiempo que consultaba las notas que acababa de apuntar—. El nombre de la víctima es Julio Ayala, de veintiocho años de edad. Es empleado en el ayuntamiento de Calahorra.

—¿Empleado del ayuntamiento? —repitió Argus—. ¿No es juez?

—No, señor. ¿De dónde saca esa idea? Ejercía como funcionario.

—¡Por supuesto! —exclamó el comisario, al mismo tiempo que se daba una palmada en la frente—. ¡Qué estúpido soy! Funcionario es «el que ejerce un deber», el que ejecuta.

El sargento se quedó inmóvil con la libreta en la mano, mientras observaba al comisario con las cejas enarcadas, sin entender nada.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, desde luego. Dígame sargento, si no registraron el cadáver, ¿de dónde sacó la información sobre la víctima?

—Nos dieron el aviso desde este bar. Ellos nos informaron que Ayala era cliente asiduo, y muchos de los presentes lo conocían. Fueron ellos quienes nos proporcionaron todos los datos. Debieron cerrar hace un par de horas, pero les pedimos que esperaran hasta que llegaran los detectives que se encargarían de la investigación, porque era seguro que querrían entrevistarlos.

—¿Ellos les dieron los datos de la víctima?

—Sí, señor. Y nos proporcionaron detalles interesantes: el señor Ayala visitó anoche el bar y compartió un par de copas con algunos amigos. Se fue alrededor de la medianoche, porque tenía una cita con un joven que conoció hace pocas semanas y con quien estaba a punto

de iniciar una relación.

—¿La víctima era gay?

—Sí, señor. El bar también es gay.

—Bien, continúe sargento. ¿Sabe el nombre de la persona con quien el señor Ayala se iba a encontrar?

—Me temo que sus amigos no lo saben. Les comentó que debía ser discreto, pues el hombre con quien se reuniría era casado y él no quería causarle problemas. Así que el señor Ayala se tomó un par de copas, se despidió de sus colegas y salió del bar. Nadie volvió a verlo.

—¿Quién encontró el cadáver?

—El cocinero. Los contenedores de basura se encuentran al fondo del callejón, y la puerta trasera de la cocina da hacia ese lado. El empleado ya se preparaba para el cierre, por lo que se dispuso a sacar la basura. Entonces le llamó la atención un bulto cercano a la calle. Dice que al principio no supo de qué se trataba porque estaba muy oscuro, pero que al acercarse supo quién era.

—¿Tocó algo?

—El cuello de la víctima para comprobar el pulso. Cuando se dio cuenta de que estaba muerto se alejó de allí a toda prisa, regresó al bar y dio la voz de alarma. Fue cuando el dueño nos avisó. También tuvo el buen tino de pedirles a los clientes que nos esperaran. Sabía que querríamos hablar con ellos.

La llegada de la furgoneta del forense distrajo a los policías por un momento. Detrás apareció un coche del cual se apeó Ramón Perdomo, el juez a cargo del caso de Enigma. Gracias al exhaustivo estudio de los expedientes de la noche anterior, ya Argus podría reconocer a cualquiera de los juristas de la ciudad. Se sintió un imbécil al comprender que perdió el tiempo en forma miserable. Le pareció escuchar a *Paidónomo*: «Es lo que ocurre cuando tratas de deducir el significado de un enigma por una sola palabra. Sin remedio te conducirá a una conclusión errada». Y él, que se llamaba a sí mismo experto, fue tan torpe que cayó en ese error de principiante. Si le hubiera ocurrido con Paidónomo al frente, nadie lo hubiera salvado de un castigo físico. En lugar de eso, un hombre inocente perdió la vida. Si Argus hubiera podido elegir, se habría decantado por el castigo físico. Dolía menos.

—En su llamada habló usted de una nota.

—Sí, señor. Ayer el comisario nos alertó acerca de eso. Nos dijo que ante cualquier delito que involucrara un acertijo, le avisáramos a usted de inmediato. Por supuesto que no tocamos el papel, pues eso alteraría la escena del crimen, pero le hicimos una fotografía con el móvil.

Al mismo tiempo que Heredia se explicaba, sacó su teléfono del bolsillo y buscó en la galería de fotos, hasta que encontró lo que le

quería enseñar al comisario. Argus contuvo su impaciencia, pues el sargento mostró cierta torpeza con el uso del móvil y tardó varios segundos en encontrar lo que quería. Cuando al fin consiguió abrir el archivo, se lo mostró a Argus.

Del Bosque leyó el nuevo mensaje de Enigma: «*Belfegor* se llevará su alma, pues su acidia cobró la vida de un inocente y la ruina de su familia. Si queréis conocer su nombre lo encontraréis en la casa nueva, donde el rey de León lo recogió de las manos de Acenare».

Argus meditó por unos momentos acerca del nuevo acertijo: *Belfegor* era el demonio de la pereza y acidia su sinónimo. De manera que la muerte de la próxima víctima se relacionaría con ese pecado, pero ¿cómo la pereza podría haber despertado el deseo de venganza del asesino? Era evidente que la desidia o inacción de esta persona tuvo consecuencias fatales para Enigma. Según la propia nota, le costó la vida a un inocente y la ruina a su familia. Tal vez uno de los perjudicados quería cobrar venganza entre los que causaron su desgracia.

El forense se encontraba trabajando, y los peritos de Sarría ya se distribuían en el callejón para escudriñar los rincones. Argus se disponía a hablar con el médico mientras le daba vueltas al caso en su cabeza cuando vio que Farías se les acercaba. Lo seguía un joven con actitud resuelta.

El comisario saludó a Argus con un asentimiento y le presentó al subinspector Guerrero. Heredia se apresuró a recibir a sus jefes y los puso al día con la misma información que acababa de darle a Del Bosque, lo que le dio tiempo a Argus de meditar acerca de la nota y preguntarse quién sería la siguiente víctima que anunciaba. Hasta el momento, Enigma no los había engañado con respecto a la información proporcionada en los acertijos. Cumplía a cabalidad lo que decía. El problema era que solo lo comprendían después de consumado el crimen.

—¿Cómo dijo que se llamaba la víctima, sargento? —le preguntó de repente a Heredia, quien lo miró con sorpresa, pues lo había interrumpido en medio de la presentación de su informe. Argus comprendió su error y se disculpó por su mala educación, pero aun así aguardó la respuesta.

Farías lo miró con el ceño fruncido, sin disimular su enojo.

—Julio Ayala.

—¡Eso es! El *Imperator*.

—¿De qué está hablando, Del Bosque? —preguntó el comisario.

—Es tan evidente que no comprendo cómo no lo vi antes —se excusó Argus—. Está claro que el *Imperator* de la nota se refiere al emperador. Y todos los emperadores romanos usaban el apelativo de César en honor de Julio César. De manera que el *Imperator* es una

referencia al nombre de la víctima: Julio

—Muy bien, una excelente deducción pero no veo de qué nos puede servir ahora —le recriminó su colega—. Si lo hubiera descubierto ayer, tal vez ese hombre estaría vivo.

Las palabras de Farías hirieron a Argus más de lo que hubiera querido reconocer, pues ya se sentía culpable. Prefirió no recordarle a su colega que su precipitación cuando concluyó que la víctima sería un juez por la interpretación de una sola palabra, los llevó a todos al fracaso irremediable.

—Tiene razón comisario —reconoció Del Bosque—. Sin embargo, me temo que el asesino anunció que cometerá un nuevo crimen. Y es evidente que solo contamos con pocas horas para averiguar de quién se trata.

—¿Puedo ver la nota?

Heredia le mostró la fotografía a su jefe. Farías frunció el ceño después de leerla.

—Es tan absurda como las anteriores —reconoció el comisario de «San Celedonio», mientras levantaba la mirada hacia Argus—. ¿A usted le dice algo?

Del Bosque le explicó el fragmento que ya había descifrado. En ese momento Luisa se apeó de su Seat y se encaminó hacia ellos. Su jefe la miró con desaprobación.

—Así que el siguiente morirá por perezoso —sentenció Farías—. Si yo fuera usted, cuidaría a la inspectora Burgos. Tiene todos los méritos para convertirse en la próxima víctima.



Luisa se reunió con el grupo de policías a tiempo para escuchar la exposición del sargento, sin perder el tiempo en saludos de cortesía. Del Bosque, que ya sabía lo que Heredia tenía que decir, se acercó al lugar donde el forense llevaba a cabo su trabajo y se presentó a sí mismo.

—Me disculpa que no le dé la mano, comisario —dijo el doctor Garrido con sarcasmo—, pero como puede comprobar, la tengo ocupada.

—¿Puede decirme algo sobre el cuerpo, doctor?

—Que deberá esperar a la autopsia.

Argus se armó de paciencia.

—Doctor, comprendo y admiro su profesionalismo, pero le recuerdo que este criminal ya ha cometido tres asesinatos y tiene planificado el cuarto. Si no nos damos prisa en detenerlo, mañana usted podría encontrarse examinando el cadáver de otra víctima del

mismo psicópata.

Garrido levantó la mirada hacia el comisario con el ceño fruncido, y dio un bufido.

—Está bien, ¿qué quiere saber? Le responderé si puedo.

—¿Cómo lo mataron?

—Tiene marcas en el cuello que son consistentes con las que encontré en las víctimas anteriores. También le fracturaron la columna cervical, así que salvo que la autopsia nos reserve una sorpresa, lo asesinaron de la misma forma que a la anciana y a la señora Ponce. Por cierto, que también se le irritaron los ojos poco antes de ocurrir el deceso.

—Aureliana era una mujer muy frágil, y Camila no hubiera podido ejercer mucha resistencia contra un asesino en buena forma. En este caso, sin embargo, se trata de un hombre en la plenitud de su fuerza física. ¿Cómo pudo dominarlo el asesino, hasta el punto de estrangularlo sin que se enterara todo el barrio?

—Buena pregunta. Tal vez la respuesta está en la ausencia de heridas defensivas. Recuerde que todavía no hemos recibido los primeros análisis toxicológicos.

—Entonces usted piensa que los dominó con algún tipo de droga.

—Es la explicación más viable, pero no se lo podré confirmar hasta que el laboratorio me envíe los resultados.

—Me gustaría hacerle una pregunta hipotética.

—No me gustan ese tipo de preguntas.

—A mí los que no me gustan son los asesinos que van dejando cadáveres a su paso.

Garrido suspiró, y se puso de pie.

—De acuerdo, pregunte.

—Si partimos del supuesto de que drogó a sus víctimas, ¿cómo pudo hacerlo?

—Le puedo decir cómo no lo hizo. No usó una jeringa, pues ninguno de los cadáveres tenía marcas de agujas. Ni siquiera entre los dedos, que es donde algunas veces las esconden los drogadictos. El análisis del contenido del estómago nos señalará si las ingirieron. No puedo decirle más, hasta que sepa cuál fue la droga que utilizaron.

—De acuerdo. ¿Hay algún otro dato que pueda proporcionarme, doctor?

—Que la hora aproximada de la muerte fue la medianoche.

—Así que concuerda con las declaraciones de los testigos del bar.

El forense asintió, después de lo cual desvió su atención hacia sus ayudantes. Mediante señas les indicó que se llevaran el cuerpo. Sería la primera autopsia del día. Ya su jefe le había advertido que ese caso tenía prioridad sobre cualquier otro. Garrido siguió la camilla con el cuerpo de Ayala, y pasó por delante de Argus sin mirarlo. El comisario

ni siquiera se percató, pues había vuelto a concentrarse en el acertijo, que ya guardaba en su propio móvil.

—Todo esto es absurdo —afirmó Burgos a su espalda—. ¿Todavía estudia esas notas? Es evidente que solo sirven para confundirnos, y alejarnos del auténtico trabajo policial.

—¿En serio cree eso?

—¿Usted no?

—Creo que si hubiéramos descifrado las notas a tiempo, tanto Camila, como Ayala estarían vivos.

Burgos encogió un hombro.

—¿Qué dice el último?

Argus le mostró la fotografía que guardó en su móvil.

—*Belfegor* y la pereza —dijo la inspectora—. Si tomamos esto por cierto, debemos concluir que Enigma lleva a cabo una venganza sobre algo en lo que estuvieron involucradas las víctimas. También es posible que solo sea una forma de reírse de nosotros. Reconocerá que establecer una conexión entre los crímenes ya era difícil cuando se trataba de Aureliana y Camila, ahora que se suma el asesinato de Ayala, se me antoja imposible.

—Estoy seguro de que esa relación existe, pero que no podemos verla porque nos faltan datos.

—Unos datos que según usted, se encuentran en los propios acertijos.

—En los fragmentos que todavía no desciframos.

La inspectora suspiró, como una madre que necesita tener paciencia con un chiquillo testarudo.

—Muy bien, usted está al mando. ¿Cuáles son sus órdenes?

—No se preocupe, inspectora, no descuidaremos los procedimientos policiales. Dígale al subinspector Guerrero que regrese a la comisaría para que investigue todo lo que pueda sobre Julio Ayala. Que indague también si existía alguna relación entre él y cualquiera de las otras víctimas, o sus allegados. Hoy se esperan los resultados toxicológicos, así que tal vez tengamos una línea de investigación por ese lado. Mientras tanto, usted y yo entraremos a ese bar para interrogar a los testigos.

—¿Qué pasará con los acertijos?

—Me ocuparé de ellos cuando avancemos con el resto de las pesquisas. Usted tiene razón, no podemos obviar el trabajo serio para seguirle el juego al asesino.

—Yo no dije…

Argus enarcó las cejas y Luisa prefirió callar. Si seguía hablando terminaría embarrada hasta las cejas.

La inspectora se acercó a Guerrero para transmitirle las órdenes del comisario. El subinspector escuchó, miró hacia donde se encontraba

Argus y asintió. En cuanto Luisa le dio la espalda, Alfonso habló con uno de los patrulleros y ambos subieron al coche.

Argus miró la nota del asesino en la pantalla de su móvil y releyó la información sobre la identidad de la siguiente víctima, que escribió el propio asesino: *«Si queréis conocer su nombre lo encontraréis en la casa nueva, donde el rey de León lo recogió de las manos de Acenare».*

Acenare… ¿por qué le resultaba familiar ese nombre? Esperaba poder descifrarlo a tiempo, o descubrir a Enigma mediante el duro trabajo policial, como diría su compañera. De momento, solo tenían tres víctimas cuyo único nexo aparente era su asesino, un loco que escribía mensajes crípticos para burlarse de ellos. Ni evidencias, ni sospechosos coherentes. Era la pesadilla de cualquier policía.

Luisa regresó a su lado y se encaminaron juntos en dirección al bar, con la esperanza de que alguien hubiera visto o escuchado algo.



Cuando los policías entraron en el bar, el murmullo de voces se apagó de repente y todas las cabezas se giraron hacia ellos. El lugar era elegante y decorado con buen gusto, pero el ambiente que se respiraba en ese momento tenía el peso de la tragedia. Clientes y empleados se reunían alrededor de varias mesas que juntaron para dar cabida a todos. Era evidente que la compañía que se hacían unos a otros apaciguaba el miedo que sentían. Argus no los culpaba. Uno de los clientes salió de allí la noche anterior y encontró la muerte. La pregunta lógica que se estarían haciendo sería si cualquiera de ellos también pudo correr la misma suerte.

Un hombre de mediana edad se levantó para buscar un par de sillas, que ofreció a los detectives después de presentarse como Ulises Durand, el dueño.

El comisario y la inspectora ocuparon los asientos que les ofrecieron, se presentaron a sí mismos y mostraron sus identificaciones. Del Bosque aprovechó los segundos de distracción de los testigos para hacer un rápido escaneo. No había más de doce personas allí. Su mirada se centró en un sujeto calvo que bebía una infusión, y cuya mano temblaba cada vez que cogía la taza. Por el delantal que protegía su ropa supuso que se trataba del cocinero; el hombre que encontró el cadáver de Ayala.

Luisa se le adelantó a su jefe y les pidió a los presentes que se identificaran con sus nombres y les dijeran si eran clientes o empleados, mientras ella elaboraba una lista que también incluía los números de sus identificaciones. Argus esperó que terminara y decidió dividir el trabajo. Ella interrogaría a los empleados y él a los clientes.

De uno en uno, por supuesto.

Una vez organizados, cada uno se retiró a una mesa con uno de los testigos de su grupo, mientras los demás esperaban su turno, sin moverse de donde estaban. Después de cada interrogatorio se tomaban los datos del testigo y se le pedía que abandonara el bar sin hablar con los que esperaban. De esa forma podrían comparar las declaraciones y descubrir si alguien mentía, o si ocultaba información.

Durante las siguientes dos horas, ambos policías escucharon la misma versión contada desde diferentes puntos de vista. Ayala era un cliente asiduo, por lo general acudía los viernes y algunos sábados, se tomaba una copa, conversaba con los demás parroquianos y se iba a casa. Casi siempre se quedaba hasta la una o dos de la madrugada. La noche anterior fue una excepción. Antes de marcharse, les explicó a sus conocidos y amigos que estaba saliendo con un chico con quien inició una relación, y que se citaron para reunirse a medianoche.

—¿Mencionó el nombre de esa persona? —le preguntó el comisario al último cliente que faltaba por interrogar, quien le confesó que era buen amigo de Julio.

—No quiso decírmelo, aun cuando insistí para que me lo contara. Me confesó que su pretendiente era casado, pero que su relación ya no funcionaba. Por ese motivo le suplicó discreción. Él no quería causarle problemas. Así era Julio, siempre amable, considerado y preocupado por los demás —agregó el testigo, mientras se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

Argus le dio tiempo al joven para recuperarse.

—¿Eran muy amigos?

—Nos conocimos en la ESO —le dijo, al mismo tiempo que se encogía de hombros—. Ya sabe, ambos éramos adolescentes y comenzábamos a descubrir el mundo adulto. Cuando yo comprendí que me atraían los chicos me aterroricé, pues eso me convirtió en el blanco de los homofóbicos del instituto.

Argus comprendió enseguida.

—Ayala lo ayudó.

—Él era igual a mí —sentenció Richie, al tiempo que soltaba una carcajada nerviosa—, pero le sacaba una cabeza al matón más alto de la escuela y formaba parte del equipo de lucha del instituto, así que ninguno de esos valentones se atrevía a molestarlo. No íbamos al mismo curso. Él era un par de años mayor que yo, pero cuando se enteró de la forma en que me trataban se autoproclamó mi protector, y desde entonces mi vida fue mucho más fácil. Así que nos hicimos amigos.

—¿El señor Ayala era promiscuo?

Núñez negó con la cabeza.

—Al contrario, era más bien tímido en sus relaciones. Por eso me

alegré cuando me contó que había encontrado a alguien… con quien se sentía a gusto. Aunque debo reconocer que estaba un poco preocupado por el hecho de que fuera casado. Ya sabe que en estos triángulos amorosos siempre hay alguien que pierde —De repente, Richie enarcó las cejas y abrió mucho los ojos—. ¿Cree usted que la pareja de su cita pudo asesinarlo por celos?

—Todavía no podemos afirmar o negar ninguna posibilidad —lo evadió Argus—. Apenas estamos en la fase de recoger los testimonios y evidencias, pero esa es una de las posibilidades que debemos investigar. Por eso es tan importante que identifiquemos al hombre con el que su amigo se iba a encontrar.

—Ojalá supiera su nombre. Le aseguro que se lo diría. Ahora me arrepiento de no haber presionado a Julio —Richie desvió la mirada hacia la pared para huir de los ojos del policía, y suspiró—. Todavía no me puedo creer que mi amigo esté muerto.

Del Bosque asintió. Comprendía el sentimiento porque él lo sufrió cuando perdió a su esposa. De repente a uno le parecía que vivía en una realidad paralela, en un sueño del que se desesperaba por despertar. Aunque empatizó con Richie, no se permitió a sí mismo experimentar compasión. Debía mantener la cabeza fría si quería atrapar al asesino, y evitar la muerte del siguiente inocente.

—¿Sabe si el señor Ayala tenía enemigos?

—¿Julio? Si era un pan de Dios —afirmó Núñez—. Todos lo querían porque era honesto y servicial. No conozco a nadie que le hubiera deseado el menor mal.

—¿Cómo se llevaba con su familia?

—Tenía un hermano menor, pero no vive en Calahorra. En una ocasión me lo presentó. Creo que se llevaban bien, aunque no eran muy cercanos.

—¿Sabe el nombre de ese hermano, o dónde vive?

—Déjeme que haga memoria… era… Fernando, sí, eso es… Creo que vive en Logroño. Está casado, con familia y es ingeniero.

—¿Qué me dice de sus padres?

—Ambos fallecieron. Julio sufrió mucho, sobre todo con la muerte de su madre, porque ella siempre lo apoyó.

—¿El señor Ayala sostuvo alguna discusión, recibió amenazas, anónimos…?

—Nada de eso.

Por el rabillo del ojo, Argus comprobó que Burgos había concluido la última entrevista al grupo de los empleados.

—Muy bien, señor Núñez, esto es todo por ahora. Por favor, escriba su dirección y teléfono por si necesitamos volver a contactarlo.

—Atrapará al que le hizo esto a Julio, ¿verdad, comisario?

—Tiene mi palabra.

—Gracias —dijo Richie, al mismo tiempo que se ponía de pie y estrechaba la mano del policía.

Cuando el último testigo abandonó el local, Argus y Luisa salieron del bar para permitir que el dueño cerrara. Se encaminaron al Seat de la inspectora.

—¿Y bien? —preguntó Luisa, mientras se acomodaba detrás del volante y se ponía el cinturón de seguridad.

El comisario le hizo un resumen de las entrevistas, detallando la que le realizó al amigo de Ayala. Al final de su exposición quiso saber los resultados de su compañera.

—Las versiones coinciden —le informó Burgos—. Los empleados afirman que Ayala era un cliente habitual, que los trataba con educación, dejaba propinas generosas, nunca bebía demasiado, ni causaba problemas. Anoche acudió como cada viernes y se retiró temprano. Ninguno sabe por qué, pero usted me lo acaba de aclarar. Cuando se disponían a cerrar, el cocinero sacó la basura y encontró el cadáver. Por supuesto que se llevó un susto de muerte.

—¿Es habitual que sea el cocinero quien saque la basura? —quiso saber el comisario.

—Sí, a mí también me sorprendió. Por lo general lo hace el pinche, pero anoche se fue temprano porque estaba resfriado.

—En ese caso, debemos investigar a ese pinche.

Luisa sonrió con malicia.

—Vaya, por lo visto no solo sabe resolver acertijos, sino que el duro trabajo policial tampoco se le da mal.

—Al contrario, por los resultados que llevamos, pareciera que ninguna de las dos cosas se me está dando bien.



Los policías recorrieron en silencio el trayecto entre la escena del crimen y la comisaría. Argus miraba el paisaje por la ventanilla sin verlo, absorto en todo lo que había ocurrido. Luisa se concentró en la vía y de vez en cuando lanzaba miradas de reojo a su superior. Al cabo de algunos minutos, ella no pudo contenerse más.

—¿Está pensando en el caso? —Él pareció despertar de un profundo sueño antes de asentir—. ¿Llegó a alguna conclusión?

—Estoy seguro de que hemos pasado por alto algún dato importante.

—Yo diría que más de uno —replicó la inspectora—. Ya tenemos tres víctimas sin ninguna relación entre sí…

—Y sin embargo, debe existir algún nexo —la interrumpió el

comisario—. Dudo que el asesino las escogiera al azar.

—Si nos quiere confundir, esa sería la forma más fácil.

—Lo que usted plantea es que Enigma no tiene un motivo para cometer los asesinatos, más allá del simple deseo de matar y burlarse de la Policía.

—¿Y por qué no? Puede tratarse de un psicópata al que le guste matar, y sentirse más listo que nosotros. Se han dado casos, ¿no es así?

Del Bosque meditó las palabras de su compañera por algunos segundos antes de responder.

—Supongo que tiene razón y esa posibilidad existe. Espero que no nos encontremos frente a esa situación, pues entonces sería casi imposible atraparlo, a menos que cometiera algún error. La mayoría de los casos que usted menciona nunca fueron resueltos.

Burgos sintió un escalofrío en la espalda ante la idea de que Enigma consiguiera cumplir con sus objetivos criminales, sin que ellos pudieran detenerlo. Siete víctimas. Ya iban tres y no estaban más cerca de atraparlo que el primer día. La invadió un sentimiento de urgencia por detener al asesino. El timbre de su móvil la obligó a orillarse para responder la llamada. En la pantalla vio un número desconocido y se estremeció. ¿Quién podría contactarla a través de su número personal? Una docena de suposiciones le pasaron por la mente. Lo primero que pensó fue que Enigma había conseguido superar las barreras de su privacidad. La inspectora respondió de inmediato.

—Aquí Burgos.

—Inspectora Burgos, me alegra poder hablar con usted. En la comisaría me dieron su número de contacto.

—¿Quién es?

—Mi nombre es Fernando Ayala. Soy el hermano de Julio. Esta mañana, un tal subinspector Guerrero me avisó lo que ocurrió, y quise hablar con usted para colaborar en lo que sea necesario.

Luisa relajó los hombros y experimentó una extraña ligereza.

—Se lo agradezco, señor Ayala. Desde luego que nos interesa mucho entrevistarlo. ¿Podría acudir a la comisaría de «San Celedonio» lo antes posible?

—Por supuesto. Puedo estar allí esta tarde. Julio me contó algunas cosas que podrían ayudar a identificar a su asesino.

Luisa colgó el teléfono y le relató la corta conversación a Del Bosque. Luego se reincorporó a la vía.

—¿Cree que Fernando Ayala nos proporcione alguna información que nos permita avanzar? —le preguntó al comisario, sin ocultar su expectación.

—Lo sabremos pronto. Lo que tiene que decir puede ser relevante o

no.

—El optimismo no es su fuerte, ¿verdad?

Argus no respondió. El móvil de Luisa volvió a sonar.

—¿Y ahora, qué? —preguntó al aire con impaciencia, mientras volvía a orillarse.

—Alfonso, ¿qué ocurre?

—¿Has visto los periódicos?

—¿Crees que he tenido tiempo de sentarme a leer la prensa con una taza de café? —le preguntó ella, con sarcasmo.

—Será mejor que les eches un vistazo.

—¿Qué pasa? —insistió la inspectora con preocupación, al notar el tono seco de su subalterno.

—Compruébalo por ti misma.

Burgos colgó el teléfono y usó el móvil para ingresar a la página de un importante periódico de circulación nacional. Después de leerlo se le hizo un nudo en el estómago. Comprobó que el mismo titular ocupaba la primera página de los diarios más relevantes:

«ASESINO EN SERIE SIEMBRA CALAHORRA DE CADÁVERES, MIENTRAS LA POLICÍA JUEGA A LOS ACERTIJOS».

—¡Mierda! —murmuró Burgos para sus adentros.

A su lado, Argus también lo leyó. Recibió la noticia con más resignación que su compañera.

—Solo era cuestión de tiempo que se enteraran.

—No me diga que esperaba esto.

—Era muy difícil que algo así no se filtrara a la prensa tarde o temprano —afirmó él, con un encogimiento de hombros.

—¿Y no le importa?

—Hubiera preferido que tardaran un poco más en saberlo, pero esto no cambia nada. Aún debemos atrapar al asesino.

—¿Qué no cambia nada? ¿En qué planeta vive usted? ¿Sabe la presión a la que estaremos sometidos a partir de ahora?

—Creo que no hay peor presión que saber que si fracasamos, otro inocente morirá. ¿No le parece?

Luisa guardó silencio y lo miró a los ojos con descaro. El autocontrol de ese sujeto la ponía de los nervios. Estaba segura de que si un artefacto explosivo estallara a su lado, se limitaría a sacudir el polvo de los hombros de su elegante chaqueta.

—¿Alguien le ha dicho que es usted insufrible?

—Con demasiada frecuencia —reconoció Argus—. ¿Podemos volver al trabajo? Enigma no nos esperará.

Por toda respuesta, Burgos giró la llave en el contacto y encendió el motor.

—Como pille al que filtró la noticia a la prensa…

—Es lo que tratamos de hacer, inspectora. Estoy convencido de que

fue el propio Enigma quien llamó a los periódicos.

—¿Usted cree? Pero entonces, tal vez podamos rastrear esa comunicación.

—Se puede intentar —reconoció Del Bosque—, aunque es probable que haya sido muy cuidadoso para no dejar huellas.

Luisa no escuchó las últimas palabras de Argus, pues ya hablaba con Guerrero para ordenarle que rastreara cómo se filtró la noticia. Luego la inspectora reinició el camino hacia «San Celedonio».

El comisario se sumergió en un mutismo que puso a Luisa de los nervios. Ella reconoció que se había pasado de la raya y trató de contemporizar.

—¿Cómo cree usted que podemos enfocar la investigación a partir de este momento? —preguntó de repente.

Argus suspiró antes de responder.

—Mi opinión es que debemos ser amplios de criterio y no dar nada por sentado antes de llegar a ninguna conclusión.

—¿Cómo afectará la muerte de Ayala la evolución del caso?

—Es pronto para decirlo.

—¿Cree que el pecado que escogió Enigma tenga alguna relación con las preferencias sexuales de la víctima? Que sea algún tipo de fanático religioso, o algo así.

—¿Lo dice porque Enigma se refirió a la lujuria? —La inspectora asintió—. No lo sé. Tal vez sea la conclusión más simple en un análisis superficial, pero eso no explicaría los asesinatos de Aureliana o Camila. Ninguna de ellas sería la víctima probable de un fanático religioso. Por otro lado, según la declaración de Richie Núñez, Julio no era un hombre lujurioso.

—Tal vez el testigo miente —sugirió Luisa—. Quizá no quiera dar una mala imagen de su amigo muerto.

—Es posible, pero no lo creo.

—¿Qué más sugiere que hagamos?

—Lo único que podemos hacer; seguir el procedimiento policial y tratar de descifrar los enigmas que faltan. En especial, el último. Y debemos darnos prisa. Perpetró los tres asesinatos a la medianoche y no creo que sea una coincidencia, sino un patrón. Lo cual significa que tenemos hasta las doce de la noche de hoy para evitar un nuevo crimen.

Luisa aparcó frente a «San Celedonio» y se disponía a responder cuando entró el aviso de un correo a su móvil. Lo abrió y suspiró.

—El forense ya recibió los resultados de laboratorio de la muestra que cogió de los ojos de Aureliana y Camila. Encontraron capsaicina.

—Gas pimienta.

◆◆◆

Al llegar a la comisaría, Argus y Luisa se reunieron con Alfonso en el despacho de la inspectora. Las horas transcurrían y el tiempo apremiaba. Burgos le informó los resultados de los análisis de toxicología al subinspector.

—Los neutraliza antes de matarlos —concluyó Guerrero—. El gas pimienta incapacita a las víctimas y les dificulta defenderse.

—¿Qué opina sobre esto, comisario? —preguntó Luisa

Argus se recuperó del letargo que lo invadió cuando supo cuál era la sustancia que Enigma usó para controlar a sus víctimas.

—Esto explica muchas cosas —sentenció el comisario.

—Desde luego. Dejó a sus víctimas indefensas.

Argus escuchó a medias al subinspector.

—Lo que me pregunto es por qué escogió el gas pimienta.

—El motivo está muy claro —dijo Luisa—. Enigma cometió los homicidios en lugares donde había posibles testigos muy cerca. Si hubiera usado solo la fuerza física para dominar a sus víctimas, habría corrido el riesgo de que lo descubrieran.

—Tiene usted razón, inspectora —reconoció Del Bosque—, y no le discuto su punto, pero el *modus operandi* de este asesino es extraño, y si a eso le sumamos el uso del gas pimienta, llega a ser incomprensible.

—¿Por qué?

—Si lo piensa bien, al emplear el gas pimienta usó una sustancia con la que conservaron la conciencia, lo cual aumentó los riesgos para el asesino, pues si cualquiera de ellos hubiera conseguido gritar y dar la voz de alarma, Enigma estaría hoy en una de sus celdas.

—¿Adónde quiere llegar, comisario?

—Con el uso del gas pimienta garantizaba que no estuvieran en condiciones de defenderse, pero no incapacitaba a las víctimas para pedir auxilio. Sin embargo, eso no ocurrió. De alguna manera debió silenciarlas.

—Tal vez las amordazó.

—Es una posibilidad —reconoció el comisario—, aunque el forense no reportó marcas de mordaza en ninguno de los cuerpos.

—¿Qué es lo que usted cree? —preguntó la inspectora, que ya comenzaba a respetar las opiniones de Del Bosque.

—Pienso que no debemos llegar a ninguna conclusión hasta que recibamos los resultados toxicológicos de la sangre. Sin embargo, tal vez el uso del gas pimienta nos proporcione una pista. Será necesario indagar en todas las armerías de Calahorra y sus alrededores acerca de quiénes adquirieron estos aerosoles en los últimos seis meses.

Alfonso asintió.

—Yo me haré cargo.

Del Bosque pensó que la capacidad de trabajo del subinspector era sorprendente, en contraposición con su compañera.

—De manera que Enigma usó un aerosol de gas pimienta para reducir la capacidad de defensa de sus víctimas —señaló Luisa—, las silenció de alguna manera, las estranguló hasta aplastarles la laringe y luego les rompió el cuello. Supongo que tendremos que esperar a arrestarlo para saber por qué usó un procedimiento tan cruel y complicado.

—Eso si conseguimos detenerlo —señaló el subinspector.

—No digas eso, Alfonso —le recriminó Luisa—. Por supuesto que lo vamos a detener.

Las palabras de la inspectora representaban más un deseo que una convicción, y los tres lo sabían.

—¿Pudo averiguar algo acerca de la filtración de la información a los periódicos? —le preguntó Del Bosque a Guerrero.

El subinspector negó con la cabeza.

—Lo siento, señor. Los redactores se mostraron reacios al principio, por supuesto, pero solo fue una pose. Ya sabe… protegemos nuestras fuentes y todo lo demás. Al final confesaron que en realidad no tenían idea del origen de la noticia. Les llegó un correo electrónico anónimo que les informó sobre los tres asesinatos con todo lujo de detalles.

—Enigma —dijo la inspectora, y buscó al comisario con la mirada —. Usted tenía razón.

Argus asintió sin cambiar la expresión de su rostro. Desde muy niño aprendió a asumir los éxitos y los fracasos con la misma frialdad emocional.

—Yo también llegué a esa conclusión —dijo Alfonso—. Ya envié toda la información al departamento de informática de la Jefatura Superior de Logroño. Tal vez puedan rastrear el origen de los correos.

—Tal vez, aunque yo no sería muy optimista al respecto —opinó Argus.

—¿Qué puedes decirnos de Julio Ayala?

—Antes de regresar aquí, pasé por el ayuntamiento para entrevistar a su jefe y a varios de sus compañeros. Ayala tenía veintiocho años y nació en Calahorra, de donde su familia es originaria casi desde la fundación de la ciudad. Estudió en Logroño y se licenció de administrativo. Un año después consiguió colocarse en el consistorio. Trabajaba en el departamento de licitaciones.

—¿En alguna ocasión tuvo problemas con alguien?

—No. Todos afirmaron que era una persona tranquila, amable y servicial.

—Más o menos lo que declararon los testigos del bar que lo conocían —señaló Luisa—. Me pregunto por qué lo escogería Enigma.

—Cuando tengamos la respuesta a esa pregunta, sabremos quién es el asesino —dijo Argus.

—¿Dónde vivía?

—En un piso alquilado a dos calles de su trabajo.

—¿Tenía pareja o compañero de piso? —preguntó la inspectora.

—Vivía solo, al menos según sus compañeros.

—Será necesario interrogar también a sus vecinos —opinó Burgos.

—Yo me haré cargo —se ofreció Alfonso—. Puedo pasar por allí cuando regrese del colegio.

—¿Del colegio?

—El «Colegio Windsor» para ser más exactos. Allí cursaron la secundaria Flavio y Cristóbal. Tengo una cita con el director, quien aceptó recibirme para hablar de esos dos.

—Buena idea —lo felicitó Luisa—. Debemos asegurarnos de que Pedroza y Soliz están relacionados.

—También le preguntaré al director si conoce a Ayala.

Un golpe en la puerta interrumpió la reunión. Eloísa se asomó con timidez.

—Disculpen, pero en la recepción hay un caballero que dice que la inspectora Burgos lo citó. Su nombre es Fernando Ayala.

—Por supuesto, Eloísa. Por favor, acompáñalo hasta aquí.

—Será mejor que yo me marche si quiero sacar provecho al resto del día —decidió Alfonso, mientras se acercaba a la puerta. Ignoró al comisario y se dirigió a Luisa—. Me informarás lo que te diga Ayala, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Entonces nos vemos más tarde.

Un par de minutos después, Eloísa regresaba con un joven que tenía un extraordinario parecido con la última víctima.

Los policías se levantaron de sus asientos cuando Ayala entró en la oficina. Argus lo invitó a ocupar su silla y se quedó de pie junto a Luisa, quien volvió a sentarse al frente del despacho. Fernando usaba una camisa oscura como única señal de luto, tenía el cabello revuelto y los ojos enrojecidos por el llanto. Su aspecto permitía comprender su tristeza y desconcierto ante la inesperada noticia de la muerte de su hermano.

La entrevista comenzó después de las presentaciones de rigor.

—¿Cómo eran las relaciones entre usted y Julio? —preguntó Burgos.

—Vivíamos en mundos diferentes, pero nos llevábamos bien. Él siempre estaba pendiente de sus sobrinos y nos visitaba en las celebraciones. Nos comunicábamos por teléfono de vez en cuando. El resto del tiempo, cada uno hacía su vida.

—¿Se hacían confidencias?

Fernando se encogió de hombros.

—Por supuesto, aunque debo reconocer que él era más discreto que yo. Tal vez por ser el hermano mayor.

Ayala miró a los policías para evaluar si comprendían lo que quería decir. La inspectora asintió, el comisario no movió ni un músculo de su rostro. Parecía una escultura de cera. El testigo se concentró en la mujer policía, quien volvía a dirigirle la palabra.

—Por teléfono me dijo que tenía una información importante para atrapar al asesino. ¿A qué se refería?

Fernando suspiró y frotó sus piernas con las palmas en un gesto nervioso.

—No quiero acusar a nadie, pero…

—Asumiremos la información que nos proporcione como un dato que debe ser investigado, señor Ayala —dijo Argus, sin mostrar ningún cambio en su rostro. Su inexpresividad puso de los nervios al testigo, quien de repente sintió deseos de salir de allí lo antes posible.

—De acuerdo, se los diré. Julio sostuvo una relación estable por tres años, pero todo terminó hace seis meses. La separación no fue amistosa.

Luisa miró a su jefe para calibrar su reacción. Esa era la declaración más importante que habían conseguido hasta el momento. Argus le devolvió la mirada, pero mantuvo su impasibilidad. ¡Ese hombre era una piedra!

—¿Qué tan lejos llegó la relación? —preguntó la inspectora—. ¿Hubo convivencia?

—No, me temo que Julio parecía tener un imán para las relaciones amorosas inconvenientes. Se trataba de un hombre casado y con hijos.

—¿Bisexual?

—No lo sé, pero mi hermano me comentó en una ocasión que mantenía ocultas sus preferencias sexuales por conveniencia. Creo que ese fue el motivo de la ruptura. Julio se cansó de ser usado de esa manera, y decidió terminar con él.

—¿Por qué relaciona usted a este sujeto con la muerte de su hermano? —preguntó el comisario.

—La ruptura fue muy violenta. Su expareja reaccionó con escenas de celos, recriminaciones y amenazas.

Si Luisa hubiera tenido antenas, se habrían desplegado en ese momento.

—¿Amenazas? ¿Qué tipo de amenazas? —quiso precisar la inspectora.

—Un par de meses después de que Julio lo echara de su casa, este hombre fue a buscarlo al ayuntamiento. Le dijo que si no era de él, no sería de nadie.

—¿Dónde he escuchado eso antes? —murmuró Burgos para sí

misma con sarcasmo. Luego habló en voz alta—. ¿Dispone usted de algún dato que nos permita identificar a esta persona?

—Me temo que no. Julio siempre fue muy reservado al respecto. Supongo que para protegerlo. Lo único que puedo decirles es que en alguna ocasión me comentó que trabajaba en el área sanitaria.

—¿En qué profesión?

—Lo lamento, no tengo idea.

—¿Tiene usted alguna fotografía, o referencia que nos ayude a encontrarlo? ¿Lo vio en alguna ocasión y podría describirlo?

Fernando negó con la cabeza.

—En verdad lo siento, pero Julio siempre lo mantuvo apartado de la familia. Mi hermano podía ser bastante paranoico cuando se trataba de su vida privada. Tal vez lo haya visto un vecino en alguna ocasión.

—Haremos lo posible por identificarlo —prometió Luisa.

Argus tomó la palabra.

—Señor Ayala, anoche su hermano salió del bar más temprano de lo habitual porque tenía una cita con un hombre ya comprometido. ¿Tiene usted idea de si podría tratarse de la misma persona a la que usted se refiere?

—¿Lo que quiere saber es si creo posible que se reconciliaran?

—A eso me refiero —confirmó Argus con un asentimiento.

—Supongo que piensan que Julio se citó con su asesino.

Luisa desvió la mirada con nerviosismo, y Del Bosque esperó por una respuesta sin mover un músculo.

—Me temo que mi hermano tenía un imán para atraer a personas que no le convenían. Era demasiado… confiado. Él se entregaba en cuerpo y alma en sus relaciones, así que tenía la convicción de que su pareja hacía lo mismo. Y no siempre era así.

—Comprendo su punto, pero eso no responde mi pregunta.

Fernando cogió aire y se irguió antes de responder.

—Julio no me comentó nada acerca de una reconciliación. Tampoco la creo probable por los términos en los que se separaron. Sin embargo, no puedo asegurar que estoy en lo cierto. Si mi hermano hubiera decidido perdonar a su ex, estoy seguro de que no me lo habría dicho.

—Para que no lo desanimara —afirmó la inspectora.

—Eso mismo. Por supuesto que yo se lo hubiera desaconsejado. Sin embargo, tampoco descartaría que repitiera el error de relacionarse otra vez con alguien ya comprometido. Julio parecía muy seguro de sí mismo como persona, pero cuando se trataba de asuntos amorosos… reconozco que su autoestima dejaba mucho que desear.

—¿Sabe de alguien más que le guardara rencor?

—No.

—Señor Ayala, tal vez mi siguiente pregunta le sorprenda —lo

preparó Luisa—, pero es importante que piense bien su respuesta… ¿de alguna manera relacionaría a su hermano con la lujuria?

—¿Julio? Es absurdo. Un monje de clausura podría ser considerado más lujurioso que él.

—¿Participó el señor Ayala en algún juicio?

—No, que yo sepa.

—¿Sabe si conocía o tenía alguna relación con la familia Soliz-Ponce?

Fernando abrió mucho los ojos y miró a ambos policías alternativamente, como si quisiera leer en sus rostros.

—¿Esos no son los dueños de la Bodega «Ponce de Calahorra»? Espere, esta mañana leí en los periódicos que asesinaron a una mujer de esa familia, y a una anciana en la residencia que la albergaba. Que hay un asesino en serie suelto y que… ¡Maldita sea! Los diarios también hablaban de una nueva víctima, cuya identidad se reservaban por respeto a la familia… ¡No me digan que Julio…!

—Tenemos buenas razones para sospechar que su hermano fue víctima de este asesino —reconoció Luisa—. Es por eso que debemos descubrir qué relacionaba al señor Julio Ayala con Camila Ponce y Aureliana Díaz.

Fernando estaba estupefacto, y por unos segundos se quedó sin habla. Argus intervino.

—Pensamos que el homicida, a quien los periódicos llaman Enigma, se acercó a su hermano haciéndole creer que tenía un interés romántico, cuando en realidad quería quedar con él en un lugar apartado para asesinarlo.

—¿Por eso me hicieron la pregunta sobre la lujuria?

Luisa asintió.

—Es lo que señaló el propio asesino como motivo para acabar con la vida de su hermano.

Fernando se quedó en silencio por unos instantes.

—Entonces tiene que tratarse de la expareja de Julio —afirmó con convicción—. Es la única explicación lógica que encuentro. El tío era un celópata, y creía que mi hermano lo engañaba con todos los hombres con los que se cruzaba.

La inspectora asintió. Al fin comenzaba a perfilarse una imagen de Enigma. Borrosa e intangible, pero al menos existía.

—No se preocupe, señor Ayala. Haremos nuestro mejor esfuerzo para arrestar al hombre que asesinó a su hermano.

—¿Cuándo me entregarán los restos mortales de Julio?

—La autopsia se realizará hoy mismo. Una vez que la concluyan, el departamento forense se pondrá en contacto con usted para que la funeraria recoja el cuerpo.

Fernando abandonó el despacho de la inspectora con la sensación

de que lo había alcanzado un rayo. En cuanto se quedaron solos, Luisa miró a Argus a los ojos.

—¿Qué opina?

—Que debemos encontrar a la expareja de Ayala.

—Lo único concreto que sabemos de él es que trabaja como sanitario. ¿Cree que podría estar relacionado con la residencia de Aureliana?

—Es una posibilidad —reconoció Del Bosque, encogiendo un hombro—, pero debemos mantener un criterio amplio al respecto. Supongo que nuestra mejor opción son los vecinos de Julio Ayala. Si alguno se cruzó con él…

—Tiene razón —dijo Luisa, al mismo tiempo que levantaba el auricular del teléfono y marcaba un número—. ¿Alfonso? Sí… la entrevista con Fernando Ayala resultó muy interesante… ¿dónde estás?… De acuerdo, cuando llegues allí quiero que les preguntes a los vecinos si alguno de ellos vio a la expareja de Julio… Terminaron la relación hace seis meses… De acuerdo. Si encuentras a alguien que lo haya conocido, envíalo aquí para que nos ayude a identificarlo. Cuando regreses te pongo al día… Creo que por fin comenzamos a ver la luz al final del túnel.



Pocos minutos después de que Fernando Ayala salió del despacho se escucharon un par de golpes tímidos en la puerta, y Eloísa se asomó sin esperar respuesta. Luisa enarcó las cejas en un gesto interrogador.

—Lamento la interrupción, pero el comisario Farías desea reunirse con ustedes en su oficina, lo antes posible.

—Por favor, dígale al comisario que vamos en camino —afirmó Del Bosque.

Después de recoger los expedientes con toda la información del caso, ambos policías se encaminaron a la oficina de Farías. Era evidente que el jefe de la comisaría estaba de un humor de perros. Y no era para menos. Después de la publicación de la noticia en la prensa esa mañana, los mandos habrían caído sobre él como una jauría de lobos hambrientos.

Farías lanzó una rápida mirada a la inspectora. Hubiera querido desquitar la frustración con su subalterna más perezosa, pero la presencia de Del Bosque lo obligaba a conservar las formas. Después de invitarlos a sentarse y ofrecerles un café que ambos declinaron, Ernesto entró en materia.

—Decidme que ya tenéis un sospechoso probable y que podremos anunciar su detención antes de la medianoche.

—Sí tenemos un sospechoso —afirmó Luisa—, pero todavía no sabemos quién es.

Farías soltó un bufido, que a Del Bosque le recordó un toro a punto de embestir.

—Si lo que pretende es cachondearse de mí, le advierto que escogió un mal momento, inspectora.

Argus intervino, antes de que la situación se saliera de quicio.

—Lo que quiere decir la inspectora Burgos es que estamos detrás de la pista de la expareja de Julio Ayala, pero que todavía no lo hemos identificado.

—¿Creen que él podría ser Enigma?

—Es pronto para afirmarlo —sentenció Argus—, pero hasta ahora se presenta como el sospechoso más viable.

—¿Por qué?

—Porque amenazó a Julio Ayala y trabaja como sanitario, por lo que podría tener relación con la residencia «San Juan Bautista» —dijo Luisa.

—¿Qué conexión tendría con Camila Ponce?

—Todavía no lo sabemos —reconoció la inspectora—, apenas nos enteramos de su existencia hace algunos minutos.

—¿Y qué medidas han puesto en marcha para encontrarlo?

—Alfonso debe estar interrogando a los vecinos de Ayala en este momento. Confiamos en que alguno de ellos lo haya visto y pueda ayudarnos a identificarlo.

—No es mala idea —dijo el comisario, un poco más calmado—. Esperemos que rinda frutos. Los mandos me están volviendo loco. Por cierto, como pille al que filtró la noticia a la prensa, lo va a pasar mal.

Ernesto miró a Burgos mientras pronunciaba esas palabras, y la inspectora suspiró con resignación. Detestaba las indirectas de su jefe.

—Para eso tendrá que esperar a que arrestemos a Enigma, comisario —le advirtió Argus—. Todo indica que fue el propio asesino quien le envió un correo electrónico a la prensa, en el cual explicó los detalles de los asesinatos.

—Pero entonces dejó un rastro, ¿no es así?

—Los peritos informáticos de Logroño trabajan en eso —le informó la inspectora.

Farías se quedó pensativo, al mismo tiempo que golpeaba la superficie del escritorio con los dedos, sin siquiera ser consciente de que lo hacía. Al cabo de algunos segundos, detuvo el golpeteo y se centró en lo que iba a decir.

—Llevo toda la mañana pensando en este asunto, y cada vez tengo más claro que partimos de un planteamiento errado.

—¿Cuál es su teoría? —preguntó Del Bosque.

—Que quizá Enigma no sea un solo individuo, sino que podemos

estar frente a una conspiración. Si fuera así, tal vez no haya un nexo común entre las víctimas, sino que la muerte de cada una responda a las motivaciones de una persona diferente.

—Pero eso implicaría al menos tres cómplices, y si lo que afirman las notas es cierto, serían siete homicidas —le refutó Burgos con incredulidad.

—Que se cometan siete crímenes no significa que sean siete homicidas. Podrían ser dos o tres, pero al mezclar las víctimas dificultarían que descubriéramos los motivos.

Argus escuchó en silencio con su habitual expresión pétrea, hasta que Luisa lo increpó.

—¿Qué piensa usted, comisario?

—No lo veo claro. Enigma escogió un *modus operandi* muy complicado para cometer los asesinatos, tanto, que ya hay tres cadáveres y todavía no sabemos con exactitud cómo los ejecuta. ¿Por qué los estrangula primero y les rompe el cuello después? Yo diría que la forma en que mata a sus víctimas es crucial para él. Un comportamiento como ese tiene un carácter muy personal.

—Puede responder al ritual de un grupo.

Argus suspiró. Ya estaba harto de que siempre le atribuyeran los crímenes incomprensibles a complicados rituales de misteriosas sociedades secretas.

—Eso significaría que las tres víctimas representan algo para el grupo que se traduce en una condena a muerte mediante un procedimiento determinado. Perdóneme, comisario, pero opino que eso sería rizar el rizo.

—Así que usted insiste en que Enigma es un solo individuo con la misma motivación para los tres crímenes… —Del Bosque asintió—. Entonces, ¿por qué no encontramos ninguna relación entre Ponce, Díaz y Ayala? Por lo que tengo entendido, ni siquiera se conocieron en vida.

—Y sin embargo, deben estar relacionados en alguna forma. Aunque solo sea en la mente enferma del asesino.

—Muy bien, es su caso —claudicó Farías—. A mí solo me interesan los resultados. ¿Ya descifró el último acertijo? Se supone que allí se encuentra escrito el nombre de la próxima víctima.

Del Bosque negó con la cabeza.

—Lo lamento. Lo único que tengo claro es que el próximo motivo que señala Enigma es la pereza.

—¿Y eso de qué nos sirve? —protestó Ernesto— No nos acerca a descubrir la identidad del asesino, ni de la víctima. Se supone que usted es el experto, pero ni siquiera ha sido capaz de desvelar qué relación tenía Aureliana con la avaricia, Camila con la envidia, o Ayala con la lujuria. Bejarano me prometió que enviaría al mejor

hombre que tenía bajo sus órdenes, pero usted está resultando ser un fiasco.

—Lamento decepcionarlo, comisario, pero no soy un mago capaz de sacar la respuesta de un sombrero —se defendió Argus—. Le aseguro que soy el más interesado en resolver este asunto lo antes posible.

—Pues a ver si es verdad y lo consigue antes de la medianoche —lo presionó el comisario de «San Celedonio»—. ¿Cuál será su siguiente paso?

Argus se quedó en silencio por algunos segundos, mientras meditaba cuál de las posibles vías de investigación podía resultar más fructífera. Al final tomó una decisión.

—Iremos a la morgue. Quiero ver el cadáver de Ayala por mí mismo.

—Ya el forense debe haber concluido la autopsia —argumentó Farías—. ¿No le basta con leer su informe y concentrar sus esfuerzos en descifrar esas malditas notas?

—El método que usa el asesino para cometer los homicidios es demasiado extraño como para pasarlo por alto. Hay algunos detalles que un informe no puede reflejar. Estoy seguro de que el forense realizó un excelente trabajo, pero quiero ver el cuerpo yo mismo.

Ernesto torció el gesto mientras respondía.

—Como le dije antes, es su caso, Del Bosque. Haga lo que quiera, pero arreste de una vez a ese malnacido.



Argus y Luisa se apearon del Seat frente al hospital. Se trataba de un pequeño edificio de color blanco deslucido, que necesitaba con urgencia una mano de pintura. La inspectora condujo a su jefe temporal al sótano, donde funcionaba la morgue. Era la primera vez que Del Bosque pisaba ese lugar, pero le parecía que lo había visitado docenas de veces. Y así era, pues una vez que has visto un depósito de cadáveres, los has visto todos. En la medida que avanzaban por los pasillos relucientes, el frío se sumaba al olor a desinfectante, que competía con el penetrante tufo del formol.

Después de cruzar un portalón batiente que daba a un corto pasillo, Luisa se plantó frente a una pequeña puerta lateral de madera, a la cual llamó con un par de golpes contundentes. Del otro lado respondió la chillona voz del doctor Garrido.

—¡Adelante! Está abierto.

Los policías entraron en la diminuta oficina y el forense apartó la mirada de la pantalla del ordenador.

—¡Inspectora! Acabo de terminar la autopsia del cadáver que encontraron esta mañana y estoy redactando el informe. Supongo que están aquí por eso.

—Nos interesa ver el cuerpo, doctor — le anunció el comisario.

—¿Verlo? ¿Para qué? No encontrarán nada que yo mismo no pueda decirles.

—Por favor —insistió Argus.

Con un suspiro de resignación, Elmer guardó el documento, bloqueó la pantalla del ordenador y se levantó de su asiento. Acompañó a los policías hasta el fondo del pasillo, donde una segunda puerta batiente conducía a la sala de autopsias. Allí el olor a formol se hacía más penetrante. Los restos mortales de Julio Ayala todavía reposaban sobre la mesa de metal, cubiertos por una sábana. Garrido dobló el extremo superior de la tela y dejó a la vista la mitad del cuerpo desnudo, en la cual resaltaba la habitual incisión en forma de Y que se extendía desde los hombros hasta el pubis.

—Aquí lo tienen.

Argus se acercó al cadáver y lo observó con meticulosidad. En especial se concentró en la zona del cuello. Luego le levantó los párpados y comprobó la irritación de los ojos. Palpó la garganta de la víctima y después la nuca para comprobar la fractura de los huesos cervicales. Elmer miraba en silencio al comisario con una mezcla de impaciencia y resignación. No le gustaba que los policías invadieran su terreno. Cada uno a lo suyo.

—¿Cuánta fuerza es necesaria para causar estos daños? —le preguntó Del Bosque a Garrido.

—Yo diría que bastante. Deben buscar a alguien muy corpulento.

—¿Qué usó para estrangularlo?

Elmer se encogió de hombros.

—Algo ancho. Una banda, un collar de cuero, cualquier cosa similar.

—¿Sin relieves?

—Las marcas son uniformes, así que la superficie de lo que haya usado el asesino es lisa.

—Una banda de cuero —repitió Argus, pensativo—. ¿Un collar de perro, tal vez?

—Es posible.

—¿Cómo les fracturó el cuello?

—Es extraño que lo pregunte. En la primera víctima asumí que lo habría partido, forzando el giro de la cabeza en forma brusca. Ya sabe, de la misma manera que se ve en las películas.

—¿Y no fue así? —preguntó Burgos.

—No puedo asegurar cómo lo hizo —reconoció el forense—, pero estas dos últimas víctimas tienen una marca en la nuca que no es tan

evidente en Aureliana.

—¿Qué tipo de marca? —preguntó el comisario con interés.

—Véalo usted mismo —le propuso Garrido, al mismo tiempo que empujaba el cadáver para ponerlo de medio lado.

Argus observó con detenimiento la zona que el forense le señaló. Oculta por el cabello, en la nuca se veía una marca redondeada y enrojecida.

—¿Cómo lo explica? —le preguntó Del Bosque a Elmer.

—Como puede observar, el cabello oculta la marca. Después de descubrir esta, comprobé de nuevo los cuerpos de la señora Ponce y de la señora Díaz. Está presente en los tres cadáveres.

—¿Quiere decir que el asesino fracturó el cuello de sus víctimas golpeándolas con un objeto redondo en la nuca? —preguntó Luisa.

—No sabría decirle —reconoció el doctor Garrido.

Del Bosque guardó silencio por algunos momentos, absorto en sus propios pensamientos. Ya la inspectora iba a sugerirle salir de allí para continuar con la investigación, cuando él se irguió, y enarcó las cejas en un momento de comprensión.

—¡Por supuesto! ¡Cómo no lo vi antes!

—¿No vio el qué?

—Las lesiones: el aplastamiento de la laringe, la fractura del cuello, la marca redonda en la nuca, todo concuerda.

—¿Concuerda con qué? —preguntó el forense con curiosidad.

—La forma en que Enigma asesina a sus víctimas: les aplica el garrote vil.

—¡Debe estar bromeando! —protestó la inspectora. El forense comenzó a negar con la cabeza, antes de refutar la hipótesis del comisario.

—Eso no es posible. Para aplicar el garrote vil, la víctima debe estar inmovilizada, y debe haber un punto de apoyo que no existiría en este caso. Además, ¿alguna vez vio uno de esos artilugios que se usaban para el garrote? Son tan aparatosos como una guillotina, o una silla eléctrica.

—¿Está seguro, doctor? —lo desafió Argus—. Estamos hablando de una persona capaz de fabricar una impresora 3 D casera, lo cual nos da la medida de sus habilidades intelectuales y manuales. ¿No cree posible que fuera capaz de diseñar un garrote «portátil»? Imagínelo: una banda de cuero que ajuste mediante la torsión de sus extremos, y una bola de metal que presione la nuca y rompa los huesos cervicales en la medida en que la banda se cierra. El punto de apoyo sería la base del cráneo de la propia víctima.

Elmer abrió la boca con la intención de protestar, pero no encontró un argumento para refutar lo que sugería el comisario. En cambio, guardó silencio y se quedó pensativo.

—Aun cuando un artilugio así funcionara, se trata de una forma de asesinar demasiado complicada —dijo la inspectora—. ¿Por qué escogería ese procedimiento?

—Esa es una buena pregunta —reconoció Argus—. Es evidente que el método por el cual ejecuta a sus víctimas es parte del castigo.

—Eso significaría que la persona a quien quiere vengar Enigma murió por el garrote vil —razonó Luisa, plegándose a la idea del comisario—. Y que de alguna forma Aureliana, Camila, y Julio, estuvieron involucrados en esa condena. Por eso se refirió a la prevaricación en el segundo acertijo.

Argus asintió mientras hablaba.

—Y es probable que las acusaciones de los pecados que atribuye a las víctimas: la avaricia, la envidia y la lujuria, tengan relación con la ejecución que motiva al asesino.

Luisa meditó en silencio, con más dudas que certezas.

—No, lo que planteamos no es posible —sentenció la inspectora—. Recuerde que en España abolieron la pena de muerte en 1978, así que la condena a la cual nos referimos debió ser anterior a esa fecha, pero en 1978 Ayala solo habría cumplido dos años. No hay manera de que tuviera relación con algo así. Además, descartamos el asunto del juicio cuando comprobamos que la tercera víctima no era un juez.

—Yo no sé si ese fulano juicio del que hablan existió, o si lo están inventando porque no tienen ni puñetera idea de lo que motiva al asesino —dijo el forense—, pero bien pensado, cuanto más analizo la teoría del comisario con respecto a los resultados de las autopsias, más convencido estoy de que tiene razón en cuanto al arma homicida. Aunque no seré yo quien lo escriba en el informe, a estas personas las asesinaron con una versión modificada del garrote vil.



Al salir de la morgue, los policías todavía se sentían desconcertados por la forma que escogió el asesino para cometer sus crímenes. Ya se encontraban junto al coche, cuando el timbre del móvil sacó a Argus de su concentración. Miró la pantalla y soltó un suspiro de resignación. Aun así, respondió.

—Doctor. Se dio usted bastante prisa en llegar.

—Cuando representas los intereses de alguien como don Antonio, todo es mucho más fácil. Es la primera vez que viajo en un avión privado, y debo reconocer que me ha gustado. ¿Podemos hablar?

—Estoy en medio de una investigación muy complicada, pero como le prometí, puedo dedicarle cinco minutos.

—Me conformo con eso.

Resignado, el comisario le dio las instrucciones para que pudieran encontrarse en la cafetería más cercana a «San Celedonio». Werner le prometió que estaría allí a tiempo y colgó, agradecido.

—¿Qué fue eso? —preguntó Luisa—. ¿Tiene que ver con el caso?

—Es un asunto personal —confesó Del Bosque—, pero importante. Solo me quitará unos minutos. Vamos a la comisaría. Mientras yo acudo a esta reunión, usted puede indagar acerca del pinche de cocina. Tal vez su inasistencia al trabajo no tenga que ver con el crimen, pero…

—Sí, supongo que debemos descartarlo. No se demorará, ¿verdad? La tarde ya está avanzada, y todavía no desciframos cuál es el nombre de la próxima víctima.

—Mi entrevista será breve.

Durante el trayecto, cada uno se centró en sus propios razonamientos acerca del caso. Eran demasiados los aspectos que no comprendían y la falta de un sospechoso claro a esas alturas angustiaba a la inspectora. Argus también estaba desconcertado y preocupado por el próximo paso de Enigma, pero la llamada de Werner sumaba una nueva carga emocional. Era evidente que don Antonio Abelard no se resignaría con tanta facilidad a perder al hijo que ahora sabía con vida.

Burgos aparcó frente a la comisaría y se encaminó en dirección al edificio, mientras Del Bosque cruzaba la calle para entrar en la cafetería. En la mesa del fondo vio sentado a su viejo amigo. Christian se puso de pie en cuanto lo vio llegar, y lo recibió con un abrazo fraternal. Luego se sentaron y cada uno pidió un café.

—Me alegra mucho verte y comprobar que te has mantenido lejos de los problemas —le dijo el médico de Marañón, mientras comprobaba la integridad física del rostro de Argus—. Supongo que ya imaginarás por qué estoy aquí.

—Abelard.

—Tu padre.

—¿Te lo contó?

—Digamos que pasé al círculo de confianza de don Antonio desde el momento en que me convertí en tu amigo.

—Sabes que te está usando, ¿no es así?

—Por supuesto que lo sé, pero no puedo culparlo. No, después de saber todo lo que pasó. Él solo quiere que lo perdones, Argus. Está muy arrepentido por la forma en que te trató en Marañón. Si lo vieras… Ha envejecido diez años en los últimos días. Teme haberte perdido, después de tener la oportunidad de recuperarte.

El comisario negó con la cabeza.

—No le guardo rencor, Christian. Puedes decírselo de mi parte. Lo comprendo. Cometió un error cuando se puso en mi contra, pero en

ese momento tenía sus motivos y debo reconocer que siempre trató de ser justo. Esa no es la razón de que me alejara.

—¿Entonces cuál fue? ¿Tú ya sabías quién eras cuando llegaste a la isla?

—No. Me enteré durante la investigación de los asesinatos… por concordancias entre la historia que me contó el propio don Antonio. Cuando se despertaron mis sospechas solicité una prueba de ADN. Recuerda que cogimos las muestras biológicas de todos los habitantes de la casa Abelard. Lo supe con certeza al recibir los resultados.

—¿Por qué no le dijiste nada?

—Él no me lo permitió. Para cuando tuve algo más que una sospecha, ya estaba en mi contra.

—Ahora solo quiere tu perdón y que regreses.

—Ya lo he perdonado. Con respecto a volver… No es tan sencillo. Antes debo resolver algunos asuntos pendientes.

—¿Qué asuntos? ¿Tiene que ver con el caso ese que investigas y que te tiene tan ocupado?

—No, aunque tengo que resolverlo para acceder a parte de la información que necesito.

—¿Qué estás tramando, Argus? Mira que cada vez que tienes una idea, terminas metido en problemas.

—Estaré bien, Werner. Solo tengo que hacer mi trabajo.

—¿Qué quieres que le diga a don Antonio?

—¿Él sabe dónde estoy?

—Por supuesto que no. No traicionaría tu confianza de esa forma. El avión me dejó en el Aeropuerto de Vitoria. De ahí, me vine en taxi.

—De acuerdo. Tan solo dile que duerma tranquilo, que no le guardo ningún rencor, pero que necesito tiempo… Regresaré cuando esté listo para hacerlo. Dile también que estoy muy orgulloso de que sea mi padre.

Después del encuentro, Werner se encaminó a Vitoria para coger el avión que lo llevaría de vuelta a Madrid, mientras Argus cruzaba la calle con el corazón encogido. La experiencia de saber que tenía una familia que lo esperaba le causaba sensaciones nuevas y en cierto modo, tan satisfactorias como aterradoras, porque solo se puede perder lo que se tiene.

Mientras Argus conversaba con Christian, la inspectora aprovechó la soledad para llamar a casa. Todo estaba en orden, pero él le pidió que regresara pronto, le dijo que la echaba de menos, y a Luisa se le rompió el corazón. Ella le prometió que iría lo antes posible sin tener la certeza de que podría cumplir, y se odió a sí misma por mentirle.

Colgó y volvió a llamar de inmediato. Se comunicó con el pinche de cocina para comprobar su coartada. Confirmó que el chico estuvo en Urgencias por fiebre. Otra opción que se iba por el desaguadero.

Apenas había colgado cuando volvió a llamar. Esta vez a Alfonso.

—Luisa. ¿Dónde te habías metido? Te he llamado durante toda la tarde.

—Primero tú. ¿Qué averiguaste?

—Bien, esto te va a interesar. Hablé con el director y los maestros del colegio donde estudiaron Pedroza y Soliz. Me confirmaron que Soliz y Pedroza eran inseparables.

—¡Eso es una gran noticia! —exclamó Burgos—. Por fin tenemos una conexión entre Camila y Aureliana…

—Así es. Además, recuerda que el examante de Julio Ayala era sanitario. Podría tratarse de Pedroza.

—Eso lo explicaría todo. ¿Qué dijeron los vecinos?

—Al parecer el examante era muy discreto, porque ninguno de los que entrevisté en el edificio reconoció haberlo visto. Aunque hubo vecinos con quiénes no pude hablar porque se encontraban trabajando, o de viaje.

—De acuerdo, tendremos que insistir sobre ello. Creo que vale la pena pedirle una coartada al señor Pedroza para los asesinatos de Camila y Julio.

—Buena idea. Yo me haré cargo. ¿En qué andabais tú y el pensador de Rodin?

A Luisa se le escapó una carcajada.

—¿Por qué lo llamas así?

—Porque el tío es frío como una piedra, y lo único que hace es pensar.

La inspectora puso al día a su compañero. Le contó los detalles de la entrevista de Fernando Ayala y las conclusiones a las que llegaron en la morgue. Alfonso la escuchó con atención y cuando ella terminó, soltó un silbido.

—¿En serio pensáis que Enigma asesina a sus víctimas con el garrote vil?

—Es la conclusión a la que llegó el comisario.

—Entonces será verdad —aceptó Guerrero—. Al menos si son ciertos la mitad de los rumores sobre él.

—¿Y qué se rumorea? —preguntó ella con curiosidad.

—Que el tío es un genio, pero más seco que un cardo.

—Esperemos que sea lo bastante listo para ayudarnos a encontrar a Enigma.

—No lo sé, para eso tendría que ser más inteligente que el hombre que buscamos. Y eso ya lo veo más difícil.

—No hables así. Solo pensar en la posibilidad de que Enigma se salga con la suya me eriza la piel. ¿Sabemos algo sobre el rastreo del correo que envió a la prensa?

—Que lo paseó por medio mundo a través de proxys, y que no

podemos encontrar su origen.

—¡Mierda! Este tío es más escurridizo que una anguila.

En ese momento, Argus entró al despacho y enarcó las cejas ante el exabrupto de la inspectora. Ella enrojeció hasta la raíz del cabello, se despidió de Guerrero y colgó.

Transcurrieron un par de minutos hasta que Luisa se recuperó de la sensación de que la pillaron en un renuncio. Luego se preguntó a sí misma por qué reaccionó de esa forma. Esa era una comisaría de Policía, no el colegio de monjas donde ella creció, así que tenía toda la libertad de hablar como quisiera. Sin embargo, muy a su pesar debía reconocer que la coartaba la actitud seria, formal y reservada del comisario.

Argus no hizo ningún comentario. Tan solo le pidió que le pusiera al día acerca de las indagaciones del subinspector.

—La conexión entre Soliz y Pedroza es interesante —reconoció Del Bosque—. En especial porque relaciona al menos a dos de las víctimas.

—Es posible que a tres. Recuerde que Fernando Ayala nos mencionó que la expareja de Julio era sanitario. Podría tratarse de Flavio Pedroza.

—Es un indicio, pero afirmar algo así con tan poca evidencia sería temerario. Debemos comprobar los antecedentes y las coartadas del señor Pedroza.

—Alfonso ya se encarga de eso —Luisa desvió la mirada hacia el reloj, sin disimular su nerviosismo—. Me preocupa que se nos eche encima la noche, y todavía no hayamos resuelto el maldito acertijo.

Argus asintió.

—¿Puede volver a leerlo, por favor?

La inspectora abrió el expediente del caso y sacó una hoja impresa. Leyó en voz alta:

—«*Belfegor se llevará su alma, pues su acidia cobró la vida de un inocente y la ruina de su familia. Si queréis conocer su nombre, lo encontraréis en la casa nueva, donde el rey de León lo recogió de las manos de Acenare*».

—*Belfegor* y la pereza —repitió Argus—. ¿Cómo puede la pereza convertir a alguien en el objetivo de un asesino?

—Tal vez esa persona no cumplió una promesa, o no puso suficiente empeño en hacerlo y causó daño por ello.

El comisario se quedó en silencio por algunos segundos mientras meditaba las palabras de su colega, y Luisa tuvo que contenerse para no sonreír al recordar la descripción de Alfonso cuando lo comparó con «*El Pensador de Rodin*».

—Tiene usted razón. El propio acertijo lo confirma: *« …su acidia cobró la vida de un inocente y la ruina de su familia*».

—Un inocente que murió por el garrote vil.

—Lo cual implica una ejecución. Y volvemos a la teoría del juicio —Del Bosque levantó la mano para detener la protesta que ya nacía en los labios de Luisa—. Ya lo sé. El «prevaricador» resultó no ser juez. Y sin embargo, todos los acertijos nos llevan al mismo punto: en el primero afirma que *Procusto*, es decir, Camila, sufriría la misma suerte de su víctima. El enigma que encontraron junto al cuerpo de la señora Ponce y que se refiere a Julio menciona la Ley del Talión…

—«Ojo por ojo y diente por diente» —recitó Luisa.

—Es un error analizar cada acertijo por separado. Está claro que existe una concordancia entre ellos. Y todos nos dicen que las víctimas están sufriendo lo mismo que causaron. En otras palabras, Enigma se siente un vengador. Un justiciero…

—De acuerdo, ese inocente a quien el asesino quiere vengar terminó ejecutado por garrote vil, y eso implica que hubo un juicio…

—Pero ¿tenemos esa certeza? —preguntó Argus meditativo.

—¿Qué quiere decir?

—Que el garrote vil fuera el medio de ejecución oficial, no significa que no lo usara alguien por fuera de la ley…

Sin decir palabra, Burgos se concentró en el ordenador y escudriñó los archivos policiales de asesinatos que ocurrieron en toda España en los últimos diez años. Encontró balazos, puñaladas, estrangulamientos, golpes y envenenamientos, pero en ningún caso se determinó que el garrote vil fuera el arma homicida. Le comunicó sus conclusiones al comisario.

—Es un método de ejecución demasiado complicado —señaló la inspectora—. Los criminales suelen ser más pragmáticos.

—Lo cual nos devuelve al presunto juicio que salió mal.

—Y que debió ocurrir cerca de 1978. Si nos alejamos de esa fecha, los involucrados ni siquiera hubieran estado vivos.

—Excepto Aureliana —puntualizó Argus.

—Revisaré los juicios que culminaron en condena a muerte en los cinco años previos a 1978. No deben ser demasiados. Tal vez alguno de ellos nos permita encontrar la conexión entre las víctimas.

—Avaricia, envidia, lujuria y pereza —murmuró el comisario para sus adentros—. ¿Cómo podrían influir esos cuatro pecados en un juicio con sentencia de muerte?

—Aquí está —anunció la inspectora—. Solo hubo dos ejecuciones por garrote en 1974. Ninguna relacionada con nuestras víctimas. Ni siquiera ocurrieron cerca. Tal vez estamos errados y no tiene relación con ningún procedimiento judicial.

—Es posible, y sin embargo es la explicación que mejor se adapta a las notas que dejó el propio asesino.

—Usted lo ha dicho: «las dejó el propio asesino». Quizá solo quiere

confundirnos. Podría haber mezclado enigmas auténticos, como los que se refieren a la identidad de la siguiente víctima, con datos falsos, aquellos relacionados con sus verdaderos motivos. Sería una forma brillante de confundirnos.

Del Bosque guardó silencio. ¿Podía estar tan equivocado como para seguir los pasos que el criminal le había trazado? Reconoció que lo que decía Burgos tenía sentido. Que una parte de los acertijos resultara cierta, no significaba que Enigma actuara con honestidad. Esperar algo así sería una ingenuidad de consecuencias impredecibles.

—¿Cuál es su teoría, inspectora?

—Que nos enfrentamos a un psicópata que mata por placer. Tal vez escogió esa arma tan truculenta y cruel, solo porque le satisface. Cada vez estoy más convencida de que escoge a sus víctimas al azar, y parte de su diversión es confundirnos con desafíos imposibles que le hacen sentir más listo que nosotros, además de que alejan la posibilidad de que lo arrestemos.

De nuevo el comisario guardó un silencio meditativo por unos segundos.

—Así que usted piensa que Enigma juega con nosotros.

—Y nos mantiene ocupados con acertijos sin solución que nos alejan del verdadero trabajo policial.

—Veo una falla en su hipótesis —Luisa enarcó las cejas con incredulidad. Para ella todo estaba muy claro desde el principio, y quizá ya el caso estaría resuelto si no le hubieran impuesto a ese comisario de ideas tan extravagantes—. No creo que escogiera sus víctimas al azar, pues si lo piensa bien, llegar hasta cada una le exigió un enorme esfuerzo al criminal. De tener usted razón nos encontraríamos investigando la muerte de indigentes, yonquis y prostitutas, porque son más vulnerables y podría encontrarlos indefensos en la calle.

—Tal vez su desequilibrio mental lo impulsa a superar desafíos.

—Esos «desafíos» lo obligaron a invertir recursos, tiempo y correr riesgos.

—Si corrió tantos riesgos, ¿por qué no lo hemos atrapado todavía?

—Es posible que sí sea más listo que nosotros. De todas maneras, se esforzó mucho para llegar hasta estas tres personas, como para que concluyamos que le servía cualquiera.

—Entonces dígame, ¿por qué los escogió?

—Si tuviera la respuesta a esa pregunta ya habría resuelto el caso, ¿no cree?

Luisa suspiró. Derrotada en los argumentos, pero no convencida, por lo que respondió con un desafío.

—Muy bien, ¿contra quién irá esta vez? Le recuerdo que solo nos quedan cuatro horas para averiguarlo.

Una hora después de comenzar a trabajar con el último acertijo, los policías habían conseguido pequeños avances. Descubrieron que hubo una Acenare relacionada con un rey de León, y que su nombre completo era Acenare de Carvajal.

—Ese debe ser el apellido de la próxima víctima —afirmó Luisa.

—Sí, es lo que yo también deduzco. ¿Cuántos Carvajal existen en Calahorra y sus alrededores?

—Más de dos mil —le informó la inspectora con desaliento, mientras consultaba la lista de empadronamiento de la ciudad—. No podemos protegerlos a todos.

—Necesitamos descifrar el acertijo completo. Estoy seguro de que lo conseguiremos si descubrimos a qué se refiere con la «casa nueva».

—¿Un edificio de reciente construcción, tal vez?

—Es posible.

—Pero ¿qué quiere decir con «nueva»? ¿Debe tener pocos meses, o años? Tampoco sabemos si se trata de uno gubernamental, o particular.

—Comencemos con los edificios públicos —sugirió el comisario.

Después de quince minutos disponían de una lista que correspondía a recintos institucionales de reciente construcción, así como de las calles donde se encontraban. Al repasar la retahíla de nombres, Luisa se desanimó.

—Tengo la sensación de que perdemos el tiempo —anunció con angustia—. Son demasiados nombres, aún sin considerar los edificios particulares. Y no estamos seguros de que este sea el razonamiento correcto.

—Tiene razón —admitió Argus, mientras se echaba hacia atrás en la silla. Reconocía que daban palos de ciego, mientras el tiempo se les echaba encima.

La inspectora miró su reloj y dio un respingo.

—Debo irme —anunció, mientras se levantaba del asiento y cogía su chaqueta.

—Supongo que no hablará en serio —protestó el comisario con el ceño fruncido—. Disponemos de poco más de un par de horas para resolver este acertijo a tiempo, antes de que Enigma vuelva a actuar… ¿Cómo puede pensar siquiera en irse a casa?

—No dije que me iría a descansar. No necesitamos estar juntos para seguir intentándolo. Yo continuaré desde mi casa y usted puede quedarse si quiere, o irse a su hotel. Nos mantendremos comunicados.

Del Bosque tuvo que controlar la ira que comenzó a invadirlo ante la actitud de Burgos.

—Inspectora, su conducta es irresponsable. Le recuerdo que hay una vida en peligro.

Luisa no se intimidó por las palabras de su superior.

—Soy consciente de la situación, comisario, pero le agradecería que se abstuviera de juzgarme. Usted no me conoce, ni sabe nada de mí.

—Lo único que sé es que debemos identificar a la próxima víctima de un asesino en serie brutal, y que nos quedan apenas minutos para hacerlo. Esta discusión está fuera de lugar.

La inspectora suspiró. Debía reconocer que Del Bosque tenía razón desde su punto de vista, pero no podía ceder.

—Hagamos algo. Acompáñeme y le prometo que no descansaremos hasta que hayamos resuelto el acertijo.

—¿Está hablando en serio?

—Escúcheme comisario. Mientras mantengamos esta discusión inútil no avanzaremos. No me hará cambiar de opinión. Me comprenderá si me acompaña.

—Puedo ordenarle que se quede —afirmó Argus con un tono autoritario que no solía emplear, y que a él mismo le recordó a su padre.

—Si me da esa orden, me veré obligada a desobedecerla —dijo Luisa con firmeza—. Sin importar las consecuencias.

La actitud de la inspectora tomó por sorpresa al comisario, y en cierto modo despertó su curiosidad.

—Muy bien. La acompañaré y continuaremos trabajando desde su casa, pero le advierto que será mejor que exista una buena razón para su conducta, inspectora. Si no quedo convencido de sus motivos, mañana a primera hora me ocuparé de que la sancionen.

—Usted mismo —respondió Burgos, mientras cogió las llaves del Seat, las notas sobre las que trabajaban, y se encaminó a la salida pasando por delante de Argus sin vacilar.

Del Bosque siguió a Luisa hasta el coche y durante el trayecto continuó estudiando el acertijo. De vez en cuando la miraba de reojo sin comprender su actitud. Durante su primera entrevista, Farías ya le advirtió que Burgos estaba a un paso de que la despidieran, porque si bien era una excelente investigadora y cumplía a cabalidad la jornada, siempre era la última en llegar y la primera en marcharse cuando debía trabajar fuera del horario laboral.

Había pocas plazas disponibles para el coche, así que Burgos tuvo que aparcar a un par de manzanas de su casa. La inspectora apuró el paso en la medida en que se acercaba a su destino, y el comisario le mantuvo el ritmo. El frío y la caminata despejaron la mente de Argus, quien agradeció el ejercicio. Tal vez no hubiera sido tan mala idea salir del claustrofóbico despacho de la comisaría. A pesar de su incomodidad, Del Bosque esperaba que la pausa terminara resultando beneficiosa.

Por fin llegaron a un edificio viejo, pero bien conservado. La inspectora ya tenía las llaves en la mano, así que entraron de

inmediato. Una mujer salió a recibirlos con el ceño fruncido.

—Llegas tarde, Luisa.

—Lo sé, y lo lamento, Paola. Te agradezco mucho que no te hayas marchado.

—Sabes que nunca lo dejaría solo, pero tendré problemas en mi trabajo. Mi guardia comenzó hace una hora.

—De verdad, lo lamento mucho. No se volverá a repetir —Paola suspiró con resignación y asintió sin mucha convicción—. No dejarás de venir por esto, ¿verdad? Sabes que necesito tu ayuda.

—Regresaré mañana, pero si vuelve a ocurrir…

—Te aseguro que no volverá a pasar. ¿Cómo está?

—Se quedó dormido mientras te esperaba.

Luisa sintió esas palabras como una bofetada. Hizo un esfuerzo para reponerse. Sin aguardar a que la inspectora le presentara a su acompañante, Paola cogió su cartera y después de una corta despedida, salió con prisas.

Argus no hizo ningún comentario, pero era evidente que la situación lo había confundido.

—Mamá, ¿eres tú?

La inspectora concentró su atención en el origen de la voz.

—Daniel, ¿qué haces levantado? Deberías estar durmiendo.

En el umbral que comunicaba el salón con las habitaciones apareció un chiquillo. Su aspecto era frágil, y usaba un pequeño bastón para apoyarse. Avanzó en dirección a Luisa con dificultad y extendió los brazos. Ella lo acogió y luego acarició su cabeza.

—¿Quién es este señor? —preguntó el niño, haciendo un esfuerzo para articular las palabras.

—Es mi jefe, cariño. Tenemos que trabajar, y ya es muy tarde para que tú estés despierto, así que quiero que regreses a la cama, ¿de acuerdo?

Daniel asintió, y antes de volver a su habitación se despidió del comisario con un gesto de la mano, y una sonrisa que encogió el corazón del adusto policía. Por fin Argus comprendió el dilema de la inspectora Burgos. Su trabajo era importante, pero su hijo lo era más.

Luisa acompañó a Daniel hasta su habitación, y regresó al cabo de un par de minutos.

—Se dormirá enseguida. Descuide, es un buen chico y no nos interrumpirá.

—¿Qué…? —El comisario contuvo su curiosidad al comprender lo impertinente de la pregunta que iba a formular, pero la inspectora tenía claro lo que quería saber.

—Parálisis cerebral —respondió Luisa, desafiante—. Desde su nacimiento. Le dificulta caminar y también articular las palabras.

—¿Su padre no la ayuda?

Burgos esbozó una sonrisa triste.

—¿Mi exesposo? Cuando el pediatra nos informó acerca del problema de nuestro hijo, mi flamante marido desapareció. Ni siquiera se llevó su ropa. Un día salió a trabajar y no regresó a casa. Un mes después recibí la notificación de que había solicitado el divorcio. Firmé de inmediato, por supuesto. Eso fue hace diez años, y por fortuna no he vuelto a saber de él.

—¿Y no se puede hacer nada por el chaval? —preguntó el comisario, conmovido.

—No se curará, si es lo que pregunta. Tampoco empeorará. El reto es tratar de que sea lo más independiente posible, y por eso acude a sesiones de fisioterapia y logopedia. Es un chico listo y más resuelto que muchos adultos que conozco. Sin duda es más fuerte que yo. Él es mi inspiración para seguir adelante.

—No debe ser fácil coordinar el trabajo policial con el cuidado del niño —reconoció el comisario.

—Paola me ayuda mucho. Es genial con él, y en general no le importa quedarse cuando yo tengo que trabajar, pero no puedo pagarle mucho, así que este no es su trabajo principal. Hace guardias nocturnas en un hospital. Por eso le resulta difícil venir a cuidarlo cuando yo debo cumplir horas extras. Además de que cuando me llaman fuera del horario debo avisarle y esperar a que llegue hasta aquí.

—Y por eso usted siempre llega tarde —concluyó Del Bosque, con tono comprensivo.

—Ya conoce mi secreto.

—¿Por qué no explica su situación en la comisaría? Serían más comprensivos si lo supieran.

—O sería el fin de mi carrera —sentenció la inspectora—. Considerarían que mis problemas personales no son compatibles con el trabajo de investigación, así que terminaría cumpliendo labores administrativas en cualquier comisaría donde hiciera falta personal. Me gusta mi trabajo y Daniel está bien aquí. Las personas que lo ayudan son maravillosas. No quiero someterlo a cambios que podrían perjudicarlo.

—Comprendo. Descuide, inspectora. Su secreto está a salvo conmigo.



Cuando se sentaron a la mesa del comedor para continuar con la ingrata tarea de resolver el acertijo de Enigma, ya el comisario veía a Luisa desde una perspectiva diferente. En lugar de la imagen de una

persona perezosa que se apoyaba en el trabajo de sus compañeros, Argus descubrió una mujer formidable que desafiaba al mundo para proteger a su hijo. Él, que no podía recordar a su propia madre, se sintió admirado. Con un esfuerzo consiguió hacer a un lado sus emociones para concentrarse de nuevo en las crípticas notas de Enigma. El tiempo avanzaba, implacable.

—La pereza podría atribuirse a cualquiera —comentó la inspectora —, pero si estamos en lo cierto y Enigma quiere vengarse de los responsables de un juicio, ¿qué papel habría jugado el Carvajal que buscamos?

—La única forma en que se me ocurre relacionar la pereza con una sentencia a muerte, es atribuírsela al abogado defensor —razonó Argus—. ¿Cuántos abogados hay en esa lista de empadronados?

—Ciento cincuenta y tres —anunció Luisa.

—Todavía son demasiados.

—Tenemos que averiguar a qué se refiere con «la casa nueva» —afirmó Burgos, al mismo tiempo que tecleaba en el portátil. Los resultados de la búsqueda aparecieron de inmediato. Ella negó con la cabeza cuando los leyó—. Es el título de una canción. Lo demás son ofertas de venta y alquiler de inmuebles.

El comisario guardó silencio y se quedó pensativo por un momento.

—¿Y si lo estamos mirando desde la perspectiva errada?

—¿Qué quiere decir?

—Tal vez Enigma no se refiere a una vivienda de reciente construcción. ¿Y si el nombre que buscamos significa eso, «casa nueva»?

—¿Usted cree?

—Por favor, teclee estas palabras en el motor de búsqueda: «casa nueva como nombre».

La inspectora obedeció y enarcó las cejas en cuanto vio el resultado.

—¡No me lo puedo creer! ¡Esto es!

Sin esperar a que el comisario le preguntara de qué se trataba, Luisa giró el portátil para que él también pudiera leer la pantalla. Entonces recitó el resultado en voz alta: «Javier: nombre vasco que en sentido literal significa casa nueva».

—¿Hay algún Javier Carvajal en esa lista?

La inspectora inició la búsqueda.

—¡Aquí está! Hay un Xavier Carvajal, con X. Vive en la calle Hospital, al sur de la ciudad.

—Vamos —ordenó el comisario, al mismo tiempo que se ponía de pie—. Ordenaremos el despliegue policial por el camino.

—Espere, no puede ser este.

—¿Por qué?

—Se trata de un chico. Tan solo tiene dieciséis años. De ninguna manera es posible que formara parte de un juicio de alguien que murió en el garrote vil. Y por supuesto, tampoco es abogado.

—Su nombre surgió al resolver los enigmas. Es el elemento más importante. Si lo piensa bien, todavía no comprendemos cómo se ajustan las víctimas a nuestras teorías. Además, solo faltan quince minutos para la medianoche.

—¿Y si nos equivocamos? Sería como jugar a la ruleta rusa con la vida de otra persona.

—¿Tiene alguien más en mente a quien deberíamos proteger? —Burgos negó con la cabeza—. Entonces tenemos dos opciones: hacemos lo posible por evitar que asesinen a este chico, o no hacemos nada. Si estamos en lo cierto le salvaremos la vida. Si nos equivocamos, Enigma volverá a salirse con la suya de cualquier manera.

—Tiene razón, pero no podemos irnos y dejar solo a Daniel.

—Deme la dirección y las llaves de su coche. También avise a la comisaría para que envíen dos patrullas. Yo me adelantaré. Usted quédese aquí hasta que encuentre a alguien que pueda venir a cuidar a su hijo.

Esta vez, la inspectora obedeció a Del Bosque sin poner ningún reparo, así que llamó a «San Celedonio» para cumplir las instrucciones del comisario. Luego marcó el número del móvil de Guerrero.

—¿Alfonso? Descubrimos quién será la próxima víctima de Enigma. Necesitamos que acudas lo antes posible a la dirección que voy a enviarte.

—De acuerdo. Me pondré en camino de inmediato.

Mientras Burgos solicitaba refuerzos, Argus recorrió a la carrera las dos manzanas que lo separaban del Seat. Una vez en el coche introdujo la dirección de Carvajal en el GPS y pisó el acelerador. No levantó el pie hasta que llegó a la dirección señalada. Fue una suerte que el coche de Burgos estuviera equipado con sirena y luces, o lo hubieran detenido por exceso de velocidad.

Cuando por fin llegó, se vio ante una modesta casa bastante antigua que colindaba con una pequeña huerta. Aunque no había salido de los límites de la ciudad, el barrio estaba bastante apartado de las zonas más urbanizadas. Frente a la casa había un coche que se le hizo familiar, y se preguntó si encontrarlo en ese lugar serían buenas o malas noticias.

La respuesta llegó en el mensaje que entró a su teléfono en ese momento. La inspectora le anunciaba que habían encontrado una nueva víctima. Se trataba del cadáver de Xavier Carvajal, de dieciséis años de edad.

Día cuatro.

Argus sintió que el peso del mundo caía sobre sus hombros cuando leyó el escueto mensaje. El reloj marcaba las doce y diez. Si tan solo hubiera descifrado el enigma diez minutos antes… Sabía que la culpa por su fracaso lo esperaba detrás de la puerta de la pequeña casa rural. Llenó sus pulmones con el aire frío de la noche, y lo retuvo por algunos segundos. Un chiquillo de dieciséis años acababa de morir por su torpeza. Lo invadió la ira contra sí mismo y contra Enigma. Entonces comprendió que no le serviría de nada fustigarse. El asesino continuaría su cruzada mortal, lo cual significaba que asesinaría a otro inocente en veinticuatro horas, a menos que lo detuvieran.

Argus llamó a la puerta, y al cabo de unos segundos le abrió el subinspector Guerrero. Entonces recordó a quién pertenecía el coche que estaba aparcado al frente.

—Comisario. Luisa me dijo que venía en camino. Me temo que yo tampoco llegué a tiempo.

Del Bosque entró a un amplio salón con paredes de piedra. Una chimenea encendida mantenía la habitación demasiado caldeada. No pronunció ni una palabra, pero dio un par de palmadas en el hombro de Alfonso. Comprendía que el subinspector debía sentirse tan frustrado y culpable como él.

—¿Qué ocurrió?

—Me encontraba al sur de la ciudad bebiendo una copa para relajarme, cuando Luisa me llamó. De inmediato vine hacia aquí. Llegué apenas un par de minutos después de la medianoche, así que creí que podría detener a Enigma. Llamé a la puerta y me abrió la madre del muchacho. Me identifiqué y le pedí que me llevara hasta su hijo. Ella creyó que lo venía a buscar por alguna falta menor y se asustó, pero me condujo a su habitación. Me temo que ya estaba muerto.

—¿Usted no se cruzó con el asesino?

—No, señor. Supongo que ya estaba lejos cuando descubrimos el cadáver. Encontramos la ventana abierta, así que debió entrar y salir por allí.

—¿Dejó otro acertijo?

—Es probable, pero no tuve oportunidad de comprobarlo. Preferí hacer salir a la señora, que comenzó a gritar y quería abrazar el cuerpo. La convencí de que no tocara nada y llamé a una ambulancia para que vinieran a atenderla. Creo que sufre una crisis nerviosa. Consideré que lo más prudente sería evitar la contaminación de la

escena, así que yo también salí de allí, sin tocar nada.

—Hizo usted lo correcto —lo felicitó Del Bosque—. ¿Dónde está la madre ahora?

—En su habitación. La dejé llorando, pero me prometió que se quedaría allí.

—¿Pudo reunir alguna información acerca de ella, o del chico?

—El nombre de la señora es Pilar Montero y es viuda. Lo único que pude sacar en claro fue que el chaval dormía en su habitación, mientras su madre veía la televisión en la sala. No vio nada extraño, ni escuchó ningún ruido.

—Enigma debió estudiar el terreno con anticipación, como hizo en casa de los Soliz —dedujo Argus.

—Según la señora, Xavier solía dormir con la ventana cerrada, pero casi siempre olvidaba asegurarla.

Del Bosque decidió esperar a que llegaran los refuerzos antes de aproximarse a la escena del crimen. No podía permitirse cometer el menor error de procedimiento. La vida de al menos tres personas más dependía de que fuera lo más meticuloso posible.

No tuvo que aguardar demasiado. Al cabo de quince minutos llegaron el juez Perdomo, Sarría con sus hombres y también el equipo forense. Los siguió el comisario Farías, quien respondió con un gruñido al saludo de Del Bosque. Guerrero presentó su informe ante el juez y su jefe, después de lo cual le cedió la palabra a Argus, en el mismo momento en que la inspectora Burgos llegaba a la escena del crimen.

—Me alegra que se dignara a acompañarnos, inspectora —le recriminó Farías con el ceño fruncido—. Es la última en aparecer, como siempre.

—Su apreciación es injusta, comisario —intervino Argus—. La inspectora fue quien dio la voz de alarma, hizo lo posible por evitar que se cometiera el crimen, y organizó este despliegue.

—Vaya, ¿ahora se dedica a defender la incompetencia, Del Bosque? Es lógico, si consideramos que el primer incapaz es usted —Argus enarcó las cejas ante la agresión—. El comisario mayor Bejarano prometió que me enviaría a uno de sus mejores hombres, y ha resultado un perfecto inútil. No ha sido capaz de evitar ni un solo homicidio desde que llegó. El asesino campa a sus anchas y a usted solo le preocupa que reprenda a la policía más vaga desde que se inventó la siesta. Si no fuera porque los mandos se opondrían a un cambio a estas alturas, les quitaría el caso a ambos.

Luisa comprendió que Farías les cargaba las culpas para librarse él de la responsabilidad, y se dispuso a protestar.

—Usted no…

—¡Silencio, Burgos! No he terminado —Las orejas de Ernesto

enrojecían en la medida en que soltaba su discurso. Antes de continuar encaró a Argus—. Le dejaré claro a Bejarano lo que pienso de usted, Del Bosque. Y con respecto a Burgos, le prometo que cuando todo esto termine, me aseguraré de que la echen de la Policía y no consiga trabajo, ni como segurata.

Luisa palideció. No podría afrontar las necesidades especiales de Daniel si perdía el trabajo. Del Bosque comprendió lo que pasaba por su cabeza, así que salió en su defensa de inmediato.

—Es mi responsabilidad que la inspectora no se presentara a tiempo.

—¿De qué habla, Del Bosque? Ella siempre llega tarde.

—Descubrimos el nombre de la víctima poco antes de la medianoche. Yo corrí hacia aquí y le ordené que se quedara para solicitar refuerzos.

—¿No podía solicitarlos por el camino, mientras venían hacia aquí?

—Su presencia no hubiera representado ninguna diferencia. La llegada de los refuerzos sí. Consideré que sería más efectiva en esa labor. Si no está de acuerdo con mi decisión, puede sumarla a la queja que le presentará a su amigo Bejarano.

—No parece importarle mucho lo que yo tenga que decirle a su jefe.

—No me importa —confesó Argus—. Ahora menos que nunca. De cualquier manera, nada de lo que usted diga o haga contra mí es peor que saber que pudimos salvar a ese chico y no llegamos a tiempo, pero será mejor que evite descargar sus frustraciones contra la inspectora Burgos, o destrozar la carrera de ella para salvar su propia responsabilidad.

—¿O qué? —preguntó Farías desafiante.

—O yo también presentaré mi informe. ¿Debo recordarle el operativo que desplegó para proteger a todos los jueces de Calahorra basado en una sola palabra del acertijo? ¿Qué cree que pensarán sus jefes cuando sepan que todos esos recursos se desperdiciaron por su soberbia, y que la víctima fue un funcionario y no un juez?

—¡Eso no fue mi culpa!

—Tiene usted más responsabilidad en ese fracaso, que la inspectora Burgos en la muerte de este joven.

Las orejas de Farías se volvieron a encender.

—Juega con fuego, Del Bosque. Le aseguro que no le convengo como enemigo.

—Créame que yo le convengo menos a usted como adversario.

—Comisario Farías, ¿podría hablar con usted en privado un par de minutos, por favor? —los interrumpió el juez.

El jefe de «San Celedonio» resopló con disgusto, pero asintió. Perdomo se lo llevó a un rincón y le habló en voz baja. El comisario

enarcó las cejas y miró hacia donde se encontraban Argus y Luisa. Cuando el juez terminó de hablar se acercó al forense, mientras Farías se quedaba plantado en el rincón sin apartar la mirada de Del Bosque. Regresó frente a Argus y Luisa al cabo de unos segundos. Su actitud era menos hostil.

—Esta discusión no tiene sentido, comisario —reconoció Ernesto—. Le propongo que hagamos a un lado nuestras diferencias, y nos concentremos en detener al causante de estas muertes.

Luisa no podía creer lo que escuchaba. Argus tan solo asintió.



Cuando se aproximaron al cuerpo, el forense levantó la mirada por un momento y luego volvió a su ingrata tarea. Los policías no necesitaron formular ninguna pregunta en voz alta para que Garrido comprendiera lo que querían saber. Guerrero también se había acercado en silencio.

—El maldito también usó el garrote con el chico —anunció Elmer con voz cortante.

—¿El garrote? ¿De qué habla? —preguntó el juez—. ¿No murió estrangulado como los otros?

En pocas palabras, Argus puso al día a Perdomo y Farías con las conclusiones a las que llegaron en la morgue. El juez palideció en la medida en que escuchaba.

—¡Por Dios! ¿A qué clase de monstruo nos enfrentamos?

—Me temo que a uno muy listo —sentenció Del Bosque.

Farías solo asintió para mostrar su conformidad. Lo que fuera que le dijo el juez, amansó a la fiera. El viejo policía carraspeó antes de hablar:

—Tal vez el *modus operandi* respalde la teoría de la venganza por una ejecución oficial que terminó en pena de muerte, pero creo que después de esta víctima queda claro que esa no es la explicación correcta.

—Estoy de acuerdo con el comisario —opinó el juez—. La pena de muerte ya era historia cuando este chico nació.

—Es cierto —reconoció Luisa—, pero entonces, ¿por qué usar un arma tan complicada como el garrote?

—Debe tener algún significado para Enigma —sugirió Perdomo.

—¿Qué opina usted, Del Bosque? —quiso saber Ernesto— ¿Qué persigue el asesino con todo esto?

Argus había escuchado la discusión de sus colegas en silencio. La pregunta de Farías lo tomó por sorpresa. En especial por el tono amable en el que la formuló.

—No tengo una respuesta para usted, comisario, pero estoy seguro de que en los acertijos se esconde una parte vital de la información, que nos permitiría descubrir lo que hay detrás de todo esto.

—Pues si hablamos de acertijos, aquí hay otro —anunció el jefe de Científica, que en ese momento le entregó al juez una nota envuelta en una bolsa de pruebas transparente.

—¿Qué dice?

Perdomo leyó en voz alta:

—«*Soy Aamon y encontraré al iracundo. Me pertenecen cinco hermanos nacidos en una cueva. Veo sin luz, oigo sin voz. Duermo en el bosque hasta que me despierta Kore. Bebo la leche de la salvación. ¿Quién soy y dónde estoy?*»

—Al igual que los anteriores, esto no tiene ni pies, ni cabeza —se quejó Ernesto.

—Así que el siguiente pecado capital es la ira —señaló Alfonso.

Farías lo miró con enojo.

—¿Y qué? Sigue sin decirnos nada. ¿Usted puede descifrarlo, Del Bosque?

—Tengo que pensar acerca de ello, y estoy seguro de que será necesario investigar un poco.

—Investigue todo lo que quiera, pero encuentre al malnacido de una puñetera vez —explotó Ernesto. Entonces cogió aire y lo expulsó con lentitud—. Lo lamento. No quiero presenciar el levantamiento de más cadáveres.

—Pues todavía faltarían tres —dijo Guerrero, y se ganó un fruncimiento de ceño que lo obligó a poner tierra de por medio con una excusa.

—Supongo que no será necesario deciros que esta investigación tiene prioridad sobre cualquier otra —sentenció Farías, mientras se dirigía al forense y al jefe de Científica. Ambos asintieron.

—¿Qué sabemos del chico? —preguntó Luisa.

Esta vez fue el juez quien repitió la información que le proporcionó Alfonso al llegar.

—Se trata de un joven como cualquier otro de su edad. Era estudiante de secundaria y jugaba baloncesto. Según su madre no tenía novia, ni enemigos.

—¿Dónde está el padre del chaval? —preguntó Del Bosque.

—Falleció en un accidente automovilístico hace seis años. Era transportista.

—¿En qué trabaja la madre? —quiso saber Luisa.

—Es maestra.

—Un padre transportista que murió hace seis años, y una madre maestra —repitió Ernesto—. No parece una familia de alto riesgo.

—¿Xavier consumía drogas?

—No, según la señora Montero.

—Aun así habrá que investigarlo —sentenció la inspectora—. Tal vez le debía algo a alguien.

—Tiene razón. Ocúpese usted misma, Burgos —ordenó Farías.

—Creo que también valdría la pena investigar a la familia —sugirió Argus. La inspectora asintió.

El juez Perdomo los apremió:

—Todo eso está muy bien, pero no debemos olvidar que si no conseguimos identificar quién será la próxima víctima, o arrestar al asesino en menos de veinticuatro horas, otro inocente morirá.

El comisario Farías miró a sus subalternos y respiró profundo antes de hablar.

—Faltó poco para que consiguieran llegar a tiempo y salvar al muchacho. Eso me da cierta esperanza de que sean capaces de descifrar este nuevo enigma antes de que el asesino vuelva a actuar.

—Haremos lo posible, por supuesto.

El comisario de «San Celedonio» no ocultó su frustración.

—¡Maldita sea! Esta es una ciudad tranquila, y no solemos tener demasiado trabajo. Ahora resulta que las dos investigaciones más importantes que debemos resolver, son las más difíciles a las que se ha enfrentado la comisaría desde su fundación. Y tuvieron que ocurrir ambas al mismo tiempo. Quisiera proporcionarles más ayuda, pero en el caso Altuve tampoco se vislumbra una solución rápida.

Del Bosque frunció el ceño. Hubo algo en la queja de Farías que llamó su atención, pero no fue capaz de discernir de qué se trataba.

Después de que el juez firmó la autorización, los ayudantes del forense se aproximaron para llevarse el cadáver. Un manto de frustración, ira y desesperanza cayó sobre todos los presentes. Xavier Carvajal era un chiquillo, un niño con toda la vida por delante que murió porque se le cruzó un desquiciado en el camino. Y ellos no fueron capaces de protegerlo.

El forense siguió la camilla con el cuerpo, el equipo de Sarría continuó con su labor de escrutinio de la escena, el juez murmuró una despedida y también se fue. Los policías se encontraron solos en la habitación por un momento, incómodos unos con los otros. El silencio era oneroso, pues estaba lleno de las palabras que no se pronunciaron: «Pudimos evitarlo. La muerte de este niño pesará siempre sobre nuestras conciencias». Nadie dijo nada, y sin embargo todos comprendieron. Poco a poco abandonaron el dormitorio del adolescente. Una habitación que no volvería a albergar los sueños de su propietario.

◆◆◆

Al cabo de una hora, mientras Argus y Luisa cruzaban el umbral del despacho de la inspectora, el móvil de ella anunció la entrada de un mensaje. Después de un par de toques, Burgos accedió a la información y la compartió con el comisario. Ahora que él conocía su secreto y dio la cara por ella frente a Farías, ambos se sentían más relajados y en confianza uno con el otro.

—Es un nuevo informe del laboratorio de toxicología. Hubo resultados positivos en la sangre de Aureliana y Camila. Todavía no procesan la muestra de Ayala.

—¿Qué encontraron?

—Isoflurano.

El comisario asintió antes de exponer lo que sabía al respecto:

—Es un anestésico más potente que el cloroformo, pero que también actúa por inhalación. Así que Enigma incapacita a sus víctimas con el gas pimienta, y luego los seda con el isoflurano.

—¿Cómo lo sabe?

—Creo que ya le mencioné que recibí una educación… poco ortodoxa.

Luisa contuvo su curiosidad y volvió a centrarse en el caso.

—Así que además de dejar indefensas a sus víctimas con el gas pimienta, Enigma las anestesió. Es excesivo.

Argus negó con la cabeza.

—Recuerde que para aplicar el garrote, la víctima debe estar a merced el verdugo. Esto solo demuestra que es precavido, y que lo más probable es que no tenga cómplices. Debió ser muy sencillo dominar a Aureliana, pero Camila tenía más probabilidades de defenderse y Julio, al igual que el chico, le podían causar problemas.

—¿De dónde sacó el isoflurano?

—Buena pregunta. ¿Tal vez de un hospital o de una distribuidora de medicinas? Le sugiero que indague si existe alguna denuncia del robo de esta droga en los meses previos al primer asesinato.

—Muy bien, veamos... —respondió Luisa, mientras revisaba los archivos—. Nada…

—Quizá ayudaría averiguar qué usos se le da al isoflurano en España.

—Veamos, *doctor Google*, qué tiene usted que decir… ¡Maldita sea! También se usa en veterinaria.

—Con lo cual deben existir muchas opciones para conseguirlo.

—Este tío es más escurridizo que un pez.

—Y mucho más peligroso que un tiburón, me temo.

—Así que el descubrimiento del isoflurano no nos servirá de nada.

—De cualquier manera, ponga una alerta para que nos avisen si alguien denuncia el robo o desaparición del anestésico.

Luisa obedeció sin discutir, aunque no tenía muchas esperanzas de

que sirviera de algo. En ese momento llamaron a la puerta y se asomó Eloísa.

—Inspectora, acaba de llegar una dama que solicita hablar con usted. Tiene relación con el cadáver que encontraron ayer.

—¿El de Julio Ayala? —preguntó Burgos con interés. La secretaria asintió—. ¿De quién se trata?

—Su nombre es Ignacia Velázquez —dijo Eloísa, después de consultar una agenda que llevaba en la mano—. Es todo lo que puedo decirle.

—Cualquier información podría ser relevante —intervino el comisario—. Hágala pasar, por favor.

La secretaria volvió a asentir y se retiró sin siquiera volver a mirar a Luisa. Al cabo de un par de minutos regresó con una elegante anciana de aspecto frágil, que se apoyaba en un bastón. Argus se levantó y le ofreció su propia silla, la ayudó a sentarse y luego se quedó de pie detrás de Luisa. Antes de iniciar la entrevista, el comisario le solicitó permiso a la testigo para grabarla. Ignacia accedió. Luisa esperó a que él estuviera preparado antes de comenzar el interrogatorio:

—Señora Velázquez, tenemos entendido que usted tiene información acerca de lo que le ocurrió al señor Ayala.

—¡Pobre chico! Me enteré esta mañana y todavía estoy temblando. Es espantoso que esas cosas ocurran en esta ciudad. Con lo tranquila que era.

—Le prometemos que haremos todo lo posible para arrestar al culpable, pero si usted sabe algo…

—Mi querida niña, ¿qué podría saber yo, si ni siquiera estaba en Calahorra? Llegué anoche y me enteré del espantoso suceso.

Luisa se echó hacia atrás en el asiento y dejó caer los hombros como si se hubiera desinflado. Tenía la esperanza de que la dama les proporcionara alguna información importante, pero al parecer solo les haría perder el tiempo, tal vez para satisfacer una curiosidad morbosa. La invadió la ira. Del Bosque se mantenía impertérrito, y se limitaba a mirar a la mujer sin pronunciar palabra. La inspectora llenó de aire sus pulmones y soltó un largo suspiro de impaciencia.

—Señora Velázquez, nos gustaría satisfacer su curiosidad, pero estamos muy ocupados y…

—¿Curiosidad? Yo no tengo ninguna curiosidad. Es más, cuanto menos me entere de este asunto, mejor, que se me sube la presión arterial. No, inspectora, yo estoy aquí porque llegué anoche de Santander, donde pasé algunos días visitando a mi hija, y esta mañana la portera me contó lo que le pasó al señor Ayala, que era tan buena persona. Yo me horroricé, por supuesto y le pedí que no me hablara más sobre ese asunto, pero entonces me dijo que la Policía buscaba

algún vecino que hubiera visto al chico que visitaba al pobre Julio, y resulta que en una ocasión en la que fui a pedirle azúcar, él me lo presentó.

Luisa se inclinó hacia adelante en el asiento, como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Argus no movió ni un músculo. ¡Ese hombre era de piedra!

—¿Conoció usted a la expareja de Julio Ayala?

—Conocerlo, lo que se dice conocerlo, no. Tan solo lo vi una vez.

—Ayala se lo presentó —Ignacia asintió—. ¿Recuerda cómo se llamaba?

—Ay, cariño. Lo lamento, pero no. Tengo muy mala memoria para los nombres, pero las caras, esas sí que no se me olvidan nunca.

—¿Cree que podría describírselo al dibujante de la Policía para que elabore un retrato robot? —preguntó el comisario.

—¿Se refiere a uno de esos retratos como los que se ven en las películas, que yo le digo cómo tenía las cejas, la nariz y él lo dibuja…?

—Algo así —confirmó Luisa, sin disimular su expectación.

—Por supuesto. Le aseguro que lo puedo describir mejor que su propia madre.

La inspectora dejó escapar un suspiro de alivio. El examante de Ayala era el principal sospechoso de su homicidio. Y si lo identificaban podrían determinar si tenía relación con las demás víctimas. Con un poco de suerte, le estarían pisando los talones a Enigma.

El comisario debió pensar lo mismo, porque salió de su mutismo.

—Señora Velázquez. Es muy importante que identifiquemos a esta persona lo antes posible.

La anciana palideció y se llevó una mano temblorosa a la garganta.

—¿Creen que fue él quien mató al pobre Julio? —preguntó horrorizada—. Se veía como un buen chico…

—Los asesinos no siempre lo parecen —sentenció Burgos—. De lo contrario, nuestro trabajo sería mucho más fácil.

—Sí, por supuesto. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

Fue Del Bosque quien respondió:

—Una patrulla la llevará hasta la Jefatura Superior de Logroño para que el dibujante pueda elaborar el retrato de esta persona con su ayuda. Luego la traerán de vuelta, por supuesto.

Ignacia apoyó el bastón, dispuesta a ponerse de pie para cumplir el encargo, de inmediato.

—¡Desde luego que lo haré! Si no me cabe el alma en el cuerpo desde que supe lo que le pasó al pobre Julio, que era tan gentil conmigo.

La anciana comenzó a levantarse de la silla con evidente dificultad y Argus se apresuró a ayudarla, mientras Luisa se comunicaba con

Eloísa para dar la orden de que una patrulla la trasladara de inmediato a Logroño. Minutos después de que Ignacia abandonara el despacho, la inspectora trató de leer en el rostro del comisario lo que pensaba, pero no lo consiguió. Del Bosque se mantenía inmutable.

—¿Cree que estemos a punto de descubrir a Enigma?

—No lo sé —reconoció Argus—. Supongo que cuando identifiquemos al examante y lo interroguemos, podremos hacernos una idea mejor de su relación con todo esto.

—Usted no parece muy optimista.

—Nunca lo soy, inspectora. Suele ser un motivo de incomodidad para mis ayudantes, pero supongo que la vida me enseñó a no confiar demasiado en la suerte.

—¿Malas experiencias?

—No imagina cuántas.

Luisa no tuvo tiempo de preguntarle a Argus por el significado de sus palabras, pues Alfonso entró como una tromba. Llevaba los periódicos del día en la mano y su nerviosismo era evidente.

—¿Han leído lo que dicen de nosotros? —les preguntó a ambos.

—Me temo que no será nada bueno —opinó la inspectora.

—Con decirte que incompetente es uno de los calificativos que suena como elogio. Informan sobre los cuatro homicidios en cuatro días, y hacen hincapié en las diferencias entre las víctimas para demostrar que nadie está seguro en Calahorra. Por supuesto que explican en detalle todo lo relacionado con los acertijos, y afirman que aunque el asesino deja el nombre de la siguiente víctima en cada caso, nosotros todavía no hemos podido evitar ninguno de los crímenes.

—Déjame ver —le ordenó Burgos, mientras le arrebataba uno de los diarios de las manos y comenzaba a leerlo—. ¡Malnacidos! No mencionan lo críptico de los mensajes. Cualquiera que leyera este artículo creería que teníamos los nombres de las víctimas en blanco y negro sobre el papel, pero que preferimos no actuar.

—Arremeter contra la Policía siempre vende —aseveró Argus, sin perder la calma.

—¿Cómo puede estar tan tranquilo después de esto? —le preguntó Burgos, al mismo tiempo que agitaba el periódico que tenía en la mano.

—Esos artículos de prensa no me preocupan, inspectora. Lo que sí me mantiene atento es dónde y contra quién será el próximo ataque de Enigma.

—¿Tiene alguna idea?

El comisario negó con la cabeza.

—Me temo que este caso me tiene desconcertado. Estoy seguro de que se nos escapa algo importante. Un dato que es crucial para

comprender todo este asunto.

—Tal vez las cosas cambien cuando encontremos al examante de Ayala —sugirió Luisa.

—¿Ya sabemos quién es? —preguntó Guerrero con interés.

La inspectora le habló de la entrevista que acababan de realizarle a Ignacia, y también le notificó que hallaron un anestésico en la sangre de las víctimas. Él escuchó con atención antes de preguntar.

—¿Creen que Enigma podría ser el examante?

—Es pronto para sacar conclusiones —sentenció Argus.

Alfonso asintió pensativo, y luego se dirigió al comisario.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Desciframos el acertijo?

—Tal vez deberíamos concentrarnos un poco más en el trabajo policial —sugirió Luisa, quien seguía viendo las notas como una maniobra de distracción.

Guerrero cogió aire como si reuniera fuerzas para su próxima pregunta.

—¿Por qué usa el garrote?

—Es evidente que tiene un significado importante para él. Como arma para cometer homicidios es complicada y difícil de usar. Además de que primero necesita dominar a sus víctimas. Por eso las duerme con el anestésico.

—Tal vez usa el isoflurano como una forma de mostrar compasión —sugirió el subinspector.

Argus negó con la cabeza.

—Dudo que ese sea el motivo. Ya nos ha demostrado que es lo bastante cruel como para asesinar a una anciana indefensa y a un niño. No. Enigma no tiene interés en aliviar el dolor de las víctimas, sino en controlarlas.

—Pero ¿por qué usa el garrote? —preguntó Luisa, aunque sabía que nadie en ese despacho podría responderle— ¿Qué consigue con ello?

Argus meditó sobre los interrogantes que planteaba la inspectora, porque comprendía que ese era un dato crucial. El uso de un arma tan extraña implicaba acercarse a las víctimas lo suficiente para darles la oportunidad de defenderse, por lo que el asesino se veía obligado a someterlas. Enigma corría riesgos extraordinarios por el uso del garrote, así que debía ser importante. El comisario se sentía incómodo. Algo de lo que se dijo en esa oficina le molestó, pero no podía precisar de qué se trataba. Se dirigió al subinspector.

—Me pregunto de dónde sacó Enigma el gas pimienta y el isoflurano.

—En cualquier armería venden el gas pimienta —comentó Alfonso.

—También pudo comprarlo por Internet —sugirió Luisa.

—Si lo consiguió en una armería existirá un registro, y si fue por

Internet, alguien debió entregarlo.

Alfonso cogió aire y lo retuvo antes de ofrecerse para la tarea.

—Supongo que eso significa que quiere que lo rastree.

—Y también el isoflurano —confirmó el comisario—. No será sencillo, pues se usa en animales, así que además de los hospitales, distribuidoras y farmacias, tendrá que indagar en centros veterinarios, zoológicos, granjas y ganaderías.

—Es una tarea hercúlea —se quejó Guerrero.

—Aun así, debemos realizarla.

—¿No será perder un tiempo del que no disponemos? —preguntó la inspectora—. Usted mismo lo dijo: ninguna de esas sustancias es difícil de conseguir. Cualquiera podría haberlas comprado por múltiples motivos.

—Cada una de ellas por separado, sí —argumentó Del Bosque—, pero podemos cruzar las listas. Tal vez encontremos a alguien que comprara las dos. Y eso ya sería más difícil de explicar.

—¡Tiene razón! —exclamó Luisa, entusiasmada—. Si encontramos a alguien que adquiriera ambas sustancias, lo habríamos identificado.

—Está bien, me pondré a ello —afirmó el subinspector, al mismo tiempo que se encaminaba hacia la puerta—. Espero que esto no sea una pérdida de tiempo.

—Alfonso estará un buen rato ocupado —dijo Burgos—. Espero que encuentre algo. ¿Qué hacemos usted y yo? ¿Tratamos de descifrar el acertijo?

—Yo me ocuparé de estudiarlo —le prometió Argus—, pero sería un error concentrarnos solo en él. Es posible que usted tenga razón y eso sea lo que el asesino quiere, pues así nos mantiene alejados de la verdadera investigación. Creo que seremos más efectivos si nos repartimos las tareas. Encárguese usted de investigar las coartadas de todos los relacionados con las víctimas en cada uno de los homicidios.

Luisa asintió y se quedó pensando por un momento.

—¿Por qué cree que Enigma asesinó a Xavier?

—Era casi un niño. Si bien es cierto que pudo tener malas compañías o meterse en problemas, también es posible que lo utilizaran para vengarse de la madre. Vale la pena averiguarlo. No es necesario que le diga lo importante que es determinar las coartadas.

—¿Todavía cree que existe una conexión entre las víctimas?

—Se me hace difícil creer que no la hay, aunque no se trataría de algo evidente.

—El único nexo hasta ahora es el de Flavio Pedroza —señaló la inspectora—. Aunque es circunstancial, está presente.

—Se refiere a la amistad entre él y Cristóbal Soliz.

Luisa asintió y expuso sus ideas.

—También al hecho de que trabaja en el área sanitaria, al igual que

el examante de Ayala. Es posible que además tenga algún nexo con Xavier Carvajal, o con su madre. Eso cerraría el círculo.

—Veo demasiadas suposiciones y pruebas circunstanciales como para componer un caso. Aún están por verse tanto la relación con Ayala como con Xavier.

La inspectora se quedó pensativa, mientras meditaba las palabras de su jefe temporal.

—Si esas relaciones existen, será mejor que las descubramos pronto —sentenció Luisa en voz baja—. Quedan menos de dieciséis horas para que encontremos a la próxima víctima.

◆◆◆

Mientras Del Bosque se concentraba en el último enigma, Luisa revisó los archivos para buscar información que se relacionara con Xavier Carvajal y con su madre. No encontró nada. Ninguno de ellos tenían antecedentes criminales. Ni siquiera existía una multa de tráfico. Después de informar al comisario de los estériles resultados de su indagación, la inspectora decidió salir para establecer las coartadas. No tenía tiempo de entrevistar a cada sospechoso por separado, así que bajó a hablar con Quintana y le ordenó que organizara dos equipos de oficiales. Ella se ocuparía del personal de la residencia de ancianos, pues quería interrogar a Pedroza en persona. Al mismo tiempo, el primer equipo de policías se encargaría de los Soliz-Ponce, quienes los esperarían en su casa. La segunda patrulla haría lo propio con los clientes del bar donde Ayala pasó sus últimas horas.

Con respecto a la señora Montero, en el hospital le informaron que estaba bajo sedación, así que no se encontraba en condiciones de que la sometieran a un interrogatorio. Sin embargo, era importante recabar más información acerca de los Carvajal, así que decidió citar al director del colegio del chico para que acudiera a la comisaría. Podría hablar con él cuando regresara de la residencia. ¡Y todavía el cenutrio de Farías la consideraba una vaga!

La inspectora conectó la función manos libres del móvil, y se ocupó de organizar todos los encuentros para que se realizaran en el menor tiempo posible. Luisa era una ejecutiva nata, capaz de sacar minutos de donde no los había. Se trataba de un talento necesario si eras policía, y madre soltera de un chiquillo con problemas de salud.

Burgos llegó a la residencia en poco tiempo. Sabía que allí encontraría a todas las personas con quienes quería hablar, pues antes de salir de «San Celedonio» se comunicó con la señora Quiroz y le señaló quiénes debían esperarla, así que cuando entró en el edificio donde estaba la recepción los encontró a todos allí. Algunos la

miraron con curiosidad, otros con preocupación y también con enfado. Después de todo, a nadie le gusta conversar con la Policía.

Sonsoles la acompañó hasta el consultorio donde los médicos que visitaban a los ancianos solían atenderlos, y lo puso a su disposición para que llevara a cabo los interrogatorios. Ella misma fue la primera en responder a las preguntas. La siguieron Amalia y Elena. Luisa dejó a Flavio Pedroza de último.

El enfermero tenía una actitud confiada cuando cruzó el umbral. La inspectora decidió arremeter de frente, como un toro de lidia enfurecido.

—Señor Pedroza, hábleme de su relación con Cristóbal Soliz.

—¿Con quién?

—No dispongo de tiempo para tonterías, y le sugiero que no me haga perder la paciencia. Sabe muy bien a quién me refiero. Ya comprobamos que usted y Soliz cursaron ESO en el mismo colegio y que eran amigos.

—Pues no sé si lo que usted dice es verdad, pero no recuerdo ningún amigo con ese nombre.

—Tenemos la declaración de testigos que los conocieron a ambos, así que mentir no le servirá de nada.

—Tal vez asistimos juntos algún curso y nos cruzamos en los pasillos, pero recuerdo a todos mis amigos y ese tal Soliz no estaba entre ellos. ¿A qué viene el interés por mis amistades de juventud?

—Lo sabe bien. El señor Cristóbal Soliz es el hijo de Camila Ponce, la mujer que murió la noche siguiente a Aureliana.

Flavio palideció cuando comenzó a comprender el razonamiento de la inspectora.

—Espere. Leí esta mañana en los periódicos que la muerte de la señora Díaz fue la primera de una serie de homicidios. A esta mujer de la que me habla la mató el mismo asesino, ¿verdad?

—Y descubrimos que su hijo, quien también es uno de sus herederos, es muy amigo suyo. ¿Se trata de una coincidencia, señor Pedroza? —preguntó la inspectora con sarcasmo.

—Le digo que se equivoca —Flavio respiró profundo para calmarse —. Ya comprendo lo que ocurre. Los periódicos lo muestran con claridad. La Policía tiene el agua al cuello, este asesino los está dejando como imbéciles y quieren echarle la culpa al chivo expiatorio que tienen más a mano, que en este caso sería yo. Olvídelo inspectora. No estoy dispuesto a pagar por los crímenes de otro.

—¿Dónde estuvo las noches siguientes a la muerte de Aureliana? —preguntó Luisa, preparada para escribir.

—Estuve en casa, durmiendo.

—¿Hay alguien que lo pueda corroborar?

—Mi novia se quedó conmigo anteayer.

—¿Qué me dice de la noche siguiente a la muerte de la señora Díaz?

—Estuve solo, pero eso no es delito. No sabía que necesitaría una coartada.

—¿Y anoche?

—Tuve guardia aquí.

—¿En qué turno?

—En el segundo.

—Eso significa que a la medianoche se supone que dormía en el cuarto de descanso, ¿no es así? —el enfermero asintió—. Con lo cual deduzco que no temía que nadie lo llamara a esa hora. Tendría libertad para ausentarse y regresar a tiempo.

—Oiga, yo no hice eso.

—Según acaba de declarar la señora Quiroz, anoche no la afectó el insomnio, sino que se fue a dormir temprano. Corríjame si me equivoco: Siendo ella la jefa, no está obligada a mantenerse despierta durante la guardia. Solo la llaman en caso de que se presente una situación que ustedes no puedan resolver. ¿Es así?

—Está sacando las cosas de quicio, inspectora. Sí, es cierto que Sonsoles se fue a dormir temprano, Elena hizo el primer turno y me despertó a las dos de la madrugada para que yo cumpliera el segundo. Si le pregunta, le dirá que me encontró donde se supone que debía estar.

—Ya hablé con la señorita Serrano y en efecto, esa fue su declaración, pero nada le impedía a usted salir por la ventana antes de la medianoche, cometer el homicidio y regresar a tiempo para iniciar su turno.

—No es lo que pasó. Además, mi novia le puede confirmar que estuvimos juntos en mi casa la noche anterior.

—Su novia podría mentir por usted.

—Está decidida a acusarme de estos crímenes, ¿no es así? —preguntó Flavio con el rostro pálido, sin dejar de frotarse las manos.

Luisa no respondió. Se limitó a observarlo.

—No salga de la ciudad. Tal vez necesitemos volver a hablar con usted, señor Pedroza —le dijo ella en tono seco.

—Se equivoca, inspectora. Yo no tengo nada que ver con esos homicidios. Ni siquiera conocía a las personas que fueron asesinadas.

Burgos salió de la residencia sin saber qué pensar. Si bien era cierto que Pedroza tenía coartada para dos de los crímenes, eso no lo exoneraba por completo. No sería la primera vez que un asesino fabricaba una coartada falsa. Por otro lado, mientras interrogaba al enfermero comprendió algo: centraron su atención en los hombres relacionados con las víctimas por la fortaleza que se necesitaba para causar los daños que encontraron en los cadáveres. Sin embargo, si

tomaban en cuenta el uso del garrote, eso añadía el efecto palanca al estrangulamiento, con lo cual no era necesario que el asesino tuviera una fuerza excepcional. Tan solo debía saber usar el arma que escogió. ¿Y si Enigma era una mujer y los engañó desde el principio? Tal vez valía la pena reconsiderar toda la investigación con un enfoque que tuviera en cuenta también a las mujeres.

La inspectora sintió un nudo en el pecho. El tiempo se agotaba y las evidencias aumentaban el número de sospechosos en lugar de reducirlo. Por instinto miró el reloj. La tarde avanzaba, al igual que su angustia. Solo podía pensar en lo que significaría fracasar de nuevo… Una nueva víctima. Otra familia destrozada.

El timbre del móvil la salvó de sus propios pensamientos lúgubres. El primer equipo de oficiales le presentó su informe: Francisco Soliz y su amante tenían coartada. Lea también. Fermín Girón podía demostrar dónde estuvo la noche anterior, pero no las demás. Con respecto a Cristóbal, después de sentirse presionado confesó que se pasó toda la semana en garitos. Habría que comprobarlo.

Diez minutos después le llegó el segundo reporte. Los empleados y casi todos los clientes del bar estuvieron allí cada día de la semana desde el atardecer. El único que se abstuvo de esos encuentros fue Richie Núñez, quien declaró haberse sentido demasiado deprimido para reuniones sociales, así que no tenía coartada para ninguno de los homicidios.

Con esta idea en la cabeza, la inspectora emprendió el camino de regreso a la comisaría. Esperaba que Del Bosque hubiera sido capaz de rescatar el nombre de la siguiente víctima de las crípticas palabras de Enigma. De lo contrario, se enfrentarían a otra muerte sin sentido.



Comenzaba a anochecer y caía una lluvia pertinaz cuando Luisa llegó a la comisaría. El tiempo que les restaba para evitar el próximo crimen se acortaba con rapidez. El sargento Quintana la recibió con el anuncio de que la esperaba Silvino Gaona, el director del instituto donde había estudiado Xavier Carvajal. La inspectora dio un rápido vistazo a su muñeca y se preguntó si tendría tiempo de hacer una llamada rápida a casa. Por suerte, Paola tenía el día libre, pero eso no significaba que ella pudiera desentenderse de su hijo. Con el corazón en un puño comprendió que no podría llamarlo. Cada minuto contaba.

Después de dar instrucciones al sargento, Luisa subió las escaleras a toda prisa. Cuando sintió un ligero mareo al llegar al tercer piso recordó que su última comida fue el día anterior. Rebuscó en los bolsillos de su chaqueta y sacó una galleta con aspecto antediluviano.

Ni siquiera podía decir cuándo, ni cómo llegó allí. De cualquier forma, tendría que servir. Lo último que necesitaba era caer desmayada por hambre. Farías no permitiría que algo así se olvidara. Masticó mientras avanzaba por el pasillo y tragó justo antes de llamar a la puerta y entrar. El comisario Del Bosque estaba donde lo dejó, inclinado sobre la mesa en la misma posición. Solo se apreciaba que estaba vivo por el movimiento de su mano al hacer anotaciones en un cuaderno. De lo contrario, podría haberse tratado de una estatua de cera.

Argus levantó la mirada en cuanto escuchó que la puerta se abría, enderezó la espalda y cogió aire, como si regresara a la vida en ese momento.

—¿Averiguó algo importante, inspectora?

—Iba a hacerle la misma pregunta.

Para decepción de Luisa, él negó con la cabeza.

—Me temo que he avanzado muy poco. Solo deduje que la cueva a la que se refiere Enigma podría ser la boca. Kore, conocida también como Proserpina es el nombre de una diosa griega asociada con la primavera.

—Estamos en primavera —puntualizó Burgos—. ¿Se referirá al motivo que lo impulsó a comenzar a matar?

—Es posible. No sabría decirle. ¿Qué información tiene de las coartadas?

La inspectora le contó acerca de sus pesquisas en la residencia, así como de los informes de los demás oficiales. Él escuchó con atención antes de asentir.

—Tuvo una excelente idea al delegar parte de los interrogatorios. Era la única manera de abarcar a todos los testigos y sospechosos.

—Me temo que no sirvió de mucho. No estamos más cerca de detener al asesino que esta mañana.

Eloísa llamó a la puerta y se asomó con timidez.

—Inspectora, aquí está el señor Gaona.

Argus miró a Luisa con curiosidad. Ella le dijo de quién se trataba.

—Le pediré a la señora Márquez que me permita usar alguno de los despachos desocupados —anunció el comisario—. Será mejor que yo continúe con esto.

Antes de que la inspectora pudiera reaccionar, ya Del Bosque había desaparecido. De inmediato entró un hombre de unos cuarenta años, que parecía cualquier cosa menos un director de escuela. Después de presentarse y estrechar la mano de Luisa, se sentó en la silla que Argus acababa de abandonar.

La entrevista fue corta. Según Gaona, Xavier era un estudiante que solía aprobar sin llegar al sobresaliente, formaba parte del equipo de baloncesto del instituto, no tenía ninguna falta grave en su expediente

escolar y hasta donde él sabía, no fue víctima de acoso. Todo indicaba que la conversación con el director sería una pérdida de tiempo, hasta que Luisa le mostró las fotos de los sospechosos relacionados con las demás víctimas.

Ya había finalizado el interrogatorio y el director se disponía a marcharse, cuando llamaron a la puerta. Luisa esperaba ver el rostro ceñudo y avinagrado de Eloísa, pero en su lugar apareció Del Bosque. Por primera vez desde que comenzó la investigación, la inspectora notó cierta expectación en el comisario, y eso disparó todas sus alarmas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella con el corazón en la garganta. ¿Se habría adelantado Enigma en su rutina?

—La señora Velázquez y el técnico concluyeron el retrato robot. Luego el departamento de informática introdujo la imagen en un programa de reconocimiento facial y hubo un resultado positivo. La expareja de Ayala trabaja en el hospital «San Judas Tadeo».

—¿Es Flavio Pedroza?

Argus negó con la cabeza.

—Su nombre es Jorge Cavazos y se trata de un técnico en emergencia sanitaria. ¿Por qué pensó en Pedroza?

—Gaona lo reconoció como el sanitarista que atendió a Xavier cuando se lesionó un tobillo durante un juego de baloncesto intercolegial.

—Así que el enfermero conocía al menos a tres de las víctimas. Eso lo convierte en nuestro sospechoso más prometedor.

Luisa usó el móvil para comunicarse con Guerrero, le contó el resultado de su última entrevista y le pidió que elaborara un informe lo bastante convincente para conseguir que el juez firmara una orden de allanamiento.

—¿No cree que lo que tenemos contra Pedroza es demasiado circunstancial para actuar contra él? —protestó el comisario.

—Usted lo dijo: es nuestro mejor sospechoso. Y el tiempo apremia.

A regañadientes, Argus accedió.

Minutos después, ambos policías se trasladaban al encuentro del escurridizo amante. La noche ya había caído sobre Calahorra, lo que les recordó que se les agotaba el tiempo. El comisario insistió en acompañarla, aunque durante todo el trayecto mantuvo su concentración en el acertijo. Ella lo miró de reojo de vez en cuando hasta que no pudo contenerse.

—¿Pudo descifrar algo más?

Argus estiró los músculos de la espalda, levantó la cabeza y soltó un suspiro.

—Estoy seguro de que este acertijo no revela el nombre de la víctima como el anterior.

—¿Qué? ¿Quiere decir que aunque lo resolvamos no sabremos dónde volverá a golpear Enigma? ¿Por qué piensa usted eso?

—Porque no creo que el asesino nos lo ponga tan fácil. De cualquier manera, la única oportunidad que tenemos es descifrarlo antes de la medianoche.

—¿Está seguro de que la cueva se refiere a la boca? ¿No se tratará de un lugar geográfico?

El comisario negó con la cabeza.

—El asesino casi no ha empleado el sentido literal. Si analiza los acertijos anteriores y sus respuestas, las cuales son evidentes después de cometidos los crímenes, se dará cuenta de que cada palabra es una metáfora o una alegoría. La «cueva» del acertijo será cualquier cosa menos una cavidad subterránea. Es el error que nos condujo a pensar que la palabra prevaricación señalaba a un juez como víctima. Enigma no es tan directo en sus mensajes.

—Quiere ponernos las cosas difíciles.

—Juega con nosotros. Le divierte vernos desconcertados.

—Ya llegamos.

Luisa aparcó frente a un edificio blanco que ocupaba toda la manzana, pero aun así parecía demasiado pequeño para ser un hospital. Entraron por Urgencias y solicitaron hablar con el jefe de la guardia. Apareció una mujer de mediana edad, que quedó muy sorprendida cuando se identificaron, y que se presentó como la doctora Domínguez.

—Jorge está trasladando un paciente con un posible infarto, así que debería llegar en cualquier momento. De cualquier manera, les agradezco que sean breves en su entrevista. Estamos escasos de personal y no podemos prescindir de sus labores durante la guardia.

—Descuide, solo queremos hacerle un par de preguntas —le prometió Argus—. Nosotros también disponemos de poco tiempo.

Apenas el comisario pronunció esas palabras vieron llegar la ambulancia. Domínguez se apartó de ellos y corrió a organizar al equipo, que acudió junto a la camilla cuando abrieron las puertas traseras del vehículo. Mientras se ocupaban del enfermo, la doctora murmuró unas palabras al oído de uno de los técnicos en emergencias, quien levantó la cabeza y miró al comisario y la inspectora con aprehensión.

La camilla pasó junto a los policías rodeada de personal sanitario. Jorge, que se acercó con el grupo, enlenteció el paso hasta detenerse frente a Luisa y Argus.

—La doctora Domínguez me dijo que ustedes son de la Policía y que quieren hablar conmigo.

—¿Es usted el señor Jorge Cavazos? —preguntó la inspectora. El técnico asintió—. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar en

privado?

—En la sala de descanso del personal, pero estoy en plena guardia y…

—Somos conscientes de sus responsabilidades, señor Cavazos —intervino el comisario, con expresión pétrea—, pero el asunto que nos trae también es importante. Solo serán unos minutos.

—Supongo que están aquí por la muerte de Julio.

Argus asintió, al mismo tiempo que respondió al sospechoso.

—Queremos hablar acerca del señor Ayala y de las amenazas que usted le profirió.



Cavazos palideció al escuchar las palabras de Argus. Condujo a los dos policías hasta una pequeña sala, donde había una mesa y cuatro sillas de plástico, un sofá desvencijado y una encimera sobre la que reposaban el microondas y una cafetera. Los tres se sentaron a la mesa. Jorge comenzó a mover la pierna derecha arriba y abajo sobre la punta del pie, como si accionara un fuelle. Ya estaba poniendo de los nervios a la inspectora, quien consultaba con frecuencia el reloj de su muñeca. Los minutos avanzaban implacables hacia la medianoche, y los acercaban al próximo asesinato de Enigma. Argus inició el interrogatorio:

—Tenemos información de que usted sostenía una relación con el señor Julio Ayala que terminó hace seis meses. ¿Lo confirma?

—¡Shhh! Baje la voz, ¿quiere? —dijo Cavazos, al mismo tiempo que miraba a ambos lados para comprobar que estaban solos—. Nadie aquí sabe que…

—¿Qué usted es homosexual? No creo que eso represente un problema si cumple con su trabajo —señaló Luisa.

—Eso no es lo que me preocupa. Soy bisexual, pero mi esposa no lo sabe. Algunas de las enfermeras son amigas de Victoria, y estoy seguro de que no me guardarían un secreto como ese.

—¿Temía usted que Ayala revelara su infidelidad? —preguntó Argus, al tiempo que se inclinaba hacia adelante y miraba al sospechoso a los ojos.

—Desde luego que no. Julio nunca habría hecho algo así. Era una buena persona —Jorge soltó un suspiro y desvió la mirada hacia el suelo—. Nos enamoramos sin pretenderlo y sin poder evitarlo. Él se sentía culpable por mi familia. Decía que no quería hacerles daño a mis hijos. Yo tampoco estaba orgulloso de lo que hacía, pero no podía vivir sin él… Al final, Julio no lo soportó más y decidió que todo terminara. Eso fue hace seis meses.

—Fue entonces cuando usted lo amenazó.

—No sabía qué hacer para recuperarlo —confesó Jorge—. Me volví loco. Hasta ese momento creía que lo nuestro era una simple aventura. Tal vez ustedes no lo crean, pero amo a mi esposa. Aun así, cuando Julio me dijo que no quería volver a verme… el mundo se me vino encima. Traté de convencerlo, le supliqué, y sí, lo reconozco, también lo amenacé, pero nunca tuve intenciones de lastimarlo.

—¿Dónde estuvo usted anoche, señor Cavazos?

—¿Anoche? Pero si el asesinato de Julio fue hace dos noches —puntualizó el sospechoso, desconcertado.

—Responda a la pregunta, por favor.

—No tuve guardia y me sentía abrumado. Me pasé la noche de bar en bar, bebiendo.

—¿Solo?

Jorge asintió, al mismo tiempo que cruzó los brazos y se echó hacia atrás.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—No lo creo. No estuve en un solo lugar mucho tiempo, y todos los bares que visité estaban atestados. Puedo trazarle la ruta que seguí, pero no creo que nadie me recuerde.

Del Bosque le entregó el cuaderno que estaba usando para descifrar el acertijo, y lo abrió en la última página. También sacó un bolígrafo del bolsillo y se lo entregó a Cavazos.

—Por favor, anote aquí los nombres de los bares que recuerde, y sus direcciones.

Jorge obedeció, aunque le temblaba la mano. Mientras el sospechoso mantenía la mente ocupada en recordar su ruta de la noche anterior, Argus le hizo la siguiente pregunta:

—¿Dónde estuvo las tres noches anteriores?

Jorge dejó de escribir y miró al comisario con desconcierto.

—Por favor, continúe con las anotaciones. No se detenga.

Cavazos obedeció, y comprendió que de esa forma el policía se aseguraba de que le dijera la verdad. Le hubiera sido imposible elaborar una mentira mientras llevaba a cabo otra actividad que también requería concentración.

—Estuve en casa.

—¿Lo acompañó su esposa?

Cavazos negó con la cabeza sin dejar de escribir.

—Victoria viajó a Soria con los niños. Mi suegra está enferma y pidió ver a sus nietos.

Argus y Luisa intercambiaron una mirada que no se le escapó a Jorge.

—Voy a hacerle una pregunta y espero que me responda con la verdad, señor Cavazos, porque lo vamos a comprobar y si descubrimos

que miente, usted se convertirá en el principal sospechoso de los crímenes que investigamos. ¿Conocía usted a Aureliana Díaz, Camila Ponce y Xavier Carvajal?

Jorge negó con la cabeza.

—Ninguno de esos nombres me dice nada.

—¿Está seguro?

—Por supuesto.

Al terminar las anotaciones, Cavazos le devolvió la libreta y el bolígrafo al comisario y dieron por concluida la entrevista. Luisa consultó el reloj y sintió que el corazón le daba un vuelco. Solo faltaban noventa minutos para la medianoche.

Llovía a cántaros y el frío los azotó en cuanto salieron del hospital. En el camino hacia el coche, la inspectora no pudo contener su curiosidad.

—¿Le cree?

—Tiene mucho que perder, tanto si dice la verdad, como si miente. Por supuesto que tendremos que comprobar su coartada de anoche y también asegurarnos que no conocía al resto de las víctimas. Hasta entonces, le prestaremos atención.

—Faltan minutos para que Enigma asesine a su siguiente víctima. ¿Qué hacemos?

—De momento solo podemos regresar a la comisaría. Yo continuaré trabajando en el acertijo por el camino.

A Burgos no le pareció que fuera un plan brillante, pero tampoco se le ocurrió nada mejor. Subieron al Seat y el comisario volvió a concentrarse en su tarea.

Mientras Luisa conducía de vuelta bajo una lluvia inclemente, el cerebro de Argus trabajaba a marchas forzadas. Aamon era el demonio de la ira, así que ese sería el pecado que tendría que expiar la próxima víctima, pero por la experiencia con los asesinatos anteriores, Del Bosque sabía que ese dato no era relevante. Si la cueva, una cavidad oscura y profunda, representaba la boca, ¿quiénes eran los cinco hermanos? Entonces lo comprendió: las vocales. Son cinco y nacen en la boca, así que le pertenecen.

De manera que debía encontrar una palabra que incluyera las cinco vocales y que representara algo que viera sin luz y escuchara sin voz. En un primer momento no le encontró lógica, pero entonces comprendió que la percepción de los sentidos puede variar de una especie a otra. ¿Qué animal cuyo nombre incluyera las cinco vocales veía sin luz y escuchaba sin voz? Entonces lo supo: el murciélago, que siendo ciego se orienta por el eco. Y allí tenía el nombre con las cinco vocales. Lo siguiente fue realizar las correspondientes consultas en Internet a través del móvil. En la medida en que leía comprendió el resto del acertijo.

—¡Desvíese al norte! ¡Pronto!

—¿Qué?

—Debemos llegar de inmediato a los Montes Obarenses.

—¿Descifró el acertijo?

Argus asintió, mientras usaba el móvil para llamar al subinspector Guerrero, pero no consiguió comunicarse, así que le envió un mensaje en el que le daba la orden de encontrarse con ellos en la casa del parque de los Obarenses. La siguiente llamada fue a Eloísa para que les enviara refuerzos. Luego le explicó sus conclusiones a Luisa.

—Yo tenía razón. En este enigma no se indica el nombre de la próxima víctima, sino el lugar donde ocurrirá el crimen. La primera parte del acertijo se refiere al murciélago, y el hábitat más cercano donde se encuentra esta especie es en los bosques de los Montes Obarenses.

—¿Está seguro? —preguntó Luisa, mientras cogía un desvío hacia el noroeste.

—Si me quedara alguna duda, la despeja la última parte del acertijo. Es una especie que hiberna, así que la despierta *Kore*, es decir, la primavera.

—Muy bien, ya me convenció de que Enigma se refiere a ese… bicho en su acertijo. ¿Por qué cree que se trata de los Montes Obarenses y no de otro lugar en La Rioja? Los murciélagos son muy comunes.

—«Bebo la leche de la salvación» —citó el comisario—. Estoy seguro de que se refiere a la vaquería del Monasterio de San Salvador, que hoy es la casa del parque de los Montes Obarenses.

—¿Y a quién espera encontrar allí en una noche como esta?

—Al agente forestal de guardia, por supuesto.

Después de una corta llamada, el comisario se informó acerca del nombre de la próxima víctima de Enigma. Se trataba de Gambino Zamora, con quien sus superiores perdieron la comunicación desde que comenzó la tormenta.



Argus y Luisa recorrieron a toda velocidad la distancia que los separaba de la casa del parque. Por el camino los alcanzaron dos patrullas que los siguieron a corta distancia con las sirenas y las luces encendidas. Los minutos avanzaban sin pausa y temieron llegar tarde de nuevo.

La lluvia y el viento caían implacables sobre ellos, y la oscuridad era cada vez más penetrante. En un par de ocasiones, el coche estuvo a punto de salirse del camino al coger la curva. El comisario usó el

móvil para comunicarse con los oficiales que los seguían, consiguió avisar a Farías sobre el operativo y continuó esforzándose en localizar al subinspector. La visibilidad era casi nula, solo rota por algún rayo ocasional que cayó demasiado cerca para el gusto de la inspectora.

Luisa observó a su jefe. Estaba tenso como una cuerda de guitarra, pero conservaba el control sobre sí mismo. Eso la desesperó. Hubiera querido gritarle que conducían a toda velocidad bajo la tormenta contra el reloj, sobre un pavimento resbaladizo, para llegar a tiempo a un lugar donde no sabían lo que les esperaba. Tal vez un cadáver, o el propio asesino. ¿Cómo podía mostrarse tan tranquilo?

Ella cogió aire y lo retuvo. No podía dejarse llevar por la desesperación. En ese momento recorrían caminos sin guardavías, mientras rebasaban los ciento veinte kilómetros por hora. Cualquier error podía resultar en un accidente fatal. Cuando el GPS del coche les señaló que estaban cerca, el comisario ordenó a su escolta que apagaran las luces y las sirenas.

Llegaron en silencio a la casa del parque, una rústica construcción de madera y piedra, Argus organizó a los policías en dos grupos para que rodearan la edificación. Él y Luisa entraron por el frente con las armas en las manos, pues no sabían qué podían encontrar adentro.

El comisario se adelantó. Allí reinaban el silencio y la oscuridad. Después de comprobar que el piso bajo estaba despejado, los policías se quedaron inmóviles. Entonces lo escucharon: eran pasos que corrían en la planta superior. Mediante señas, Del Bosque le indicó a Burgos que lo siguiera a la escalera. Subieron despacio, con cuidado de no revelar su presencia. El comisario iba adelante. Luisa lo seguía a dos pasos. El segundo piso estaba tan oscuro como el primero. La impresión que tuvo la inspectora fue que allí no había nadie, que llegaron tarde y tan solo encontrarían otro cadáver.

En ese momento alcanzaron los últimos escalones. El silencio y la calma dominaban el lugar. Luisa estuvo a punto de perder la paciencia y olvidar las precauciones que mandaba el reglamento. Se adelantó dos pasos para ponerse a la altura de Del Bosque, dispuesta a sobrepasarlo y registrar el segundo piso. La posibilidad de que hubieran llegado tarde de nuevo la impulsó a moverse con imprudencia.

Argus comprendió las intenciones de su compañera y extendió el brazo para impedirle avanzar. En ese momento se escuchó una explosión y saltó una astilla del pasamano, que hirió al comisario en una ceja. Ambos se tiraron al suelo. Luisa tembló al pensar lo cerca que estuvo de recibir esa bala en su cuerpo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ella a Argus en un susurro, cuando vio un hilo de sangre correr por su mejilla.

Él asintió y colocó su índice en los labios para indicarle que

guardara silencio. Escucharon pasos a sus espaldas que los alertaron.

—Inspectora, comisario, ¿están bien? —preguntó uno de los policías que les servían de apoyo—. Escuchamos disparos.

Argus asintió para indicar que se encontraban bien, y en susurros le dio instrucciones al agente.

—Cúbranme —les ordenó a sus compañeros—. No enciendan las linternas. Enigma las usaría para ubicarlos y disparar.

Ambos asintieron. No se veía nada en el pasillo, pero, el comisario alcanzó la pared del frente gracias a una corta carrera, y luego se tiró al suelo. Se escucharon más disparos. Era evidente que el asesino se percató del movimiento y abrió fuego a ciegas. Argus se agazapó frente a la escalera y después de que comprobó que estaba indemne se quedó inmóvil, mientras aguardaba su oportunidad.

No sabían si habían llegado a tiempo para salvar a Gambino, pero era evidente que en esta ocasión, Enigma no tuvo tiempo de escapar. Se escucharon los pasos del asesino, que en ese momento corrió buscando una salida. Era una fiera acorralada, pero los policías no se atrevieron a disparar, porque en medio de la oscuridad podían herir a la víctima.

La naturaleza acudió en su ayuda cuando un rayo iluminó el pasillo a través de la ventana y mostró una silueta en movimiento. Argus accionó su arma, pero no supo si había acertado. Enigma le devolvió los disparos y obligó al comisario a refugiarse en una de las habitaciones laterales.

Volvieron a escuchar al asesino correr. Del Bosque vislumbró una sombra que cruzaba en la tercera puerta de la izquierda. Lo siguió. Antes de desaparecer por el umbral, Enigma volvió a disparar contra el policía. Argus se tiró al suelo. La sangre que manaba de su ceja le caía sobre el ojo y le dificultaba la visión, pero cuando comprendió que el asesino había desaparecido dentro de la habitación, corrió hacia allí. Escuchó los pasos de la inspectora y el agente detrás de él.

Del Bosque también cruzó el umbral y se dio cuenta de que había un bulto en el suelo. La tormenta golpeaba con furia afuera de la casa, y la caída cercana de un rayo iluminó la estancia por unos segundos. En efecto, había un hombre tendido en la habitación. El comisario se acercó con precaución, después de comprobar que el asesino ya se había marchado. La ventana abierta le permitió comprender cuál fue su vía de escape.

Cuando tocó el cuello de la víctima, el policía escuchó un disparo fuera de la casa, en el bosque. Tal vez alguno de los agentes que vigilaban el perímetro vio al asesino cuando huía y trató de detenerlo. Con un poco de suerte habría acertado el disparo.

Lamentaba que Enigma hubiera escapado, pero su mayor preocupación en ese momento era la víctima. Se agachó junto al

cuerpo y buscó el pulso en el cuello. Suspiró aliviado cuando lo encontró.

En ese momento entró Luisa acompañada por otro policía.

—¿Enigma?

—Escapó por la ventana.

El agente comprendió que ya no había peligro, así que encendió su linterna y enfocó a la víctima.

—Está vivo —les anunció Argus con alivio—. Al parecer, esta vez sí llegamos a tiempo. Por favor, oficial, llame a una ambulancia.

El policía asintió y se retiró para cumplir la orden.

—¿No hay un nuevo acertijo? —preguntó la inspectora.

—Supongo que tendremos que esperar a que Científica registre el lugar, pero creo que esta vez el asesino no tuvo tiempo de completar su rutina.

—¿Qué podemos esperar entonces?

—Debe estar furioso, pero no sé cómo reaccionará ante su fracaso. Tal vez se asuste, se repliegue y deje de matar por un tiempo… también podría ocurrir lo contrario: que esto sea un aliciente y acorte el lapso entre los asesinatos. Además, existe una tercera posibilidad…

—¿Cuál?

—Que quiera vengarse de nosotros por interferir en sus planes.

Luisa palideció.

—¡Daniel!

—¿Hay algún lugar donde pueda enviarlo unos días para mantenerlo seguro?

—Solo somos él y yo —sentenció la inspectora, mientras negaba con la cabeza.

—¿Confía usted en mí?

—Por supuesto.

—Entonces yo me ocuparé —le prometió Argus, al mismo tiempo que marcaba un número en su móvil y se apartaba unos pasos para hablar.

En ese momento llegó el subinspector Guerrero, bastante agitado y sujetándose una herida en el brazo izquierdo.

—¡Alfonso! ¿Qué ocurrió? ¿Estás bien? —le preguntó su compañera, con preocupación.

—Estoy bien —los tranquilizó el subinspector—. Me quedé sin cobertura por la tormenta, pero recibí el mensaje del comisario, así que vine hacia aquí lo más rápido que pude. Cuando llegué, vi una sombra que salió por la ventana y supuse que se trataba del asesino. Le di la voz de alto, pero me disparó y tuve que rezagarme. Lo lamento mucho… se me escapó.

—Estás herido —le señaló Luisa con preocupación—. Será mejor que te trasladen al hospital en la ambulancia que recogerá a Zamora.

—¿Sobrevivió? —preguntó Alfonso, mientras señalaba con la cabeza al guardabosque.

—Esta vez sí llegamos a tiempo —afirmó Argus—. Parece que la suerte del asesino comenzó a cambiar.



Gambino todavía estaba bajo el efecto del isoflurano cuando llegó la ambulancia a recogerlo, así que no pudieron preguntarle su versión de los hechos.

Cuando por fin llegó la ayuda médica, los técnicos sanitarios se ocuparon de las heridas de Argus y Alfonso. Después de insistirle mucho, el subinspector aceptó que lo llevaran al hospital para que le atendieran la herida de bala, que le rozó el brazo. Dos horas después, la casa se llenó de técnicos de la Policía Científica. Por suerte, en esta ocasión no fue necesaria la presencia del forense.

Farías llegó poco después del juez. No tenía muy claro cómo debía sentirse. Por un lado, se alegraba de que no hubiera una nueva víctima, por el otro, estaba furioso porque aunque Enigma estuvo a su alcance, no lo pudieron detener.

—¿Volvió a dejar un acertijo? —preguntó en voz alta.

—Parece que en esta ocasión no tuvo tiempo —le respondió Luisa.

—De cualquier manera, revisad bien en los rincones, Heriberto.

—¿Ahora vas a decirme cómo tengo que hacer mi trabajo, viejo bigotudo?

—Tenemos un loco suelto —se quejó Ernesto—. Si existe cualquier pista que nos acerque a detenerlo, no la podemos pasar por alto.

—Si la nota está aquí, la encontraremos.

—De acuerdo, ¡Quintana! Ocúpate de proteger el perímetro y avisa al ayuntamiento de Burgos que esta casa quedará cerrada al público hasta nuevo aviso.

—Sí, señor.

—¿Dónde está Guerrero?

Luisa le informó que el subinspector resultó herido cuando intentó detener al asesino.

—Vaya. Espero que no sea muy grave —la inspectora le confirmó que se trataba de una herida leve—. ¿Qué me dice, Del Bosque? ¿Qué hará el asesino a continuación?

Argus le dio la misma respuesta que a la inspectora. Farías bufó antes de expresar su opinión.

—Pues esperemos que se retire a lamer sus heridas. Sin el maldito acertijo, no tenemos idea de dónde dará el próximo golpe. Nunca imaginé que echaría de menos esas notas del diablo.

—Supongo que a partir de ahora será mucho más cuidadoso en su elaboración para que no las descifremos. Eso, si las vuelve a dejar.

—¿Cree usted que matará a la siguiente víctima sin darnos ninguna pista?

—Es una posibilidad. Enigma escribe los acertijos porque le divierte burlarse de nosotros, y se siente muy listo cada vez que nos toma la delantera, pero si somos capaces de descifrar lo que ocultan sus notas, dejará de ser divertido.

—Espero que se equivoque, Del Bosque —el comisario de «San Celedonio» suspiró—. De cualquier manera, debo reconocer que usted y la inspectora Burgos hicieron un excelente trabajo al evitar que el asesino consiguiera su quinta víctima. Será mejor que se vayan a descansar. Mañana los necesitaré frescos.

Luisa no podía creer las palabras que escuchaba. Era la primera vez que Farías le reconocía un trabajo bien hecho, o que la felicitaba. Del Bosque le hizo señas para que lo siguiera al exterior de la casa.

La lluvia había amainado, pero el frío era aún más intenso. Se refugiaron en la cabina del Seat.

—Lo dejaré en su hotel —dijo la inspectora.

Argus negó con la cabeza.

—Ya ha pasado demasiadas horas sin ver a su hijo. Vamos hasta su casa. Allí cogeré un taxi.

—Como guste. Gracias.

En el trayecto de regreso, Argus le informó de sus planes a Luisa.

—Debemos sacar a Daniel de Calahorra.

—¿Cree que corre peligro? —preguntó ella, al mismo tiempo que perdía el color del rostro.

—No puedo afirmarlo, tal vez Enigma ni siquiera sepa que usted tiene un hijo, pero no podemos correr el riesgo. Ya hice algunos arreglos.

—¿Qué clase de arreglos?

—Un buen amigo pasará a recogerlo a primera hora de la mañana, y lo llevará a un lugar seguro.

—¿Quién es su amigo? —preguntó la inspectora con desconfianza.

—Su nombre es Christian Werner. Es médico, y trabaja en una isla donde Enigma jamás podrá alcanzar al niño.

—No esperará que le entregue mi hijo a un desconocido para que lo lleve a un lugar del que no sé nada.

El comisario suspiró a punto de perder la paciencia, aunque comprendía la aprehensión de Burgos.

—Creí que confiaba en mí.

—Y lo hago, pero se trata de mi hijo.

El comisario comprendió las dudas de su compañera, así que le habló de su último caso, de Marañón y de su amistad con Werner.

—Si esa isla es privada y pertenece a un rico empresario hotelero, ¿por qué cree que la familia propietaria aceptará a un chiquillo desconocido?

—Digamos que el señor Abelard está en deuda conmigo. Estoy seguro de que no se negará, si Christian le dice que fue idea mía acoger a Daniel.

—Pero eso significa que no lo veré en mucho tiempo.

—Solo hasta que atrapemos a Enigma y Calahorra vuelva a ser segura para él. Tengo la certeza de que estamos a punto de detener a este asesino.

—¿Por qué piensa eso?

—Porque debe sentirse desconcertado, así que comenzará a cometer errores.

—Eso espero. Así que debo entregarle a Daniel a un médico llamado Werner.

—Descuide. Yo lo acompañaré cuando recoja al niño.

—Eso me deja más tranquila. ¿Qué le digo a Daniel?

—Que irá de vacaciones a una preciosa isla donde hay playas, bosques, un bonito pueblo, y hasta cuadras de caballos.

—¡Aquí el mayor riesgo será que no va a querer regresar! —exclamó Luisa, y Argus soltó una carcajada.

Día cinco.

Argus abandonó el hotel muy temprano. Werner ya lo esperaba en la recepción. El comisario se sintió culpable cuando vio las ojeras del viejo médico. No era difícil imaginar que después de que lo llamó la noche anterior y le pidió refugio para Daniel en Marañón, se desató una inusitada actividad entre Christian y don Antonio para satisfacer la solicitud del primogénito de los Abelard. El hidroavión despegó de la isla en plena noche y llevó a Werner a Madrid, desde donde el avión privado de la familia lo trasladó hasta Vitoria. Un taxi lo dejó en el hotel donde Argus se alojaba.

El sol comenzaba a iluminar Calahorra cuando Del Bosque y el médico llegaron al piso de Luisa. Daniel terminó de desayunar, mientras la inspectora cerraba la pequeña maleta y le daba las últimas instrucciones al chiquillo. Era la primera vez que se separarían, así que Luisa tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se le notara la congoja. El chaval sentía tanto miedo como expectación. Werner comprendió los sentimientos del niño en cuanto lo vio, así que se sentó junto a él en la mesa del desayuno, y le habló de la extraordinaria aventura que estaba a punto de experimentar. Le contó que viajarían en avión y en hidroavión, que llegarían a una isla maravillosa y que él se alojaría en una mansión.

—¿Habrá otros niños? —quiso saber Daniel.

—Por supuesto. Toni y Carola, los nietos del señor Abelard, están allí por las vacaciones de la Semana Mayor, y Samantha, su prima, se apuntó al viaje en cuanto supo que habría un invitado de Argus.

Los ojos de Daniel se iluminaron, lo que consiguió aliviar un poco el sentimiento de culpa de la inspectora. Luisa se despidió de su hijo con un abrazo y le dio las últimas instrucciones que toda madre que se precie pronuncia en esas circunstancias:

—Pórtate bien, obedece a los adultos, cepíllate los dientes antes de acostarte y sobre todo, pásalo bien.

—Vamos mujer, que se va de vacaciones, no a la guerra —dijo Christian, al ver que la despedida se prolongaba demasiado.

Cuando por fin Luisa consiguió soltar al chaval, Werner cogió la maleta y bajó con el niño hasta el taxi que los esperaba en la puerta. La inspectora los observó desde la ventana y no pudo evitar que se le escapara una lágrima.

—Estará bien —la consoló Argus.

—Lo sé, pero es la primera vez que nos separamos.

—Es por una buena razón. Si Enigma conoce su existencia, jamás

podrá llegar hasta él en Marañón.

—Tiene razón —reconoció Burgos, se secó las lágrimas con las palmas de las manos y cogió aire—. Muy bien, usted da las órdenes. ¿Cuál será el siguiente paso?

—Iremos a la comisaría. Quiero organizar algunas ideas. Hasta anoche, Enigma nos había llevado de la nariz hacia donde él quería, obligándonos a concentrarnos en el siguiente acertijo. Es hora de que volvamos a coger las riendas de la investigación.

Una hora después entraban en el despacho de Luisa. El comisario le pidió a Eloísa que le llevara un tablón de corcho, y lo usó para organizar la información sobre el caso. Luego se apoyó en el borde de la mesa, cruzó los brazos y se le quedó mirando sin pestañear.

A Luisa le pareció inútil aquel ejercicio intelectual, pero no dijo nada. Ella hubiera preferido estar afuera, interrogando testigos, o buscando pruebas. El escrutinio duró al menos quince minutos, cuando una llamada en la puerta desconcentró al comisario. Guerrero se asomó con timidez. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

—Lamento la interrupción. Vine a traerle el reposo médico a Farías y quise pasar por aquí para ver cómo van las cosas, y para presentarles el informe de lo que averigüé ayer.

—¿Por cuánto tiempo estarás de baja?

—Tres días.

—Farías no debe estar muy contento.

—Lo dejé soltando maldiciones contra Enigma, contra los médicos y contra todo lo que se mueve. Dice que lo último que necesitaba era perder a uno de sus efectivos en este momento.

—Él siempre tan humano —señaló Luisa, con tono sarcástico—. ¿Cómo está el brazo?

Alfonso se encogió de hombros.

—Bien. Molesta un poco, como si fuera una quemadura, pero me indicaron un analgésico y eso lo hace más llevadero.

—Lo mejor será que te vayas a casa.

—Sí, pero recuerda que ayer hice algunas indagaciones y creo que deben saber los resultados. En primer lugar, con respecto al gas pimienta y el isoflurano.

Luisa y Argus concentraron su atención en el subinspector.

—¿Qué encontraste?

—En las últimas semanas aumentaron las ventas del gas pimienta, pero la mayoría de quienes compraron fueron mujeres con la intención de usarlo para defensa personal. Del isoflurano tampoco conseguí muchos resultados. Lo utilizan en hospitales, clínicas veterinarias, granjas y ganaderías.

—¿Hubo alguna coincidencia al cruzar los datos? —preguntó el comisario.

—Me temo que no, señor. Ni siquiera una. Da la impresión de que se vendieran en mundos diferentes.

—Y tal vez sea así —reconoció Luisa con desaliento—. Bueno, al menos lo intentamos.

—Del otro asunto que quería hablarles es del allanamiento a Pedroza.

—¿El juez te dio la orden?

—No fue fácil convencerlo, pero sí. Argumenté que faltaban pocas horas para el siguiente homicidio, que no teníamos evidencias acerca de quién era el culpable y que el enfermero tenía conexión con casi todas las víctimas.

—¿Qué encontró? —le preguntó el comisario.

—Me temo que nada. Llegué a su casa, le entregué la orden, la leyó y me la devolvió, registramos a fondo, pero no encontramos nada sospechoso.

—Eso no significa que sea inocente —argumentó Luisa.

—Tampoco aumenta las probabilidades de que sea culpable —opinó el comisario—. Lo que tenemos contra él es circunstancial, y jamás se sostendría en un juicio.

Después de que el subinspector se despidió y se marchó para cumplir su reposo, y antes de que Del Bosque volviera a caer en su mutismo contemplativo, la inspectora le preguntó qué era lo que pretendía descubrir en ese tablón.

—Tenemos cinco víctimas que no podrían ser más diferentes entre sí —señaló el comisario.

—Es cierto, no parecen tener nada en común.

—Y sin embargo, debe existir algo. Un elemento que no hemos identificado todavía, pero que es lo que los pone en el punto de mira del asesino —Luisa asintió—. Sin embargo, eso no es lo único que me desconcierta. En las notas, a cada víctima se le atribuye un pecado, es decir, una característica negativa que es el presunto motivo por el que Enigma los escoge…

—Avaricia, envidia, lujuria, pereza e ira.

—Sin embargo, si comparamos lo que sabemos de estas personas con los pecados que les atribuye el criminal, no encontramos concordancia.

—¿A dónde quiere llegar?

—Es como si fueran la persona incorrecta.

—Espere, ¿me está diciendo que Enigma se equivocó y no asesinó a quienes quería?

Argus negó con la cabeza.

—No, por supuesto que sabía muy bien a quién mataba en cada momento, pero estoy llegando a la conclusión de que no eran sus verdaderos objetivos.

Luisa parpadeó, confundida.

—A ver si me entero. Si estas no eran las personas a quiénes quería asesinar, ¿por qué las mató?

—Porque son sustitutos —sentenció Del Bosque—. Si por alguna razón, las personas que son blancos de la venganza de Enigma se encuentran fuera de su alcance, él podría haberlos sustituido por víctimas que tuvieran alguna característica común con el verdadero objetivo.

—Entonces según usted, las víctimas no se convirtieron en objetivo del asesino por sí mismas.

—Eso explicaría que el pecado que se le atribuye a cada una no concuerde con su personalidad. Aureliana no era avariciosa, Camila no era envidiosa, ni Julio lujurioso…

—¿Y por qué los escogió entonces?

—Es parte de lo que debemos averiguar. ¿Qué conecta a las víctimas entre sí, y con el asesino?

La entrada de un correo en la bandeja de la inspectora interrumpió la discusión. Luisa desplegó una sonrisa en la medida en que lo leyó.

—¿Buenas noticias?

—En la ventana por donde huyó Enigma encontraron una huella que concuerda con las de uno de los sospechosos.

—¿De quién se trata?

—Flavio Pedroza.

Farías entró al despacho sin llamar a la puerta. Por su expresión de felicidad, les resultó evidente que había recibido una copia del mismo correo que Luisa.

—¡Lo tenemos! —exclamó con una amplia sonrisa—. Era el maldito enfermero.

—No lo sé —discrepó Argus—. Debemos recordar que tiene coartada para el asesinato de Aureliana.

—¿Lo dice por la declaración de la jefa de enfermeros, que permaneció toda la noche despierta? —Del Bosque asintió—. Tal vez se descuidó en algún momento, o se quedó traspuesta, y Pedroza cometió el crimen en ese período de tiempo.

—Parece demasiado sencillo —insistió Argus.

—¡Maldita sea! Es sencillo. Es el único que estuvo relacionado de una u otra manera con todas las víctimas, su huella aparece en la última escena del crimen… ¿y todavía tiene dudas?

—Si es tan evidente para usted que Pedroza es culpable, ¿por qué comete los homicidios?

—¡Porque está loco! ¿No le parece suficiente razón?

—Hasta los locos necesitan un motivo, aunque este no sea lógico para los demás.

—¿No cree que haya sido Pedroza? —preguntó la inspectora.

—No niego que es un sospechoso viable, pero si nos equivocamos podemos destrozarle la vida a un inocente y dejar libre a un asesino muy peligroso.

—Tengo a todos los mandos presionándome, y cuando por fin aparece un sospechoso viable, usted descalifica las evidencias porque no comprende el motivo. ¡Métase en la cabeza de una vez que estos tíos no necesitan motivos! Y una huella dactilar en la escena del crimen no es una evidencia circunstancial —Farías se dirigió a Luisa —. ¡Burgos, pídale al juez una orden de busca y captura contra el enfermero! Acabemos de una vez con este maldito asunto. Por cierto, el guardabosque se recuperará y la herida de Guerrero no es grave — Ernesto miró a Argus y cogió aire antes de hablar—. Me complace informarle que ya no necesitamos sus servicios, comisario Del Bosque. Puede marcharse por donde vino y muchas gracias.

Farías salió del despacho muy satisfecho de sí mismo. Argus lo observó mientras se alejaba y suspiró.

—No cree que sea el enfermero. ¿Verdad?

—No le veo más probabilidades que al resto de los sospechosos.

—¿Y la huella dactilar?

—Reconozco que causa dudas, pero no lo considero suficiente.

—¿Por qué?

—Porque Enigma fue demasiado cuidadoso en todas las escenas del crimen anteriores, como para dejar una huella dactilar junto a la última víctima. Es un error que no cometería ni un niño. ¿En verdad cree que el asesino no usó guantes cuando cometió sus crímenes? No es lógico que se los quitara para escapar.

—Entonces, ¿cómo llegó la huella a la ventana?

—No lo sé —reconoció el comisario.

Eloísa los interrumpió. Traía un sobre de gran tamaño en la mano.

—Llegó esto para el comisario —anunció, sin disimular su curiosidad.

Argus cogió el sobre y palideció cuando vio que provenía del despacho del juez Llamas. Bejarano cumplió su palabra, y Farías acababa de liberarlo de su responsabilidad con respecto a la investigación. Ya no tenía la obligación de quedarse. Entonces comprendió lo que ocurriría si cogía el sobre y dejaba que los acontecimientos siguieran su curso… No estaba convencido de la culpabilidad del enfermero, así que era posible que encarcelaran a un inocente. Tal vez Enigma no volviera a matar, o podía hacerlo con otro *modus operandi* para no ser reconocido. Luisa miraba a Del Bosque con expectación, como si tratara de adivinar qué haría él a continuación. Si bien la inspectora no conocía el contenido del sobre, escuchó con claridad que Farías acababa de retirarlo del caso.

El comisario comprendió que si él se marchaba y se habían equivocado, tanto Luisa como Daniel correrían peligro. Enigma podría vengar sus frustraciones en ellos.

Argus puso el sobre encima de la mesa sin abrirlo. Entonces miró a su compañera y señaló el tablero de corcho.

—Si las víctimas son sustitutivas debe haber algo en ellas que le permita al asesino satisfacer su necesidad de venganza.

—¿Eso significa que no abandonará la investigación?

—Farías comete el mismo error que cuando basó toda la estrategia en una sola palabra del acertijo. Enigma ha demostrado que es listo y que no improvisa nada, así que para identificarlo debemos tener todos los cabos atados, y estamos muy lejos de eso.

—¡Perfecto! ¿Qué haremos a continuación?

—Me temo que tendrá que obedecer la orden del comisario Farías y solicitar esa orden de busca y captura.

—¿No acaba de decir que no está convencido de la culpabilidad de Pedroza?

—Así es, pero ya no estoy en el caso oficialmente. ¿Recuerda? Y usted no puede desobedecer una orden tan directa.

—¿Qué está tramando?

—Tal vez deberíamos aprovechar esta coyuntura para conseguir un poco de ventaja sobre el criminal —Luisa lo miró sin comprender—. Piénselo bien. Si el asesino usó guantes cuando cometió este crimen, y no hay razón para que no lo hiciera…

—Pedroza sería inocente, pero entonces, ¿cómo llegó su huella a la ventana?

—Tal vez alguien la puso allí.

La inspectora enarcó las cejas al comprender el razonamiento del comisario.

—Así que según su hipótesis, Enigma pudo hacerse con una impresión de la huella dactilar del enfermero para dejarla en la ventana. ¿Cómo pudo hacerlo?

—De la misma forma que los peritos recogen las huellas de los objetos: con cinta adhesiva.

—¡Tiene razón! ¡Cómo no se me ocurrió! Pero cómo tuvo acceso a las huellas del enfermero en primer lugar.

—Existen muchas formas posibles. Supongo que lo sabremos cuando lo atrapemos.

—Enigma quiere que centremos nuestra atención en Pedroza.

—Es lo que parece. Y si piensa que se salió con la suya conseguiremos dos efectos. El primero es que se confiará porque creerá que nos convenció de que ya tenemos al asesino.

—¿Y el segundo efecto?

—Dejará de matar por un tiempo para dar más credibilidad a la

culpabilidad de Flavio.

La inspectora no necesitó más explicaciones. Levantó el auricular de la centralita y se comunicó con Eloísa. Prepararía un informe para que el juez emitiera una orden de busca y captura contra Flavio Pedroza. Mientras tanto, Argus volvió a concentrarse en el organigrama.

—Nos faltan datos. Creo que es el momento de volver sobre los fragmentos de los acertijos que todavía no desciframos. Comencemos por el que encontramos junto al cadáver de Aureliana. ¿Qué dice?

—«Soy la muerte que alcanza a los pecadores porque así está escrito en la salida. Podréis leerlo en el lodo de España, entre el primero de los perfectos y las notas de una tonada». No tiene sentido para mí.

Argus negó con la cabeza.

—No se refiere a la siguiente víctima. Es una exposición de motivos. Nos dice en forma críptica por qué comete los asesinatos.

—¿Cómo averiguamos su significado? —preguntó la inspectora con interés.

—Por partes. «Soy la muerte que alcanza a los pecadores» podemos interpretarlo en sentido literal.

—«… porque está escrito en la salida». ¿A qué salida se refiere?

El comisario le pidió que buscara sinónimos. Luisa consultó la red antes de recitar:

—«Salida equivale a partida, marcha, viaje, ida, evasión, huida, fuga, escape».

—¡Éxodo!

—¿El libro bíblico? —preguntó la inspectora con interés.

—Y si estamos en lo cierto, el resto del acertijo debe indicar los capítulos y versículos que revelan el mensaje.

—«Podréis leerlo en el lodo de España…»

—¡Deténgase ahí! —la interrumpió Del Bosque—. ¿Por qué España?

La inspectora encogió un hombro.

—Los capítulos de la Biblia se identifican por números. ¿Hay algún número que se relacione con España?

—¡Es usted genial, inspectora! El código internacional. A España le corresponde el número 34.

—¿Y por qué menciona el lodo?

—¿A qué elemento corresponde ese número en la tabla periódica?

Luisa buscó en Internet y se quedó boquiabierta.

—Corresponde al selenio, que está presente en el lodo.

—Vamos por buen camino —afirmó Argus. Ahora solo debemos identificar los versículos.

—«… entre el primero de los perfectos y las notas de una tonada».

¿El primero de los perfectos?

—Buscamos un número —argumentó el comisario—. Así que es tan sencillo que sorprende. El primer número de los perfectos.

Luisa tecleó la búsqueda que le ordenó su jefe y luego leyó:

—Un número perfecto es igual a la suma de sus divisores. El primero es el seis.

—Y las notas de una tonada siempre son siete.

A la inspectora la sorprendió la simplicidad del enigma que minutos antes le había parecido imposible resolver.

—Entonces debemos buscar…

—«Éxodo. Capítulo 34. Versículos 6 y 7».

Luisa se puso manos a la obra. No fue difícil encontrar una información tan específica.

Burgos se sintió sobrecogida cuando leyó el mensaje que les dejó Enigma acerca de sus motivos:

—«Éxodo. 34. 6. Entonces pasó el Señor por delante de él y proclamó: El Señor, el Señor, Dios compasivo y clemente, lento para la ira y abundante en misericordia y fidelidad; 7 el que guarda misericordia a millares, el que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, y que no tendrá por inocente al culpable; el que castiga la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación.…»

—Es evidente que nos quedamos cortos —comentó Argus—. Enigma está castigando un crimen muy antiguo, y lo hace sobre los descendientes de quiénes considera culpables.



Descifrar el encabezado de la primera nota, les dio a los policías una nueva perspectiva de la investigación.

—No buscamos un caso de hace cuarenta años —señaló el comisario—. La ejecución que Enigma quiere vengar pudo ocurrir hace tres o cuatro generaciones. Y es probable que el sentenciado a muerte fuera un antepasado del propio asesino.

—Pero ¿por qué? Si usted está en lo cierto, Enigma solo tendría una vaga referencia del juicio. ¿Qué lo motiva a buscar venganza?

Argus negó con la cabeza.

—Supongo que tendremos la respuesta cuando podamos interrogarlo. Debe tratarse de una historia que se transmitió de generación en generación dentro del seno de la familia. De alguna manera impresionó lo suficiente al asesino para estimular sus instintos criminales. Por eso escogió el garrote como arma homicida.

—¿Cree que dejará de matar después del fracaso de anoche?

—No lo creo. Tal vez se detenga por un tiempo para reorganizarse y planificar mejor sus siguientes movimientos, pero seguirá adelante con sus planes. Sin embargo, estoy seguro de que ahora que sabe que podemos descifrar sus acertijos, no volverá a dejarnos pistas sobre el siguiente homicidio.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso?

—Como usted misma señaló con sabiduría, no podemos dejar de lado el trabajo policial. Debemos comprobar las coartadas de Cristóbal Soliz, así como las de Cavazos…

—Enviaré a Quintana. Estoy segura de que él y sus hombres harán un buen trabajo con respecto a esos asuntos. Yo me ocuparé de investigar a Richie Núñez. Tengo la sensación de que no le hemos prestado suficiente atención.

—Muy bien, yo iré al hospital para entrevistar al guardabosque. Tal vez pueda decirnos algo que nos ayude a identificar a Enigma. Luego nos reuniremos y compararemos datos.

—¿Qué hacemos con esta información que acabamos de descubrir?

Argus se quedó pensativo por unos momentos.

—En general, las víctimas no poseen los defectos que el asesino les atribuye, pero es probable que sí correspondan a sus antepasados.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, a Julio lo asesinó por prevaricador y lascivo, lo cual significaría que el antepasado de Ayala era juez, y que falló en falso por lujuria. Podemos comprobarlo con su hermano.

—De acuerdo. Me encargaré de hablar con Fernando Ayala. ¿Algo más?

—Averigüe también con los familiares de las demás víctimas. Tal vez alguno haya escuchado historias sobre un antepasado involucrado en un juicio, que en su momento debió ser muy importante.

—Lo haré —afirmó Luisa con resolución. Del Bosque se disponía a marcharse, pero ella lo retuvo con un gesto. Él esperó con la mano en el picaporte—. También quiero darle las gracias, comisario.

—¿Por qué? —preguntó él, confundido.

—Por guardarme el secreto de mi situación familiar, por preocuparse de la seguridad de Daniel y ayudarme a protegerlo. Por comportarse como un buen amigo, aunque apenas lo conocí hace pocos días.

—No necesita darme las gracias, inspectora. Era lo menos que podía hacer.

—Espero que no le cause problemas haber molestado a alguien tan importante como el señor Abelard.

Al escuchar mencionar el nombre de su padre, Argus esbozó una sonrisa triste.

—Inspectora, le aseguro que mi petición no molestó a don Antonio

Abelard. Al contrario, es posible que lo hiciera muy feliz.

—¿Por qué?

—Es una larga historia. Tal vez otro día se la cuente. De momento, debe bastarle saber que Daniel está en buenas manos, en el lugar más seguro del mundo. Como usted misma mencionó, lo más difícil será que quiera regresar. Y no me causará ningún problema. Para mí es un placer poder ayudar a una mujer tan formidable como usted. Ahora será mejor que nos pongamos manos a la obra, porque si no me equivoco, Enigma no nos dará tregua.

El comisario abandonó el despacho y se dirigió al hospital, donde le confirmaron que Gambino estaba fuera de peligro.

—Se encuentra en perfecto estado gracias a que ustedes llegaron a tiempo —le comentó el médico—. Tan solo tuvimos que eliminar los restos de gas pimienta de los ojos y esperar a que pasara el efecto del isoflurano. Fue una gran ventaja saber qué le habían administrado.

—¿No sufrió agresiones físicas?

—Si se refiere al uso del garrote, no. El asesino no tuvo tiempo de llegar tan lejos.

—¿Cómo sabe que…?

—Mientras la ambulancia venía en camino, nos comunicamos con el juez que lleva el caso para saber a qué nos enfrentábamos. Él nos puso en comunicación con el forense, quien nos informó los hallazgos médicos en las víctimas anteriores.

Un alboroto de gritos y maldiciones interrumpió la exposición del doctor. Los ruidos provenían del pasillo donde se encontraba la habitación de Zamora. Tanto el policía como el galeno corrieron en esa dirección. Tendido en el suelo se encontraba el uniformado que hacía guardia en la puerta, al mismo tiempo que un hombre con traje de enfermero corría en dirección a la escalera. Aunque le llevaba bastante ventaja, Argus le siguió, mientras el médico se inclinaba sobre el oficial y le comprobaba el pulso.

El comisario bajó los peldaños de tres en tres, mientras acortaba la distancia con el asesino, a quien una voluminosa máscara con pico de pájaro le causaba dificultades. Aun así, no se la quitó. El comisario comprendió que temía ser reconocido si lo hacía. A lo largo de los pasillos pulidos, Enigma arremetía contra personas y objetos para hacerlos caer, de manera que el policía se encontró un sinnúmero de obstáculos. Argus los sorteó como pudo y siguió adelante hasta que alcanzó la salida.

Allí tuvo que detenerse, porque no lo vio por ninguna parte por más que oteó la calle en todos los sentidos. Se sintió frustrado, pues comprendió que tuvo al asesino al alcance de su mano, y permitió que se le escapara. Con paso cansado regresó a la habitación de Zamora y allí se encontró con otra sorpresa desagradable: el oficial que hacía

guardia en la puerta todavía se encontraba tendido en el suelo. No había ningún sanitario a su lado y una sábana lo cubría por completo. Era evidente que estaba muerto.

En ese momento vio al médico que salía de la habitación. El galeno comprendió de inmediato los sentimientos de ira y frustración que invadieron al comisario cuando comprobó que habían asesinado a su compañero.

—Lo siento. No pude hacer nada por él. Creo que le rompió el cuello.

—Pagará por esto también —respondió Del Bosque, con un tono de voz que erizó la piel del médico—. ¿El señor Zamora?

—Está bien. Por suerte no estaba solo. Uno de los enfermeros lo atendía en ese momento, y pudo evitar que el asesino llegara hasta él.

—¿Un enfermero pudo detener a un hombre que fue capaz de romperle el cuello a un policía?

—Entre y lo comprenderá —afirmó el médico, mientras pasaba a su lado y le daba una palmada en el hombro para reafirmar sus palabras.

Argus entró en la habitación. Allí encontró a Gambino sentado en la cama y jadeando. Una mujer lo abrazaba, y lloraba. Junto a ellos vio a un enfermero que se mantenía inclinado hacia adelante con las palmas de las manos apoyadas en las piernas, mientras recuperaba la calma.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el comisario.

—Era horrible, espantoso —dijo la mujer en medio de una crisis de llanto—. Un demonio.

—Calma Teresa. Solo era un hombre con una máscara —explicó el agente forestal. Luego se dirigió a Argus—. El asesino estuvo aquí. Traía puesta una máscara espantosa, con pico de pájaro y colmillos. Tenía una jeringa en la mano y de no haber sido por el enfermero que me atendía en ese momento, tal vez no lo estaría contando.

El aludido se irguió, ya un poco más tranquilo. Le sacaba una cabeza a Del Bosque, que ya era bastante alto. Era evidente que visitaba el gimnasio con regularidad y a Argus no le hubiera resultado difícil imaginarlo en un concurso de halterofilia. La suerte no le sonrió a Enigma en esta ocasión.

—Soy Carlos Heredia —se presentó el joven—. Comprobaba las constantes vitales del señor Zamora, cuando ese sujeto de la máscara se presentó. En cuanto lo vi comprendí sus intenciones, de manera que le arrebaté la jeringa de la mano y traté de golpearlo. Era rápido, así que me esquivó y huyó.

—Gracias, señor Heredia. Hoy evitó una tragedia —lo felicitó Del Bosque, mientras le estrechaba la mano.

Después de comprobar que ninguno de los testigos vio nada que pudiera identificar al asesino, Argus usó su móvil para informar a

Farías. Tal vez eso le hiciera cambiar de opinión acerca de cerrar el caso, aunque dependería de que Pedroza tuviera coartada para la hora del ataque.



Cuando Argus por fin salió del hospital, dejó atrás toda la maquinaria de investigación policial en marcha. A Gambino lo trasladaron a otra habitación bajo un nombre falso que solo se le comunicó a un pequeño grupo de personas, y levantaron un perímetro alrededor del cuarto que había ocupado hasta ese momento. Allí dejo el comisario a un malhumorado Farías, al equipo de Sarría, al juez y al forense, quien confirmó que al guardia le rompieron el cuello.

—Un simple movimiento y todo acabó. El pobre ni siquiera tuvo tiempo de enterarse.

—¿No hubo aplastamiento de la laringe, ni estrangulamiento en esta ocasión? —preguntó el juez.

Garrido negó con la cabeza.

—No usó el garrote. No hay marcas de presión en la garganta, y la laringe está intacta. Lo desnucó con un giro brusco de la cabeza. No debió llevarle ni dos segundos.

Algo en la exposición del forense incomodó a Argus, pero asumió que se debía a la ira que sentía por la muerte del agente. Aquello nunca debió pasar.

Farías le pidió que le concediera unas palabras a solas, así que bajaron a la cafetería. Con una taza frente a cada uno, Ernesto se disculpó por el desplante de esa mañana.

—Lamento mucho haberme precipitado, comisario. Usted tenía razón. Este caso está lejos de estar solucionado.

—El enfermero tiene coartada para este ataque. ¿No es así?

—Lo estaban arrestando a la misma hora que el asesino se presentó aquí. Por supuesto que tuvimos que liberarlo de inmediato. Ni siquiera llegó a la comisaría.

Argus asintió.

—Interesante.

—¿Interesante? El maldito psicópata acaba de asesinar a uno de mis hombres, trató de atentar de nuevo contra la última víctima, se le escapó a usted «por los pelos» ¿Y eso es todo lo que tiene que decirme?

—Si Pedroza tiene una coartada irrefutable, como todo parece indicar, significa que estamos ante dos opciones. La primera es que

Enigma no sea una sola persona, o más bien que tuviera un cómplice.

—¿El enfermero y otro?

Del Bosque se encogió de hombros.

—Recuerde que enfocamos nuestro interés en Pedroza por la amistad que le unió a Cristóbal Soliz.

—Así que su teoría es que Pedroza y Soliz son cómplices de los asesinatos, y construyeron esta charada para proporcionarle una coartada al enfermero… —Argus negó con la cabeza—. ¡Qué! ¿No es eso lo que quiere decir?

—Llega usted muy lejos, Farías. Solo expuse que Enigma podría contar con un cómplice. Dudo que lo que ocurrió hoy pueda calificarse como una charada. No olvide que para tratar de alcanzar a su víctima corrió un riesgo enorme… No, esto fue más bien un impulso. Tal vez el primer error de un asesino frío y calculador.

—¡Se está contradiciendo, Del Bosque!

—Lamento si es lo que parece, pero solo razono en voz alta.

—¿Cuál es la segunda opción que mencionó?

—Que el enfermero sea inocente.

—Eso significaría que estamos en el punto de partida —se quejó Ernesto.

—Y sin embargo, sabe que es posible. Por eso se está retractando de sus palabras de esta mañana.

—¿Quiere oírlo, verdad? —replicó Farías, enojado—. Pues lo complaceré… Por favor, olvide lo que dije sobre prescindir de su ayuda y continúe en el caso.

—No debe preocuparse, comisario. En realidad, no pensaba abandonarlo.

Ernesto se sintió aliviado ante la disposición de Argus a regresar. Aunque debía reconocer que retractarse le causó cierto escozor.

Después de la corta conversación, Farías regresó a la escena del último crimen y Del Bosque se encaminó a la nueva habitación de Zamora. Allí tuvo una conversación con el agente forestal, en la cual este le aseguró que nunca consiguió ver a su atacante, que no podría identificarlo y que no tenía idea de quién quería asesinarlo, o por qué.

El comisario le preguntó acerca de algún juicio que se mencionara en su familia, y Gambino respondió que su bisabuelo estuvo involucrado en muchos juicios, pues antes de la guerra era el verdugo oficial de Calahorra.

Con esa entrevista en la cabeza, Del Bosque abandonó el hospital y se encaminó hacia «San Celedonio». En cuanto pisó de nuevo la comisaría, Argus comprendió que debía calmarse. Los acontecimientos de las últimas horas consiguieron alterar su ánimo, algo que no era común en una persona que controlaba sus emociones tan bien como él, pero sentía culpa y vergüenza por la muerte del guardia. Percibía

que algo estaba mal y que pudo haberlo evitado.

—¿Qué es lo que no estoy viendo? —murmuró para sí mismo, en el mismo momento en que entraba en el despacho de Burgos.

La inspectora levantó la mirada y enarcó las cejas.

—¿Está hablando solo?

—No se preocupe. No estoy loco. Solo me preguntaba en qué fallamos para que ese chico muriera hoy.

Un velo de tristeza cayó sobre el rostro de Luisa.

—Pérez. Sí, ya Quintana me informó lo que ocurrió. Es terrible.

—¡Debemos detener a ese maldito antes de que vuelva a matar! —exclamó el comisario, sin poder contener su ira. La inspectora se echó hacia atrás en el asiento, pues era la primera vez que lo veía manifestar una emoción.

—¿No es eso lo que hemos querido hacer desde el principio?

Argus respiró profundo. ¿Qué le ocurría? Él no era así, pero desde que regresó de Marañón, le resultaba mucho más difícil controlarse. Recordó a Paidónomo: «Que tu cabeza enfríe tu corazón y tus sentimientos no calienten tu cabeza, o cometerás un error grave que siempre te costará caro». Desde niño Argus odió a ese hombre con todas sus fuerzas, pero sus instrucciones eran muy precisas y útiles en situaciones extremas. Hizo un esfuerzo por contener su ira y pensar con lógica.

—¿Descubrió algo importante con las coartadas?

Luisa abrió el cuaderno de notas.

—Quintana envió a dos de sus hombres a comprobar los garitos donde estuvo Soliz, y también la ruta de bares que siguió Cavazos. Ambos dijeron la verdad.

—¿Qué me dice de Núñez?

—Las noches de los asesinatos de Aureliana, Camila y Julio se encontraba en el bar donde lo conocimos. Para los días siguientes al homicidio de Ayala no tiene coartada, pues vive solo y según él, no tuvo ánimos de salir.

—Aun así, no es muy prometedor.

—El único que pudo cometer todos los crímenes es Pedroza.

Argus torció el gesto y le contó la confesión de Farías en la cafetería. La inspectora sintió que le echaban una jarra de agua fría por encima.

—¿Me está diciendo que perdimos a nuestro único sospechoso?

—Eso parece.

—Entonces supongo que fue el asesino quien colocó la huella del enfermero en la ventana, tal como usted había sugerido.

Del Bosque enderezó la espalda y abrió mucho los ojos. Las palabras de Luisa concretaron una idea vaga que venía rondando su cabeza.

—Si Pedroza no es el asesino, significa que este se tomó muchas molestias para implicarlo y usarlo como chivo expiatorio. Hasta el punto de conseguir su huella y «colocarla» en la escena del crimen.

—No quiero quitarle importancia a su idea, pero le recuerdo que solo es una teoría.

—Una teoría que se refuerza con la coartada de hoy. Ya sabemos que Pedroza estaba bajo arresto cuando Enigma atacó en el hospital.

—Eso no lo exonera por completo. Tal vez tiene un cómplice.

—Cuanto más pienso en esa posibilidad, menos me convence. Estos crímenes son demasiado personales para involucrar a más de una persona. Por otra parte, Enigma saboteó su propia trampa. Él mismo le proporcionó una coartada al enfermero y tiró por tierra todo lo que hizo para inculparlo.

—Tiene razón. ¿Por qué haría eso?

—No lo sé, pero es evidente que algo se torció en sus planes.

—Que no pudo cometer el asesinato. Por eso tuvo que intentarlo de nuevo.

—Además de eso.

—¿Cómo lo explica?

—No lo sé —reconoció el comisario, dejándose caer hacia atrás en el asiento—, pero estoy seguro de que es importante.

Luisa soltó un suspiro de frustración.

—De acuerdo, tenemos seis víctimas, cinco de ellas muertas, un tío que después de cometer los homicidios en serie, nos desafía con acertijos por un juicio que terminó en condena de muerte quién sabe cuándo, y no contamos ni con un maldito sospechoso. ¿Qué hacemos?

Argus meditó por unos momentos. Comprendía a la inspectora, pero si se dejaban llevar por la desesperación no avanzarían en la resolución del caso. Y al asesino había que detenerlo. Cuando Del Bosque por fin habló, lo hizo con el ánimo sereno que lo caracterizaba.

—Debemos cambiar el enfoque y descubrir más acerca del juicio que desencadenó toda esta locura. ¿Habló con los familiares de las víctimas?

Luisa asintió.

—Usted tenía razón. Aunque no siempre en forma clara, la historia de un juicio importante se ha repetido en el ámbito de todos los asesinados. Por desgracia, lo único claro es que ocurrió hace mucho tiempo, así que solo quedan anécdotas y datos inconexos. Dudo que la información que pude recopilar nos permita saber lo que ocurrió, o a quién.

◆◆◆

Argus comprendió que iban por buen camino cuando la inspectora le confirmó sus sospechas. Lo más desconcertante del caso era la desconexión entre las víctimas, lo cual hacía casi imposible establecer una causa probable para el asesino, pero en un alarde de arrogancia, el propio Enigma les dio la respuesta en el primer acertijo. Estaba claro que tenía la certeza de que nunca lo descifrarían. Ese fue su primer error.

—La idea del juicio como motivo para la venganza es correcta —afirmó el comisario—. Nos equivocamos cuando limitamos la búsqueda a los últimos años en que se aplicó el garrote.

—¡Quién iba a imaginarse que ese tío podía estar tan desquiciado como para vengar una ofensa de hace varias generaciones!

—Es cierto, pero debimos contemplarlo. Si el hecho fue lo bastante importante para trascender en las historias familiares de los involucrados, debió tener un mayor impacto entre los descendientes del sentenciado.

—Supongo que ya no tiene caso lamentarse.

—Tiene razón —reconoció Del Bosque—. ¿Qué consiguió descubrir sobre este asunto?

Luisa suspiró.

—Me temo que tal vez no satisfaga sus expectativas con lo que averigüé. Como le dije, solo hay datos inconexos y poco precisos —advirtió la inspectora, mientras abría su cuaderno de notas—. La señora Montero, la madre de Xavier, me reconoció que su difunto esposo le habló de un antepasado que en su tiempo era considerado el mejor abogado de la ciudad. Así que estuvo involucrado no en uno, sino en varios juicios.

—La pereza —sentenció Argus. Luisa levantó la mirada hacia él—. Es el pecado que Enigma le atribuyó al chico Carvajal, quien era el descendiente directo de ese abogado, por lo que podemos deducir que el asesino acusa al antepasado de Xavier de actuar con pereza cuando defendió a su propio ancestro…

—¡Por Dios! Es enfermizo.

—¿Todavía duda del desequilibrio mental de Enigma?

—Desde luego que no.

—¿La señora Montero sabe algo de este abogado? ¿Su nombre, o la época en que vivió?

—Nada. Me temo que solo es una vaga referencia.

—No importa. Ahora que tenemos la certeza de que hay un factor común, podremos armar el puzle. Continúe, inspectora.

—Muy bien. Fernando Ayala me confirmó que su tatarabuelo ejerció como juez desde antes de la guerra hasta el año cuarenta y cinco.

—Un período muy largo que debe involucrar muchos juicios, de los

cuales algunos terminarían en el garrote. Sin embargo, ya vamos estrechando el cerco. En especial si lo sumamos a las declaraciones del agente forestal, cuyo bisabuelo era el verdugo de la ciudad antes de la guerra.

—Entonces el juicio que debemos identificar debió ocurrir antes del año treinta y seis.

—Es correcto. Por otro lado, la acusación de Enigma contra Zamora fue por ira, lo cual encaja muy bien en el verdugo.

—¿Y qué me dice del pecado relacionado con el juez?

—¿La lujuria? —puntualizó Argus con un asentimiento—. Puede resultar reveladora. En especial porque sugiere que el antepasado de los Ayala cometió prevaricación por su causa.

—Y eso sí explicaría el uso de la palabra en el acertijo.

—Parece que los enigmas del asesino comienzan a cobrar sentido —dijo el comisario, con la sensación de que estaban cerca de comprender lo que ocurría—. ¿Qué información le proporcionaron los Soliz?

—Me temo que no mucha. En una ocasión, Lea escuchó a su madre vanagloriarse de la integridad de su bisabuelo. Lo puso como ejemplo, y le dijo que participó como testigo de la acusación en un juicio, pese a que resultó muy difícil para él.

—¿Por qué?

—Lea no lo sabe. Su madre solo habló de ello una vez, pero enseguida abandonó el tema, como si se hubiera arrepentido de mencionarlo.

Argus se quedó pensativo por unos instantes.

—El asesino le atribuyó a Camila el pecado de la envidia. ¿No es así?

Luisa asintió.

—¿Cuál fue el origen de la fortuna de los Ponce?

—¿En qué está pensando?

—De nuevo en los pecados. Si seguimos los razonamientos de Enigma, el antepasado de Camila cometió el pecado de la envidia.

—Y la envidia implica que deseas algo que otro tiene.

—Eso explicaría la inhibición de Camila a la hora de dar explicaciones sobre una historia que ella misma sacó a relucir. Tal vez comprendió que la conducta de su bisabuelo no soportaría un análisis superficial.

—De acuerdo. Averiguaré desde cuándo y cómo medraron los Ponce —afirmó la inspectora, mientras tomaba nota.

—Bien. Al menos el antepasado de Camila no estaba relacionado con el mundo judicial, así que identificarlo nos permitirá precisar el nombre del acusado, y eso nos llevará a su descendiente. ¿Qué dice la familia de Aureliana?

—Traté de comunicarme con su nieta, pero no pude localizarla.

—Aureliana tenía ciento dos años, lo cual significa que era la única testigo viva de lo que pasó. Tal vez por eso fue la primera víctima de Enigma.

—¿Cree que ella participó en el juicio?

—Es posible, aunque también pudo ser su padre, o su madre. En cualquier caso, por su edad tenía una relación más cercana que las demás víctimas.

La inspectora llamó a la señora González, la nieta de Aureliana a través de su móvil, y activó el micrófono para que el comisario también pudiera escuchar e intervenir en la conversación. Respondieron al tercer timbrazo.

—Aquí Irene, ¿quién habla?

—Señora González, soy la inspectora Burgos. Me ocupo de la investigación del fallecimiento de…

—Por supuesto. De mi pobre abuela. ¡Quién iba a imaginar que alguien pudiera cometer un crimen tan brutal contra una pobre anciana! Mi familia y yo todavía no nos recuperamos de la sorpresa.

—Es comprensible. La llamo para hacerle algunas preguntas que nos pueden ayudar a detener al asesino.

—Pregunte, pregunte, que si puedo le responderé. Nadie más interesada que yo en que atrapen a ese demonio.

—¿Tiene noticias de si su abuela, o los padres de ella se vieron involucrados en algún juicio que terminó en sentencia de muerte? —Del otro lado de la línea se hizo un silencio oneroso—. ¿Señora González?

—Me habla usted de fantasmas, inspectora —murmuró la nieta de Aureliana con la voz cascada—. No puede ser que eso haya terminado así.

—Señora González. Soy el comisario Del Bosque. Usted sabe de lo que habla la inspectora. ¿Verdad?

—Si no tienen inconveniente, prefiero tratar sobre este asunto en persona.

Luisa y Argus intercambiaron una mirada. Comprendieron que habían metido el dedo en la llaga.

—Denos su dirección —le pidió Burgos, mientras tomaba nota de los datos—. Acudiremos a verla donde se encuentre.

—De acuerdo, inspectora. Estoy en el piso de mi hijo. Los esperaré y les contaré todo lo que sé, aunque le había prometido a mi abuela y a mí misma que me llevaría el secreto a la tumba.

◆◆◆

Una hora después, los policías aparcaban el Seat de Luisa en la Plaza del Raso. Los recibió una llovizna calabobos que contribuyó a que el frío les penetrara hasta los huesos. La primavera ya estaba avanzada, pero las bajas temperaturas se resistían a abandonar La Rioja.

La inspectora se encaminó hacia un edificio de aspecto señorial. A pesar de su antigüedad estaba recién pintado y se veía bien conservado. El portal estaba abierto, así que subieron hasta la primera planta por unas escaleras alfombradas y con barandales de madera pulida. Se veía limpio y bien cuidado.

Llamaron a la puerta de la señora González y les abrió una mujer que rondaba los sesenta años, de aspecto tan pulcro como todo lo que les rodeaba. Luisa se sorprendió en un primer momento, pues había imaginado a la nieta de Aureliana como una mujer joven. Entonces hizo un rápido cálculo, y comprendió que la anciana señora Díaz tenía al menos cuarenta años más que la mujer de pie frente a ella.

—Ustedes deben ser los policías con quienes hablé por teléfono.

—Soy el comisario Del Bosque y mi compañera es la inspectora Burgos —respondió Argus, al mismo tiempo que le entregaba su identificación.

Irene se ajustó los anteojos para echar un rápido vistazo a las credenciales del policía y luego los invitó a entrar. El vestíbulo solo albergaba un paragüero, y un perchero para los abrigos.

Avanzaron por un pasillo que daba a diferentes habitaciones. La segunda puerta a la derecha era un salón, donde Irene los invitó a sentarse. Después de rechazar con amabilidad su oferta de agua y café, Argus decidió entrar en materia.

—Nos dijo por teléfono que había algo que prefería contarnos en persona.

La señora González suspiró, al mismo tiempo que asentía.

—Se trata de una vieja historia que yo creía olvidada. En especial porque todos los que estuvieron relacionados con ella, murieron hace muchos años.

—Todos excepto su abuela —señaló la inspectora.

—Así es. Yo era su nieta favorita, y recuerdo que siendo una niña me quedé en su casa por unos días. Su dormitorio estaba junto al mío y en la mitad de la noche escuché ruidos extraños. Yo tendría unos catorce años. Me levanté y entré en su habitación. La encontré llorando. Trató de disimular, pero no pudo engañarme. Le pregunté qué le pasaba y ella se sentó en la cama y palmeó el colchón. Cuando me senté a su lado, me cubrió con su manta y me abrazó. Entonces me acarició el cabello y me lo contó.

—¿Qué fue lo que le dijo? —preguntó Luisa con impaciencia.

—Cuando ella tenía quince años, más o menos mi edad, su mejor

amiga era una chica llamada Benedicta Sánchez. Solían hacer juntas todas las tareas, y luego corrían por el campo para recoger flores. Eran dos chiquillas felices e inocentes.

» Una mañana, Benedicta no apareció en la granja. Mi abuela creyó que estaría ocupada cumpliendo las tareas de su propia casa, hasta que le llegó la terrible noticia. Uno de los vecinos que salió a cazar conejos la encontró muerta en el campo. La noticia se extendió por el pueblo en cuestión de pocas horas, y no hubo habitante de Calahorra que no comentara el trágico suceso.

» Las autoridades se ocuparon de investigar el crimen. A Benedicta la violaron y le asestaron un golpe mortal, pero la policía de entonces no tenía idea de quién pudo cometer semejante atrocidad. Se comenzó a hablar de un vagabundo que rondaba la zona.

—¿En qué año ocurrieron estos sucesos? —preguntó el comisario.

—Era el año 1931.

Luisa tomó nota.

—Continúe, por favor.

—Después de un par de días, cuando mi abuela acudió a la plaza para recoger agua, un vecino la interceptó. Había cierta paranoia en el pueblo después de lo que le ocurrió a Benedicta y ella se asustó. Estuvo a punto de gritar para pedir ayuda, pero él consiguió calmarla. Con mucha labia la convenció de que no tenía nada que temer, sino que más bien aquel encuentro podría ser beneficioso para ambos.

» No quiero disculpar a mi abuela. Ella misma nunca consideró expiada su culpa, pero quisiera que comprendieran la situación. Los Díaz eran muy pobres, así que aunque mi abuela era una chica lista y guapa tenía pocas posibilidades de casarse, porque ni siquiera soñaba con una dote.

—Y eso fue lo que le ofreció este sujeto —sentenció Luisa.

Irene asintió.

—Le ofreció una suma de dinero muy tentadora. Suficiente para que mi abuela perdiera el norte.

—¿Qué debía hacer ella a cambio?

—Tenía que decir que Benedicta le había confesado que sentía temor porque un hombre la siguió para hacerle propuestas indecorosas.

—¿Había algo de verdad en ello?

—No. Hasta el día de su muerte, Benedicta no manifestó ningún temor, ni preocupación.

—¿A quién quería inculpar este vecino? —preguntó Del Bosque.

—Al hombre que encontró el cuerpo de la niña.

—¿Qué hizo Aureliana? —preguntó Luisa.

—Me temo que cedió. Se trataba de una suma tan fabulosa para ella, que representaba la diferencia entre la miseria, o la esperanza.

—¿Era consciente de las consecuencias de su mentira?

—Creo que no —opinó la señora González—. Mi abuela era una niña campesina, con un conocimiento nulo acerca de las leyes. En ese momento solo pensó en el dinero, en que tendría una dote con la que podría casarse y fundar una familia. Tuvo que terminar el juicio para que comprendiera la enormidad de su mentira.

—El juicio concluyó con sentencia de muerte, ¿no es así?

—Eso me temo. Terminó como era habitual en esos días cuando se trataba de asesinato. El acusado murió en el garrote vil. Y mi abuela se arrepintió toda su vida de haber cedido al soborno. Por eso siempre era tan generosa, despreciaba el dinero, y con ello su propia conducta. Creo que nunca dejó de llorar por las noches.

—La avaricia —dijo la inspectora.

—¿Qué? —preguntó Irene, sin comprender a que se refería la detective.

—Nada. No se preocupe. ¿Alguien más supo acerca de esto?

La señora González negó con la cabeza.

—Mi abuela se hubiera cortado la lengua antes de confesárselo a alguien más. Creo que aquella noche influyó su estado de ánimo y la relación especial que existía entre nosotras. Ella me decía que yo le recordaba a Benedicta.

Argus se quedó pensativo por unos instantes, antes de preguntar:

—¿Conoce la identidad del hombre que fue ejecutado?

—Me temo que mi abuela nunca quiso decírmelo. Según ella, no merecía pronunciar el nombre de quien murió por su culpa. Ya lo había vilipendiado bastante.

—¿Y qué me dice del vecino que la sobornó?

—A ese sí lo mencionaba con frecuencia para maldecirlo. Su nombre era Godofredo Ponce.



Los policías abandonaron el piso de Irene con una extraña sensación de irrealidad. Una cosa era deducir que los motivos de Enigma para los homicidios tenían su origen en el pasado remoto, y otra muy diferente comprobar que se encontraban en presencia de la venganza por un hecho acontecido hacía casi un siglo. Ambos se trasladaban de vuelta a la comisaría, cada uno sumido en sus propios pensamientos, cuando la inspectora rompió el silencio:

—¡Nada de esto tiene sentido! Aureliana tenía quince años en el momento del juicio. Eso significa que todos los que estuvieron involucrados están muertos. ¿Quién demonios podría querer vengar al cazador?

—Yo apostaría por uno de sus descendientes. Debemos recordar el momento histórico en el que ocurrieron los hechos. Calahorra no debía ser más que un pueblo de buen tamaño, donde todos sus habitantes se conocían. La condena y ejecución de ese vecino debió causar la ruina de su familia.

—¿Entonces, quién es Enigma? ¿Un hijo o nieto de ese hombre?

—Si las víctimas pertenecen a la tercera o cuarta generación, el asesino podría ser cualquiera. Una historia como esta debió pasar de padres a hijos, y es muy probable que representara la justificación para todas las desgracias familiares desde entonces.

—¿Pero quién era este hombre?

Argus sacudió la cabeza.

—Alguien a quien el señor Godofredo Ponce quería quitar del medio. Y supongo que este Ponce debe ser el bisabuelo de Camila, lo cual me hace volver a preguntarme cuál es el origen de la fortuna de la familia.

—¿Sospecha que este Ponce se benefició de la desgracia de su vecino?

—Es lo que dijo la señora González. Godofredo convenció a Aureliana de que su testimonio en falso les beneficiaría a ambos.

—Necesitamos averiguar todo lo posible acerca de ese juicio. ¡Si es que esos archivos sobrevivieron a la guerra! Hoy podrían ser solo polvo y cenizas.

—No nos pongamos en lo peor, todavía —le recomendó el comisario—. Debemos averiguar dónde podríamos encontrarlos.

—Tal vez Eloísa nos ayude a dar con ellos.

Cuando llegaron a «San Celedonio» hablaron con la secretaria y le explicaron lo que necesitaban. Luego subieron al despacho de la inspectora. Luisa se disponía a investigar a los Ponce, cuando un mensaje entró en el móvil de Argus.

—Daniel llegó a Marañón sano y salvo —anunció el comisario, al mismo tiempo que desplegaba una sonrisa. Luisa se relajó con alivio —. Según Werner, congenió de inmediato con los nietos de Abelard, y ya tienen revolucionada a media isla.

—Es extraordinaria la capacidad de adaptación que tienen los niños —dijo la inspectora, y haciendo un esfuerzo contuvo la lágrima que pugnaba por salir—. Nunca nos habíamos separado, y siempre creí que…

—Estoy seguro de que esta aventura les será beneficiosa a ambos.

Luisa cerró los ojos y suspiró.

—Gracias.

—No necesita agradecerme, inspectora —dijo Argus, encogiendo un hombro—. No iba a permitir que el chico corriera peligro. Y le aseguro que para Daniel no existe un lugar mejor en este momento.

Burgos respiró profundo y volvió a concentrar su atención en el ordenador.

—Bien, volvamos al tajo. En el registro debe constar la fecha de fundación de la Bodega de los Ponce, así como los papeles de propiedad.

Mientras la inspectora se zambullía en documentos centenarios, el comisario volvió a concentrarse en el tablón de corcho y a hacer anotaciones de los últimos descubrimientos. El puzle comenzaba a delinearse. Las víctimas ya no estaban desconectadas entre sí. Había un factor común, aunque formara parte de la historia de la ciudad.

—¡Aquí está! —exclamó Burgos—. Los documentos originales reposan en los archivos de registro de propiedad más antiguos, pero se ha realizado una labor de escaneo de aquellas empresas que continúan activas en nuestros días. Entre ellas la Bodega «Ponce de Calahorra». La fundó Godofredo Ponce en 1940. No parece una fecha muy cercana al asesinato de Benedicta, y el soborno de Aureliana.

—Lo es, si toma en cuenta los tres años de guerra, durante los cuales todas las actividades empresariales y comerciales debieron reducirse a su mínima expresión. Si encontraron el cuerpo de la niña en 1931, no es difícil que un proceso judicial con implicaciones tan graves se prolongara por un par de años, además del tiempo que Godofredo empleara en las maniobras comerciales que le permitieran beneficiarse de la desgracia de su vecino.

—Pero ¿cómo?

—Vamos a elucubrar un poco. La familia del cazador debió quedar en una situación muy vulnerable después de la ejecución. Es probable que Ponce sacara ventaja de ello… Necesitamos identificar al acusado.

Como si lo hubiera escuchado, en ese momento Eloísa llamó a la puerta y se asomó.

—Lamento la interrupción. Traigo malas noticias. Los archivos de los casos judiciales previos a la guerra se guardaban en los juzgados de Logroño. Por desgracia, un obús cayó en ese edificio y destruyó todos los expedientes en el año treinta y ocho.

—Polvo y cenizas —sentenció la inspectora con desaliento.

—Gracias, Eloísa. Al menos lo intentamos —dijo el comisario, a quien la noticia no pareció afectarle. La señora Márquez desplegó una sonrisa forzada y se retiró.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luisa, a quien le desesperaba la tranquilidad de su colega.

—Tendremos que encontrar a alguien con muy buena memoria.

—¡Supongo que no habla en serio! La única superviviente de la que tenemos noticia era Aureliana, que le recuerdo que tenía apenas quince años cuando todo ocurrió, y ciento dos cuando murió. ¿A quién espera encontrar que pueda contarnos la historia? Y que esté vivo, por

supuesto —agregó con sarcasmo.

—No necesitamos un testigo presencial —replicó Del Bosque—. Ya escuchó a la señora González: el asesinato de Benedicta fue una noticia impactante cuando ocurrió. Tal vez la guerra apagara la repercusión que tuvo en la población, pero debió comentarse mucho en su momento y también después.

—¿En qué está pensando?

—En alguien que viva de los recuerdos de la ciudad… En un cronista.

La palabra despertó un recuerdo en la mente de Luisa.

—Leí un artículo hace algunas semanas —comentó, mientras revisaba su historial de navegación—. ¡Aquí está! Es una entrevista a un profesor jubilado que dedica su tiempo a recuperar la historia perdida de Calahorra. Esa que no queda escrita, sino que pervive en la memoria de los habitantes más viejos, y que desaparece en la medida en que mueren quienes la recuerdan. Su nombre es Armando Buendía.

—Es justo lo que necesitamos —confirmó Argus, con interés—. ¿Podemos contactarlo?

—Tal vez. Hablaré con el periodista que hizo la entrevista…

Después de un par de llamadas y de esquivar la curiosidad del reportero, la inspectora logró hablar con el cronista, a quien le explicó lo que necesitaban saber.

—Si el juicio del que requieren información es el mismo en el que estoy pensando, será mejor que lo discutamos en persona, inspectora. Hay tela marinera en ese asunto.

Después de acordar un encuentro, Luisa colgó el auricular.

—Buendía vive a dos manzanas de aquí, y aceptó venir a prestar declaración. Creo que usted tiene razón. El juicio del año treinta y uno debió levantar muchas ampollas en su momento.

Argus asintió.

—A través de Camila, Enigma acusó a su bisabuelo de envidioso. Y sabemos que Ponce sobornó a Aureliana para que cometiera perjurio. No tengo dudas de que la familia medró a costa de la vida de su vecino, y que este era un miembro prominente de la comunidad.



Armando llegó al cabo de quince minutos. Era un jubilado de ademanes pausados y sonrisa amable. Lo recibieron en el despacho de Luisa. Ella lo observó desde su asiento, mientras Argus se quedaba de pie detrás de su compañera.

—Le agradecemos mucho su colaboración, señor Buendía —dijo la inspectora, después de ofrecerle la silla frente a ella—. Nos interesan

mucho los detalles del caso que le comenté por teléfono.

—El juicio a don Severiano. Ya nadie lo recuerda, pero en su momento no se hablaba de otra cosa en Calahorra.

—Es muy importante que nos aseguremos que se trata del mismo caso —señaló el comisario.

—Ya lo suponía, por eso decidí traer mi cuaderno de notas. Me temo que no dispongo de pruebas documentales. La mayoría de esos archivos ya no existen, pero la historia de Calahorra siempre me ha fascinado, así que desde que me jubilé, me dediqué a entrevistar a los vecinos más ancianos y ellos quedaron muy complacidos de compartir sus recuerdos conmigo.

Armando le entregó a Luisa un viejo cuaderno escolar escrito en una caligrafía pulcra y elegante. Cada relato terminaba con una rúbrica. Cuando la inspectora se detuvo a mirar las firmas, Buendía se apresuró a explicar su significado.

—Me gusta pensar que soy un cronista serio. Ante la falta de pruebas documentales, les pido a los testigos que los firmen para que quede constancia de su autenticidad.

—Es un trabajo extraordinario.

—Gracias. Me precio de ser muy meticuloso, y en ocasiones me llaman de algún periódico local para que les envíe una historia de los viejos tiempos que despierte la curiosidad de sus lectores.

—¿Qué puede decirnos del juicio sobre el asesinato de Benedicta?

Armando se echó hacia atrás en la silla y bajó la mirada.

—Esa fue una historia muy triste. Es la que está señalada con el marcapáginas —agregó el cronista, refiriéndose al cuaderno que Luisa todavía sostenía en las manos.

—¿A quién acusaron del crimen? —preguntó el comisario.

—¿No lo saben? —Buendía acompañó sus palabras con un resoplido—. A Severiano Leza, quien por esos días era el hombre más importante de Calahorra.

—Parece que conoce la historia —comentó Burgos—. ¿Fue testigo de lo que sucedió?

—No, eso ocurrió en el año treinta y uno. Un lustro antes de la guerra. Es demasiado antiguo hasta para mí. Sin embargo, conocí a varias personas que vivían cuando ocurrió, aunque ya todos han muerto. Durante mucho tiempo fue tema obligado en Calahorra.

—¿Qué puede decirnos acerca de ese juicio?

—Fue una injusticia y una vergüenza —sentenció Armando, con un bufido—. Tal vez hoy nos resulte difícil imaginarlo, pero trataré de hacerles una semblanza. En ese entonces, Calahorra era poco más que un pueblo grande. Casi todos vivían de la huerta, con excepción de don Severiano y don Cipriano, que eran competidores por la producción del vino local. Aunque la prevalencia de Leza era

indiscutible.

—Así que era un terrateniente —puntualizó Argus.

—Era el hombre más rico de Calahorra. También era un vecino muy querido. Todos reconocían su generosidad. Cualquier mendigo que llamara a su puerta se iba con el estómago y las alforjas llenas. Lo que nadie sospechaba era que tuviera tantos enemigos ocultos.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Una mañana de primavera, don Severiano Leza salió con sus perros a cazar conejos. Los sabuesos estaban nerviosos y lo condujeron hasta lo que sería su desgracia: el cadáver de una niña. Benedicta Sánchez era la hija de un aparcero. En el momento de su muerte solo contaba dieciséis años. Por supuesto que el hallazgo horrorizó a don Severiano, quien regresó a su casa y ordenó a uno de sus empleados que corriera hasta el pueblo para avisar a las autoridades.

» En un primer momento, todo transcurrió con normalidad. Recogieron el cuerpo, avisaron a la familia e iniciaron las investigaciones. También organizaron una batida por la zona, pues se habían escuchado reportes de un vagabundo que merodeaba por el pueblo. Por supuesto que nadie sospechó de don Severiano.

—Hasta que intervino Aureliana Díaz.

—Es correcto —confirmó el cronista, con un asentimiento—. Pocos días después, la mejor amiga de Benedicta se presentó en el cuartelillo y declaró contra don Severiano, por lo que los guardias iniciaron una investigación, aunque sin mucho interés. Después de todo, solo se trataba de la palabra de una chavala.

» La situación comenzó a complicarse para Leza cuando su mejor amigo, Godofredo Ponce, afirmó que don Severiano le confesó que sentía impulsos maliciosos contra la chiquilla. Eso resultó lapidario. Ya no se trataba de la palabra de una niña, sino de un miembro prominente de la comunidad, que además era amigo del sospechoso y que hizo la declaración «contra su voluntad».

—¿Cuál era la situación de Godofredo Ponce en Calahorra?

—Era el abogado de don Severiano y también su mejor amigo. Fue el propio Leza quien lo trajo a Calahorra para que lo ayudara con el manejo de sus negocios. Por eso su palabra pesó tanto en el juicio.

—¡Vaya amigo! —exclamó Luisa.

—Por favor, continúe, señor Buendía.

—Muy bien. Después del testimonio de Ponce, los guardias detuvieron a don Severiano, y se le acusó de la violación y el asesinato de Benedicta…

—¿Sin más pruebas? —lo interrumpió Luisa.

—Por eso les pedí que se ubicaran en el momento histórico. Hablamos de 1931. Las autoridades todavía no contaban con todos los recursos de los que disponen hoy, así que la credibilidad de los

testigos era fundamental a la hora de decidir. Y me temo que el testimonio de Godofredo Ponce tenía un enorme peso específico, además de que otros lo reforzaron.

—¿Hubo más testigos?

—Durante el juicio hubo otras dos personas dispuestas a declarar en contra de Leza. Uno fue su principal competidor: Cipriano Gómez. Poseía solo algunos viñedos y su vino era de calidad inferior, pero él no lo reconocía. Atribuía su estancamiento en los negocios al ventajismo de Leza, así que estuvo dispuesto a declarar contra el carácter del acusado.

—¿Contra el carácter? —repitió la inspectora, con sorpresa.

—Lo más sólido que podía argüir don Severiano en su defensa era su prestigio como hombre de bien. Y en ese aspecto se centró su abogado, pues su reputación era su mejor aval. Así que Gómez se esforzó en acabar con ella mediante historias de negocios turbios y competencia desleal. Pintó un cuadro muy desfavorable del hombre sentado en el banquillo de los acusados.

—¿No tuvieron en cuenta la rivalidad del testigo?

—También era un hombre respetado y su palabra no estaba en tela de juicio. Me temo que consiguió su cometido. Para cuando terminó de hablar en el juzgado, don Severiano era poco más que un truhan. Sin embargo, eso solo fueron las banderillas. El remate se lo dio una vecina llamada Encarnación.

Los policías se miraron entre sí. Estaban apareciendo nombres de testigos claves del juicio de Leza, cuyos descendientes Enigma no había atacado. Debía tratarse de las dos víctimas que expiarían los pecados que aún faltaban: la gula y la soberbia.

—¿Fue importante la declaración de esta mujer?

—¿De Encarnación Medrano? Resultó determinante. Se trataba de una vecina de Benedicta que salió al campo muy temprano para ordeñar las vacas. Cuando regresaba con la leche vio a un hombre correr en dirección a la casa grande, desde la zona donde después hallaron el cadáver. Ella afirmó que se trataba de don Severiano Leza. La defensa argumentó la corta vista de la testigo, pero sus palabras hicieron mella en el juez, o le dieron la excusa que buscaba.

—¿A qué se refiere? —preguntó Argus.

—Según las malas lenguas, el juez de la causa estaba enamorado de Jacinta, la mujer de Severiano, y ese fue el motivo de que cometiera prevaricación.



Luisa pensó que las piezas comenzaban a encajar. Por fin habían

encontrado el acontecimiento que daba origen al odio de Enigma. Resultaba evidente que el asesino se relacionaba de alguna forma con Severiano Leza, y que buscaba vengarse de las personas que contribuyeron a su ruina. La inspectora cerró el cuaderno, entrecruzó las manos y preguntó:

—¿Qué ocurrió con la familia de Leza?

—Padecieron un destino injusto y muy triste. Severiano y Jacinta tenían una hija de la edad aproximada de Benedicta y cuyo nombre era Jesusa. Doña Jacinta invirtió una fortuna en el mejor abogado de Calahorra para tratar de salvar a su marido. Sin embargo, el letrado no pudo contrarrestar el entramado de intrigas que se tejió alrededor del terrateniente.

—¿La hija de Leza se casó? ¿Tuvo descendencia? —preguntó Luisa, con interés.

—Me temo que eso no lo sé. La señora Leza invirtió grandes sumas de dinero en la defensa de su marido con la esperanza de evitar que lo condenaran al garrote. Así que cuando llegó el momento de la cosecha no estuvo en capacidad de contratar vendimiadores. Además de que nadie quería trabajar la tierra del violador y asesino de una niña. Desde que acusaron a Severiano, la vida en el pueblo se les hizo insufrible a doña Jacinta y su hija, así que después de la ejecución vendieron sus propiedades por una fracción de su valor y se marcharon.

—¿Quién fue el comprador?

—La señora Leza se negó a venderle a nadie de Calahorra, así que pasó a manos de un forastero, pero después de la guerra resultó que Godofredo Ponce era el dueño de todas las propiedades.

—Compró a través de un intermediario.

—Es lo que pienso, sí.

—¿Adónde fueron la mujer y la hija de Severiano? —preguntó Luisa.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero uno de los ancianos que entrevisté mencionó que se marcharon al norte.

—¿Nadie volvió a saber de ellas?

—Nadie. Por supuesto que algunos comenzaron a recelar cuando Ponce apareció como el dueño absoluto de todas las propiedades de su antiguo amigo, pero el tiempo fue borrando cualquier suspicacia y Calahorra siguió adelante, como si ese vergonzoso capítulo de su historia nunca hubiera ocurrido.

Después de que Buendía contó todo lo que sabía, Luisa le agradeció por su colaboración y evadió con sutileza la curiosidad del viejo cronista. Él accedió a dejarles su cuaderno, con la promesa de que se lo devolverían intacto.

—Esto explica muchas cosas —dijo la inspectora, en cuanto ella y

Argus se quedaron solos.

—Ya lo creo. Estoy seguro de que este es el motivo que buscábamos.

—Pero ¿por qué? —insistió Luisa—. Es imposible que el asesino viviera los acontecimientos en persona, a menos que tuviera la edad de Aureliana. Y si es un descendiente de Severiano, todo esto solo sería un relato familiar sobre algo que le ocurrió a un antepasado.

—Es evidente que para Enigma es mucho más que eso.

Burgos miró con curiosidad al comisario.

—¿Qué más puede ser?

—Es probable que el estigma de lo que ocurrió persiguiera a la familia durante generaciones. La historia de la injusticia contra Severiano debió transmitirse de padres a hijos y nietos. Cualquier penuria que les ocurriera se relacionaría con el juicio. Ya sabe: «Éramos ricos, así que no pasaríamos por esto si no hubieran acusado a nuestro abuelo de un crimen que no cometió».

—¿Encuentra razonable algo así?

—No hay nada razonable en este caso, inspectora. Y está claro que el asesino no goza de salud mental, pero estoy seguro de que él se ve a sí mismo como un justiciero. Por eso alardeó con los acertijos.

—Muy bien. Supongo que tiene razón. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo único que nos puede llevar hasta el nombre del asesino. Debemos elaborar el árbol genealógico de los Leza hasta nuestros días.

—¿Cómo? Ni siquiera sabemos adónde se fueron doña Jacinta y su hija. Pudieron terminar en los fiordos noruegos.

—No creo que llegaran tan lejos. Es probable que trataran de establecerse donde nadie las conociera y pudieran sobrevivir.

—¿Tiene algún lugar en mente?

—¿Cuál es la provincia más cercana al norte de La Rioja donde les habría resultado posible conseguir trabajo a dos mujeres?

—¿El País Vasco?

—Creo que vale la pena investigarlo.

Luisa sacudió la cabeza.

—¿Se da cuenta de que tendríamos que visitar Vizcaya, Álava y Guipúzcoa, sin tener la certeza de que terminaron allí? ¿Cómo sabemos que no cruzaron hasta Francia? Perderíamos demasiado tiempo. Y eso es algo de lo que andamos escasos.

—Hace unos meses participé en una investigación que requirió indagar en los archivos diocesanos de San Sebastián. Contamos con la ventaja de que están digitalizados.

—¿Quiere decir que podemos consultarlos por Internet?

—Por supuesto.

—Me pongo a ello.

—Tengo una tarea más importante para usted —replicó el

comisario.

—¿Más importante que encontrar al descendiente de Leza que está sembrando Calahorra con cadáveres?

—Mucho más. Aún existen potenciales víctimas en peligro. Si tomamos en consideración el relato de Buendía, hubo dos personas más involucradas en la destrucción de Leza…

—Cipriano y Encarnación.

Argus comprendía que tenían el tiempo en contra, así que le dio una orden a su compañera:

—Debemos encontrar a los descendientes de estos dos testigos y protegerlos. Yo me encargaré de Jacinta y su hija. Ocúpese usted de revisar los registros históricos de Calahorra para localizar los próximos objetivos del asesino.

—Muy bien. Estoy segura de que en el Archivo de la Catedral de Calahorra encontraré lo que necesitamos —dijo Luisa, mientras se ponía de pie—. Nos mantendremos en contacto.

El comisario asintió y se puso manos a la obra con el ordenador. Solo esperaba que ambos terminaran sus respectivas tareas a tiempo para evitar un nuevo crimen. Temía que Enigma acortara los plazos entre los asesinatos. De cualquier manera, el reloj los apremiaba.

Luisa abandonó el despacho, y Argus comenzó su búsqueda por la provincia más cercana: Álava. Aunque le llevó varias horas, valió la pena. En Vitoria encontró el certificado de defunción de Jacinta de Leza, natural de Calahorra, quien falleció en el año 1935. No encontró ningún registro civil durante la guerra y el comisario temió que la hija de Severiano hubiera abandonado Vitoria, pero en 1940 Jesusa Leza contrajo nupcias con Balbino Fuenmayor, cochero de profesión. Después de eso no fue difícil seguirle la pista a su descendencia.

Ya el sol comenzaba a declinar cuando Argus apartó la mirada de la pantalla, se echó hacia atrás en el asiento, y soltó el aire que había retenido sin darse cuenta. El nombre saltaba de la pantalla para gritarle su torpeza. Por fin todo cobraba sentido.



Mientras Del Bosque hurgaba en el destino de los Leza y sus descendientes, la inspectora se encontraba en los archivos diocesanos de la Catedral de Calahorra. Sus requerimientos sorprendieron al diácono a cargo de los viejos registros, pero en cuanto le explicó la urgencia de su misión, el clérigo demostró su valía como colaborador.

Ambos hurgaron en el pasado de Calahorra y descifraron la historia de las familias de Cipriano y Encarnación a través de certificados de nacimiento, bautizo, matrimonio y defunción. De vez en cuando

también aparecían registros comerciales, que le permitieron a la inspectora reconstruir las historias hasta la actualidad.

Cipriano Gómez no dispuso de mucho tiempo para disfrutar la desaparición de su rival comercial, pues murió de hidropesía pocos meses después de la ejecución de Leza. Las tierras de los Gómez se repartieron entre sus tres hijos, con lo cual su patrimonio perdió importancia y su vino desapareció. Pocos años después, la guerra se encargó de pulverizar lo que quedaba. Sus esfuerzos por superar a su rival comercial fueron inútiles. Entre los Gómez que murieron durante el conflicto bélico y los que emigraron a otras tierras pocos años después, solo quedó un nieto de Cipriano en Calahorra. Luisa y el diácono continuaron revisando registros hasta la actualidad. Como si una maldición hubiera caído sobre ellos, los descendientes de Gómez casi habían desaparecido de Calahorra con una sola excepción: una mujer llamada Delfina Henríquez.

La inspectora se comunicó con la comisaría y le ordenó a Quintana que encontrara a Henríquez, mientras ella y el diácono volvían a zambullirse en el pasado, esta vez para explorar los destinos de la familia Medrano.

La historia de esa familia resultó menos trágica que la de los Gómez. Encarnación murió un año después de la guerra. Burgos se sintió desolada cuando comprendió que Medrano tuvo once hijos, como era habitual en esos años.

—No terminaremos nunca —se quejó la inspectora. El diácono sonrió con benevolencia.

—Dios nos ayudará.

—No veo a Dios por aquí —replicó Luisa, de mal humor—. Lo que necesitamos son investigadores dispuestos a clavar los codos en la mesa y meter las narices entre el polvo de los libros de registros antiguos.

Como si los hubiera invocado, por la puerta entraron media docena de jóvenes seminaristas que los saludaron con alegría. Luego cada uno cogió un libro de manos del diácono y ocupó una silla frente a la mesa. Las cejas de la inspectora volaron en dirección a la línea del cabello y su mandíbula descendió un par de centímetros.

—¿De dónde…?

—Ya sospechaba que nos íbamos a encontrar con un problema como este, pues a principios del siglo XX eran muy habituales las familias numerosas. Así que cuando me explicó la importancia de esta búsqueda para evitar la muerte de dos inocentes, me tome la libertad de pedir ayuda. Estos jóvenes son voluntarios, y gracias a ellos encontraremos la información con mayor rapidez.

En efecto, minutos después cada uno se concentraba en su legajo de documentos. Paso a paso reconstruyeron la historia de la familia

Medrano. Los resultados aturdieron a la inspectora, pues había más de veinte personas que descendían en forma directa de Encarnación.

—No podemos protegerlos a todos —reconoció Luisa con desaliento, en cuanto vio la lista.

—¿No existe algún patrón que nos pueda guiar? —preguntó el diácono.

—Sí, tiene razón. Espero no equivocarme, pero no es la primera vez que existe más de un descendiente vivo del objetivo original —razonó Burgos—. Veamos, los sucesores directos de Godofredo Ponce eran Camila y sus dos hijos, pero el homicida solo fue a por Camila. Con respecto a los Ayala, asesinó a Julio, el hermano mayor, pero ni siquiera se acercó a Fernando…

—En ese caso debemos encontrar al descendiente más directo y de mayor edad.

—Es un buen razonamiento —aprobó la inspectora—. Lo primero será determinar cuál es la generación viva más próxima a Encarnación. Y entre ellos ubicar a la persona de mayor edad.

—Muy bien, chicos, ya habéis oído. Manos a la obra.

Los jóvenes se concentraron en la tarea con entusiasmo. La posibilidad de salvar una vida era un fuerte aliciente. Mientras trabajaban, un mensaje sacó a Luisa de su concentración. Quintana le informaba que ya tenían localizada a Delfina Henríquez. Se trataba de la dueña de un ultramarino en la calle Garrido, hacia donde envió a dos patrullas para protegerla.

La inspectora se sintió orgullosa de la eficiencia de sus compañeros, pero al mismo tiempo recordó lo que le ocurrió a Pérez, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Avísele a los agentes que tengan mucho cuidado. Nos enfrentamos a un asesino muy astuto e inescrupuloso.

—Lo dice por Pérez, ¿no es así? Descuide inspectora. Los hombres tienen instrucciones. Se mantendrán en parejas, y si ese malnacido se acerca, lo lamentará.

Burgos colgó con la sensación de que los acontecimientos se acercaban a un desenlace a velocidad de vértigo. No veía el momento en que toda esa pesadilla terminara, al mismo tiempo que temía lo que pudiera ocurrir, pues sabía que en cuanto Farías dejara de necesitarla, haría todo lo posible por deshacerse de ella. Y entonces, qué sería de Daniel.

—¡Lo tenemos! —exclamó uno de los jóvenes.

La inspectora y el diácono prestaron atención, mientras el muchacho les mostraba lo que descubrieron.

—Hay veintidós personas que descienden de Medrano, pero casi todas pertenecen a la cuarta y quinta generación. Sin embargo, todavía vive un hombre de la tercera generación en Calahorra. Es

decir, un bisnieto directo de Encarnación. Fue taxista, aunque ahora está jubilado.

—¿Cuál es su nombre?

—Francisco Marín. Vive en la residencia para ancianos «San Juan Bautista».

La inspectora palideció al escuchar el nombre del centro donde Enigma asesinó a Aureliana. Ya el criminal conocía el lugar, sus horarios, entradas y salidas. Con dedos temblorosos, Luisa llamó a Quintana para ordenarle que enviara otras dos patrullas que protegieran a Marín. Luego se comunicó con el comisario Del Bosque para informarle acerca de sus avances, y las medidas preventivas que instrumentó.

Para su sorpresa, Argus, el hombre de piedra, le respondió con una voz en la que apenas podía contener la emoción. Escuchó con atención y la felicitó por haber cumplido con éxito la difícil tarea, y por tener la iniciativa de actuar en consecuencia. Entonces dejó caer las palabras que Luisa tanto esperaba, y a la vez temía.

—Regrese de inmediato, inspectora.

—¿Qué ocurre?

—Ya identifiqué a Enigma.

—¿Quién es?

—Debemos discutirlo en persona. Se trata de una información delicada que traerá graves consecuencias. Es vital que seamos discretos.



Luisa llegó a la comisaría en tiempo *record*. Durante todo el trayecto elaboró y descartó una teoría tras otra acerca de la identidad del asesino. Su única certeza era que sin importar quien fuera el culpable, descubrirlo descentró a la persona con mayor control de sus emociones que había conocido en su vida. Y eso la preocupaba.

Entró en la comisaría sin siquiera mirar a Quintana. El oficial se sorprendió cuando la vio pasar de largo sin siquiera preguntarle acerca de las vigilancias que se llevaban a cabo en ese momento. La inspectora subió corriendo las escaleras y alcanzó su despacho sin aliento. Abrió la puerta sin anunciarse y se quedó de piedra al comprobar que además de Del Bosque, Farías también se encontraba allí.

Cuando su jefe la vio entrar de esa forma frunció el ceño, las orejas se le enrojecieron y comenzó a temblarle el bigote.

—¿Su madre no le enseñó a llamar a la puerta, inspectora?

—Lo lamento, señor, yo…

Argus intervino en auxilio de Luisa.

—Si la inspectora Burgos se muestra ansiosa y olvidó llamar, es porque yo le ordené que regresara de inmediato.

—¡Eso no es excusa para ignorar los modales!

—No creo que este sea el momento para preocuparse por las formas —replicó Del Bosque—. No tenemos tiempo que perder.

—Y no lo perderemos. Ya hay una patrulla en camino para arrestar al malnacido. Pronto se habrá terminado toda esta pesadilla.

—Pero ¿quién es Enigma? —preguntó la inspectora. Argus iba a responder, cuando el móvil de Farías comenzó a sonar. El comisario atendió la llamada.

—Sí, dime Rodríguez… No me vengas con excusas. ¿Cómo que no es allí? ¡Desde luego que estoy seguro de que esa es su dirección! ¿Una anciana y su gato? ¡Vamos, no me jodas! Te aseguro que te entregué las señas correctas… ¡Pues no lo sé! Pregunta en el vecindario. Tal vez os equivocasteis de piso… Alguien debe conocerlo. Investiga y me avisas. ¡Inútiles! —dijo Ernesto, al mismo tiempo que terminaba la llamada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Del Bosque.

—En la dirección que aparece en su expediente vive una anciana sola, que niega conocerlo.

—Es evidente que proporcionó una dirección falsa —dedujo Argus —. Debe haber planificado todo esto desde hace mucho tiempo.

La inspectora escuchaba la conversación como quien observa un partido de tenis, centrando su atención en quien hablaba, hasta que no pudo más y estalló.

—¡Maldita sea! ¿Alguien podría decirme quién es Enigma?

Los dos hombres la miraron con sorpresa. Farías frunció aún más el ceño, mientras Del Bosque soltaba un suspiro de conmiseración.

—El hombre que buscamos es el subinspector Alfonso Guerrero.

—¡¿Qué?!

—Como lo oye —intervino Farías echando fuego por los ojos, como si Luisa tuviera algo que ver—. Su compañero es el asesino que ha sembrado la ciudad de cadáveres y se ha burlado de nosotros por la cara. ¡Y usted trabajó codo con codo con él, sin siquiera sospecharlo!

—Ni ella, ni ninguno de nosotros —argumentó Argus en defensa de Luisa, que se había quedado sin palabras.

—¿Cómo… cómo es posible?

—Guerrero es tataranieto de Jesusa —le explicó Del Bosque—. Los Leza se asentaron en Vitoria, y la mayoría de los descendientes salieron adelante, pero uno de los nietos, Tomás Arriola, regresó a Calahorra tal vez buscando recuperar glorias pasadas.

—Y supongo que Alfonso desciende de esa rama de la familia — Argus asintió—. ¿Qué les pasó?

—Nunca levantaron cabeza. Hicieron lo posible por volver a trabajar el negocio familiar, compraron viñedos y fundaron una pequeña bodega, pero sufrieron una serie de desgracias que los hundieron en la miseria.

—¿Qué tipo de desgracias?

—Plagas, incendios, robos…

—¿Y esas desgracias fueron producto de la mala suerte o…?

—Si me lo pregunta, yo no creo en la mala suerte —respondió Argus—. Me inclino a pensar que la competencia no era bien recibida.

—¡Los Ponce!

—Es muy probable —reconoció Argus—. En cualquier caso, debió ser la conclusión a la que llegó Guerrero.

—Nada de eso importa ahora —los interrumpió Farías—. Ya todos los efectivos tienen la orden de busca y captura, pero debemos encontrarlo antes que ocurra otra desgracia. Inspectora Burgos, él era su compañero. ¿Tiene usted idea de cuál es su verdadera dirección?

Luisa sacudió la cabeza.

—Alfonso nunca fue muy comunicativo con respecto a su vida personal.

—No me sorprende —dijo Argus—. Todo parece indicar que preparó su venganza con mucha antelación. Le convenía ser discreto.

La inspectora todavía no podía creer que el chico servicial y bien dispuesto a ayudar, resultara un asesino desalmado.

—¿Estamos seguros de que no cometemos un error? Lo que quiero decir es que ser el descendiente de Severiano no lo convierte en culpable. No creo que exista un juez que acepte un parentesco como evidencia.

—Mi conclusión no se basa solo en su ascendencia —argumentó Del Bosque—. En cuanto supe quién era, las piezas del puzle comenzaron a encajar.

—¿A qué piezas se refiere usted?

—Me refiero por ejemplo al asesinato de Pérez en el hospital. Me molestaba que un policía entrenado se dejara sorprender de esa manera, pero siendo el asesino uno de sus superiores, se comprende que bajara la guardia. Y Guerrero aprovechó la ventaja que le proporcionaba que el joven agente confiara en él, para asesinarlo.

—Mi intención no es defenderlo —dijo Luisa—, pero todo esto sería evidencia circunstancial.

—Muy bien. Le daré algo más concreto: después de ver el nombre del subinspector en el árbol genealógico de los Leza, comprendí que debía comprobar las indagaciones que quedaron a su cargo. Encontré algunas discrepancias interesantes.

—¿Qué fue lo que encontró?

—Le hice algunas preguntas al director del instituto donde

estudiaron Pedroza y Soliz. Se sorprendió mucho cuando le pedí que me confirmara que sus exalumnos fueron buenos amigos en los años de ESO. El director insistió en que no era cierto, pues ni siquiera coincidieron en el mismo período de tiempo.

—Alfonso nos mintió…

—Así es. Tenía la intención de inculpar al enfermero para quedar libre de sospecha después de cometer los asesinatos.

—Pero es absurdo. Si acusaban a Pedroza y lo llevaban a juicio, cuando el director declarara se sabría la verdad, y él quedaría al descubierto.

—A menos que el testigo no pudiera llegar al juzgado porque sufriera un «accidente».

—Pero ¿qué ganaba con todo eso?

—Tiempo. Además, recuerde que fue él quien allanó la casa de Pedroza. Le habría resultado muy sencillo recoger una huella del enfermero y trasladarla a la siguiente escena del crimen.

—Pero el propio asesino le proporcionó una coartada a Pedroza cuando atacó a Gambino al mismo tiempo que el enfermero era arrestado. ¿Cómo lo explica?

—Me temo que eso también lo señala como culpable —dijo Argus, con un suspiro—. Enigma siempre estaba un paso por delante de nosotros porque conocía con exactitud cada avance de la investigación, puesto que él mismo formaba parte de ella, pero hubo algo que no pudo prever… No contaba con resultar herido cuando atacó a Gambino. Tampoco se preparó para el reposo que lo sacó del caso por un par de días.

Farías asintió al comprender el razonamiento de Argus.

—Claro, al no estar en primera línea durante la investigación, no sabía que arrestaríamos a Pedroza, así que cuando trató de asesinar a Gambino mientras el enfermero estaba en custodia, él mismo le proporcionó la coartada.

La inspectora Burgos se sentó y suspiró. Al comisario le dio la sensación de un globo que se desinfla.

—Tal vez deberíamos escucharlo antes de arrestarlo —argumentó Luisa, reacia a reconocer que su compañero era un asesino—. Es posible que exista otra explicación razonable para todo esto.

Del Bosque sacudió la cabeza y sacó su móvil del bolsillo.

—Quisiera que estuviera en lo cierto, inspectora, pero creo que esto la convencerá.

Luisa miró el teléfono en la mano de Argus y se preguntó qué prueba podría albergar. La embargaban sentimientos contradictorios. Por un lado quería detener a Enigma de una vez, pero se resistía a aceptar que Alfonso Guerrero fuera culpable.

—¿Tiene alguna evidencia que sea sostenible ante un juez?

—¿Recuerda que grabamos la declaración de la vecina de Julio Ayala?

—Sí, claro.

—Bien. Hoy escuché de nuevo la grabación. Guerrero entró en cuanto salió la señora Velázquez y fue entonces cuando discutimos acerca del anestésico que usaba Enigma. El subinspector mencionó el isoflurano antes de que nosotros le dijéramos el nombre exacto de la sustancia reportada por Toxicología. Solo habría una forma de que lo supiera: que él mismo fuera Enigma.



Farías regresó a su despacho para informar a los mandos acerca de los avances de la investigación. Si bien hubiera querido poder decirles que el asesino se encontraba en custodia, al menos la noticia de su identificación aliviaría un poco la presión que ejercían sobre él.

Argus y Luisa quedaron a cargo de descubrir el paradero de Guerrero. El comisario esperaba que el ego del subinspector jugara en su contra y no le permitiera sospechar que ya estaban sobre su pista.

—¿Cómo lo encontraremos? —preguntó Luisa, todavía desconcertada por el descubrimiento.

—Encárguese usted de averiguar si posee alguna otra propiedad, o si existe un contrato de alquiler a su nombre. Podría encontrarse en la propia Calahorra, o en sus alrededores. Yo me ocuparé de los registros de propiedades familiares. Tal vez se encuentre en algún inmueble heredado. Después de todo, su familia tiene un peso importante en el ánimo del subinspector.

—¿Ha pensado que puede haber alquilado sin contrato, o que tal vez participa en una «okupación» para no dejar rastros de su paradero?

—Ambas situaciones nos dificultarían encontrarlo, pero tome en cuenta que también lo pondrían al margen de la ley, con lo cual se arriesgaría a quedar expuesto. Sería muy difícil para un subinspector de la Policía explicar cualquiera de esos casos. No, yo creo que se mantiene dentro de la legalidad, aunque estoy seguro de que no nos lo habrá puesto fácil.

Luisa suspiró, abrió su ordenador y comenzó su tediosa tarea. Por su parte, Argus usó su propio portátil para escudriñar en los documentos de propiedad de Tomás Arriola y sus descendientes.

Al cabo de una hora, la inspectora concluyó que Alfonso no era dueño ni arrendatario de ninguna propiedad en La Rioja. El comisario continuaba inmerso en su propia indagación. Por su investigación anterior ya sabía que Tomás tuvo tres hijos: dos hombres y una mujer,

quien era la madre de Guerrero. Por fortuna, el subinspector no tenía hermanos, así que Argus debía rebuscar los registros de propiedad durante los años de vida de Tomás, sus hijos y sus nietos. Después de terminar su propia tarea, la inspectora se involucró también en la indagación histórica.

Transcurrieron dos horas más hasta que confirmaron que la única propiedad que alguna vez perteneció a los descendientes de Severiano era una pequeña casa rodeada de viñedos. Después de las desgracias que asolaron a la familia, los Arriola vendieron los terrenos ya inutilizados para la cosecha de la uva, que con los años se convirtieron en un barrio residencial. Sin embargo, la casa permaneció en pie hasta la actualidad y nunca cambió de dueño. Estaba registrada a nombre de uno de los primos de Guerrero.

—¡Lo tenemos! —exclamó Luisa, triunfal.

—Portal de la Plaza número 56 —leyó el comisario—. ¿Conoce el barrio?

Burgos asintió.

—Está al sur de Calahorra. Casi al límite de la ciudad.

—Muy bien, entonces vamos.

Antes de salir del despacho, Luisa utilizó el interfono para pedirle a Eloísa que le notificara a Farías que ya tenían lo que buscaban, así que cuando llegaron al pasillo se encontraron al comisario y su bigote esperándolos. En pocas palabras, la inspectora le informó acerca de sus conclusiones.

—Conozco el barrio. Le ordenaré a Quintana que los acompañe con todos los hombres disponibles. Dejaremos a uno de los novatos en recepción.

—¿De cuántos efectivos disponemos?

—Tengo seis hombres ocupados en la protección de las víctimas potenciales, además de los detectives que todavía trabajan en el caso Altuve, así que solo pueden acompañarlos cuatro agentes en dos patrullas.

—Tendrá que ser suficiente. Espero que contemos con el factor sorpresa.

—¿En verdad cree que Guerrero no sospecha que ha sido descubierto?

—Su herida resultó providencial para nosotros —opinó Argus—, pues lo forzó a alejarse de la investigación. Además, confío en que su megalomanía mantenga su guardia baja.

—¿De qué está hablando?

—El subinspector escribió los acertijos para burlarse de nosotros, pero no creyó que llegaríamos a comprenderlos. Y sin la información encriptada en ellos nunca hubiéramos llegado hasta aquí.

—Pero sabe que usted descifró el último, o Gambino Zamora

también estaría muerto.

—Si no me equivoco, Guerrero se cree mucho más listo que todos los que le rodean, así que habrá atribuido nuestro éxito a la suerte, o algún factor externo.

—¿Y si usted se equivoca?

—En ese caso no lo encontraremos en esa casa, ni en ninguna de Calahorra, pues habrá interpuesto la mayor distancia posible entre él y nosotros.

—Muy bien. Entonces vayan y traigan a ese malnacido —Argus y Luisa se encaminaron a la escalera, pero la llamada de Farías les hizo detenerse y girar la cabeza—. Solo quiero desearles buena suerte.

La inspectora enarcó las cejas y Argus asintió. Ambos continuaron su camino en dirección al Seat. Para cuando llegaron al coche, los agentes asignados a la misión ya los esperaban. Emplearon sirenas y luces para sortear los atascos de esa hora, pero los apagaron a una distancia prudencial del barrio. En silencio llegaron a pocos metros de la dirección señalada.

Los policías se apearon de los vehículos y se desplegaron para rodear la casa. La calle era tan estrecha que apenas había espacio para un coche a la vez. La casa de Guerrero era una construcción de dos pisos casi en ruinas, con otra vivienda a un lado y un terreno baldío del otro. Un alto muro plagado de *grafitis* impedía el acceso al descampado.

Argus distribuyó a los hombres mediante gestos. La casa solo tenía acceso por el frente, pues la parte trasera carecía de puertas o ventanas.

Después de estudiar el área, el comisario se percató de que en el segundo piso había un enorme agujero en la pared que daba al terreno baldío. Argus le ordenó a uno de los agentes que vigilara lo que parecía un butrón, y se encaminó hacia la puerta. A su lado, Luisa se mantenía alerta con su arma reglamentaria en la mano. Él la imitó y sacó la suya antes de que Quintana golpeara la puerta con fuerza.

Después de algunos segundos escucharon pasos y el portalón se entreabrió. Alfonso se asomó sin atisbo de preocupación. Como Argus supuso, estaba muy lejos de imaginar que lo habían descubierto. Sin embargo, en cuanto vio las expresiones de sus superiores y de Quintana, además de vislumbrar las armas en las manos y las posturas previstas para una incursión, la comprensión lo alcanzó en un instante. Con un movimiento brusco cerró la puerta y la atrancó con una barra de seguridad.

Quintana ya estaba preparado, así que uno de sus hombres portaba un ariete. Lo emplearon a su orden, y al cabo de pocos segundos destrozaron la vieja madera apolillada que les impedía el paso. Pistola en mano, el primero que entró fue Argus, seguido por Luisa y el resto

de los agentes. Se encontraron en un salón cubierto de polvo y restos de basura por los rincones. El mobiliario era un viejo sofá con algunos muelles a la vista, una pequeña mesa y una cafetera destartalada. Los inundó una vaharada de olor a sudor, basura en putrefacción y humedad, por lo que tuvieron que recurrir a la fuerza de voluntad para seguir adelante.

No había señales de Guerrero, pero en el silencio absoluto de la morada escucharon pasos en el piso de arriba. El comisario ubicó la escalera y corrió hacia allí. En el momento en que la alcanzó escuchó un disparo desde la planta superior. Se agachó y continuó subiendo. Luisa lo seguía de cerca. Argus tardó un par de segundos en orientarse. Sabía que la única vía de escape del subinspector era el agujero que vio desde afuera y hacia allí se dirigió. Esperaba que el agente que dejó vigilando pudiera darle la voz de alto y detenerlo. Entonces lo invadió una idea que lo preocupó. ¿Y si el disparo que escuchó no hubiera sido contra él, sino contra el uniformado que vigilaba la única vía de escape de Enigma? Aunque hubiera querido avisar a Quintana para que comprobara que el chico estaba bien, el asesino escaparía si perdía un solo segundo, así que solo tenía la opción de seguir adelante.

Del Bosque llegó hasta la habitación que vio desde la calle. Allí solo encontró un viejo colchón roto cubierto de polvo. No había señales de su presa. Con precaución, el comisario se acercó al agujero de la pared y comprendió la situación de un vistazo. Un disparo pasó silbando junto a su oreja, así que se vio forzado a tirarse al suelo. Miró hacia atrás y comprendió con angustia que la bala había alcanzado a Luisa. Quintana entró a la habitación en ese momento.

—¡Ocúpese de ella, oficial! Y envíe refuerzos a la calle. Uno de los agentes que vigilaba la periferia está herido. ¡Que manden un par de ambulancias!

El comisario se incorporó un poco. El chico que vigilaba ese lado de la casa yacía en el suelo, tendido sobre un charco de sangre. Guerrero corría por el terreno baldío en dirección a la calle de atrás, y en el suelo junto a la pared de la casa se podía ver una rústica escalera de madera.

Argus comprendió que había subestimado a su enemigo. El subinspector era lo bastante astuto para tener preparada una vía de escape. El comisario apuntó su arma en dirección al asesino. Sabía que podía acertarle aunque era un blanco en movimiento. Cuando ya lo tenía en la mira escuchó una campana y en la construcción de la calle de abajo comenzaron a aparecer pequeñas figuras. Era una escuela y los chavales salían de clase. Argus apartó el arma de inmediato. No podía arriesgarse a fallar y que una bala perdida alcanzara a un inocente. Solo le quedaba una alternativa. Se trataba de una caída de

tres metros y podía terminar con una pierna fracturada, pero las circunstancias eran extremas. Y a él lo entrenaron para ese tipo de situaciones, así que al menos sabía cómo caer, aunque eso no le garantizaba que saliera bien librado. Enigma se alejaba a la carrera, por lo que no tenía tiempo que perder.

Argus fijó la vista en un punto del terreno que escogió para aterrizar, y después de guardar el arma en su funda saltó al vacío.



En la fracción de segundo que Argus tardó en llegar al suelo se vio a sí mismo sobre la plataforma elevada de un granero, siendo niño.

El *irén* gritaba instrucciones:

—¡Fijen la vista en el punto donde van a caer, mantengan las piernas flexionadas, aterricen en la punta de los pies, inclinen los hombros hacia el frente y extiendan las manos. Al tocar el suelo impúlsense hacia adelante para dar una voltereta! ¡Deprisa!

Cuatro chicos terminaron con fracturas y esguinces. Quienes lo consiguieron tuvieron que practicarlo por horas. Cuando el comisario alcanzó el terreno, las puntas de sus pies tocaron el suelo y su cuerpo respondió en forma automática. El impacto fue muy fuerte, pero aterrizó ileso. Después de la voltereta se puso de pie y corrió, esforzándose al límite para alcanzar a Guerrero. El asesino le llevaba mucha ventaja, pero tropezó con una piedra y cayó al suelo, mientras Argus acortaba la distancia. El subinspector se incorporó de inmediato y continuó su huida. El comisario era más rápido, así que pronto estuvo a tiro de piedra del hombre al que perseguía.

Argus le dio la voz de alto y Alfonso comprendió que le pisaba los talones. El asesino se giró y disparó. Lo hizo sin apuntar, ni detenerse, así que falló. El comisario se tiró al suelo, y esos segundos le permitieron ganar tiempo a Guerrero. El terreno terminaba en un muro bajo, que el subinspector salvó con facilidad y que lo dejó en medio del patio de la escuela. Argus ya se había levantado para continuar la persecución.

Cundió el pánico cuando padres y maestros vieron la pistola en la mano del hombre que apareció en camiseta, con un vendaje en el brazo y ojos desorbitados. Los adultos trataron de interponerse entre el extraño y los niños, pero había demasiados chavales desperdigados y confundidos. Alfonso alcanzó a una niña y la cogió en brazos para usarla como escudo, en medio de los gritos que se desataron a su alrededor. La pequeña chilló y pataleó, pero él la dejó inconsciente con un golpe y se giró para quedar frente al policía que lo perseguía.

Cuando el comisario saltó el muro se encontró con una escena de

pesadilla. Los adultos consiguieron que los demás niños regresaran al interior de la escuela y con dificultad contenían a una mujer que gritaba llamando a su hija, en medio de una crisis de histeria. El pecho de Guerrero subía y bajaba como un fuelle, mientras mantenía a la niña frente a su cuerpo y le apuntaba a la cabeza. La chiquilla no se movía, y Argus temió que Enigma le hubiera causado algún daño grave.

—¡Suelte el arma! —gritó el subinspector en cuanto Del Bosque estuvo frente a él, al mismo tiempo que le apuntaba.

Lejos de obedecer, Argus extendió los brazos, apuntando a su vez a la cabeza del asesino. Quería intimidarlo, pero sabía que no podía disparar. Cualquier movimiento brusco de Alfonso dejaría a la niña en la trayectoria de la bala. Sin embargo, Argus se resistía a obedecer. Enigma era demasiado peligroso, y podía querer llevarse a la pequeña rehén como salvoconducto.

—Todo terminó, Guerrero. Esto ya no tiene sentido. Sabes que no podrás librarte. Aunque consiguieras salirte con la tuya y escapar, estás en busca y captura. Libera a la niña y entrégate.

—¡Qué suelte el arma, maldita sea! —gritó Alfonso, fuera de sí, mientras cambiaba la posición de la pistola para apuntar a la niña—. ¡Hágalo, o ella lo pagará!

El comisario extendió la palma izquierda, mientras bajaba con lentitud el arma que sostenía con la mano derecha. Una vez que depositó la pistola en el suelo, Argus alzó ambas palmas en gesto de rendición. Guerrero volvió a apuntarle, esta vez al pecho.

—¡Todo estaba saliendo bien, pero usted tuvo que entrometerse y echarlo a perder! —gritó Alfonso, enfurecido.

—Tarde o temprano hubieras cometido un error por el que te habrían atrapado.

—¡Yo no cometo errores!

—Revisé tu expediente. Eras un buen policía con una prometedora carrera. ¿Por qué hiciste todo esto?

Alfonso hizo una mueca de desprecio.

—Usted no es tan listo como cree. ¿No es evidente? Mis antepasados eran ricos, ¿comprende? Los más poderosos de Calahorra, y esos malnacidos se confabularon para asesinar a mi tatarabuelo, y obligaron a mi familia a exiliarse como mendigos.

—Quienes atentaron contra Severiano murieron hace mucho tiempo. Sus descendientes no eran responsables de lo que hicieron quienes los precedieron.

Guerrero se rio con sarcasmo.

—Claro, pero ellos sí pueden disfrutar de los bienes mal habidos de esos mismos antepasados. ¿No lo considera contradictorio, comisario? Dígame, si alguien le quita todo aquello a lo que tenía derecho, ¿no

querría vengarse?

Argus tragó saliva al pensar en sí mismo, en su propia familia, en todo lo que le arrebataron, en lo mucho que odiaba a *Paidónomo* y a su *irén*.

—Nada de eso justifica el asesinato —respondió Del Bosque con la voz entrecortada.

—No suena usted muy convencido. Tal vez me comprende mejor de lo que le gustaría.

—Si llevas tanto tiempo pensando en vengarte, ¿por qué cometiste los crímenes ahora?

—Era el momento perfecto. Los verdaderos detectives de la comisaría estaban ocupados con la desaparición de la chica Altuve. Un caso que no podrán resolver —afirmó con sonrisa maliciosa—, así que la única que quedó para investigarme fue una inspectora mediocre y perezosa.

La sonrisa de Guerrero desencadenó un escalofrío en la espalda a Argus.

—Tú también eres responsable de la desaparición de esa chica, ¿no es así?

El subinspector respondió con tono indiferente:

—Necesitaba distraerlos.

—¿Dónde está?

—En el embalse del Perdiguero. Me aseguré de que nunca saliera a flote, así que jamás la encontrarán.

Del Bosque corroboró lo que ya sospechaba: Guerrero era incapaz de sentir empatía y carecía por completo de límites morales. Temió por la chiquilla.

—Esta niña no pertenece a la familia Ponce, ni a ninguna relacionada con el juicio a Severiano Leza. Suéltala y te dejaré ir.

—¿Me cree tan estúpido? Yo tengo el arma, así que controlo la situación. Me llevaré a la cría porque es mi salvoconducto. En cuanto a usted, no crea que lo dejaré atrás para que me siga pisando los talones, o para que cuente algo de lo que le confesé.

Mientras Enigma pronunciaba esas palabras extendió el brazo y sostuvo el arma con más fuerza. Apuntaba al corazón de Argus, y a esa distancia no podía fallar. El índice se desplazó hacia atrás con lentitud hasta que tocó el gatillo, entonces sonrió, antes de que la explosión y el olor a pólvora invadieran el patio de la escuela.



Las cejas de Argus se dispararon hacia arriba por la sorpresa, después de que vio la cabeza del asesino estallar ante sus ojos. Los

siguientes segundos transcurrieron en cámara lenta bajo el influjo de los gritos de los testigos, y el penetrante olor a pólvora.

Guerrero soltó a la niña cuando cayó, pero su propio cuerpo amortiguó el golpe que recibió la chiquilla. Del Bosque se precipitó a comprobar su estado, al mismo tiempo que uno de los maestros también se acercaba y le gritaba a alguien que llamara a una ambulancia. Quienes retenían a la madre la soltaron, y en un instante estuvo junto a su hija, con el rostro bañado en lágrimas de desesperación.

—¡Tina, mi pequeña!

Argus comprobó que el pulso de la niña era firme y se sintió optimista, aunque solo los médicos podrían decir si se recuperaría. El comisario apoyó su mano en el hombro de la madre para consolarla, y le dijo las únicas palabras que podía sin mentirle.

—La ambulancia viene en camino. Pronto recibirá la ayuda que necesita.

La madre de Tina apartó a su hija del cadáver de Enigma y la sostuvo en sus brazos en gesto protector. Solo entonces Argus desvió la mirada hacia el subinspector. Guerrero había caído sobre la terracota del patio, y su sangre oscurecía las baldosas. De la mitad de su cabeza solo quedaban restos de hueso, sangre y cerebro. Un final que el propio asesino nunca hubiera adivinado para sí mismo, en medio de su egocentrismo y megalomanía. Argus debía confesar que él tampoco lo esperaba. Cuando el subinspector le apuntó al corazón, creyó que todo había terminado.

—Quién podía suponer que Alfonso era el malnacido al que perseguíamos —sentenció una voz profunda y rasposa a espaldas de Del Bosque.

Argus levantó la mirada y pudo ver a Farías. Estaba pálido y había perdido su habitual actitud arrogante. Su ceño estaba fruncido y tenía la frente cubierta de sudor, a pesar del frío que hacía. Del Bosque comprobó que Ernesto mantenía el brazo derecho colgando, y que su mano sostenía su arma de reglamento. Un arma que olía a pólvora. Argus se puso de pie, miró el rostro desencajado de su colega y suspiró.

—Acaba de salvarme la vida. Gracias.

Farías enfocó la mirada en Argus, cerró los ojos y cogió aire. Tardó algunos segundos en recomponerse.

—En cuanto los envié a arrestar a Guerrero comprendí que quería acompañarlos, así que los seguí. Estaba cerca de aquí cuando Quintana me informó que el maldito hirió a uno de los agentes y a la inspectora Burgos. Eso me enfureció. No me malentienda, comisario. La inspectora es como un dolor de muelas en una fiesta patronal, pero está bajo mi responsabilidad y si alguien atenta contra cualquiera de

mis efectivos, aunque sea Burgos, se me sube la sangre a la cabeza —Farías resopló para calmarse—. En fin, que Quintana me describió la situación, así que decidí llegar por este lado para cortarle la retirada al desgraciado. Cuando me acerqué a la escuela escuché los gritos y comprendí que se encontraba aquí. Entonces supe que los chavales estaban en peligro y eso me cabreó todavía más. Tengo nietos, ¿sabe? Entré con sigilo y escuché a este cabrón haciendo alarde de sus crímenes.

—Entonces usted sabe que él también fue responsable de la desaparición de la chica.

—Lo escuché, y le juro que nunca en mi vida me he sentido tan indignado. Los maestros me vieron llegar, por supuesto, pero levanté mi credencial para que comprendieran que era policía, y con señas les indiqué que guardaran silencio. Por suerte, Guerrero estaba tan concentrado en usted, que ni siquiera contempló la posibilidad de que no estuviera solo. Iba a darle la voz de alto, pero cuando vi que estaba a punto de dispararle, decidí ser más drástico.

—Y no sabe cómo se lo agradezco, comisario. Nos salvó la vida a esa niña y a mí.

—Espero que la chiquilla se ponga bien —dijo Ernesto, pensativo—. En cuanto a usted… Bien, aunque no es santo de mi devoción, supongo que hubiera tenido que darle muchas explicaciones a mi amigo Bejarano si le hacía perder a uno de «sus mejores hombres».

Argus sonrió al comprender que Farías no renunciaría bajo ninguna circunstancia a su pose de jefe duro.

—Lo importante es que evitó que Guerrero me disparara.

Los policías se interrumpieron al escuchar instrucciones y gritos. Un par de técnicos de urgencias médicas llegaron con una camilla y centraron su atención en Tina y su madre. Después de escuchar el relato de lo que ocurrió y prestar los primeros auxilios, se las llevaron al hospital. Cuando la ambulancia se alejó, ambos comisarios se relajaron.

—Supongo que tendré que dar explicaciones por esto —dijo Farías.

—Por supuesto que puede contar conmigo como testigo a su favor. ¿Tiene noticias de cómo se encuentra la inspectora Burgos?

—Según Quintana, una bala le rozó la cabeza —Argus frunció el ceño—. Lo último que supe fue que iba camino del hospital. En verdad espero que no sea grave.

Argus también lo esperaba. Los comisarios se aseguraron de que nadie se acercara al cadáver de Guerrero, y al cabo de algunos minutos, dos agentes acudieron a la llamada de Farías para levantar un perímetro de protección. Se abriría una investigación, pero considerando las circunstancias, Argus esperaba que su colega saliera bien librado.

Una vez que los agentes se ocuparon del lugar donde cayó Enigma, Farías y Del Bosque regresaron a la casa donde se había refugiado el subinspector. Allí los esperaba Quintana, quien a pesar de sus años de experiencia, no pudo ocultar su nerviosismo.

—¡En toda mi vida como oficial de policía nunca había visto algo como esto, señor! Y cuando pienso que era uno de los nuestros…

—Quintana, eres un viejo toro corrido en siete plazas. ¿Qué puede haberte sorprendido tanto?

—Acompáñenme, por favor.

Los comisarios siguieron al oficial hasta el sótano de la casa, donde alguna vez estuvo la bodega. En el centro había una mesa rústica de madera, sobre la que encontraron algunos objetos que reconocieron enseguida.

—Por supuesto que no hemos tocado nada —les advirtió Quintana —, y ya la Policía Científica viene en camino.

Argus vio un marco metálico con algunos engranajes, que estaba conectado a un ordenador. El sistema era alimentado por un carrete que contenía termoplástico. A un lado encontraron un collar de perro con una bola metálica sujeta en un extremo y un sistema de torniquete adaptado en el otro, junto al cual había una máscara con un pico de pájaro en el que alguien pegó dientes de plástico.

—La impresora 3 D casera con la que fabricó la llave que le dio acceso a la casa de los Ponce —explicó Del Bosque—, el garrote «portátil» con el que cometió los asesinatos, y la máscara que usó para ocultar su identidad y aterrorizar a sus víctimas.

Farías bufó.

—Cuando pienso que una persona tan lista empleó sus habilidades para asesinar inocentes por una injusticia que se cometió hace casi un siglo, me hierve la sangre.

—Esa era la excusa que se daba a sí mismo —opinó Del Bosque—, pero creo que solo se trataba de eso: una excusa.

—¿Qué otro motivo pudo tener?

—Estudié el expediente de Guerrero después de que descubrí que era tataranieto de Severiano Leza y por lo tanto nuestro principal sospechoso. Su madre comenzó a consumir drogas cuando tenía quince años, mucho antes de que el subinspector naciera. Su padre, también consumidor, los abandonó dos años después. Él y su madre vivieron en una comuna, donde él sufrió abusos. Cuando Alfonso tenía cinco años lo llevaron a un Centro de Acogida, poco después de que la madre muriera por sobredosis. Su vida recuperó cierto orden, pero creo que el mal ya estaba hecho.

—Si su infancia desgraciada fue la causa de que se convirtiera en un criminal, ¿por qué tenía esa obsesión con el juicio de Leza?

—Porque le permitía centrar su odio en un objetivo concreto.

Durante toda su infancia escuchó que el origen de todas sus desgracias era la injusticia que sufrió su familia y que los derribó en la jerarquía social. Él lo creyó, o quiso creerlo, porque le proporcionaba un enemigo.

—Ese tipo estaba loco —opinó Quintana.

—No —discrepó Del Bosque—. Si bien tenía trastornos de personalidad, no se le podía considerar un enfermo mental. Lo que quiero decir es que Guerrero conocía la diferencia entre el bien y el mal, así que sabía muy bien lo que hacía, comprendía las consecuencias de sus actos y el dolor que causaba, pero había perdido cualquier barrera de contención moral, si es que alguna vez la tuvo.

—Espere, ¿nos está diciendo que este tío pudo nacer así?

—No todas las personas que tienen experiencias traumáticas en su infancia terminan siendo asesinos. Y muchos psicópatas crecieron en ambientes ideales —Argus se encogió de hombros—. Supongo que en este caso ambos factores tienen importancia: la predisposición innata a la que se suma el trauma infantil. En cualquier caso, de no haber ocurrido el juicio a Severiano y la ruina familiar, estoy seguro de que Guerrero hubiera encontrado cualquier otra excusa para justificar el desahogo de sus impulsos criminales.

—Pues ya no será un problema.

—Gracias a usted —reconoció Del Bosque.

El móvil de Farías anunció la entrada de un mensaje. Él desbloqueó la pantalla y después de algunos toques, suspiró.

—Me avisan desde el hospital. La bala que alcanzó a la inspectora Burgos solo la rozó. Tiene una conmoción y la dejarán algunos días en observación, pero el pronóstico es bueno. Se recuperará sin consecuencias.

Los hombros de Argus se relajaron y sintió que le quitaban un peso de encima. Suspiró con alivio. Farías miraba el teléfono sin pestañear y con el ceño fruncido. Del Bosque comprendió que no podía desaprovechar el momento.

—Hay un asunto importante del que usted y yo tenemos que hablar, comisario.



La tranquilidad tardó varios días en retornar a la comisaría de «San Celedonio». El caso de Enigma ocupó los titulares nacionales y locales por un par de semanas, hasta que el interés de los ciudadanos migró hacia otros asuntos más novedosos.

En la bodega de Guerrero encontraron una caja con documentos que contenían la exhaustiva investigación de cada una de las víctimas,

así como las pruebas de que los Ponce estaban detrás de todas las desgracias que hundieron a Tomás Arriola y sus hijos. Era evidente que el nieto de Godofredo no soportaba la competencia en su pequeño feudo. La información se filtró a la prensa, y los hijos de Camila tuvieron dificultades para calmar la indignación del público. Lo consiguieron mediante generosas donaciones a las oenegés a las que pertenecía su madre.

Al día siguiente de la muerte del asesino comenzó la búsqueda de los restos de la chica Altuve en el Embalse del Perdiguero. Llevaron a cabo el procedimiento bajo la supervisión del inspector jefe Iriarte, quien al regresar de su baja se encontró con una situación inverosímil en la comisaría. El cuerpo apareció al tercer día envuelto en un sudario y con los pies atrapados en un cubo con cemento fraguado. De no ser por la confesión de Enigma, nunca la hubieran encontrado. En la autopsia descubrieron que tenía fracturado el cuello.

Con respecto a los hechos que ocurrieron en el patio de la escuela, la niña que Enigma retuvo como rehén se recuperó por completo al cabo de unos días. Ernesto tendría que enfrentar una investigación por la muerte del subinspector, pero Argus confiaba en que su testimonio y el de los maestros serían suficientes para conseguir su absolución. Aún así, el viejo comisario se sentía sobrepasado por lo que ocurrió. Por primera vez en toda su carrera se vio obligado a disparar contra alguien. Que además resultara uno de sus propios hombres lo descentró, así que decidió que solicitaría la jubilación anticipada.

Antes de que se marchara, el comisario Del Bosque convenció a Farías de que el mérito por desenmascarar a Enigma era de la inspectora Burgos, así que en lugar de recomendar su despido como siempre fue su intención, Ernesto la promocionó para una condecoración. Luisa la recibió en presencia de sus desconcertados compañeros, y de un orgulloso Daniel, quien regresó apenas a tiempo de Marañon para presenciar el reconocimiento a la labor de su madre. Argus estaba seguro de que a partir de ese momento, en «San Celedonio» verían a la inspectora Burgos con más respeto.

Una vez resuelto el caso de Enigma, el comisario Del Bosque se sintió en libertad de abrir el sobre que le envió Bejarano. En la soledad de la habitación de su hotel desenvolvió su pasado, mientras los fantasmas pululaban a su alrededor. Hubiera renunciado a cinco años de vida por contar con el consejo de Isabel en ese difícil momento, pero un conductor borracho lo privó de su compañía para siempre. Sin embargo, casi podía sentir la caricia de su difunta esposa consolándolo y animándolo a seguir adelante.

Argus sostuvo los viejos expedientes en la mano, y el olor a polvo y papel viejo inundó sus fosas nasales. Allí estaba toda la verdad. Esa que nunca le interesó, hasta que supo que tenía una familia que lo

había llorado por años creyéndolo muerto, mientras él vagaba por el mundo convencido de que no le importaba a nadie. Y los nombres de los responsables del sufrimiento de su padre, de la muerte por tristeza de su madre y de su absurda soledad estaban en esos viejos papeles. ¿Tendría el valor de leerlos? Se vio a sí mismo en el patio de la escuela frente a Enigma y escuchó las palabras lapidarias del asesino: «… si alguien le quita todo aquello a lo que tenía derecho, ¿no querría vengarse?»

Argus tenía miedo. Miedo de sí mismo porque sí, sí querría vengarse. ¿Sería capaz de conservar el control de sus emociones cuando supiera quién lo separó de su familia para convertirlo en algo menos que humano, en una máquina de matar? Un escalofrío le recorrió la espalda, así que antes de abrir el legajo cerró los ojos y respiró profundo.

Desde niño lo entrenaron para controlar sus emociones en situaciones extremas, y fue capaz de contenerse cuando estuvo frente al hombre vivo al que más odiaba: Próspero Gómez. Su *irén*. ¿Podría mantener el control frente a los verdaderos responsables, o sería mejor quemar las copias que tenía en las manos y olvidar el asunto? Seguir con su vida adelante y dejar el pasado atrás. La tentación era fuerte.

Argus dejó el expediente sobre la mesa, se levantó y se alejó algunos pasos. Miró los papeles como si se hubieran transformado en una serpiente venenosa dispuesta a atacar. ¿Sentiría los mismos impulsos de venganza que convirtieron a Guerrero en un monstruo? No. Él no era un asesino. Estaba seguro de ello.

El comisario se acercó a los expedientes despacio y los cogió con manos temblorosas. Luego se sentó y comenzó a leer.

Epílogo.

Después de mirar el reloj y comprobar lo tarde que era, Inés guardó la carta empresarial que debía enviar a primera hora de la mañana y apagó el ordenador. Usó la centralita para comunicarse con Abelard y preguntarle si la necesitaba para algo más.

—Es suficiente por hoy. Vete a casa, Inés. Nos vemos mañana.

—De acuerdo, don Antonio. No se quede trabajando hasta muy tarde, que usted también necesita descansar.

La secretaria colgó, comprobó que todo estaba apagado y sacó su cartera de la gaveta del escritorio. Cuando se levantó de la silla dio un respingo al comprender que no estaba sola. Frente a ella había un hombre alto y delgado, de rasgos angulosos y penetrantes ojos oscuros.

—¡Argus! ¿Qué… qué haces aquí?

—Necesito hablar con el señor Abelard. ¿Está en su despacho?

—¿Estás seguro? Quiero decir… La última vez que lo viste, en Marañón, él estaba muy enfadado contigo.

—Estoy seguro de que ya no lo está.

—¿Quieres que te anuncie?

Del Bosque negó con la cabeza.

—No es necesario. No creí que te encontraría aquí tan tarde, pero tal vez esta sea una buena oportunidad para que podamos hablar y…

Inés bajó la cabeza y suspiró.

—Quería que lo nuestro funcionara, Argus… De verdad que lo quería con toda mi alma, pero no puedo… Yo no puedo vivir con la angustia de saber que la persona a quien amo no tiene reparo en morir.

—Renuncié a la Policía.

Inés no ocultó su sorpresa. Dudó por un momento y volvió a bajar la cabeza.

—¿Renunciaste también a ponerte en peligro? —Argus guardó un silencio culpable—. Lo suponía. ¿Puedo saber por qué quieres ver al señor Abelard?

—Es un asunto personal que le concierne a su familia —respondió el comisario evasivo, al comprender que don Antonio no le había revelado el parentesco entre ambos.

—En ese caso será mejor que me vaya y os deje solos —afirmó Inés, mientras avanzaba con decisión hacia la salida.

—Inés… —la llamó el comisario cuando ella pasó a su lado, y él sintió el aroma de su cabello.

La joven se detuvo y lo miró, pero Argus no supo qué decir.

—Le deseo buena suerte en su entrevista, comisario.

La única mujer que había despertado su interés desde la muerte de Isabel se alejó con paso firme sin mirar atrás, y él sintió que el corazón se le encogía. En la soledad de la antesala del despacho de su padre, Argus se dio a sí mismo algunos segundos para hacer acopio de valor. El paso que iba a dar era lo más difícil que había hecho en su vida.

Se plantó ante la puerta de roble y la golpeó con firmeza. Desde adentro escuchó una voz familiar que despertó en él sentimientos contradictorios.

—Pasa Inés. ¿Olvidaste algo?

—Inés ya se marchó —dijo Argus con tono contundente, al mismo tiempo que entraba al amplio despacho.

Abelard soltó el bolígrafo que sostenía en la mano, y abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido. Se levantó con lentitud sin quitarle la vista de encima al hijo que dio por muerto hacía más de treinta años.

—César… —acertó a balbucir.

—Si no te importa, preferiría que me llamaras Argus, que es el nombre al que estoy acostumbrado. César se me hace extraño.

—Claro, como quieras, hijo.

Abelard se acercó con lentitud a Argus, con tanto cuidado como si fuera un cervatillo al que temiera asustar. Don Antonio estaba pálido y las manos le temblaban. Argus sentía un extraño cosquilleo por dentro. Era una situación inédita para el curtido comisario. Ese hombre era su padre, pero al mismo tiempo era un extraño. ¿Qué se suponía que debía sentir? Dentro de su cabeza escuchó la voz melodiosa de Isabel: «No te preguntes qué deberías sentir, sino qué sientes».

Abelard estaba de pie frente a él. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin pudor. Temblaba por la emoción y por el miedo. Miedo a que una palabra o un gesto inoportunos alejaran a su hijo perdido.

Argus olvidó el motivo por el que estaba allí. Por un momento solo existían él y su padre. ¿Qué sentía? Recordó las noches cuando era niño y lloraba en silencio porque estaba solo, hasta que se fortaleció lo suficiente para que no le importara, o eso había creído. Se convenció a sí mismo de que estaba bien así, de que no necesitaba a nadie y no podía confiar en nadie, porque su propia familia lo abandonó. Ahora sabía que no era cierto. Lo creían muerto, lo lloraron, pero nunca lo olvidaron.

—Hijo…

No fue la palabra, fue el temblor en la voz, el tono, la emoción impresa en esas dos sílabas. Algo se rompió en Argus. Una coraza, una barrera, no sabía qué, pero en el siguiente instante se encontró

abrazado al hombre al que una vez llamó padre. Abelard lo apretó contra su pecho como si fuera a desvanecerse y rompió en un llanto convulso. Argus comprendió entonces que nunca volvería a estar solo.

Pasaron un par de minutos hasta que don Antonio consiguió recomponerse y ambos deshicieron el abrazo. En su rostro bañado en lágrimas había desplegado una amplia sonrisa y sus ojos brillaban de alegría.

—Llamaré a tus hermanos. Vendrás conmigo a casa y prepararemos una celebración. Brindaremos por tu regreso… Supe que dejaste la Policía. Mañana podemos hacer planes sobre tu futuro. Puedes ser mi vicepresidente, o el director de seguridad de toda la cadena… Lo que tú quieras…

—Padre, padre —lo interrumpió el comisario.

—¿Cómo me llamaste? —preguntó don Antonio con un hilo de voz, sin poderlo creer.

—Padre —dijo Argus con firmeza—. Te agradezco mucho este recibimiento, pero no vine a ocupar mi lugar en la familia como César Abelard. Todavía no estoy preparado. Es posible que incluso ya sea muy tarde para eso.

Don Antonio parpadeó y sacudió la cabeza.

—Pero tú eres César. Nada podrá cambiar eso, hijo.

—Y nada lo cambiará, pero quiénes me arrancaron del seno de la familia y nos hicieron pasar por un infierno, todavía están allí afuera —sentenció, mientras señalaba la amplia ventana—, y yo he venido a pedirte ayuda para conseguir que paguen por sus crímenes.

OTROS LIBROS DE ESTE AUTOR:

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01):
http://milibro.link/B0763CF7XJ

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de *Antonio Abelard*. Argus del Bosque, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un carácter ritual, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que *Marañón* vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.

Durante la investigación, Argus volverá a encontrar el amor y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, si consigue salir con vida...

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.
http://milibro.link/B078XH916T

Un político muere en forma repentina durante un mitin en Haro, La Rioja. El inspector **Néstor Salazar** y su nueva compañera, la subinspectora **Sofía Garay**, son los llamados a determinar si se trató de un **homicidio**, pero la situación se hace más compleja cuando la investigación comienza a revelar que las apariencias resultan muy alejadas de la realidad. Nuevas *muertes* complican el caso, mientras la subinspectora comprende que **el propio inspector tampoco es lo que parece.**

Un comisario que ha pedido traslado desde Tenerife lleva a cabo una investigación paralela sobre una tragedia ocurrida en su familia veinte años atrás, algo que no dejará indiferente al inspector.

JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02):
http://milibro.link/B07BFXMWDM

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de *Haro*, mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. **Sofía** se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de **Salazar**. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, **en un intento de mantenerlo con vida**…»

Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, **el suicidio de un adolescente**, se

convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que *no sigan muriendo chicos inocentes*, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a *un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima*.

AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03):

http://milibro.link/B07FLF3H7K

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de los acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda.

Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04):

http://milibro.link/B07L9JL57C

Mientras *Haro* se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un **triple homicidio** para que parezca un **accidente** dispara todas las alarmas, dando inicio a un despliegue de actividad por parte de todo el equipo. Deben resolverlo deprisa, porque *de ello depende la salvación de muchos inocentes*. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un *acontecimiento inesperado* que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.

Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al *entrañable inspector*. La historia además de *intriga* proporcionará *emociones* a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05):

http://milibro.link/B07RHFN91C

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus

colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06):

http://milibro.link/B082LYDCBB

Salazar deberá enfrentarse a un crimen desconcertante, al mismo tiempo que atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su vida personal.

En un barrio elegante de Haro asesinan a toda una familia durante la celebración del cumpleaños de uno de sus miembros. Todos los Acosta están muertos excepto el hijo menor, a quien encuentran en su habitación drogado, dormido y con el arma homicida en la mano. A pesar de la brutalidad del crimen, la resolución parece muy sencilla a primera vista, hasta que Salazar encuentra evidencias que le hacen sospechar que hay mucho más detrás del aparente parricidio y fratricidio.

Conforme avanza la investigación, los detectives de «San Miguel» descubren que los Acosta ocultaban secretos inconfesables que los convertirían en el objetivo de la venganza de un gran número de personas, algunas en extremo peligrosas… Incluso para el propio Salazar.

Al mismo tiempo, don Braulio le pide ayuda a Néstor para encontrar a dos jóvenes que se fugaron y perdieron el contacto con sus familias. Lo que en un primer momento parece una chiquillada sin importancia, adquiere carácter oficial con la aparición de un cadáver. Dependerá de Salazar y su equipo detener al homicida antes de que haya nuevas víctimas…

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01):

http://milibro.link/B07X4JBW6R

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada **descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada** en un parque. Es el primero de una **serie de homicidios** que sembrarán el miedo en la ciudad. La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con *Cody Ryan*, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras **un poderoso**

criminal pone precio a sus cabezas.

Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.

LOS PECADOS DEL PADRE:

http://milibro.link/B079F3S42C

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de *Europa*, **un asesino en serie** acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, **comisario de Scotland Yard** que conoce su *modus operandi*, **obsesionado con detenerlo**, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial **que involucra dos países**, Inglaterra y España, mientras **un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación**…